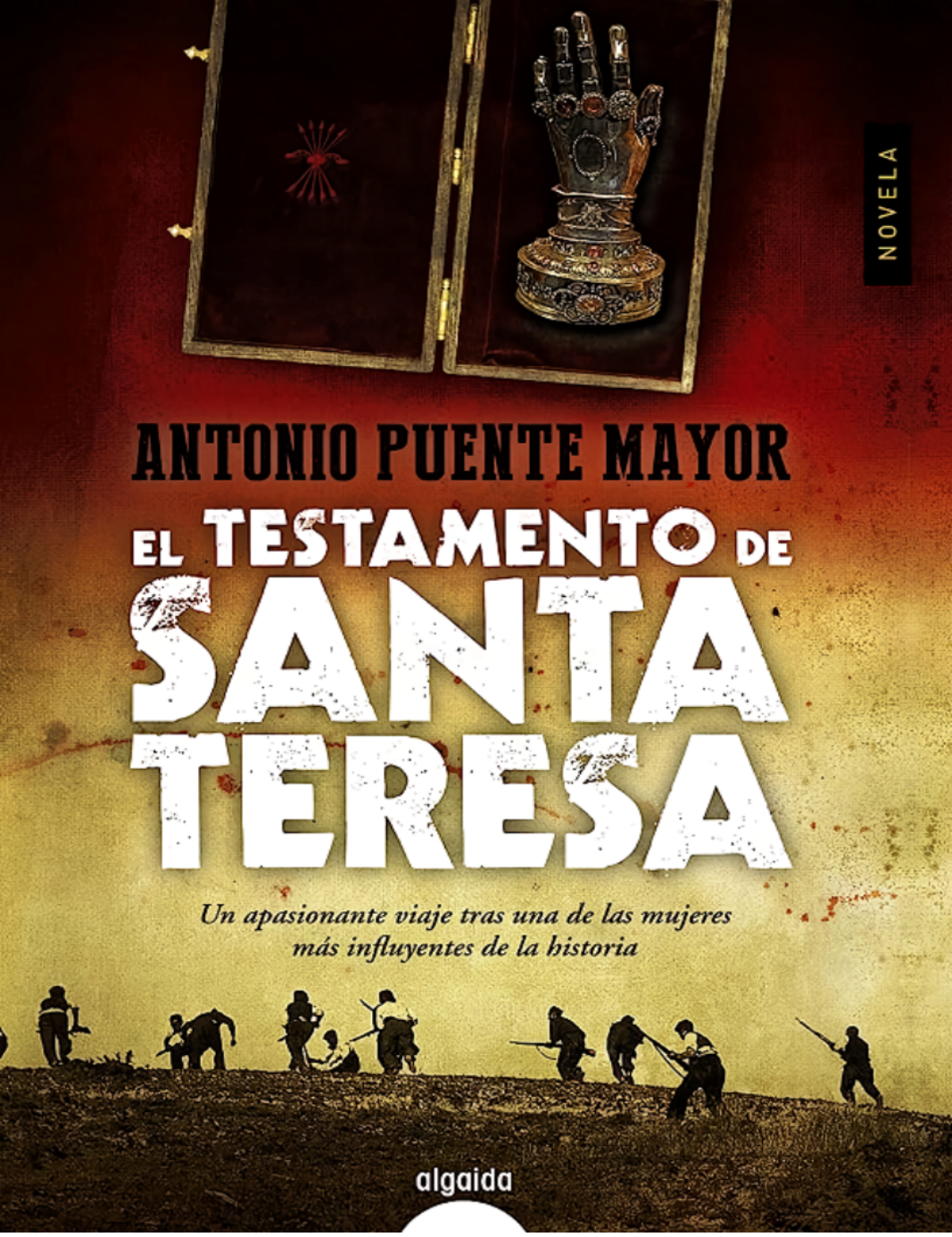

NOVELA

ANTONIO PUENTE MAYOR

# EL TESTAMENTO DE SANTA TERESA

*Un apasionante viaje tras una de las mujeres más influyentes de la historia*

algaida

ANTONIO PUENTE MAYO

# EL TESTAMENTO D
# SANTA
# TERESA

algaida

ÍNDICE

Introito
1. El hallazgo
2. Prudentia
3. Una llamada inesperada
4. Las casualidades no existen
5. Ávila, 1936
6. Primeras pesquisas
7. Fortalitia
8. Sólo falta Nino Rota
9. Málaga, 1936
10. Confidencias con chocolate
11. Una noticia buena y otra mala
12. Temperantia
13. Más leña al fuego
14. Ronda, 1936
15. El pasado siempre vuelve
16. Iustitia
17. Un corazón atravesado
18. Ronda, 1936
19. ¿Te apetece una escapada?
20. Málaga, 1936
21. Paso a paso
22. Fides
23. El hilo de la madeja
24. Málaga, 1936
25. Algo no encaja
26. Charitas
27. Belle Époque
28. El mundo es un pañuelo
29. Ronda, 1936
30. Deo patrum nostrorum
31. Como caído del cielo

32. Málaga, 1937
33. Los límites de la temeridad
34. Spes
35. Más leña al fuego
36. Málaga, 1937
37. De lo divino y lo humano
38. Málaga, 1937
39. Al borde del precipicio
40. Madrid, 1973
41. El círculo se cierra
Epílogo
Apéndice
    El testamento de Santa Teresa. Una historia nada casual
Agradecimientos
Créditos

*Para mi bisabuela,*
*ejemplo de lucha y sacrificio,*
*cuyo espíritu sobrevuela estas páginas*

*Aunque no hubiese ninguna otra prueba, simplemente el pulgar me convencería de la existencia de Dios.*
ISAAC NEWTON

*Un poco de ciencia aleja de Dios, pero mucha ciencia devuelve a Él.*
LOUIS PASTEUR

*Lo más increíble de los milagros es que ocurren.*
G. K. CHESTERTON

# Introito

*St. Agnes of Bohemia, Little Village, Chicago, 17 de julio de 2005*

Una sola frase bastó para que el tiempo se detuviese. De repente, todas las almas que poblaban la gran nave central contuvieron el aliento y escudriñaron el espacio con estupefacta curiosidad hasta confluir con sus miradas en un mismo punto. Allí, en un extremo de la iglesia, emergiendo entre las vitrinas atestadas de piezas sacras y el pulular tranquilo y a la vez incesante de los visitantes que accedían por la entrada principal, como una fugaz quimera, se alzaba una figura. Nada en ella habría resultado particular de no ser por la expresión de un vecino gesto, cercano al paroxismo, que asomaba a su espalda conteniendo el aliento tras pronunciar aquellas poderosas palabras…

Minutos antes Edgardo Díaz, el guía voluntario reclutado por los responsables de la archidiócesis de Chicago para los católicos de origen hispano, acababa de dar paso al penúltimo grupo de la tarde. Desde que se abriera la exposición a las ocho de la mañana, los visitantes se afanaban en algunas de las más significativas pruebas materiales de la devoción cristiana. Entre otras curiosidades los asistentes podían observar un minúsculo vestigio de la muerte de Cristo en forma de *lignum crucis*, supuestas espinas de la corona que le fue impuesta durante su duro castigo así como otros rastros de la cruenta pasión. También había un espacio dedicado a los apóstoles, con pequeños restos óseos de San Pedro, Santiago el Mayor o Judas Tadeo. E incluso un insólito relicario conteniendo muestras de cabello de la Virgen María.

La exitosa muestra era fruto del esfuerzo de un equipo de especialistas capitaneados por el abogado y coleccionista norteamericano Thomas J. Serafin, que desde el *Apostolate for Holy Relics* se esforzaba por preservar y extender el culto de las reliquias en el orbe católico. Y aunque la institución sin ánimo de lucro había llegado a reunir más de mil doscientas piezas en apenas dos décadas de vida, lo expuesto en la parroquia dedicada a Santa Inés se resumía

en ciento veinte supuestos vestigios al servicio de la fe.

Dos días antes del evento y cuando se disponía a echar un vistazo a la prensa mientras tomaba el desayuno —sin duda en busca de algún cotilleo sobre *celebrities* que le permitiera evadirse de su intensa actividad como enfermera y cuidadora a tiempo completo— Graciela Reyes descubrió la noticia en una de las páginas centrales del *Chicago Tribune*. Al parecer el padre Claudio, antaño su confesor y «cura de la familia», estaba preparando una exposición de objetos relacionados con Jesús y algunos de los santos más relevantes de la historia, y esta sería visitable durante toda la jornada del domingo. Por tanto ya tenía la excusa perfecta para volver a su barrio años después de su última visita. De hecho conforme avanzaba en la lectura de los detalles del evento iba sintiendo más la necesidad de acudir a la parroquia el fin de semana y por tanto planear la forma de reencontrarse cara a cara con su pasado.

Si alguien le pedía explicaciones por arrancar a su paciente del confort de su residencia en el centro para adentrarse en las entrañas del West Side no tenía más que responder con una piadosa mentira. De sobra estaba ella al tanto de los gustos y creencias de la persona a la que llevaba atendiendo con esmero y profesionalidad más de una década, y aunque hacía un lustro que había perdido casi totalmente la conciencia de la realidad, Graciela era única proporcionándole aquellos escasos estímulos que aún mantenían su cuerpo y su mente ligados a este mundo.

Por eso una vez alcanzada la jornada dominical ya sólo cabía esperar el momento adecuado para poner rumbo a La Villita, nombre popular con el que se conocía esa zona de Chicago mayormente habitada por comunidades de hispanos. Así que la mexicana aferró sus dos manos a la silla de ruedas y tras desactivar el freno con disimulado entusiasmo comenzó a empujar con brío en busca de la salida.

Treinta minutos más tarde un taxi amarillo se detenía en el 3555 de la West 26th Street, donde un gran establecimiento hacía esquina con la South Central Park Avenue, la calle que albergaba la iglesia. El hecho de que Graciela hubiese pedido al taxista —un hombre de color de aspecto taciturno y reservado— que los dejase exactamente allí y no en la puerta de St. Agnes obedecía a su deseo de pasar justo por

delante del comercio que se alzaba ante ellos. Este se asentaba en un edificio bastante austero revestido de ladrillos rojizos y con un gran cartel de letras en mayúscula sobre fondo gris destacando un nombre en castellano:

LA CHIQUITA
SUPERMERCADO & TAQUERÍA

Cuando la enfermera hubo descendido del vehículo y se disponía a preparar la silla de ruedas para ubicar en ella a su paciente, sus ojos se encontraron con el rótulo y, sin poderlo evitar, el corazón le dio un vuelco. Apenas un año y dos meses atrás, muy cerca de esa fachada, había tenido lugar un hecho trágico que le había cambiado la vida para siempre. Por eso Graciela, una vez que hubo cerrado la puerta del taxi y guardado el monedero en el bolso, se acercó lentamente hasta la entrada del negocio y cerró los ojos por un momento, tratando de evocar el momento exacto en que recibió la aciaga noticia de boca de un policía. Su hijo Héctor, de apenas 19 años —su único hijo—, había sido asesinado a sangre fría por un traficante de drogas que se había dado a la fuga. Y lo más triste es que no le sorprendió lo más mínimo. El chico llevaba meses sin llamarla ni aparecer por casa después de que descubriese los asuntos turbios en que andaba metido.

Ese día no hubo lágrimas, ni siquiera un grito o un lamento. Simplemente dio las gracias al agente que se desplazó hasta su puerta, se acercó hasta el cuarto de baño, tomó un cepillo del cajón y comenzó a desenredarse el pelo tratando de no perder el equilibrio.

Desde entonces no había vuelto por La Villita ni había permitido que nadie de esa zona se le acercase ni tan siquiera para consolarla. Si algo tuvo claro en el momento en que Héctor fue arrancado de su vida era que, una vez más, permanecería sola. Sola había afrontado el embarazo mientras el padre de su hijo se buscaba la vida trabajando en un club nocturno como camarero. Sola se encontraba cuando este desapareció un día sin dejar rastro y sola tuvo que salir adelante cuando la criatura vio la luz una noche de invierno entre los sollozos y la angustia de su joven madre. Lo que ocurrió después fue una sucesión de acontecimientos afortunados que, a modo de compensación por su trayectoria anterior, quiso regalarle el destino. Entre ellos un puesto de trabajo decente, el traslado de sus cosas hasta

un flamante apartamento en Near South, y ver crecer a su vástago sano y fuerte, disipando todos los fantasmas. Hasta que ese mismo destino imprevisible decidió golpearla de nuevo. Y esta vez de manera definitiva.

Dos minúsculas lágrimas resbalaron por sus morenas mejillas llamando la atención de un señor mayor que salía del supermercado portando grandes bolsas llenas de comida. Graciela esbozó una ligera sonrisa tratando de tranquilizar al anciano y, como si hubiese liquidado sus cuentas pasadas de una vez por todas, volvió a tomar las riendas de la situación encaminándose con su acompañante calle abajo hasta las mismas puertas del templo. Estas se encontraban bastante animadas con casi un centenar de personas aguardando en la cola para acceder al interior. Parecía que la idea de la muestra había calado entre los vecinos y otros muchos curiosos que se habían desplazado hasta el lugar para dejarse sorprender, independientemente de sus credos.

Tras esperar un buen rato a que les diesen paso, un joven parroquiano ataviado con una camisa blanca impoluta y unos pantalones azul marino les requirió para formar parte del nuevo grupo que iniciaría la visita guiada. Según les explicó, esta duraría unos cuarenta y cinco minutos y al final dispondrían de un rato para rezar o seguir deambulando por la iglesia a su ritmo. Ese día los oficios religiosos de la tarde se trasladarían a otro templo del barrio, pues la expectación creada por la muestra había superado todas las previsiones de los organizadores.

Nada más cruzar el umbral a Graciela le pareció que viajaba treinta años atrás, precisamente al día en que atravesó esas puertas junto a un puñado de niños, desprendiendo el dulce aroma de la ilusión más inocente, para recibir su primera comunión. Aquel era probablemente uno de los recuerdos más hermosos que atesoraba en su ya dilatada memoria. Y aunque había visitado en otras muchas ocasiones aquel edificio de amplias proporciones y arquitectura ecléctica (cómo olvidar el bautizo de su hijo bajo aquellas bóvedas un primero de marzo), en esta ocasión sentía una emoción renovada, como si aquellas paredes enlucidas la reclamaran para ponerse en paz con Dios y, quién sabe, si con ella misma.

Siguiendo la ruta marcada por Edgardo, el guía voluntario, y tras comprobar que la persona a quien cuidaba se encontraba a gusto en

aquel lugar, la enfermera posó los ojos en el primer objeto curioso que tuvo delante. Una porción de madera no demasiado grande de lo que pudo ser la mesa del cenáculo, sobre la cual Jesús tomó el pan y el vino junto a sus discípulos para instituir la eucaristía horas antes de su ejecución. Al escuchar esta explicación de boca del voluntario, un joven de piel casi transparente y pelo rojizo soltó una carcajada de incredulidad. Algo que no gustó a su acompañante femenina, una chica bajita con el pelo recogido en una trenza, que no tuvo reparos en propinarle un codazo en el estómago y agriar el gesto cuando este trató de pedirle explicaciones con la mirada.

A continuación el grupo escuchó con interés el relato de Flavia Julia Helena, la madre del emperador romano Constantino, cuyo viaje de peregrinación a Tierra Santa había permitido, según la leyenda, rescatar muchas de aquellas piezas en torno al siglo IV de nuestra era. A ella le debíamos por ejemplo que la cruz de Cristo, así como otros objetos sagrados relacionados con su Pasión y Muerte, estuviesen en manos de la Iglesia. Y todo ello merced a una búsqueda incansable por las calles de Jerusalén que la condujo hasta un siniestro judío conocedor del secreto. Alguien a quien poco importaban las ansias de la emperatriz y cuya colaboración sólo fue posible bajo una férrea amenaza. Una vez señalado el lugar procedieron a la excavación, saliendo a la luz tres posibles candidatas a ser la Vera Cruz. De cómo supieron cuál era la auténtica existían diferentes versiones. Una relataba que fue gracias al *titulus*, aquel famoso cartel que colocado sobre el *stipes* (o palo vertical del patíbulo), que indicaba el nombre del reo condenado a la pena capital. Dicho de otro modo el archiconocido I.N.R.I., que según los evangelios también aparecía escrito en griego y arameo.

Sin embargo una versión mucho más extraordinaria recogida en el siglo XIII por Jacopo da Varazze evocaba un particular modo de averiguar cuál de las tres cruces pertenecía al Galileo y cuáles por tanto a Dimas y Gestas, los dos ladrones que lo acompañaron en el Gólgota. Esta narraba cómo una expeditiva Santa Elena mandó detener la comitiva de un entierro y, tras acercar los maderos al fallecido y comprobar que este volvía a la vida para delirio de sus familiares y acompañantes, supo cuál era el verdadero.

Dicho esto algunas personas pegaron sus rostros al cristal de la vitrina para observar con sumo detalle aquellas antiguallas, tratando quizás de buscar la respuesta a sus muchos interrogantes. Tanto que

Edgardo hubo de llamarles la atención y, a continuación, requerirles para continuar con la visita.

Transcurrido un buen rato de recorrido entre fracciones de historia y reductos de un pasado casi legendario, los visitantes dispusieron por fin de unos minutos de tiempo libre para seguir deteniéndose en aquellos expositores que más les habían llamado la atención. Y mientras algunos intentaban capturar fotografías furtivas con sus pequeñas cámaras hábilmente camufladas —la organización prohibía tomar instantáneas de los objetos—, Graciela ubicó la silla de ruedas en un extremo de la parroquia, sacó una botella de agua del bolso y procedió a mojar los labios de su paciente. A continuación miró su teléfono móvil, que había silenciado un rato antes de entrar, para comprobar que no había recibido ninguna llamada durante la visita y, cuando se disponía a guardarlo, un rostro familiar se acercó hasta el lugar donde se encontraba.

No podía ser otro que el padre Claudio, aquel hombre de Dios que había significado tanto en su ya resquebrajada vida espiritual. El mismo que estuvo presente en los momentos más importantes de su existencia, siempre ligada a la religión de sus padres, y aquel que trató de consolarla en las pérdidas de sus seres más queridos. El bueno del padre Claudio, cuya aparición inesperada le produjo un sentimiento de culpa por no haber respondido a sus llamadas durante el último año, tras el trágico fallecimiento de su hijo.

La reacción de su amigo no pudo ser más contraria a lo que esperaba en esos momentos. Ni un solo reproche, ni un sutil comentario acerca de su progresivo alejamiento de la parroquia en los últimos tiempos, ni tan siquiera una palabra acerca de Héctor. Únicamente una mirada llena de ternura, dos brazos abiertos en claro gesto paternal y un abrazo cálido, sensible y afectivo, como hacía tiempo que no recibía. Visto lo cual, y como movido por un resorte que le subiera desde el estómago hasta la cabeza con la fuerza de la lava próxima a erupcionar, un llanto incontrolable hizo presa en sus ojos, vaciando de pena y rabia su conciencia, y relajando sus músculos sobre el hombro piadoso del sacerdote.

Treinta segundos bastaron para que Graciela presintiera que algo no marchaba bien. Por ello se separó suavemente del padre Claudio, giró la cabeza hacia el lugar donde había ubicado la silla de ruedas y

vio algo que la hizo estremecerse. Sin saber cómo ni porqué el asiento que ella misma había desplazado con mimo se encontraba vacío, sin rastro alguno de su ocupante.

Instintivamente se dio la vuelta, sin dar explicaciones al religioso, y avanzó unos pasos hasta alejarse completamente de él. Entonces, durante una fracción de tiempo casi imperceptible pero que resultó suficiente para ella, sintió brillar una luz a escasos metros. Una ráfaga efímera y poderosa que inundó su cerebro antes ocupado por las evocaciones más profundas de su existencia. Algo casi sobrenatural que la instó a clavar la mirada en aquel punto de la sala para divisar una figura imposible, un perfil insondable cuya postura, de pie y erguida ante la percepción de todos, supondría un hecho ilusorio e inverosímil para las mentes más objetivas.

Por eso, sin poder contener la emoción que la sobrecogía desde el último rincón de sus entrañas, Graciela, la atenta enfermera mexicana que llevaba una década cuidando de aquella persona postrada y sin atisbo de mejoría, hizo acopio de fuerzas, reunió de un modo irrefrenable todos los resquicios de su aún latente pasado espiritual, y gritó con todo el vigor que aún albergaba su alma: «¡Es un milagro!».

# 1. El hallazgo

*Archivo General de Simancas, Valladolid, 3 de diciembre de 2010*

Definitivamente Carla Molina estaba predestinada a ser feliz.

De otro modo el azar no habría puesto en sus manos ese valioso manuscrito cuyo tacto le erizaba la piel y que, con la debida suerte, podía cambiar el rumbo de su investigación, de su trayectoria académica e incluso de su existencia.

Tal vez su vida privada no fuese precisamente un cuento de hadas. Desde niña soñaba con ese príncipe azul que toda mujer idealiza en sus juegos, aquel que aparecería tarde o temprano como de la nada para rescatarla del torreón oscuro de su soledad. El mismo que la subiría a su caballo para trasladarla hasta un lugar mágico y ajeno a los problemas del mundo; que la colmaría de atenciones y caprichos de toda índole y que, en suma, la transformaría en una mujer dichosa hasta el preciso momento en que el libro blanco de su existencia incluyese la palabra «fin».

Pero por desgracia los años pasaban. La infancia, adolescencia y primera juventud se quedaban atrás y el rostro de su esquivo príncipe no se parecía en nada a los de los chicos que revoloteaban a su alrededor y flirteaban con ella. Ni tan siquiera para sus primas, las compañeras de estudios o sus amigas, cuyas experiencias amorosas no eran mucho mejores que la suya. Así que Carla, cuyas aspiraciones estaban a la misma altura que sus sueños, invirtió por una vez su escala de valores, cerró la caja de sus fantasías con una gruesa capa de indiferencia, y con el resultado obtenido comenzó a dejarse llevar, sola, sin mayor compañía que su propia sombra, mientras se dedicaba en cuerpo y alma a la otra pasión de su vida: su carrera académica.

De ese modo concluyó la licenciatura en Historia con una media de sobresaliente, se matriculó en los cursos de doctorado de la Universidad de Salamanca y comenzó a preparar con ahínco el proyecto de su tesis. Y así entre curso y curso, mientras superaba las asignaturas con una facilidad pasmosa, dejando boquiabiertos a profesores y alumnos, conoció a Ángel. Por supuesto nada que ver con

la imagen masculina formulada años atrás en plena efervescencia imaginativa. Ni tan siquiera una aproximación a los héroes de las novelas que tanto la cautivaban en los meses posteriores a los exámenes y cuya intensa lectura le sustraía incontables horas de descanso nocturno. Más bien era otra cosa.

Lo cierto es que Carla se dejó conquistar e hizo todas las tonterías que se le suponían a una mujer enamorada (y mucho más que eso): dio de lado a sus amigos, comenzó a faltar a las clases y a desechar sus aspiraciones profesionales para dedicarse a él por entero. Pero no siendo suficiente un buen día tomó una decisión clave que revolucionaría su mundo. Preparó una maleta con sus cosas, dijo adiós a la universidad y, contra la opinión de todos, se fue a vivir al País Vasco con apenas veintitrés años.

A los seis meses de llegar a Hondarribia e instalarse en la casa de su chico junto a su madre —una viuda de agrio carácter a la que no gustó desde el primer momento—, esta comenzó a sufrir desvanecimientos y en cuestión de semanas le fue diagnosticado un tumor cerebral que se la llevó en menos de un suspiro. Desde ese momento la relación amorosa no volvería a ser la misma. Mientras Carla se esforzaba por animar a su pareja para que superase el duro revés, él se hundía más y más en la desesperación, siendo infructuosos todos y cada uno de los esfuerzos de la joven.

Cada mañana ella madrugaba y se afanaba por tener todo a su gusto. Nunca había pretendido ser una ama de casa propiamente dicha, pero la necesidad la había empujado a realizar las tareas propias del hogar con total abnegación. Iba a la compra, preparaba recetas sacadas de viejos libros de cocina, lavaba y tendía la ropa y recogía la casa sin desaliento. Pero nada era suficiente para Ángel. El hueco dejado por la *ama* era insustituible y así se lo hacía ver a su novia a cada momento, primero rechazando sus gestos de cariño y más adelante poniéndole faltas a todas las tareas que esta realizaba. Por fin, una tarde de verano en que paseaban por la playa de Getaria la chica no pudo más y tras la enésima discusión de la semana se armó de valor para dejarle las cosas claras a su novio. De seguir así terminaría haciendo la maleta y volviéndose a Salamanca. Él, tras comprobar que Carla iba muy en serio, utilizó todos los recursos a su alcance para rogarle que no lo hiciera, prometiéndole de inmediato que cambiaría, que buscaría un trabajo —los ahorros de sus padres no durarían para siempre— y que intentaría pasar página. Ella quiso

creerle, le dio otra oportunidad y efectivamente, tal como le aseguró en su paseo frente al mar, la situación se normalizó. Volvieron a salir, a disfrutar el uno del otro, a extraer lo positivo de cada momento y a amarse como nunca antes lo habían hecho.

Todo iba tan bien que una mañana de domingo, cuando ambos estaban en la cama desperezándose tras una larga noche de diversión por los bares de la zona, él le propuso algo que la dejó fuera de juego. Ya que su relación era más sólida que nunca, que la familia de ella por fin estaba de su parte y que el futuro se presentaba bastante prometedor —con un negocio propio en el horizonte—, había llegado el momento de dar un paso al frente para consolidar su unión. Y este paso no podía ser otro que el de convertirse en padres.

Al oír esto Carla se quedó de piedra. Por alguna extraña razón la persona con la que compartía su vida y por la que había apostado todo definitivamente parecía haber madurado. Y aunque en un primer momento le costaba hacerse a la idea de quedarse embarazada, sus más de veinticinco años y la ilusión por este nuevo proyecto la hicieron dejar a un lado las dudas y responder afirmativamente con una sonrisa tierna en los labios. Ya sólo quedaba ponerse manos a la obra y confiar en la suerte. Algo que tan sólo les llevó unos minutos, cuando los besos y las caricias dieron paso a la acción bajo el mágico desorden de la funda nórdica.

Los días pasaron, el invierno dio paso a la primavera, esta al verano y de ahí a las navidades… y vuelta a empezar. Pero cada mes, cuando se cumplían los plazos y la joven seguía sin quedarse embarazada, se iba apagando una luz en la lámpara de sus anhelos. Ella seguía los pasos marcados por el ginecólogo como una niña obediente y dispuesta; se cuidaba, llevaba una vida tranquila y sosegada, y él se esforzaba por cubrir todas sus necesidades. El escenario era perfecto, las condiciones idóneas, el modo de vida saludable, pero el hijo no llegaba.

Al año y medio Ángel le propuso a Carla acudir a una clínica de reproducción asistida en Bilbao. Ella, una vez más, respondió afirmativamente sin rechistar. Las primeras pruebas fueron muy positivas. Ambos eran aptos para concebir y, según la opinión de los médicos, tarde o temprano la chica quedaría encinta de modo natural. Lo mejor era tener paciencia y esperar unos meses. Muchas parejas pasaban por lo mismo y la mayoría lo lograban por sus medios, sin ayuda extra de ningún tipo. No obstante las ansias de Ángel por ser

padre pudieron con las recomendaciones de los expertos y, sin apenas oposición por parte de Carla, iniciaron los trámites para ponerse en manos de la ciencia. Ninguno podía imaginar que ese sería el principio del fin de su relación.

El primer fracaso llegó con la inseminación artificial. Ya que la chica no presentaba dificultades aparentes para ser madre los médicos optaron por este método. Quizás con un pequeño empujoncito la ilusión de Ángel se viera recompensada. Pero la cosa no funcionó. Luego probaron con la fecundación in vitro, pero los óvulos de Carla —que a la vista del microscopio resultaban óptimos— una vez eran tratados en el laboratorio y se implantaban en el útero detenían su desarrollo sin más. Luego vino la inyección intracitoplasmática, poniendo especial atención en los espermatozoides, que con buen criterio fueron morfológicamente seleccionados y de nuevo implantados, pero sin éxito. Los médicos seguían confiando y exigían paciencia, pero esto era precisamente lo que no les quedaba en los bolsillos.

Al final, después de años de intentos, de miles de euros dejados en el camino, de incontables desencuentros con gritos por parte de él y noches de llanto por parte de ella, Ángel y Carla arrojaron la toalla, y de ahí a la ruptura sólo hubo un paso. Una mañana de julio, aprovechando que Ángel había salido con unos amigos a hacer surf en la Zurriola, Carla preparó la maleta, dejó una carta encima del mueble de la entrada, y se fue hasta la estación de Irún para tomar un autobús que la llevara a Madrid.

La primera llamada no se hizo esperar, tal y como ella había calculado. Al haber huido de un modo tan precipitado decidió optar por palabras suaves, dejando la puerta abierta a la reconciliación y tratando de exponer su necesidad de alejarse un tiempo; pero él no quiso entenderlo. Luego, tras el cambio de táctica en que incluso tuvo el descaro de inmiscuir a sus padres, ella fue algo más áspera, pero aun así se contuvo para no hurgar más en la herida. La definitiva tuvo lugar en forma de *email,* con una retahíla de insultos de mal gusto, reproches de toda índole y la acusación que más daño hizo a la joven, la de no haberle amado nunca ni desear realmente ese hijo. Tras esto Carla decidió cortar por lo sano. Cambió su número de teléfono, puso al tanto de la situación a todos sus allegados y se dispuso a esperar la reacción de él. Pero al ver que los días pasaban, que Ángel no llamaba

a amigos o conocidos para preguntar por ella y tampoco se presentaba en Salamanca para quemar sus últimas naves, simplemente se relajó y trató de recuperar su antigua vida, empezando por invertir, casi diez años después, esa escala de valores que nunca debió tocar.

Una vez que hubo encontrado acomodo en un avejentado edificio de la calle Libreros, no lejos del edificio histórico de la Universidad y dedicado por entero a residencia de estudiantes, la chica cumplió con el protocolo necesario para volver a retomar su proyecto de tesis. Visitó a los responsables del departamento en la facultad de Geografía e Historia, se hizo con los documentos pertinentes y tras acordar un plazo con su antiguo tutor se dedicó en cuerpo y alma a redactar un índice justificado de su investigación.

A las dos semanas, cumpliendo escrupulosamente con lo pactado, la joven apareció de nuevo por el edificio universitario provista de una subcarpeta con varios folios, una sonrisa de oreja a oreja y varios años menos en el espíritu. Si algo tenía de positivo el haber interrumpido durante una década su brillante carrera académica era el poder reiniciarla con nuevos bríos, mayor sabiduría y conocimiento intelectual así como una madurez superior a la de la muchachita que salió corriendo hacia el norte sin pensar en las consecuencias.

Don Horacio Matías Rey —el profesor Matías para ella— la recibió con los brazos abiertos, como cualquier padre que, aun conociendo las faltas de sus retoños, los acoge en el seno del hogar con calidez y sin recelo. Para él, que no tenía hijos y cuya existencia se resumía en sus clases de Historia Moderna, sus seminarios de doctorado, sus aportaciones al equipo de investigación del departamento y alguna que otra escapada a su casita rural en la Peña de Francia para descansar junto a su mujer y los octogenarios padres de esta, el que Carla Molina Velasco, una de las alumnas más brillantes que habían pisado las aulas, volviera a reclamar su ayuda, le hacía sentirse vivo. ¡Cuánto había cambiado el perfil medio del estudiante desde aquel curso en que vio alejarse a su prometedora pupila!

Desde el primer momento ella fue franca. Deseaba poner los cinco sentidos en aquella tarea y olvidarse de su vida anterior, por lo que el tiempo no suponía ningún problema. Su intención era comenzar cuanto antes y disfrutar del camino sin establecer forzosamente una meta en el calendario. Matías aceptó el trato y guardando el proyecto de su alumna en su sempiterna cartera de cuero marrón la despidió con dos besos en las mejillas en señal de bienvenida, antes de que esta

retornara al bullicio salmantino de la calle Cervantes.

Poco después, ya en la soledad de su casa, el profesor volvió a sacar los folios y a colocarlos encima de la mesa del despacho. La sola idea de dirigir la tesis de esa alumna le entusiasmaba, y mucho más al conocer el tema sobre el que deseaba investigar: *Cristóbal de Moura y la crisis sucesoria en Portugal (1580)*. Lo que no sabía es que ese trabajo jamás vería la luz merced a una curiosa pirueta del destino.

* * *

Aquel crudo viernes de diciembre Carla volvió a atravesar los amplios pasillos del castillo con el frío metido en los huesos pero con la ilusión intacta del explorador que intuye que algo extraordinario está a punto de suceder. Sólo llevaba cuatro noches pernoctando en la antigua villa de Simancas, un pequeño municipio de la provincia de Valladolid donde se ubicaba el primer archivo oficial creado por la Corona de Castilla en el año 1540. La idea de desplazarse hasta allí se la dio un experimentado bibliotecario que en su juventud pasó una larga temporada entre esos muros, trabajando como becario, mientras preparaba sus oposiciones a funcionario del Estado. Si deseaba conocer de primera mano los más valiosos documentos sobre los Austrias ese era el lugar más idóneo, sin duda.

Matías no pudo estar más de acuerdo, así que la chica buscó un hostal barato donde pasar una semana y puso rumbo a su destino cargada con un ordenador portátil, algo de ropa y una mochila llena de entusiasmo hasta los bordes.

Tras cuatro días enfrascada en la búsqueda y lectura de varios cientos de legajos de los siglos XVI y XVII repletos de elegantes trazos muchas veces ininteligibles —nunca se imaginó que aquel curso de paleografía realizado poco antes de marcharse al País Vasco le serviría tanto en el futuro—, la última jornada pensaba dedicarla a clasificar la tarea y revisar una última remesa perteneciente a la sección del Patronato Real, una de las más valiosas del edificio, que contenía documentos pertenecientes a los Reyes Católicos, Carlos V y Felipe II. Precisamente la relación de este último con Fernando Álvarez de Toledo, el Gran Duque de Alba, era uno de los aspectos centrales de su investigación, por lo que invirtió buena parte de la mañana en revisar la documentación acerca de la campaña bélica de Portugal y la posterior estancia en Lisboa de este importante personaje castellano. Y

fue precisamente ahí donde, sin ningún motivo aparente, Carla encontró el documento que cambiaría el devenir de su carrera.

Oculto entre unos simples informes de cuentas, protegido de las miradas curiosas bajo siglos de oscuridad y dispuesto a emerger de su letargo desde su inefable cápsula del tiempo, se encontraba un sencillo manuscrito redactado sobre un trozo de papel de escasa calidad, seguramente reutilizado. Nada en él podía adivinarse excepcional a los ojos de un inexperto. Sin embargo para alguien nacido en la provincia de Ávila, con amplios conocimientos en el Siglo de Oro y una pasión inusitada por la mística española, ese insignificante escrito era algo más que un retazo de historia olvidada.

Redactado por una mano desconocida con pulso inseguro y trazo mediocre en apenas diez líneas, lo más llamativo era su firma: esbelta, poderosa, totalmente alejada en estilo y forma del resto del texto y que únicamente podía haber salido de la pluma de esa mujer extraordinaria a la que admiraba tanto como a su propia madre.

# 2. Prudentia

*… el verdadero humilde*
*ha de desear en verdad*
*ser tenido en poco…*

Teresa de Jesús (C 15,2)

*Monasterio de San José del Carmen, Medina del Campo,*
*año del Señor de 1582*

Una suave brisa de atardecida meció las hojas de los árboles, aliviando el intenso calor reinante en la calle. Ninguna de las monjas que habitaban el edificio podía suponer que, quince años después de la instauración de aquel humilde lugar de recogimiento, pudiera llegar a sus puertas, y tan de improviso, la mujer a la que debían todo. Ese verano había sido especialmente implacable, combinando jornadas de sofoco —sobre todo en las horas centrales del día— con noches que hacían necesario acudir al abrigo incluso en el refugio de las celdas. Y aquella tarde del mes de septiembre no estaba siendo de las peores.

Tres golpes secos en la recia madera del portalón, seguidos del chirriar de los goznes al abrirse, revelaron un aspecto cansado que distaba bastante de aquel con el que se presentó en Medina tiempo atrás, pues a sus inevitables arrugas y la palidez del rostro había que sumar un temblor constante en los miembros que la transfiguraban en un frágil junco azotado por el viento. Venía acompañada de otras dos mujeres que, a modo de ángeles custodios, la acompañaron de inmediato al interior de la casa. La más joven era su sobrina, Teresita de Cepeda, hija de su hermano Lorenzo, que había emigrado al Perú en vísperas del enfrentamiento entre Almagro y Pizarro junto a otro hermano, Jerónimo, dejando consternados en Ávila a todos los miembros de su familia. No obstante las cosas no le irían mal del todo, sobreviviendo a la contienda y hallando futuro en esas lejanas tierras al contraer matrimonio con una hermosa andaluza llamada Juana y con la que tuvo cuatro hijos. Teresita, quizás auspiciada por la cercanía entre su progenitor y aquella tía a la que muchos calificaban

ya de santa, siempre tuvo claro que dedicaría su vida a servir al Altísimo, por lo que hubo de consagrarse a la promesa hecha por su mentora de que le impondría el velo más temprano que tarde. La otra mujer era una toledana de treinta y tres años llamada Ana García, quien huérfana desde la infancia sintió una fuerte y temprana vocación religiosa que se vio acentuada al sanar milagrosamente de una grave enfermedad el día de San Bartolomé, a quien sus hermanos habían ofrecido una novena y cuyo nombre tomaría desde su ingreso como descalza.

Ambas mujeres ofrecían las dos caras de una misma moneda, aquella de cuyo sólido cuño emergía la esencia misma de la carmelita ideal. La una, risueña como la mañana, aún libraba esa dura batalla entre la atracción de los placeres mundanos y el sosiego del cenobio. La otra, ya madura como el fruto del ciruelo a esas alturas del año, representaba la templanza del ocaso y el firme rigor de la reforma. La madre oscilaba entre ambas con firmeza, nutriéndose de la lozanía de su sobrina para seguir mirando al frente con ánimo y esperanza, y confiando en la destreza de Ana para capitanear la nave en caso de zozobra.

Nada más acceder al humilde recibidor del convento y ser acogidas por la priora con gesto impostado y notable sorpresa, las tres mujeres fueron conducidas a un sobrio pero confortable salón donde pudieron sentarse, descansar del duro trasiego desde Burgos y olvidar por un momento las penurias de los últimos días. El plan consistía en reposar algunas jornadas en Medina y luego continuar hasta Ávila, para disponer allí los detalles de la creación de un nuevo convento de descalzas en Madrid. No obstante la última palabra la tenía el Señor, pues de él dependía que las fuerzas no abandonasen a su abanderada en tan espinosa empresa.

Una vez que Teresa hubo bebido agua fresca recién traída del pozo y reposado junto a las monjas, no tardó en agradecer tan cálido recibimiento. Un detalle que no pasaría desapercibido a sus acompañantes, pues desde varias jornadas atrás no habían sido pocas las veces que había mostrado su preocupación por los asuntos de Medina.

—En verdad, hijas mías, que de no estar ya mis huesos en un estado más próximo a la postración del camastro que al regocijo de los caminos, bien me complacería con vosotras en juegos y chanzas, como aquel día en que vuestra priora nos sorprendió en pleno

entretenimiento y mostrose con todo su rigor…

—No diga eso, reverenda madre —exclamó zaherida Alberta Bautista, mostrando al instante un gran sentimiento de culpa—. Aquella tarde mi escasa condescendencia supo encontrar respuesta en vuestra sabiduría, pues también Nuestro Señor Jesucristo gustaría de reír y alborotar en su juventud, sin que ello perturbase el ejercicio de su misión.

—Verdad es —respondió Teresa, apoyando la mano diestra en un humilde bastón—, y no seré yo quien hurgue más en la herida, pues horas nos faltan en el día para contemplar a Cristo y velar por nuestras almas, aunque nuestros sentidos se apeguen inmisericordes al ruido del mundo.

—Para todo hay tiempo, madre. Y también para ingerir alimento, pues si el espíritu se nutre de la palabra esta no le basta al cuerpo para hallar sostén.

—Bien dice.

—Vayamos pues al refectorio, que aunque la cena de esta noche es más frugal de lo que merecen vuestras personas, bien se asentará en los estómagos antes del rezo de completas.

Pronunciadas estas palabras ninguna de las recién llegadas osó replicar y en apenas media hora las monjas estaban dispuestas a la mesa. Alberta no exageró lo más mínimo al describir sucintamente las escasas virtudes de las viandas, pues a la austeridad habitual en todo convento de descalzas había que añadir el que su cocina estuviese esa semana más desprovista que de costumbre. Por ello la hermana Aurora hubo de improvisar, con más maña que ingredientes, unas talvinas[1] de harina de trigo que, pese a estar escasas de espesor, supieron a gloria a todas las monjas.

No obstante la madre fue incapaz de probar bocado, pues desde que abandonara las orillas del río Arlanzón vomitaba de manera incesante, provocando que su garganta estuviese al límite y con un desagradable sabor a sangre en la boca. Pese a todo hizo un esfuerzo por contentar a Ana de San Bartolomé, cuyo celo en los cuidados ablandaban la coraza de su voluntad, y bebió unos sorbos de leche tibia.

Antes que las monjas pudiesen preocuparse por la falta de apetito de la madre, Teresita alzó la voz y, dirigiéndose a la toledana, soltó con gran ingenio una mentira piadosa que su tía agradeció para sus adentros.

—Ya les avisé que no tentaran a nuestra madre con aquellas almendras de Loarre, pues son su vicio inconfesable. Y tanto se prodiga en desearlas que cuando las tiene a mano da buena cuenta de ellas en menos que canta un gallo.

—Niña, no exageres —replicó una de las presentes, cuya imagen idealizada de la fundadora no admitía deslices tales como la glotonería.

—Muy al contrario —añadió Teresa continuando con la farsa—, pues mi sobrina no hizo sino dar cuenta de una verdad a medias, ya que al gusto irreprimible por las almendras he de añadir el de otros frutos secos que me inflaman desde la infancia. Y esa es la razón, y no otra, para que mi estómago rechace estas gachas que con tanto esmero han preparado.

—Así es —dijo una sorprendida Ana que, tras cruzar la mirada con Teresa, adivinó de inmediato su esfuerzo por no preocupar a las monjas—. Y bien haréis en retiraros a descansar, pues el viaje ha sido severo, y mañana hemos de tratar muchos asuntos importantes.

—Si es ese vuestro deseo no seré yo quien os lo impida —terció la priora, a quien la conversación no estaba resultando del todo grata.

—Plega a Nuestro Señor que nada me afligiría más que el quebrantar el arreglo de este convento, y siendo de ese modo dispongo que se me permita, antes de retirarme a mi celda, acompañaros hasta la iglesia para compartir la oración con mis hijas —sentenció la madre con gran aplomo en la voz, pese a estar rota por dentro.

Al día siguiente la normalidad volvió a reinar entre los muros del cenobio. Parecía como si la repentina llegada de las nuevas huéspedes no hubiese afectado a la comunidad más allá de las licencias pasajeras de la noche anterior.

Media hora antes de la llamada a laudes, Ana de San Bartolomé se acomodó el hábito talar con disimulado esmero y enfiló el corredor en busca de la celda de la madre.

Después de varias jornadas de intenso ajetreo en que la salud de esta iba deteriorándose por momentos, resultaba vital tomarse un receso. Y aunque conocía de sobra el carácter inquebrantable de la andariega y sus deseos de continuar a Ávila por todos los medios, esta vez sería necesaria la orden de un superior para moverlas de allí antes de una quincena. Lo que no podía imaginar es que esa disposición llegaría mucho antes de lo previsto y ni siquiera ella, con todo su

ánimo y empuje, podría anteponerse a tan alta voluntad.

Penetró en la humilde estancia con sigilo, hallando a su ocupante arrodillada, con los ojos cerrados y el semblante sereno, orando ante un modesto crucifijo. Teresa no se sobresaltó; muy por el contrario y sin pestañear, hizo un leve gesto con el dedo índice para que la dejasen tranquila por unos minutos. Una orden que la monja acató sin reservas.

Poco después, y una vez que la madre hubo escuchado misa y comulgado, una nueva visita volvió a desmontar la armoniosa rutina tras los muros de San José. En esta ocasión se trataba de una presencia masculina, la del vicario provincial fray Antonio de Jesús, primer compañero de Juan de la Cruz en la ardua tarea de la reforma. Sin más preámbulos que los consabidos saludos, instó a la priora a que le permitiese entrevistarse de inmediato con la madre, pues, según le indicó, «era necesario emplear cuanta diligencia fuese posible por cumplir con la noble tarea encomendada».

Alberta Bautista reprimió su asombro y tras asentir en voz baja salió del locutorio para informar de la llegada del hermano. De camino al claustro una sombra de inquietud la asaltó sin recato. Aquella audiencia no presagiaba nada bueno.

1 Las *talvinas* o *atalvinas* son unas gachas que reciben su nombre del árabe. Antonio de Nebrija las cita en su *Gramática de la lengua castellana* como «talvinas de cualquier cosa», pues eran varios los ingredientes con los que se podían realizar.

# 3. Una llamada inesperada

*Aeropuerto de Barajas, Madrid, 3 de diciembre de 2010*

Horacio Matías arrastraba su modesto equipaje de mano por los interminables pasillos. De nada le sirvieron las prisas por encontrar la puerta de embarque correspondiente y una marea ingente de personas, con clara actitud disconforme, formaba grandes colas frente a los mostradores de información. Muchos de ellos agitaban los brazos en señal de protesta, otros negaban con la cabeza y alguna que otra persona maldecía en voz alta. Matías comenzó a mirar de un lado para otro tratando de averiguar qué estaba sucediendo exactamente, pues aquello tenía todos los visos de ser algo mucho más gordo que un simple retraso en la salida de los vuelos.

Al parecer lo que había comenzado como una simple protesta en el aeropuerto de Santiago de Compostela veinticuatro horas antes —donde varios controladores aéreos no habían acudido a su puesto alegando el total cumplimiento de las horas de trabajo computables a su jornada anual—, a esas alturas ya se había convertido en un parón a escala nacional que nadie sabía cuándo se solucionaría. Por tanto se encontraba atrapado en una atestada cafetería del aeropuerto, con la única compañía de sus escasas pertenencias y la seguridad de que, con huelga o sin ella, el Congreso Internacional de Historia al que estaba invitado en Malta comenzaría al día siguiente.

Aún no se había recuperado de la impresión cuando su teléfono comenzó a vibrar en el bolsillo izquierdo de su abrigo de paño. Suspiró por que esa llamada supusiese algún tipo de alternativa a su extraña situación, pero en cuanto comprobó que los dígitos que aparecían en la pantalla le eran completamente desconocidos, se preparó para cualquier cosa. No obstante, de todas las posibles personas que podían llamarle en ese momento la que menos se esperaba respondía al nombre de Carla Molina, su aplicada alumna del doctorado.

—¿Profesor? —resonó la voz de la joven al otro lado de la línea.

—Sí, dime Carla… —respondió Matías, taponándose instintivamente la oreja derecha para aislarse del ensordecedor ruido.

—¿Le cojo en mal momento?

—Más o menos… Estoy en el aeropuerto de Madrid, intentando subir a un avión que me lleve a Malta.

—¿A Malta? ¿Al congreso? Es verdad, se me había olvidado que era este fin de semana… Pero… ¿no debería estar ya de camino?

—Pues sí, pero me temo que la cosa va para largo. Aquí hay un lío de mil demonios. Parece que es una huelga de controladores aéreos. Figúrate…

—¿Y qué piensa hacer? —inquirió Carla preocupada.

—No tengo ni idea. Mañana a las once debo estar en el Paraninfo de la Universidad de La Valletta dando una conferencia ante quinientas personas, y como no lo haga mediante señales de humo…

—Seguro que existe alguna solución.

—Ya veremos. Por cierto, ¿qué querías de mí? —preguntó el profesor, dejando aparcados sus problemas por un momento.

—No se lo va a creer. Esta mañana, mientras revisaba unos legajos en el archivo, me he topado con algo increíble.

—¿Sigues en Simancas? Habla, te escucho —dijo sin demasiada emoción.

—¿Recuerda que hablamos de la posibilidad de mirar en la sección del Patronato Real por si caía algo interesante para el capítulo de los protocolos?

—Creo que lo comentaste, sí.

—Pues he hallado una tumba intacta —afirmó Carla con orgullo.

—¿Qué quieres decir?

—¡Que ya tengo mi Tutankamón! Pero no es lo que usted piensa…

—Explícate —le inquirió Matías con algo más de interés.

—Quiero decir que no es nada relacionado con la corte de Felipe II, ni siquiera con su padre. Se trata de otra persona.

—¿Otra persona…? ¿Quién? ¿Luis de Requesens? ¿Antonio Pérez? ¿Tal vez Juan de Austria?

—Frío, frío… —añadió la joven tratando de conferirle emoción al momento.

—Pues no sé, dímelo tú —atajó Matías, cuyo desprecio por las adivinanzas era algo conocido por todos sus allegados.

—Más bien es un mensaje de tipo personal dirigido expresamente al Duque de Alba.

—¿Un mensaje personal? —preguntó el docente con extrañeza.

—Sí, y firmado por nada más y nada menos que la primera doctora

de la Iglesia.

—¡Teresa de Jesús! —exclamó en voz alta, con los ojos como platos.

—¡Premio! —culminó la alumna, como si su director de tesis hubiese ganado una competición cultural.

—¿Me estás diciendo que has encontrado una carta inédita de Santa Teresa de Jesús entre un puñado de legajos del Patronato Real? ¡Es extraordinario!

—Eso mismo pienso yo. De hecho aún me tiembla el pulso…

—Perdona, Carla, pero tengo que colgar. He oído un mensaje por megafonía y tal vez sea importante.

—Claro, profesor…

—Pero mándame una copia por *email* en cuanto puedas. Estoy deseando echarle un vistazo a ese mirlo blanco…

—Lo escaneo y se lo envío en un minuto. Cuídese… Ah, y que tenga suerte con su vuelo, profesor…

—Adiós, Carla.

—Adiós.

Matías pulsó el botón de final de llamada de su Nokia 1100, echó la espalda hacia atrás para acomodarse en la silla, escuchó con atención las malas noticias que resonaban por los altavoces ratificando que volar a Malta en las próximas horas sería tan difícil como hacerlo a la Luna, y se concentró en planear qué diablos haría a partir de ese momento. Cuando se disponía a dar un último sorbo a la infusión de menta que reposaba ya fría sobre la mesa, una mano enguantada sobre el hombro izquierdo le sacó de sus pensamientos. El profesor se volvió de inmediato y se encontró con un hombre alto, de cuerpo atlético y porte elegante, vestido con un traje oscuro de Westmancott acompañado de un abrigo *beige*. Por lo plateado de su pelo se diría que era mayor que él, algo que no parecía importarle, ya que su estupendo estado de forma y el perfecto bronceado que lucía en la piel podrían haber sido la envidia de cualquier treintañero.

—Disculpe mi intromisión —dijo el caballero en un correcto español, apenas salpicado por un leve acento extranjero.

—Dígame —respondió el profesor poniéndose en pie.

—No he podido evitar escuchar su conversación por teléfono mientras estaba aquí de pie, esperando…

—¿Perdón? —interrumpió Matías, sin saber muy bien a qué venía aquello.

—Lo que quiero decir es que si usted lo desea yo podría hacer que estuviese mañana a las once en punto en La Valletta para impartir su charla.

—¿Cómo? ¿Que si yo deseo qué…?

—Llegar a tiempo a su destino.

—Claro que lo deseo. Es más, lo necesito. Pero ¿de verdad cree que es posible? —exclamó Matías con notable incredulidad tras escuchar las últimas noticias por megafonía.

—*Of course* —afirmó su interlocutor—. Yo le ayudaré a conseguirlo.

—¡Sí, claro! ¿Y quién es usted? ¿Santa Claus?

—No. Simplemente soy otro invitado del congreso al que usted va y que, por casualidad, se ha topado con un colega en apuros. ¿No es fascinante?

—Ah, discúlpeme entonces —dijo sonrojado.

—No se preocupe. Mejor coja su maleta y sígame; cuanto antes salgamos de aquí antes llegaremos a la frontera.

—¿A la frontera? Explíquese, por favor —requirió el profesor sin moverse del sitio.

—Es muy sencillo; en cinco minutos llegará un coche a recogerme a la salida del aeropuerto. Si lo desea puede subir y venirse conmigo hasta Biarritz. Allí nos espera un *jet* privado que nos trasladará esta misma noche a la isla de Malta. ¿Todo claro?

—Clarísimo —respondió Matías abrumado.

—Vamos, pues.

—Una cosa más —insistió el profesor, a quien la inesperada aparición aún le resultaba del todo inverosímil—, ni siquiera nos hemos presentado.

—Le aseguro que tendremos tiempo de sobra para eso.

# 4. Las casualidades no existen

*Facultad de Geografía e Historia, Universidad de Salamanca, 9 de diciembre de 2010*

Veinticuatro horas después de su conversación telefónica, Carla recibió un correo del profesor desde su hotel en Malta. En él le explicaba brevemente que había logrado llegar a tiempo al congreso gracias a la ayuda de un colega y que su charla, *«Solimán y Barbarroja: la gran amenaza»,* había resultado un éxito. También le indicaba que, tras observar un buen rato la copia escaneada del manuscrito en la pantalla de su ordenador, estaba convencido de que la grafía de la firma se correspondía con la de Teresa de Jesús, pero el único modo de autentificarlo era realizándole las pruebas pertinentes. La joven, que ya conocía el procedimiento académico así como el habitual *modus operandi* de su tutor, se había adelantado a la jugada y en apenas un día había logrado un buen número de facsímiles de cartas manuscritas de la santa abulense, con objeto de ir adelantando trabajo. Tanto era su empeño que en las horas siguientes apenas había pegado ojo dedicándose en cuerpo y alma al cotejo de las mismas. Para ello se le ocurrió recurrir a la ayuda de un antiguo compañero de facultad que llevaba tiempo desarrollando, junto con unos informáticos de la Universidad Carlos III, un sofisticado *software* capaz de decodificar textos antiguos.

Superadas esas dos pruebas con éxito, el manuscrito aún tenía que ser datado desde el punto de vista de la documentología, la disciplina científica que tenía por objeto el análisis de los documentos a fin de establecer su autenticidad o falsedad. Como al llegar a este punto la investigación se ralentizaría inevitablemente —el procedimiento incluía un análisis de la fibra, un examen físico del soporte así como de las tintas y por último una observación detallada del propio texto —, Carla optó por escribir un sms al profesor sugiriéndole que tirara de sus contactos para que la carta fuese examinada en el propio Archivo de Simancas, donde tenían el personal y los equipos idóneos para ello. A Matías le pareció una buena idea y tras alabar la diligencia de su alumna hizo un par de llamadas desde Mdina, la

antigua capital de Malta donde se hallaba de visita con los congresistas, obteniendo una respuesta afirmativa.

Carla se presentó a media mañana en el despacho de la facultad de Geografía e Historia con una carpeta llena de anotaciones, una copia en alta resolución de su extraordinario hallazgo (el original seguía a buen recaudo en el castillo vallisoletano) y un brillo en el rostro como hacía tiempo que no lucía. Todas las horas empleadas en examinar punto por punto aquel viejo pedazo de papel no le pesaban en absoluto, y si de algo se lamentaba era de no haberlo encontrado diez años antes. Matías la había citado a esa hora por una cuestión estrictamente personal. El viaje desde Madrid a Salamanca tras el último vuelo de la tarde con la Lufthansa le obligaría a acostarse bastante tarde. No obstante su entusiasmo por la perla recién descubierta le instó a saltar literalmente de la cama en cuanto dieron las ocho, vestirse deprisa, hacer unas consultas en su portátil mientras apuraba un café en la cocina y echarse a la calle para llegar cuanto antes a la universidad. Así, cuando la alumna hizo acto de presencia a las doce del mediodía, el docente ya llevaba casi dos horas sumergido en la lectura de varios libros sobre la santa abulense. Si la chica había sido capaz de bucear en el manuscrito por sí misma y con sorprendentes resultados, él no quería defraudarla a su regreso.

—¿Se puede? —preguntó Carla, asomando la nariz por la puerta del departamento de Historia Moderna.

—Pasa —respondió el profesor sin levantar los ojos de un viejo tomo encuadernado en piel marrón. Al contrario que su alumna él apenas se había preocupado por su aspecto, pero el resultado era más que correcto. No es que su físico fuese ninguna maravilla, pues a la caída del pelo había que añadir un bigote visiblemente encanecido, el vientre abultado y un ligero sobrepeso que intentaba disimular con ropa oscura. Ese día había optado por un pantalón de pinzas, camisa blanca y jersey de pico color burdeos y una chaqueta de pana con coderas.

—Antes que nada debo darle las gracias por responder tan rápido a mis mensajes. Supongo que habrá estado muy ocupado en el congreso; también le pido disculpas por mi impulsividad, pero cuando tengo algo interesante entre manos soy incapaz de esperar.

—No te preocupes por eso, y acércate. Quiero enseñarte algo.

Carla, como una niña obediente, dejó su abrigo en el perchero de la entrada y, tras echar a un lado su pulcra melena castaña peinada con

raya, puso toda la atención en el material que Matías había dispuesto sobre el escritorio. En apenas cinco minutos, y mientras ella hojeaba varias biografías reunidas por su tutor, este le resumió su teoría sobre la procedencia de la carta.

—Según los libros del padre Ribera y de fray Diego de Yepes, Teresa de Jesús estuvo varios días postrada en la cama antes de fallecer. En eso están de acuerdo sus cuatro biógrafos contemporáneos, lo cual ya me da una pista del cómo y el cuándo pudo dictar ese mensaje y firmarlo.

—Conozco bien la historia, profesor. Mi familia materna es de La Hija de Dios, un pueblecito minúsculo de Ávila, y por tanto crecí escuchando las andanzas de Santa Teresa, sobre todo por boca de mi bisabuela, que murió cuando yo tenía quince años. No se imagina lo que me acordé de ella el viernes pasado cuando vi la firma en el manuscrito.

—¿Has dicho «La Hija de Dios»? —preguntó Matías sorprendido.

—Sí —respondió ella con una sonrisa—. Cada vez que la gente escucha el nombre del pueblo pone esa misma cara. Supongo que usted también querrá saber por qué se llama así, ¿verdad?

Matías asintió con la cabeza y Carla le explicó que tiempos atrás existió en aquel lugar una posada regentada por un hombre al que apodaban «el tío dios». Este al parecer tenía una hija muy hermosa, tanto que los arrieros solían parar fundamentalmente por el trato amable y la belleza de la muchacha. De ese modo el negocio llegó a ser conocido como «la posada de la hija de dios». Cuando por problemas agrícolas los vecinos del aledaño Belmonte se empezaron a asentar en la zona, tuvieron que buscar un nombre para el nuevo municipio, fijándose aquel por el que ya era conocido popularmente.

—Curiosa toponimia —exclamó Matías.

—Dígaselo a mi familia, que lleva toda la vida explicando la historia.

—Volviendo a Santa Teresa, lo que está claro es que esa carta dirigida al Duque de Alba tuvo que redactarse en las últimas horas de su vida. De otro modo no se entiende que otra persona lo hiciese por ella, limitándose finalmente a firmarla. Si por algo destacaba esa mujer era por su facilidad para escribir, y el no hacerlo tuvo que ser por motivos de fuerza mayor.

—Lleva razón. A mí también me extrañó ese detalle —asintió Carla.

—Además, si te has parado a analizar el texto, quienquiera que lo escribiese deja a las claras que el final de Teresa está muy próximo.

—De eso no hay duda. El hecho de que el papel sea de escasa calidad me hace pensar que tuvieron que improvisar a la hora de redactarlo. Tal vez lo hicieron deprisa para ocultarlo de alguien…

—Pero ¿por qué una mujer de su altura tendría que hacer algo así a escondidas?

La pregunta de Matías quedó interrumpida por su teléfono móvil. El profesor pulsó la tecla de recepción de llamadas y escuchó por espacio de tres minutos a la persona que se encontraba al otro lado. Carla, mientras tanto, continuó pensando en las razones que impulsarían a aquella mujer a redactar esas líneas en el último momento de su existencia; para buscar posibles respuestas tomó de la mesa un ejemplar de la *Vida de Santa Teresa de Jesús* del maestro Julián de Ávila, primer capellán de la santa.

Finalizada la conversación telefónica, el docente anotó unas palabras en un folio doblado por la mitad y se lo acercó a Carla sin decir palabra. Tras leerlo, esta lo miró a los ojos con un gesto de sorpresa y le espetó sin preámbulos:

—¿Qué significa CITeS?

—Son las siglas del Centro Internacional Teresiano Sanjuanista, una fundación creada en 2003 para promover el estudio y conocimiento de nuestros dos grandes místicos, Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, tanto desde el ámbito histórico, literario y teológico, como desde la difusión y traducción de sus escritos —explicó el profesor con cierta afectación.

—¿Y qué tiene que ver eso con nuestro manuscrito?

—Muy sencillo. Supongo que teniendo familia en Ávila habrás oído hablar de uno de los proyectos más populares del CITeS, la «Universidad de la Mística».

—Así es, pero sólo la conozco de eso, de oídas —confesó Carla.

—Pues la llamada que acabo de recibir es precisamente de esa universidad. Han sido escuetos pero muy generosos. Pretenden patrocinar tu investigación sobre la santa.

—¿Mi investigación?

—Sí, Carla. ¿O es que después de un hallazgo de ese calibre piensas seguir dedicando tu tiempo al estudio de los Austrias? —expresó el docente con rotundidad.

—La verdad es que no lo había pensado, profesor.

—Pues esta gente acaba de presentarnos una oferta que nadie podría rechazar.

—Siga, por favor —dijo Carla, a quien las adivinanzas cada vez gustaban menos.

—¿Tienes algo que hacer en los próximos meses?

—Aparte de redactar mi proyecto y encontrar un empleo, déjeme pensar…

—¡Carla!

—Nada, profesor. No tengo nada que hacer. ¿Está satisfecho?

—Pues ve buscando un nuevo título para la tesis, porque a partir de ahora vamos a dedicarnos a esta señora por entero. Ese hallazgo tuyo es tan interesante que la fundación te ofrece un cheque en blanco para rastrear el mapa en busca de sus pedazos.

—¿Sus pedazos?

—Perdona la expresión, quise decir sus «reliquias». Si la carta es auténtica, y todo apunta a que lo es, estamos ante la prueba más evidente de que a nuestra santa más universal la desmembraron contra su voluntad. ¿Por qué si no iba a mandar un recado al Duque de Alba suplicándole que no permitiera esa atrocidad? De algún modo ella presentía que en cuanto exhalara el último suspiro su cuerpo sería fragmentado, como ocurrió antes con otros religiosos. Pero ¿por qué querría evitarlo?

—Creo que eso nunca lo sabremos.

—Tal vez, pero si encontráramos las piezas del puzle que nos faltan nos aproximaríamos bastante a la verdad. Y tú ya tienes la primera…

—¿Me está diciendo que los del CITeS pretenden que yo busque los restos de Santa Teresa? Eso es una locura que puede llevarme no meses, sino años —protestó Carla con un incipiente nudo en el estómago—. Puede ser, pero serán unos años inolvidables. ¿No querías volver a la facultad para comenzar de nuevo? Esta es tu oportunidad. En 2015 se conmemora el V Centenario del nacimiento de Santa Teresa de Jesús y el presupuesto de la fundación se verá quintuplicado. Una tesis de este nivel es justo lo que necesitan para respaldar el evento de cara al mundo académico. Nadie ha inventariado jamás con rigor y seriedad las reliquias de la santa, puesto que se hallan diseminadas por todas partes. Todos han oído hablar de la famosa mano que Franco tenía en su dormitorio o del corazón momificado de Alba de Tormes, pero ¿y el resto? Si tú fueses capaz de poner en orden esas piezas y dar con aquellas que faltan, o al

menos con las más relevantes, podrías atraer la atención de los estudiosos así como de la prensa especializada y, por tanto, impulsar tu carrera. ¡Piénsalo!

—¿Y se puede saber para qué quieren esa información? Lo más lógico es que esas reliquias se veneren en iglesias y conventos de todos los rincones de Europa y más allá. ¿A qué viene ese interés por un cuerpo despedazado hace quinientos años? No lo entiendo, la verdad. Y lo que más me intriga de todo, ¿cómo diablos se han enterado esos señores de que he encontrado el manuscrito? ¡Si no ha transcurrido ni una semana! —a esas alturas la chica no sabía si darle las gracias al profesor o maldecirlo en su cara.

—A las dos primeras cuestiones no puedo responderte con exactitud. Pero veo lógico que una fundación creada por y para el estudio de los místicos muestre interés por cualquier cosa relacionada con Santa Teresa por muy extravagante que esta sea. Ese es su cometido, nos guste o no. Y en cuanto a la forma en que se han enterado del hallazgo, la respuesta es muy sencilla. Poco después de llamar a mis contactos para que movieran hilos en Simancas, estos a su vez movieron otros hilos…

—Comprendo.

—Bien, pues llegados a este punto todo lo que resta por averiguar está únicamente en tus manos. ¿Aceptas la oferta o no?

—¿Realmente tengo elección? —preguntó Carla con resignación.

—Creo que no —respondió Matías con gesto travieso.

—Pues que sea lo que Dios quiera...

—¡Excelente respuesta! —exclamó el profesor exultante—. No te arrepentirás, te lo aseguro.

—Eso espero, porque lo último que necesito es tomar una decisión equivocada (otra vez).

—Recuerda que no estarás sola. Me tendrás siempre aquí para lo que necesites.

—Muchas gracias, profesor.

—Dame un par de días para ordenar unos asuntos y nos ponemos en marcha, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Ah, y no olvides una cosa —dijo Matías con un halo de misterio mientras Carla recogía sus cosas.

—¿Qué cosa? —respondió ella intrigada.

—Que las casualidades no existen.

# 5. Ávila, 1936

Cuando el vetusto reloj de pared, una joya del siglo XIX tallada a mano en madera de ciprés, dio las cuatro en punto, una sombra de aletargamiento inundó los rincones de la casa de manera inmisericorde. El mes de julio había llegado a su ecuador y todos los habitantes de Ávila corrían a refugiarse de los implacables efectos del calor en las horas centrales del día. En cuanto los señores se hubieron retirado al salón para conversar, Luisa retiró los platos y los llevó a la cocina. Era el día libre de Francisca, la sirvienta más veterana, por lo que tuvo que darse prisa para recoger las cosas y preparar el café. En esta ocasión el almuerzo se había prolongado más de lo habitual debido a que los comensales no cesaban de discutir de política mientras el segundo plato, un asado de carne de ternera con patatas, aguardaba en su bandeja dispuesto para ser trinchado. Pero la chica no se impacientó; por el contrario esperó a que su patrono, don Filiberto —un empresario viudo— le reclamara el postre, otra botella de Rioja o lo que fuera menester. A sus dieciséis años ya tenía experiencia de sobra para conocer esa norma no escrita que indicaba que la mejor criada era aquella que pasaba desapercibida. Quince minutos más tarde, la muchacha acudió con una bandeja llena de tazas y una jarra de café hasta el lugar donde permanecían sentados el dueño de la casa y dos invitados: don Isaías Braña, abogado de la familia, y el doctor Milton Hinge, un médico norteamericano amigo de don Filiberto. Don Isaías era un habitual en los almuerzos de los miércoles. Su gusto por la buena cocina y su afán por conversar —algo a lo que su esposa no era demasiado aficionada— eran motivos más que suficientes para aceptar las invitaciones de su cliente una semana tras otra. Milton tenía apenas veintisiete años, pero su vasta cultura y facilidad para los idiomas —dominaba el español, así como el italiano y el alemán— y, sobre todo, su afán por conocer mundo, le había llevado a descubrir numerosos países de Europa entre los que se encontraba España. Precisamente en una visita a Ávila había conocido a don Filiberto, quien a pesar de doblarle la edad le había ofrecido su amistad más sincera y la posibilidad de residir un tiempo en su tranquila residencia castellana.

Luisa comenzó a servir el café justo cuando la conversación de los hombres estaba en su punto más álgido. Don Isaías, miembro de la CEDA, criticaba duramente a los disidentes de su partido que, añorando el pasado monárquico del país, habían fundado el movimiento Renovación Española como una forma de perpetuar el legado de Alfonso XIII. Para el abogado madrileño los encendidos debates de la primavera de ese año —entre los que destacaba el enfrentamiento con La Pasionaria— habían sido el detonante del asesinato de Calvo Sotelo dos días atrás. Don Filiberto, visiblemente enojado, le recordaba que esa muerte vino precedida por otra igual o más trágica, la del teniente republicano José del Castillo, hecho que había prendido una mecha de imprevisibles consecuencias.

El doctor Hinge, por su parte, apenas intervenía en la discusión, dado su escaso interés por la política internacional. Bastante tenía ya con las trifulcas entre sus conocidos demócratas y republicanos en los Estados Unidos, y su único posicionamiento era el reconocer abiertamente sus simpatías por Roosevelt. Lo que realmente le interesaba de España, más allá de los pleitos entre izquierdas y derechas, era su exotismo, la variedad de paisajes, el rico patrimonio y, sobre todo, las mujeres. No pocas veces había sonreído o piropeado a alguna chica en sus paseos matutinos por el Rastro o el Mercado Chico, pero siempre de un modo serio y respetuoso. Milton había sido educado en el seno de una adinerada familia católica, abanderada de las buenas costumbres y comprometida con la sociedad, donde la ayuda al prójimo era algo consustancial a su propia existencia. Quizás por eso el único hijo del matrimonio, conformado por un ingeniero naval y la heredera de un rico terrateniente, eligió estudiar medicina.

Tras servir al patrono y a su abogado, la joven criada se dirigió con presteza hasta el sillón que ocupaba el doctor, situado frente a una alta estantería repleta de libros. Mientras colocaba la pequeña taza de porcelana blanca sobre el plato observó de reojo que, de los tres hombres presentes en la sala, Milton Hinge era el único que estaba poniendo atención en su trabajo. Tanto era así que, al comprobar que el norteamericano no le quitaba ojo cuando se disponía a verter el líquido en su recipiente, instantáneamente esbozó una ingenua sonrisa que de inmediato obtuvo respuesta. Luisa jamás habría pensado que un simple gesto, una acción tan pueril como mover los labios, pudiese reportarle una recompensa tan gratificante. Desde que lo viera irrumpir en la sosegada y rutinaria vida de la casa una mañana del

mes de mayo, vistiendo un elegante traje de algodón azul claro con rayas blancas y una corbata a juego y portando su inseparable maletín de cuero, no podía pasar una sola noche en que no se hiciese esta pregunta: «¿Cuándo me pondré enferma para que él me dedique siquiera una mirada?». De haberlo sabido antes, le hubiera sonreído cada vez que se cruzaban por los pasillos. Pero de un modo u otro —pensó con entusiasmo— él ya sabía que ella existía y que más allá de hacer las camas, ayudar en la cocina, lavar, tender y planchar la ropa, era capaz de sentir, emocionarse y, tal vez y con un poco de suerte, amar y ser correspondida.

—¡Cuidado, muchacha! —gritó el doctor, cuando sintió las gotas de café resbalando por su muslo derecho. Luisa no se lo podía creer. En tan sólo unas décimas de segundo acababa de descender del cielo a los infiernos.

—¡Luisa! —protestó don Filiberto—, ¿cómo has podido ser tan torpe, hija?

—¡Estas criadas de hoy en día! —apostilló el abogado.

—¡Por la Virgen de la Soterraña! —clamó la chica aterrada—. ¡Discúlpeme, doctor! ¡He sido una verdadera estúpida! ¡Don Filiberto! ¡Perdóneme, por Dios!

—Pero ¿a quién se le ocurre? —bramó de nuevo el patrono.

—Déjelo —trató de suavizar el norteamericano—, no ha sido nada. Simplemente unas gotas de café caliente en el pantalón. Muy calientes, eso sí —dijo mirando a la chica con una incipiente compasión.

—¿Qué puedo hacer para arreglarlo? —preguntó ella, hecha un manojo de nervios.

—¡Nada en absoluto! —sentenció el empresario—. Retírate, que será lo mejor. Mañana hablaremos de esto en privado.

—Sí, señor —respondió con ahogo—. Como mande el señor.

Hasta ese momento Luisa no conocía el verdadero desconsuelo, pues al hecho de sentirse humillada por su patrono delante de los invitados había que sumar que, en su imperdonable torpeza, acababa de arruinarle una delicada prenda de lino a la persona que más admiraba en el mundo. Dos lágrimas comenzaron a surcar sus mejillas mientras abandonaba el salón camino de su modesta habitación al fondo del pasillo. Si le hubiesen clavado cien agujas en el corazón no se habría sentido más desdichada. Por su parte Milton sintió profundamente haber sido el causante de la salida precipitada de la

chica. Qué importaban unos simples pantalones manchados cuando un alma cándida, de la que conocía poco más que el nombre, acababa de quebrarse por un instante de distracción.

Al día siguiente, cuando don Filiberto regresó de su oficina en la calle Vallespín pasadas las dos y cuarto, se sorprendió de que Luisa no estuviese en casa. Como se sentía mal por sus excesos del día anterior —entre la acalorada conversación con Isaías y el exceso de Paternina, se le había ido un poco la mano con la chica— rápidamente preguntó por ella a Francisca, quien tras la jornada de descanso parecía haber recobrado sus energías al máximo. Esta le informó, sin abandonar en ningún momento su quehacer en la cocina, que después de terminar de limpiar las habitaciones y sacudir las alfombras la sirvienta había salido a hacer un importante recado. Ni siquiera había probado bocado antes de abandonar el edificio, algo que no le sorprendió tanto como descubrir las ojeras que alteraban el estado natural de su rostro. Al oír esto el patrono guardó silencio, agachó la cabeza y se retiró al salón hasta que Francisca tuviera listo el almuerzo.

Media hora más tarde, cuando el empresario ya estaba dando buena cuenta de una sabrosa lubina a la espalda, Luisa hizo acto de aparición de un modo poco corriente para lo que solía. Simplemente atravesó la estancia, saludó con corrección a don Filiberto —ese día el doctor había preferido almorzar en la calle— y se retiró a su habitación. Al ver la tristeza reflejada en la aniñada cara de su sirvienta, el hombre fue incapaz de pronunciar una palabra. Para ello esperó a que Francisca le sirviese el postre.

—¿Le importaría ir a ver cómo se encuentra la chica? —dijo el viudo en un tono suave—. No soy médico, pero por su aspecto diría que anda maluscona.

—En seguida, don Filiberto.

—Dígale también que, si no le importa, me gustaría hablar con ella… Bueno, siempre que no esté enferma… Quiero decir, cuando le apetezca…

—No se preocupe, le he entendido perfectamente —expresó Francisca con un gesto benevolente. Aquel hombre cuya escasa estatura, pelo ralo y ostensible papada no impedían que su lustre fuese altivo y excesivamente duro la mayoría de las veces, era mucho más sensible de lo que la gente pensaba. Más de veinte años sirviendo en su casa le habían convencido de ello.

Antes de lo que podía esperarse, Luisa abandonó su refugio y con

una decisión y seguridad impropias de sus dieciséis años, se plantó frente a su patrono para atender la llamada. Este la invitó a sentarse en el mismo salón donde veinticuatro horas atrás había tenido lugar la escena del café, pero ella prefirió permanecer de pie. Fuera lo que fuese aquello que don Filiberto pensaba decirle —seguramente le echaría una reprimenda por su error, a todas luces muy comprensible — lo escucharía con suma atención, asumiría las consecuencias y, al final, pediría la palabra.

Lo que ella no podía imaginarse es que el hombre comenzaría interesándose por su salud y más tarde preguntándole por sus aficiones, por las amistades en la ciudad y otros asuntos sin importancia, siempre usando un tono amable y conciliador. En vista de lo cual la joven contestó con sinceridad, diciendo que se hallaba bien y que su única preocupación era estar a la altura de la confianza que habían depositado en ella.

Una vez se hubo relajado la situación, don Filiberto le pidió disculpas por haber sido tan estricto con ella —la muchacha no salía de su asombro—, instándola a olvidarse del asunto y a seguir cumpliendo con su obligación como siempre lo había hecho. Tampoco reparó en alabanzas hacia su persona: lo limpio que lo tenía todo, la atención que ponía en los pequeños detalles… Algo que a Luisa le permitió elevar un poco su alicaída autoestima. Una vez hubo terminado la almibarada perorata, el empresario se recostó en el sillón con la sensación del deber cumplido, sin contar con que Luisa aún diría la última palabra.

—Le agradezco todo lo que me ha dicho, don Filiberto. Se lo agradezco de verdad. Tanto que hasta me entran ganas de llorar —dijo emocionada—. Pero no debo hacerlo.

—Por mí no te contengas —la interrumpió el patrono, cada vez más orgulloso de su discurso.

—No, señor. Prefiero mantenerme serena para pedirle un favor importante.

—Habla, Luisa.

—Esta mañana he hablado por teléfono con mi hermano Eugenio, el que vive en Málaga... Hace más de dos años que no lo veo, justo el tiempo que ha pasado desde que se marchó a trabajar a la fábrica, y si usted me lo permite, quisiera ir a visitarlo.

Don Filiberto se quedó mudo de pura sorpresa. Lo que iba a ser una charla de reprimenda con su sirvienta se había convertido, por arte de

magia, en un cúmulo de alabanzas hacia la chica. Y tanto había endulzado el tono de agradecimiento que, en vista de su petición formal —la primera que le hacía desde que entró a servir con doce años—, no podía imaginar siquiera el negarse. Por tanto hizo de tripas corazón y respondió afirmativamente. Lo triste no era que Luisa se marchara por unos días al sur sino que lo haría después de un momento tenso y tal vez sin confesar sus verdaderas razones.

Esa noche la muchacha aprovechó los instantes posteriores a la cena para despedirse de su patrono así como del doctor Hinge. Cuando este se enteró de su repentino viaje a Andalucía cortésmente se ofreció a acompañarla, algo que Luisa rechazó de pleno. No obstante el norteamericano, con la conciencia aún dolida, le rogó que al menos le permitiese pedir un taxi y llevarla a la estación al día siguiente, algo a lo que no se pudo negar.

Horas más tarde Luisa abandonaba el centro de Ávila con una pequeña maleta de madera extremeña —legado de sus padres fallecidos en un trágico incendio diez años antes—, unos billetes que don Filiberto le había obligado a aceptar y los nervios propios de alguien que salía por primera vez del nido. Lo único que la reconfortaba era la compañía del doctor, al que ni siquiera tenía el valor de mirar a los ojos. Por eso, mientras ambos permanecían en el asiento trasero del coche camino de la estación, ella deseó que el tiempo se detuviese por un instante, siquiera para poder absorber el aroma a colonia extranjera que ese hombre maravilloso desprendía.

Llegados a su destino, Milton tomó la palabra para pedirle la dirección de su hermano en la costa malagueña. «Simplemente es por precaución…, por si llegara a ocurrirte algo», le explicó, consciente de que la marcha de la joven podría ser un hecho definitivo. Seguidamente Luisa observó con delectación como él tomaba entre sus largos dedos la libreta Moleskine que siempre llevaba dentro del bolsillo del traje y, con un pulso decidido y elegante, anotaba la calle y el número con su preciosa pluma estilográfica.

—Llámame para lo que necesites —le susurró al oído antes de que la muchacha subiese al tren.

—Gracias —respondió ella sin poder mantenerle la mirada.

—Disfruta del viaje y no abuses del sol, ¿eh?

—Lo haré, doctor.

—Y no me llames más «doctor». Para ti soy Milton.

—Gracias, Milton —dijo despidiéndose con la mano, esta vez entornando los ojos al alejarse de los suyos mientras el tren se ponía en marcha.

—Tengo el presentimiento de que, tarde o temprano, volveremos a encontrarnos —consideró él mientras el perfil de la chica, fútil entre las sombras que poblaban el vagón de tercera, se difuminaba en la distancia como una minúscula gota de agua atrapada en bocanadas de vapor.

# 6. Primeras pesquisas

*Casa de las Conchas, Salamanca, 15 de febrero de 2011*

Transcurridos dos meses desde el encuentro entre Carla y Matías en que quedaron fijadas las bases de la investigación —mientras el profesor se comprometía a facilitarle una amplia bibliografía sobre el tema ella debía ir rastreando en las bibliotecas, enviándole informes periódicos—, las dificultades para hallar pistas sobre el paradero de las reliquias comenzaron a relucir.

Para empezar la joven comenzó a elaborar un listado de posibles emplazamientos que aunque no era muy descriptivo en su contenido al menos le permitía situar las más relevantes. Y dado que sus conocimientos sobre la santa a esas alturas no eran demasiado extensos se propuso sumergirse en todas aquellas biografías que tuviese a su alcance. Así no tuvo por menos que comenzar por las cuatro más valiosas, las redactadas entre los siglos XVI y XVII por testigos casi directos, contemporáneos o autores de prestigio que Matías tenía en su poder. A saber, las obras del padre Francisco de Ribera, fray Diego de Yepes, Julián de Ávila y fray Luis de León. No es que la lectura de esos textos en la más pura tradición de la literatura hagiográfica supusiese una experiencia apasionante, pero al menos le permitía introducirse en el contexto de la época, conocer de primera mano los avatares del personaje y, por supuesto, orientar las líneas de su trabajo.

Lo cierto es que esta tarea, a la que había que añadir un empleo como camarera en el mítico café Novelty desde poco antes de las navidades, ocupaba la mayor parte de su tiempo. Así, por las mañanas Carla se dedicaba por entero a la investigación, empleando las tardes en servir cafés, helados y *gin-tonics* que le permitían sacarse unos euros para el alquiler y sus gastos, puesto que el patrocinio de la fundación no cubría esas necesidades. Algo que no estaba del todo mal, pues para compensar el encierro matutino en archivos y bibliotecas en que casi no podía ver la luz de sol, disponía de la amplia terraza del establecimiento hostelero, donde a partir de las tres de la tarde se le permitía respirar el aire de la Plaza Mayor atendiendo

a clientes de lo más variopinto.

Tras una madrugada de hasta cuatro grados bajo cero en que la gruesa manta palentina le había resultado insuficiente, en cuanto su reloj despertador en forma de pastel emitió su desagradable pitido, saltó desde la cama con escaso entusiasmo. Ya en la calle, donde una ráfaga de aire glacial casi le corta la respiración, la joven dirigió sus pasos hacia uno de los edificios monumentales más frecuentados por los turistas, la Casa de las Conchas. Un palacio de finales del XV mandado construir por todo un caballero de la Orden de Santiago, Rodrigo Maldonado de Talavera, quien fuera rector de la universidad y miembro del consejo real de Castilla. Lugar mágico que debía su nombre popular a las más de trescientas conchas que cubrían su fachada para admiración de propios y extraños. Un singular detalle arquitectónico que llevaba siglos alimentando la leyenda. Así, mientras algunos autores sugerían la pertenencia de Maldonado a la orden caballeresca como principal razón de la presencia de las «vieiras», otros referían el escudo de armas de su esposa, doña Juana de Pimentel, cuyo emblema en efecto constaba de barras y conchas. Pero sin duda las más populares eran las argumentaciones que apuntaban a una onza de oro escondida (siguiendo la costumbre de la época de poner una moneda en los cimientos para atraer la buena suerte), o la que relataba el hecho de que la familia propietaria ocultara sus joyas bajo uno de los moluscos de piedra, estando documentada la cantidad escondida pero no la ubicación. Para rematar la historia se decía que aquel que desease buscar el tesoro debería aportar con anterioridad la cifra estipulada como fianza, llevándose el botín completo en caso de hallarlo, y de lo contrario perdiendo el dinero dejado en prenda.

Con todo, el hecho de que Carla se refugiase en ese hermoso edificio no obedecía tanto a que la temperatura en la calle fuese insoportable como a que albergaba una colección de más de 44000 volúmenes pertenecientes a la Biblioteca Pública de Salamanca. Una vez hubo franqueado la puerta adintelada y accedido al patio de arcos mixtilíneos apoyados sobre columnas de mármol de Carrara que tanto le impresionaban, la chica buscó la sala de consulta y, ante la agradable sensación de calor que emanaba del interior, se fue despojando paulatinamente de su abrigo, guantes y bufanda. Minutos después sus finos dedos, cuyo color se había vuelto azulado por la

acción del frío, recuperaron su aspecto natural permitiéndole teclear en el ordenador de búsqueda. Tras descartar diversas opciones biográficas así como actas de congresos, antologías poéticas y grabaciones sonoras, Carla optó por un trabajo monográfico de 1946 titulado *La hora deseada*, en el que su autor, Pedro Villarejo, desgranaba los últimos días de la santa. Sin duda ese era el punto de partida para la trama laberíntica en la que se hallaba inmersa.

Una lectura por encima le permitió corroborar lo que ya conocía por los relatos de Ribera y Yepes, que Teresa de Jesús había fallecido entre grandes dolores en la villa de Alba de Tormes, casi por casualidad. Por tanto ahí, en ese enorme pajar de sus horas postreras, era donde podría localizar la aguja que enhebraba el hilo de su hallazgo. Ahora las grandes preguntas eran «cómo» y «por qué» escribió esa enigmática carta y de qué forma llegó hasta el archivo de Fernando Álvarez de Toledo.

Por otra parte, y centrando su atención en las reliquias Carla comenzó a ilustrar su índice de emplazamientos con la segunda de las fundaciones, el convento de las carmelitas descalzas de San José, en Medina del Campo. Tras un exhaustivo reconocimiento del lugar a partir de descripciones físicas de su aspecto en el siglo XVI, así como de guías histórico-artísticas modernas que mostraban su evolución arquitectónica, la muchacha pudo no sólo constatar la presencia de la santa días antes de su muerte sino las posibles sensaciones vividas entre esos muros. En ese monasterio vallisoletano descansaba, custodiado como un auténtico tesoro, un pequeño fragmento de su corazón —el resto lo atesoraban las monjas de Alba de Tormes—, cartas inéditas firmadas, un breviario de las horas y una tabla de servir en el refectorio. También podían hallarse otras piezas curiosas expuestas en las vitrinas de su completo museo; por ejemplo la primera campana de la santa, varias casullas bordadas por ella misma y hasta un pequeño crucifijo que solía llevar colgado de su cinto. En suma un completo testimonio de su tránsito terrenal que fue llenando el cuaderno de notas de Carla hasta que llegó la hora del almuerzo.

Minutos después y mientras apresuraba sus pasos hacia el bar donde pensaba tomarse unas tapas antes de entrar a trabajar, Carla reflexionó sobre el poder de fascinación que esa mujer nacida en Ávila seguía ejerciendo entre las gentes del siglo XXI. Tanto era así que su figura era utilizada como reclamo turístico y también como emblema de la Iglesia castellana desde siempre. ¿Por qué ella y no otra? ¿Acaso

la cristiandad no contaba entre sus filas con personajes más notables? ¿Tanta era su valía que incluso llegó a postularse como patrona de España disputándole tal honor al mismísimo Santiago Apóstol?

En esas estaba cuando vio aparecer ante sus ojos el cartel de *Casa Paca*, el concurrido establecimiento próximo al mercado de abastos que le permitiría ingerir algún alimento a buen precio y en el menor espacio de tiempo posible. Si algo había aprendido en su periplo vasco es que muchas veces era preferible tomar unos buenos pinchos de pie en una barra, incluso estando atestada de público, que sentarse en una mesa para degustar un menú por muy económico que este fuese. La calidad y la cantidad no eran lo más importante. El saberse inmersa en el alegre caos del bar, en clara sintonía con aquellas personas anónimas que apuraban una copa de vino o un tubo de cerveza junto a sus parejas o amigos, le permitía sentirse bien consigo misma. Y en aquel momento de su vida en que su afán por desplegar las alas y echar a volar en pos de una ilusión era su máxima prioridad, la agria soledad de un mantel con la servilleta y los cubiertos como única compañía le parecían algo contraproducente. Por tanto, estando ya ubicada para almorzar y cuando su brazo comenzaba a alzarse con objeto de hacerse notar entre el enjambre de clientes, un perfil reconocible asomó por su derecha.

—¡Carla! ¿Pero eres tú, mi niña?

—¿Mamen? ¡No me lo puedo creer! ¡Qué alegría más grande! —dijo la chica fundiéndose en un cálido abrazo con su amiga.

—*Dieciocho sean los ojos*. Pero ¿dónde has estado metida todo este tiempo? Pensaba que te habían secuestrado…

—Es una historia muy larga.

—Pues ve pidiendo dos cañitas y me la cuentas, aunque sea resumida.

María del Carmen Hortaleza —Mamen para todos— era una vieja conocida de la familia desde la época en que el padre de Carla trabajaba como agente de viajes. Su profesión, guía oficial de turismo, la había hecho célebre en toda Salamanca así como en la mitad de Castilla y León. De hecho llevaba veinte años dedicada a glosar las virtudes de la ciudad a los grupos y particulares que requerían de sus servicios, tanto a nivel particular como en la oficina de información de la Plaza Mayor. Todo en Mamen era excepcional y fuera de lo común, desde su fortaleza física en una estatura más bien escasa hasta la gran melena de rizos rojos que enmarcaba un rostro risueño como principal

seña de identidad. Este detalle y un modo de vestir inclasificable que incluía abrigos de pieles estilo *vintage* y botas chillonas en invierno, así como una gama de atuendos vistosos y joviales en verano, despertaba la atención de todos aquellos que se cruzaban en su paso. Pero si Mamen era especial exteriormente aún lo era más en su interior, pues a una forma de ser alegre y optimista había que añadir su constancia y entrega en todo aquello que emprendía. Algo que su marido debía agradecerle en suma, pues sin la valentía y el empuje de su carácter no hubiesen logrado poner en marcha ese negocio hostelero que, a duras penas, complementaba la economía familiar.

Una vez que Carla hizo un completo resumen de su obra, vida y milagros en la última década —sin entrar en demasiados detalles de su espinosa relación con Ángel— ambas consiguieron hacerse hueco en la barra para saciar su apetito con unos deliciosos gratinados de atún y patata que el camarero depositó con enorme destreza.

—Yo no me puedo quejar —dijo Mamen, mientras soplaba en dirección al tenedor antes de introducir un trozo de comida en su boca —. Desde hace unos años hay bastante competencia en esto de las visitas turísticas. Fíjate que hasta mi propio hermano ha abandonado la asociación de guías y se ha montado por libre, pero afortunadamente a mí me siguen llamando. Tenemos épocas fuertes y también rachas regulares, como en todos los negocios, aunque seguimos luchando.

—Me alegro mucho, Mamen —exclamó una Carla a la que la compañía inesperada le había supuesto un subidón de energía positiva —. Como te he comentado mi intención ahora es retomar los estudios, hacer la tesis y después ya veremos.

—¿Y se puede saber sobre qué o quién estás investigando?

—Teresa de Jesús —dijo Carla con orgullo, a sabiendas de que Mamen se alegraría al conocer el tema. Desde siempre la salmantina había mostrado sus simpatías por la santa.

—¿No me digas? Pues precisamente mañana voy a explicar el convento de San Esteban a un grupo de seminaristas gallegos. Allí se conserva el confesonario que utilizaba Teresa, así que les contaré alguna anécdota sobre ella. ¿Quieres venir?

—Pero ¿no es una visita privada?

—Sí, pero ya me inventaré algo. Por ejemplo que vienes conmigo de alumna en prácticas. ¿Qué te parece?

—¿Qué me va a parecer? Pues que no has cambiado nada.

Antes de despedirse para volverse a encontrar al día siguiente, Mamen se ofreció a ayudarla en todo aquello que fuese menester, pues sus contactos incluían tanto a profesores como a clérigos de diversas partes del país. Carla se lo agradeció con un beso y la promesa de invitarla a un buen chocolate con churros en cuanto tuviese una oportunidad.

# 7. Fortalitia

*De una manera o de otra ha de haber*
*cruz mientras vivimos.*

Teresa de Jesús (M5 2,9)

*La Nava, Salamanca, año del Señor de 1582*

«Traigo una orden para vuestra reverencia», fueron las palabras con las que el religioso comenzó su discurso tras la celosía del locutorio. Teresa, a sabiendas de que las noticias no harían sino repercutir negativamente en su estado —ya sumido en una irreparable cuenta atrás— respondió con gesto serio y apesadumbrado.

—Por Dios, no me asuste... Creí que había venido por el gusto de verme —dijo usando un tono de decepción tratando de ablandar la severa coraza del recién llegado—. Remedios es lo que necesito… y consuelo, más que órdenes…

—Lo siento en el alma, pero me hallo en la obligación de transmitirle un mensaje de suma importancia. La duquesa doña María Enríquez la reclama en la villa de Alba de Tormes para que ayude espiritualmente a su nuera, que va a dar a luz. Para su traslado ha dispuesto una carroza…

—No puedo —respondió tajante tras una breve pausa—, pues tengo que dar el hábito a mi sobrina Teresa. Hace unos días el padre Gracián me mandó ir a Ávila.

—Si no me equivoco los asuntos de Gracián le tienen ocupado desde hace tiempo en las tierras del sur…

—Así es.

—Pues siendo de esa forma no debiera emplearse más que en los pleitos de allá, dejando el resto de encomiendas a sus hermanos.

—No hable así de un siervo de Dios —replicó la madre al fraile, a quien la oportuna lejanía de Gracián le había permitido ascender en la escala eclesiástica.

—Disculpe mis torpes palabras, y acepte este brazo para que la acompañe hasta el lugar de su ministerio.

—Sólo Dios puede sostenerme ya en este empeño —sentenció con una lánguida tristeza.

Al atardecer del 16 de septiembre, Ana y Teresita comenzaron a preparar lo necesario para el nuevo periplo, esta vez con los huesos de la madre amenazando ruina. Lo que parecía un necesario receso en Medina que restableciera la quebrada salud de la religiosa, se había convertido una vez más en un punto y seguido para los designios del Altísimo. Jamás una entrevista había logrado desasosegar tanto a la fundadora como aquella en la que fray Antonio de Jesús ordenó su apresurada marcha hacia tierras salmantinas.

Tras varias jornadas a marchas forzadas, aún debían recorrer un trecho considerable, así que iniciaron el viaje después de la hora prima con la compañía del propio fray Antonio y unos criados enviados por la duquesa, y tras pernoctar en Fresno el Viejo y Palacios Rubios —donde los viajeros apenas hallaron descanso—, la carroza llegó a Aldeaseca de la Frontera, con su principal ocupante deshecha ya por el traqueteo.

Con gran pesar, la solícita enfermera Ana de San Bartolomé hizo todo lo posible por hallar algo de comida que aliviase los rigores del camino, logrando tan sólo unos higos que la madre se llevó a la boca con gran voracidad, pese a las fiebres que le aquejaban desde el día anterior. Al amanecer del día veinte recorrerían las últimas leguas que los separaban de la villa de Alba.

La Nava, municipio anejo a Sotrobal, se alzaba como un humilde reducto de la Tierra de Peñaranda, comarca salmantina que le daba cobijo. Sus gentes eran más bien pobres, de ahí que los escasos higos que Aldeaseca pudo ofrecer a la monja abulense —y que ni siquiera logró digerir— no llegaron a superarse en demasía, pues la escudilla con que la agasajaron en el pueblo la noche anterior contenía unas desoladas berzas tan mal aderezadas que apenas le sirvieron como sustento.

Teresa, a pesar de que en su infancia se había sentado muchas veces a una mesa colmada de alimentos junto a sus padres Alonso Sánchez de Cepeda y Beatriz de Ahumada y sus doce hermanos —de los cuales dos eran fruto del primer matrimonio de su progenitor con la fallecida Catalina del Peso—, no sufría por las futilidades mundanas, pues desde joven su existencia se sostenía entre el vigor que le infundía la oración y el impulso de sentirse un instrumento en

manos del Señor. No obstante aquella jornada de septiembre en que su estómago pugnaba con su espíritu en una batalla desigual, ansió como nunca un buen plato de alcuzcuz con garbanzos, unas berenjenas con almodrote, un adobado de carnero o una buena capirotada de queso, huevo y aceite. Verdaderos manjares que, junto con los hojaldres, los nuégados[2] o los pestiños muchas veces suponían un verdadero lujo para las exiguas economías de los más desfavorecidos, pero sin embargo eran habituales en las casas de noble linaje.

Ella sabía bien lo que era disponer de todo eso, máxime cuando hasta los dieciséis años se declaraba «enemiguísima de ser monja» e incluso se enfrentaba a su padre por internarla como pupila de las agustinas al enviudar por segunda vez. Hasta los veinte años no había cedido a la llamada de la vocación que la llevó a ingresar en el convento de la Encarnación de Ávila, aunque de nuevo enfrentada a don Alonso —que se negó en rotundo a que su hija vistiese el hábito, aunque al final cedió y aportó una generosa dote—, accediendo con ello a una vida completamente distinta a la anterior, especialmente tras sufrir una larga enfermedad que le haría replantearse su futuro. Desde entonces la dieta era estricta y los almuerzos y cenas mucho más frugales de lo que estaba acostumbrada. Algo que nunca le pesó.

Por eso aquel día en La Nava sintió una punzada de avidez como nunca antes había experimentado. Algo que recorría todo su cuerpo desde lo más profundo del estómago y que la hacía desfallecer. Estaba literalmente desmayada de puro hambre. Una sensación que la acompañó hasta que los caballos enviados desde Alba para tirar del carruaje reclamaron su merecido descanso a las afueras de Peñarandilla. A esas alturas la religiosa acumulaba una gran fatiga por el arduo peregrinaje y el calor del mediodía consiguió vencer su resistencia a causar molestias. Por ello hubo de dirigirse a Ana con gran pesar.

—Hija mía, si puede procurarse algo, lo que sea, prepáremelo, porque ya no puedo más.

—Haré lo que esté en mi mano —respondió la toledana con gran preocupación.

Seguidamente la monja entregó cuatro reales a uno de los criados para que fuese al pueblo a comprar un par de huevos, despidiéndolo con la esperanza de que este encargo pudiese aliviar los sufrimientos de la madre. Aquella orden dada por doña María Enríquez al poco de

llegar al convento de Medina del Campo le estaba costando la vida.

Una vez se hubo alejado el caballo con el joven jinete levantando una gran polvareda, Ana de San Bartolomé introdujo un pequeño paño en un cubo lleno de agua y tras escurrirlo con esmero se lo aplicó en la frente a Teresa con objeto de bajarle la calentura. La temperatura corporal ya era preocupante y aún distaban varias leguas del convento de la Asunción, por lo que podía empeorar.

Teresita observaba con cautela desde una distancia prudencial con los ojos bañados en lágrimas, consciente de que si su tía fallecía antes de imponerle los hábitos su futuro se vería truncado sin remedio. Por eso no se le ocurrió otra cosa que juntar sus pequeñas manos y, en actitud implorante, elevar una oración a San José, a quien las carmelitas descalzas veneraban con abnegación.

*—Glorioso Patriarca San José, cuyo poder sabe hacer posibles las cosas imposibles, venid en mi auxilio en estos momentos de angustia y dificultad. Tomad bajo vuestra protección las situaciones tan serias y difíciles que os encomiendo, a fin de que tengan una feliz solución. Mi bienamado Padre, toda mi confianza está puesta en Vos. Que no se diga que Os he invocado en vano y puesto que Vos podéis todo ante Jesús y María, mostradme que vuestra bondad es tan grande como vuestro poder. Amén*.

Y es que, aunque su tía razonaba constantemente entre las demás monjas acerca de obligaciones y menesteres cotidianos que a ella se le escapaban, en cierta ocasión la oyó mencionar al santo varón con unas palabras tan emocionadas que ya jamás se le borraron de la mente. Decía Teresa, refiriéndose a San José: «No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado santo... No he conocido persona que de veras le sea devota que no la vea más aprovechada en virtud, porque aprovecha en gran manera a las almas que a él se encomiendan... Sólo pido por amor de Dios que lo pruebe quien no le creyere y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse a este glorioso patriarca y tenerle devoción…».

Desde entonces muchas hijas del Carmelo habían experimentado una inclinación natural hacia el que fuera guardián de Cristo en la tierra, modelo de padre y esposo y patrón de la Iglesia Universal.

Pero el destino parecía querer castigar aún más a las desdichadas

mujeres, pues en cuanto el sirviente regresó y el padre Antonio lo recibió junto a la carroza todas las esperanzas se desvanecieron al comprobar que venía con las manos vacías. No pudiendo resistir por más tiempo su profundo desconsuelo, Ana estalló en un incontrolable llanto que causó la admiración de todos, incluso de la madre que, sin ánimo siquiera para incorporarse, hizo acopio de fuerzas para consolarla.

—No llore, pues Dios ha dispuesto que sea así.

—¿Dios, madre? ¿Aún se acuerda Nuestro Señor de estas tristes hijas que no conservan ya ni el resuello para loarlo? —exclamó Ana sin dejar de llorar.

—Él proveerá, ya lo verá —intervino fray Antonio con gran congoja.

Y en ese instante en que todas las miradas se concentraban en la monja suplicante con ánimos de intervenir, Teresa de Jesús sintió de repente que le faltaba el aire y demudando el gesto tras un suspiro silencioso, giró la cabeza hacia un lado con evidente laxitud y perdió el sentido.

2 El *alcuzcuz con garbanzos* se menciona repetidas veces en la literatura, por ejemplo en *La lozana andaluza*, donde puede apreciarse un fuerte influjo del Magreb. Se trataba de una masa compuesta de harina que también se utilizaba para confeccionar sopas. El *almodrote,* salsa proveniente de la cultura sefardí del siglo XV, se elaboraba con los restos de queso emborrado que quedaban en el fondo de las vasijas. La *capirotada* era «cierta manera de guisado que se hace de ajos, aceite, queso y huevos, yerbas y otras cosas […]. Y porque lo recibe encima a modo de capirote se dice capirotada». Por último los *nuégados* eran una mezcla de harina, miel y nueces, principalmente.

# 8. Sólo falta Nino Rota

*Iglesia de Santa Maria della Scala, Roma, 5 de abril de 2011*

Cuenta la tradición que el papa Clemente VIII, impresionado por los múltiples fenómenos acaecidos en torno a un retrato de la Virgen que se hallaba junto a la escalera de entrada de una casa en el barrio romano de Trastevere —entre ellos la curación de un niño deforme—, se vio forzado a construir una iglesia que cobijase a los numerosos peregrinos que llegaban en busca de un milagro. De este modo en 1593 se comenzó a levantar el templo así como un convento de carmelitas descalzos anexo al mismo, no terminándose hasta 1624, tras una serie de avatares como el fallecimiento del primitivo arquitecto Francesco Capriani.

Desde entonces Santa Maria della Scala era un referente dentro de las propiedades que el Carmelo poseía en el mundo, albergando *tesoros* insólitos como una copia del cuerpo yacente de Santa Teresita del Niño Jesús —prácticamente idéntico al original que se conservaba en la ciudad francesa de Lisieux—, y un hermoso óleo de Carlo Saraceni que representaba la muerte de la Virgen María y cuyo principal valor histórico residía en ser el sustituto de un original de Caravaggio rechazado por su carácter indigno y hereje, pues se decía que el afamado artista era sospechoso de haber utilizado como modelo a una prostituta ahogada en el Tíber. Asimismo el edificio contaba con otras obras de arte dedicadas a los místicos españoles San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús, entre las que destacaban un grupo de mármol con una escena del fraile a los pies de un crucifijo, una sobria pintura de la santa realizada por Francesco Mancini y la pieza estrella de la colección, la reliquia de su pie derecho.

Precisamente con objeto de observar esta reliquia lo más cerca posible para poder catalogarla —Matías insistió en que aquellos fragmentos del cuerpo de la religiosa que fuesen de mayor importancia debían ser examinados *in situ*— Carla había puesto rumbo a la Ciudad Eterna coincidiendo con la primavera. Y la estancia únicamente sería de dos noches: la primera de ellas para situarse y

establecer contacto con los responsables de la custodia de la reliquia y la segunda, tras examinarla —tarea que tan sólo le llevaría media jornada—, como prólogo de su retorno a España. Por ello decidió no llevar demasiado equipaje, ya que el clima era benigno a esas alturas del año y las predicciones auguraban buen tiempo.

Después de aterrizar en el aeropuerto de Ciampino y haber tomado un taxi para dirigirse al hotel Fellini de la Via Rasella, a pocos pasos de la célebre Fontana di Trevi, Carla accedió a la habitación de su hotel y, tras tumbarse unos minutos en la cama y cerrar los ojos para descansar del madrugón, se levantó renovada y con ganas de echarse a la calle cuanto antes.

Mientras esperaba el ascensor le envió un mensaje con su teléfono móvil a Miguel, un joven andaluz que trabajaba para un tour operador mostrando las maravillas de Italia a numerosos turistas españoles y sudamericanos. Su amiga Mamen, cuyo encuentro en Salamanca había resultado providencial, se había puesto en contacto previamente con él, convencida de que sería la manera más rápida de moverse por Roma: Miguel llevaba más de seis años residiendo allí y no tenía ningún inconveniente en echarle una mano a su amiga, pues precisamente esa semana contaba con unos días de descanso.

Casi inmediatamente llegó la respuesta esperada. La cita tendría lugar media hora más tarde en un establecimiento muy conocido de la Piazza Navona, el restaurante Tre Scalini. O sea, el tiempo justo para pedir un mapa en la recepción del hotel, ubicar el destino, ponerse las gafas de sol y caminar disfrutando del mediodía.

El itinerario recomendado por el recepcionista, un cincuentón de suaves modales y aspecto impecable, la llevaría por la Via del Tritone hasta dar con la Piazza Colonna, y de ahí pasar por delante del Palazzo Montecitorio, donde se ubicaba el Parlamento, para continuar por la Via di Sant' Agostino hasta la Piazza Navona. Una ruta que el romano le señaló con un rotulador fluorescente sobre un plano del centro de la ciudad, asegurándole que el trayecto a pie no le llevaría más de veinte minutos. Con lo que no contaba el amable Piero —la chica no pudo evitar fijarse en la etiqueta que portaba en la solapa de la chaqueta con su nombre— era con las dificultades de Carla para seguir sus indicaciones por muy sencillas que estas fuesen. A ninguno de los familiares y amigos de la joven se les escapaba que de algún modo inexplicable siempre se las arreglaba para perderse en su propia

ciudad, y el hecho de llevar un mapa no hacía sino complicar aún más las cosas. De ahí que cuando agradeció al recepcionista su tiempo y se lanzó a la aventura de descubrir las calles de Roma, los veinte minutos escasos pronto pasarían a convertirse en cincuenta.

Pasada la una y media de la tarde una sofocada Carla arribó por fin a la terraza del restaurante de la Piazza Navona, donde un nutrido grupo de turistas japoneses habían ocupado la mayor parte de las mesas y se refugiaban de los rayos de sol bajo unas amplias sombrillas blancas. Antes de perder más tiempo mirando mesa por mesa hasta hallar a Miguel —de quien Mamen sólo le había dado unas pocas referencias—, la chica miró su reloj y, tras maldecir su torpeza, cogió el teléfono móvil y comenzó a buscar su número.

—¿Hola? —respondió una voz masculina.

—Soy yo, Carla, la amiga de Mamen que ha quedado contigo…

—Creo que será mejor que cuelgues —continuó un joven alto y de tez morena, ataviado con una llamativa camisa y un marcado acento andaluz, que se encontraba a su espalda, en el velador contiguo.

—¡Claro, claro! ¡Qué tontería! —atinó a decir Carla con evidente sonrojo. La situación no podía ser más absurda—. Discúlpame por llegar tarde. No se me dan bien los mapas.

—No pasa nada. Es normal perderse las primeras veces, hasta yo me despisto de vez en cuando, y llevo viviendo aquí unos cuantos años…

—Bueno, yo soy Carla Molina —dijo ella saludándole con dos besos.

—Miguel Villena —exclamó él con una amable sonrisa dibujada en el rostro—. ¿Quieres sentarte? Te he guardado esta silla.

—Sí, claro que sí. No te habrá sido fácil, los *japos* las han pillado todas…

—Más de uno ha preguntado por ella, sí. Pero ahora es tuya.

—Muchas gracias —dijo la chica mientras ocupaba el cómodo asiento con respaldo de mimbre.

—¿Qué tal el vuelo?

—Bien, bien. Lo malo ha sido levantarme a las tres y media de la mañana para ir a Barajas, pero por lo demás, muy bien.

—¿Tan temprano?

—El vuelo salía a las seis y media, y entre vestirme, bajar la maleta y coger el taxi se echa un rato largo. Y eso que no me suelo entretener

mucho en la ducha —explicó Carla avergonzándose de inmediato por el aspecto sudado de su blusa tras la caminata desde el hotel.

—¿Quieres tomar algo?

—Eso por supuesto. Desde el café y el *croissant* que pedí en el avión no he tomado nada. ¿Qué me recomiendas?

—Si te parece, podemos almorzar a base de raciones. ¿Te gusta el *risotto?*

—No lo he probado nunca.

—Aquí lo ponen buenísimo.

—Pues adelante. Me fío de ti.

—¿No te queda otro remedio, no?

En el momento en que Carla introdujo en su boca los primeros granos de arroz acompañados de almejas, tomate y espárragos tiernos, el estómago empezó a rugirle con insistencia pidiéndole más. Para acompañar el plato, Miguel pidió una botella de Trebbiano, un vino blanco de la Toscana ideal para esa hora del día. No es que el restaurante fuese de lo más selecto —de hecho solía ser un refugio de turistas—, pero su espléndida ubicación frente a las bellísimas fuentes y su postre estrella bien merecían acercarse por él de vez en cuando. Tras degustar el *risotto,* el camarero trajo dos segundos platos para compartir, unos raviolis rellenos de carne y una fuente de alcachofas empanadas que a Carla le resultaron sabrosísimas.

—¿Te apetece algo más antes del postre? —preguntó Miguel, notablemente satisfecho por el éxito de sus recomendaciones.

—No, por mí no pidas nada más. Estoy llena.

—De acuerdo, pero del postre no te libras. Es lo mejor de este sitio y la gente viene sólo por probarlo.

—Está bien —dijo resignada—. ¿Qué es?

—¿Te gusta el chocolate?

—Me encanta.

—Pues cuando pruebes esto te vas a morir…

La mayor parte de los visitantes que se agolpaban los trescientos sesenta y cinco días del año en la Piazza Navona acudían allí por dos razones; la primera para hacerse fotos delante de la fuente central de los Cuatro Ríos, la Fontana dei Quattro Fiumi, una maravilla de Bernini realizada en 1651, y para probar el delicioso tartufo, una bola de chocolate negro recubierta de nata que volvía loco a todo aquel aficionado al dulce que tenía la suerte de probarla. Por eso una vez que Carla hubo admirado la obra arquitectónica del genial Bernini y

endulzado el paladar con el insuperable *tartufo nero* de la *gelateria* Tre Scalini, no pudo reprimir la emoción y exclamó en voz alta:

—Sólo falta Nino Rota…

—¿Cómo? —preguntó intrigado Miguel.

—El compositor de bandas sonoras, ¿¡Nino Rota!? ¿No conoces *La dolce vita* de Federico Fellini? ¿O *Romeo y Julieta* de Zeffirelli?

—Sí, claro…

—Pues a esta delicia de postre y a las preciosísimas vistas sólo les falta su música.

—Jajaja, es verdad —reconoció él, poniendo toda su atención en los bonitos ojos de la chica.

Tras abonar la cuenta —Carla pagó con un billete de cincuenta euros, prometiendo a Miguel que le permitiría invitarla antes de volver a España—, ambos rodearon la plaza como paso previo a su ruta hacia el Trastevere. Ella no quería dejar pasar la oportunidad de observar tales obras de arte de cerca.

—Esta fuente es la más antigua de las tres —dijo el andaluz, refiriéndose a la ubicada en el extremo norte de la plaza—. La hizo Giacomo della Porta en 1574, casi ochenta años antes de la del centro, y es gemela de aquella otra de allá.

—Es divina.

—Lo curioso es que la figura del Neptuno no es de la misma época, sino que se añadió en 1878. Lo mismo ocurrió con el tipo africano ese, al que llaman el Moro, que está en la otra fuente.

—¿También es posterior?

—Sí.

—¿Por qué les añadirían más elementos? —preguntó ella con interés.

—Quién sabe. Supongo que sería la moda. De todos modos no son las originales.

—Es igual. Me encantan de todas formas.

Diez minutos más tarde los jóvenes se hallaban atravesando el *ponte* Sisto, ordenado construir por Sixto IV en el siglo XV, camino a la iglesia de Santa Maria della Scala. Miguel no sabía exactamente el motivo de la visita de Carla, pero tras la breve charla del almuerzo entendió que trataba de recabar datos para su tesis doctoral.

Una vez situados ante la blanca fachada del templo la chica le dio las gracias por acompañarla, dándole a entender que continuaría sola.

—Si quieres entro contigo y te cuento algo de la iglesia.

—Como quieras —dijo ella sorprendida por el ofrecimiento.

—No solemos venir por aquí con los clientes del tour operador, pero sé lo fundamental sobre ella.

—Pues vamos.

Las explicaciones del andaluz se extendieron más de lo esperado, pero a Carla no le importó, pues a su desconocimiento de la iglesia había que añadir el hecho de que tenía la tarde completamente libre. No obstante, conforme el joven iba avanzando en su narración ella notó que trataba de impresionarla. Tanto que en algún momento llegó a sospechar que ese discurso, unido a su gracejo andaluz y al despliegue de recursos teatrales que imprimía a su pose, sería letal para rendir a sus pies a las turistas menos avezadas. De otro modo no se entendía que fuese soltero a sus treinta y tantos años, pues de físico no andaba nada mal.

«Aunque no es mi tipo, será mejor que mida las distancias, y más si sigo bebiendo tanto como en el almuerzo», se dijo a sí misma mientras pensaba en un plan para la cena que, de seguro, incluiría a su acompañante. Ya habría tiempo de sobra para revisitar el templo carmelita e inspeccionar la reliquia al día siguiente.

# 9. Málaga, 1936

Luisa aún trataba de desperezarse de su impenitente sueño cuando la risa de un niño de no más de seis años y con el pelo rubio alborotado llegó a sus oídos tras recorrer toda la longitud del pasillo del vagón y detenerse frente a ella. «Ya hemos llegado», le dijo con simpatía señalando con el dedo a través de la ventanilla. La muchacha le dio las gracias y seguidamente se dispuso a abandonar el firme asiento de madera para recoger su equipaje. Efectivamente, después de un interminable retraso que había provocado las iras de los pasajeros desde que el tren llegara a la provincia de Toledo, por fin estaba en el sur. Ese sur que sólo conocía por las postales que le enviaba su hermano Eugenio y en las que siempre aparecía el mar.

Como no estaba acostumbrada a deambular por las estaciones ferroviarias —en su paso por la de Madrid apenas se fijó en las puertas ni en los andenes al ir embobada con el doctor— su intuición le aconsejó seguir a la marea humana que caminaba en una misma dirección en busca de la salida. Al cabo de unos minutos se hallaba bajo la marquesina de entrada, verdadero emblema de la estación malagueña que resistía el paso del tiempo desde su construcción allá por el año 1865, con objeto de traer el carbón desde la sierra de los Pedroches, en la provincia de Córdoba, a los altos hornos malacitanos, que hasta ese momento se venían nutriendo de las importaciones mineras de Inglaterra. Ya en la calle Luisa recibió una bofetada de aire caliente que le hizo entornar los párpados, y sin saber aún lo que era el terral, experimentó por primera vez ese fenómeno tan común en la costa malagueña. Luego sacó la nota con las señas que su hermano Eugenio le había dado por teléfono y se acercó a una señora mayor para que la ayudase a dar con la dirección. Cuando descubrió que no sabía leer ni escribir, y por las huellas de un rostro curtido por el sol y las grietas en las manos supuso que llevaría toda la vida trabajando en el campo, la chica pronunció el nombre de la calle en voz alta, a lo que la mujer respondió afirmativamente y le dijo que lo más rápido sería que tomara un tranvía, algo que para Luisa también suponía una novedad, pues en sus quehaceres diarios el único medio para moverse por la ciudad era sus propias piernas.

No obstante la experiencia fue menos grata de lo que suponía, pues el vehículo contaba con todos los defectos del tren y al mismo tiempo carecía de las virtudes del automóvil. O lo que era lo mismo: para moverse de un lado a otro se veía obligado a circular por encima de unos raíles que surcaban la ciudad con menor rapidez de la esperada y, a diferencia del ferrocarril, el habitáculo era más reducido que el de los vagones, obligando a buena parte de los pasajeros a realizar el trayecto de pie y fuertemente asidos a una barra para no precipitarse al suelo. Allí podía oír las conversaciones de los viajeros, que hablaban sobre una huelga que amenazaba con paralizar hasta la actividad de los taxis.

—Ceferino me ha dicho que la aduana estaba tranquila esta mañana —escuchó decir a uno de los hombres que se apostaban junto a la ventanilla más próxima.

—¿Y los guardias también estaban tranquilos? —repuso su interlocutor.

—Él me ha dicho que sí. No parece que la gente esté preocupada, al menos de momento.

—No sé yo. Lo de los soldados de África no pinta bien.

—Eso no es más que un rumor. En el mercado se exagera mucho. Yo no me creo que los militares se hayan levantado así porque sí. Y si lo han hecho no será para tanto…

—Pero el frutero decía…

—Déjalo ya, que el frutero habla más de la cuenta. A nosotros lo que nos tiene que preocupar es la huelga. Como la cosa siga igual...

Doña Virtudes, una mujer madura con bastante experiencia vital pese a su cuerpo menudo y enjuto, había heredado de su familia un gran piso en la segunda planta de un edificio de la calle Granada, donde residía con su hija Josefina, único fruto de su matrimonio con un proveedor catalán que resultó todo un fiasco. Al verse sobrada de espacio, decidió levantar un tabique y habilitar otra vivienda con la intención de acoger inquilinos, y cuyo alquiler hubiera resultado un buen negocio si doña Virtudes así lo hubiese querido. No es que anduviese necesitada de ingresos, porque también había heredado el comercio de ultramarinos que sus abuelos, un matrimonio procedente de León, abrieron al público coincidiendo con el desarrollo industrial de Málaga a mediados del siglo XIX, y que con el paso del tiempo se había convertido en un próspero negocio regido por un encargado con

buen tino y mano firme.

Por aquel entonces Eugenio Barrios acababa de llegar a Málaga con un contrato de la exportadora de almendras Bevan en el bolsillo y el deseo de alquilar una vivienda. No era habitual que un trabajador de la fábrica norteamericana buscara alojamiento en un piso del centro de la ciudad, en vez de hacerlo en los barrios de la Trinidad o el Perchel, más próximos a la industria. Pero la decisión o la inconsciencia de Eugenio Barrios, recién llegado a Málaga, sus maneras de joven sencillo pero bien educado y su acento castellano, quién sabe si le recordaron a doña Virtudes la peripecia de su propia familia, que más de medio siglo antes también llegara desde tierras lejanas para buscar un nuevo porvenir en el sur. Así que no sólo le permitió residir en su propiedad a un precio más que razonable, sino que acabó acogiéndolo como a un hijo. Por su parte Josefina —su verdadera hija— era una muchachita adolescente de rostro redondo y agradable, cuyo busto, demasiado desarrollado para su edad, solía disimular su madre con blusas anchas y cuellos elevados, aunque el calor del estío dificultaba bastante la tarea. La joven se pasaba los días ensimismada: unas veces leyendo novelitas de segunda mano que su progenitora compraba a un anticuario, y otras escribiendo poesías que se le iban ocurriendo, pero siempre anhelando un posible reencuentro con aquel padre que un día se marchó de sus vidas para no volver jamás.

Minutos después, y estando ya sentadas en el pequeño saloncito de la vivienda de Eugenio —donde tan sólo había una sobria mesa con cuatro sillas, un almanaque de pared con una pintura del Sagrado Corazón de Jesús y un pequeño aparador—, doña Virtudes, cuyo estado general estaba bastante alterado pese a su natural aplomo, apretó la mano de su hija y se dispuso a narrar los últimos acontecimientos con evidente nerviosismo. Al parecer todo había comenzado con un avión surcando el cielo al que no concedieron demasiada importancia. A este le siguió otro poco después, y luego varios más, algo sin duda inusual. Ambas los contemplaron sorprendidas desde la orilla, escuchando a continuación un ligero revuelo entre los bañistas. Seguidamente la madre, preocupada, recogió las cosas para regresar a casa pasando por la plaza de la Constitución. Al poco de llegar oyeron a un hombre gritar: «¡Viva la República!», y lo que vino después les puso la carne de gallina. Primero se oyó un disparo, y a este le sucedieron otros tantos,

obligando a ambas mujeres a correr deprisa y refugiarse en un portal hasta que cesaron los tiros.

—¿Y se fijó en quién disparaba? —preguntó Eugenio, un muchacho de veintidós años de figura delgada, rostro casi imberbe y ojos similares a los de Luisa, a quien el relato le había erizado el cabello y crispado los nervios.

—¿Qué dices, niño? ¿Cómo iba a fijarme yo en eso? Bastante tuve con tranquilizar a mi Josefina, que temblaba como un perrillo chico…

—Algunos compañeros de la fábrica ya nos alertaron. Tarde o temprano tenía que armarse —añadió Eugenio apretando los puños—. ¡Hay que hacer algo! ¡Hay que hacer algo ahora mismo!

Y a continuación se acercó con ímpetu a su hermana y la besó en la frente sin decir palabra. Luego compuso su humilde vestimenta, se ajustó la gorra gris de paño y salió por la puerta como una exhalación. Todos se quedaron mudos de asombro. Tanto que Luisa apenas tuvo tiempo para reaccionar y suplicarle que no saliera a la calle en esas circunstancias dejándola sola.

Aún no había comenzado a anochecer y las tardes de julio se hacían interminables en ese rinconcito del sur, o al menos eso pensó Luisa, acostumbrada al verano menos riguroso de Castilla. Sin saber qué hacer ni qué decir —desde que llegó a la vivienda apenas había tenido tiempo más que para abrazar a Eugenio y probar el ajoblanco que este había dispuesto sobre la mesa— Luisa miró fijamente a los ojos a la casera, como implorándole unas palabras que le permitiesen mantener la calma, aun a sabiendas de que la dura experiencia vivida por esta no lo haría nada fácil.

Pese a todo doña Virtudes, consciente de la tensión reinante en la casa, inició una conversación intrascendente que permitió a las tres mujeres olvidarse por un rato de sus preocupaciones. Luisa, por su parte, les relató parte de su vida en Ávila, de su trabajo sirviendo en la casa de don Filiberto y de lo mucho que ansiaba conocer el mar desde que su hermano residía en Andalucía. Al hilo de este tema la malagueña, cuyo conocimiento de España se limitaba a su ciudad y alguna visita esporádica a Córdoba o Sevilla, le preguntó por la muralla, cuya fama aún recordaba de su paso por la escuela.

—Mi madre dice que el año que viene a lo mejor vamos a Barcelona, a ver a mi padre.

—Bueno, ya veremos —dijo la mujer, y a continuación trató de justificarse ante Luisa—. Jaime es de allí. Hace diez años que no viene

por Málaga. Se marchó en el 26 con su cuñado, que trabaja de jefe en el matadero. Pero nos escribe y nos manda postales todos los meses.

—¡Las tengo todas guardadas! —exclamó Josefina entusiasmada.

Al oír a su hija, doña Virtudes deslizó la mirada hasta el suelo y rápidamente trató de derivar la conversación hacia otros derroteros.

—Ávila debe ser preciosa…

—A mí me gusta —continuó Luisa, consciente de que la casera prefería no hablar de su marido—, aunque nosotros no tenemos este sol y este calor.

—Claro. Cada uno lo suyo…

En ese momento la conversación se vio interrumpida por un fuerte estruendo procedente de la calle. A Luisa le dio un vuelco el corazón y rápidamente se acordó de su hermano Eugenio.

—¡Ya están otra vez! ¡Virgen Santa! —exclamó la casera abrazando a Josefina, cuyos ojos parecían salírseles de las órbitas.

—¿Qué está pasando? —se atrevió a decir Luisa, sin poderse levantar siquiera de la silla.

—Han vuelto a la carga otra vez… ¡esos desalmados! ¡Ay, Señor!

—¿Ese ruido son los tiros?

—Sí, hija, sí. Los mismos que oímos esta tarde cerca del Café Madrid. La cosa es más seria de lo que parece…

# 10. Confidencias con chocolate

*Plaza de Anaya, Salamanca, 26 de abril de 2011*

Una bandada de gorriones sobrevoló la cúpula escamada de la Catedral Vieja cuando las campanas anunciaron las cinco en punto. Quizás atraído por el perfil de la veleta que en forma de gallo coronaba el precioso cimborrio salmantino desde el siglo XII, un frágil picogordo irrumpió en la escena con sus destellos amarillos posándose a continuación sobre uno de los cupulines de inspiración bizantina. Seguidamente, y tras una breve pausa de cifrada expectación, remontó nuevamente el vuelo en busca de algún tejado próximo.

Si algo bueno tenía la atmósfera de Salamanca es que con la llegada del mes de abril los contrastes se acentuaban en todos sus rincones. Mientras la naturaleza resurgía con una alegría palpitante salpicando de colores el entorno del Tormes, el fluir de la gente por las calles se multiplicaba merced a las bondades de la estación. No obstante el termómetro aún experimentaba oscilaciones sorprendentes, provocando situaciones de lo más variopintas. De hecho hasta bien entrado junio sus plazas y callejas más concurridas permitían observar a gente tomando una granizada de limón al mediodía en mangas de camisa para cerrar la jornada con un té con leche hirviendo y el cuello tapado para no coger frío.

Pero esa tarde, a pesar de que el sol había sido benevolente con los transeúntes incluso permitiéndoles desabrocharse los abrigos, Carla había sido fiel a su promesa de invitar a su amiga Mamen a tomar un delicioso chocolate con churros en el casco histórico. A fin de cuentas su colaboración en la investigación estaba siendo crucial; en primer lugar por todos los datos de Santa Teresa que le había proporcionado, luego por sus contactos y, por supuesto, por estar ahí, apoyándola incondicionalmente en un momento de su vida donde necesitaba, más que nunca, refugiarse en alguien.

Al contar con el día libre en el Novelty —donde los mismos rayos de sol que caldeaban el ambiente multiplicaban sin remedio su trabajo en la terraza— decidió ponerse algo desenfadado y salir a la calle sin prisas, con la intención de dar un paseo. Así, sin pretenderlo siquiera,

llegó hasta la majestuosa plaza de Anaya donde la fachada de su palacio (cuyo interior albergaba la facultad de Filología) competía en elegancia con la de la Catedral Nueva, enfrentada en el extremo opuesto con sus mágicos relieves en piedra de Villamayor. Un lugar irrepetible que a Carla le gustaba disfrutar sola y en silencio en las cuatro estaciones del año y preferiblemente por la tarde, cuando la luz creaba los mejores matices cromáticos que tanto impactaban a los visitantes.

Al cabo de unos minutos, que a la joven le sirvieron para despejar sus ideas y tomar una bocanada de aire fresco tras permanecer en la biblioteca toda la mañana, puso rumbo por fin a la calle Libreros para coger una mesa en la chocolatería Valor y sentarse a leer cómodamente, mientras esperaba la llegada de su amiga Mamen. Una vez ubicada al fondo del salón, sacó su iPod del bolsillo derecho del pantalón y se puso los cascos con parsimonia, optando por un álbum de música instrumental llamado *Taizé*, ideal para desconectar del mundo exterior. Seguidamente extrajo un pequeño libro del bolso y, tras abrirlo de modo ceremonial, decidió sumergirse en sus páginas y dejarse llevar por la historia. Se trataba de *Una lectora nada común,* de Alan Bennett, una simpática novelita que relataba la amistad —por supuesto ficticia— entre la reina de Inglaterra y un joven pinche de cocina con el mundo de la literatura como telón de fondo. Algo sumamente original que le habían regalado en su último cumpleaños y que no había tenido tiempo de terminar. Mamen solía ser puntual cuando se trataba de trabajo, pero una vez aparcada la faceta laboral en la que derrochaba una intensidad y energías sobrehumanas que no pasaban desapercibidas para los clientes, toda esa tensión acumulada la transformaba en una mujer imprevisible, sobre todo en lo referente a los horarios. Tanto era así que el retraso de esa tarde le permitió a Carla llegar casi al momento culmen de la novela, lo cual no estaba nada mal, habida cuenta que en los últimos meses sus lecturas no trataban más que de conventos, monjas y arrebatos de misticismo que le estaban reblandeciendo el cerebro.

—¡Guapina! ¡Ya estoy aquí! —exclamó tras una aparición estelar, marca de la casa.

—Hola, Mamen —respondió Carla, quitándose los auriculares de los oídos y colocando el marcapáginas en el libro.

—¿Dónde está ese chocolate con churros que me prometiste? ¿Aún no lo has pedido? Vengo con una ansiedad tan grande que soy capaz

de comerme al camarero como no lo traiga pronto. Después de dos visitas seguidas al casco histórico el cuerpo me pide *¡asssuuuuca!* —dijo imitando el acento latino de Celia Cruz.

—Tranqui, que ya lo pido.

—Bueno, no nos vemos desde la semana antes del viaje, ¿no tienes nada que contarme? —preguntó Mamen con una intención que iba más allá de lo puramente profesional.

—Claro que sí. El viaje fue muy productivo, y en gran parte gracias a ti.

—Pues desembucha, que cuando nos sirvan los churros no vas a poder hablar con soltura —una chica sudamericana acababa de tomarles nota—. ¿Te gustó Roma?

—Yo ya había estado cuando estudiaba COU, pero entonces ni me fijé. Entre el tonteo con los compañeros, las compritas y las fotos... Esta vez ha sido diferente. Me ha parecido grandiosa, con un ambientazo a todas horas, y también con mucho caos.

—Eso sí, el tráfico es de locos. No se puede ir en coche a ninguna parte. Y de los autobuses ni me hables. No he visto lío más grande que con los números de los autobuses…

—¿Tú también la conoces?

—Estuve con mi marido en el 2007. Nos cogimos una semanita en enero, cuando estaba la cosa más tranquila, y nos fuimos a patearla en plan mochileros, como cuando éramos novios.

—¡Qué buen plan! —exclamó Carla, y se imaginó a su amiga llamando la atención por las calles de Roma.

—Es maravillosa y, a pesar de las enormes diferencias, tiene un punto que recuerda a Salamanca.

—Sí, es verdad. Eso de ver monumentos en cada esquina recuerda un poco a esto. Pero allí multiplicado por mil, claro.

—¿Encontraste lo que buscabas? —preguntó Mamen, tratando de acercarse al objeto de su interés.

—¿La reliquia de Santa Teresa? Sí, por supuesto. Estuve toda una mañana entretenida, examinándola de cerca. La llamada de Matías al convento de Roma resultó providencial. Los carmelitas me dejaron sola con ella y aproveché bien el tiempo. Le hice un puñado de fotos, comprobé la textura y el color comparándola con las descripciones de los libros… En fin, que hice bien los deberes. Y la verdad es que impresiona. Es la primera vez que tengo delante un pie incorrupto del siglo XVI…

—¡¡¡Aggggh!!! Vaya asquito, nena. ¿Y qué número tenía? Seguramente no pasaría del cinco. Si es así podría prestarle mis botas fucsias… jajajaja.

—¡Qué cosas tienes! —rio Carla—. Todas las crónicas apuntan a que Teresa era poquita cosa. El pie no podía ser grande, claro está.

—Bueno… ¿y de lo otro qué? —insistió Mamen, yendo directa al tema de su interés.

En ese mismo instante la camarera apareció portando la bandeja con las dos tazas de chocolate espeso y un plato repleto de churros recién hechos que aún humeaban. La interrupción fue vital para que Carla preparase su discurso sobre Miguel, pues la veterana guía no la dejaría probar bocado hasta que le contase algo sobre su encuentro con él.

—Tu amigo… ¿cómo se llamaba? —fingió olvidar su nombre para ver la reacción de Mamen.

—Miguel. Pero no te hagas la tonta que sé que habéis intimado…

—¿Cómo? ¿Qué sabrás tú? ¿Quién te ha dicho eso?

—¡Qué más da! Lo importante es que te ha hecho reaccionar.

—Para empezar tengo que decirte que tu Miguel fue muy atento conmigo. Vamos, que cumplió de sobra y me llevó a los sitios que le pedí.

—Eso es estupendo. Ya te dije que te vendría bien llamarlo. Se conoce la ciudad como la palma de su mano. Cuando estuve allí nos subió hasta la cúpula de San Pedro y nos explicó todo Roma. Es un primor…

Pero si lo que quieres saber es si nos hemos enrollado, me temo que te voy a decepcionar…

—¡Oh! ¡No me digas eso! Con la ilusión que me hace que mis amigos se conozcan, se junten y sean felices; y si las cosas van bien, que se terminen casando y teniendo hijos…

—No me extraña que la Celestina fuera de Salamanca. Tú tienes que ser descendiente de ella como poco…

—¿No te gustó? Yo lo veo un muchacho muy formal y con buena planta.

—No, si formal es. Y buena planta también tiene, pero si está soltero es por algo…

—No querrá comprometerse tan joven —masculló la guía, limpiándose la boca con una servilleta.

—¿¡Tan joven!? Venga Mamen, que no me chupo el dedo. A ese lo

que le pasa es que las tiene a manos llenas: españolas, argentinas, colombianas, brasileñas… y de todas las edades. Vamos, que puede comer a la carta si se lo propone.

—Pues muy bien que hace. Si yo tuviera su edad…

—No hace falta que lo jures —Carla rio la ocurrencia, tanto que hasta se le saltaron las lágrimas.

—Pues tú te lo pierdes, chica. Porque ir hasta Roma teniendo la posibilidad de conocer a un hombre interesante y echar una canita al aire entre las ruinas del Foro, no está al alcance de todo el mundo… ¿Qué hicisteis entonces?

—Pues pasear, comer *pizza* en el Trastevere, visitar el monte Capitolio, meter la mano en la Boca de la Verdad…

—¡Como Audrey Hepburn en *Vacaciones en Roma!*

—Eso es. Desde que vi la película con quince años quería hacerlo…

—¿Y nada más? —preguntó Mamen desilusionada.

—Nada más —respondió Carla con rotundidad.

—Vaya chasco.

—Bueno, al menos que yo sepa... Porque después de tragarme una botella de *grappa* perdí la cabeza y al día siguiente… amanecí en su cama.

# 11. Una noticia buena y otra mala

*C.C. El Tormes, Salamanca, 23 de diciembre de 2011*

Doce meses después del hallazgo del manuscrito de Simancas, Carla se hallaba aparcando su Renault Clio en un conocido centro comercial a las afueras de Salamanca. Era viernes, el penúltimo del año, y al día siguiente se celebraba la Nochebuena. Algo que de no ser por la evidencia de los adornos en las calles y escaparates, se le habría pasado totalmente. La investigación avanzaba a buen ritmo, pues ya tenía inventariadas las reliquias de una cuarta parte de los conventos de España, había hecho sendas escapadas a Roma y Lisboa —la bibliografía teresiana hablaba de los restos de una mano que pasaría en determinado momento a tierras lusas— y mandado un par de informes a Matías, tal y como este le había solicitado. Y eso que las tardes seguían consagradas a su empleo como camarera en la Plaza Mayor, algo que le ocupaba mucho tiempo pero que se negaba a abandonar pese a la insistencia del CITeS. Estos, a través de su profesor, le habían hecho llegar una oferta de ampliación de la beca de investigación que cubría sobradamente los gastos de alojamiento y manutención. No obstante Carla se mantuvo firme y trasladó su negativa al docente alegando necesidades personales. Y es que, más allá de lo económico, necesitaba seguir ligada al Novelty para poder desconectar de la biblioteca y de la soledad de su escritorio, que en algunas jornadas llegaba a resultar agobiante. Una cuestión que, de paso, le permitía sentirse autosuficiente y no depender de nadie, pues por nada del mundo deseaba repetir los errores cometidos en el pasado.

Esa mañana, mientras redactaba unas líneas en el ordenador y clasificaba un buen puñado de archivos escaneados, cayó en la cuenta de que al día siguiente tenía cena familiar. No tenía un solo vestido decente que ponerse para la fiesta y a sus sobrinos de La Coruña, a los que veía poco más de una vez al año, no les haría ninguna gracia descubrir que Papá Noel (o sea, ella) se había olvidado de visitar la casa de los abuelos en Salamanca.

El termómetro marcaba dos grados a las once y media, y mientras

Michael Bolton entonaba el clásico *Santa Claus is coming to town* en Kiss FM, Carla maniobró hasta detener el coche en un minúsculo hueco del *parking* de El Tormes, que ese día presentaba un lleno hasta la bandera. Seguidamente, y no sin cierto nerviosismo, se adentró en la espesa selva del establecimiento con una idea clara en la cabeza: fuera como fuese, en dos horas debía salir de allí provista de un regalo para cada uno de sus sobrinos, algún detalle para su hermano, otro para su cuñada y a saber qué para sus padres. Y por supuesto estaba obligada a hallar esa inefable prenda que, lejos de evidenciar su total dejadez en el vestir durante los últimos meses, le permitiese sentirse hermosa al menos por unas horas.

La primera de las visitas fue a la juguetería, donde Carla optó por un puzle de Minnie Mouse para Rosalía, su pequeña sobrina de cuatro años. Luego accedió a una tienda de videojuegos para hacerse con un ejemplar de *Mario Kart 7* para la Nintendo 3DS con el que trataría de sorprender a Jacobo, el mayor de los dos hermanos. De ahí, y tras recorrer más de medio edificio tratando de pensar en alguna idea para las mujeres de la familia, terminó recalando en Yves-Rocher, donde se hizo con una práctica cesta de cosméticos para su cuñada, y a continuación penetró en la perfumería más cercana, que le permitió no sólo comprar un elegante perfume para su madre sino también una socorrida cajita-regalo para su padre donde iban incluidos un bote de colonia, otro de *aftershave* y una corbata de rayas de esas que él nunca se pondría. En cuanto a Vicente, aquel hermano cuyo trabajo como guardia civil le había llevado hasta El Ferrol —donde se había casado con una chica coruñesa quince años atrás—, su afición por los cómics siempre le solucionaba un regalo, así que optó por una edición de coleccionista de *Drácula* de la Marvel, acompañada de una camiseta negra estampada.

«Misión cumplida», se dijo a sí misma, mientras avanzaba con las bolsas camino de Zara, donde debía aprovechar los escasos cuarenta minutos que le restaban para comprarse unos bonitos trapos. Luego debía volver a casa, dejar las compras e incorporarse al trabajo en la cafetería. Con el primer vistazo a la tienda —repleta de mujeres deseosas de encontrar las mejores gangas para regalar— Carla se dio cuenta de que debía ir a lo seguro, pues de lo contrario el tiempo se le iría volando y al día siguiente tendría que acudir a la cena con unos vaqueros. De este modo eligió un par de vestidos entallados que le solían sentar bien, uno negro y otro en color mostaza, y se aventuró a

dirigirse hasta los probadores, donde el espectáculo que la aguardaba era realmente caótico: mujeres y niños entrando y saliendo apresuradamente de las cabinas, camisas y jerséis por el suelo, abrigos en los bancos, bolsas en los percheros, cinturones en las esquinas, y el personal con las pulsaciones a mil tratando de poner orden a tanto desastre. En suma, la revolución habitual de un veintitrés de diciembre en un centro comercial, próximos ya a celebrar las fiestas.

«Juro que no vuelvo a pisar este lugar hasta que no pasen las rebajas de enero», masculló la chica con los puños cerrados. Sin duda alguna la peor de las decisiones era la de adquirir regalos el día antes de Nochebuena o de Reyes, un error que solía repetir año tras año, pero al que no sabía ponerle solución.

Viendo que el vestido negro le sentaba como un guante y que el color mostaza casaba estupendamente con unos complementos que guardaba en su casa —el reflejo de su silueta sobre el espejo le habían hecho caer en la cuenta de que había perdido una talla—, no se lo pensó dos veces y se fue directamente a la caja para que le cobraran las dos prendas. Algo que la obligaría a emplear al menos quince minutos más, pues las colas eran indescriptibles. Eso sumado a la algarabía reinante y al runrún de villancicos que castigaba a los clientes desde que entraban hasta que salían del comercio, le produjo tal estado de irritación que se vio obligada a cerrar los ojos, contar hasta tres y respirar profundamente para no terminar explotando. Mientras aguardaba su turno pensó en Miguel. Hacía varios meses que no sabía nada de él. Ni siquiera una llamada o un mensaje. ¿Qué había ocurrido entre ellos dos en ese viaje relámpago a Roma? Ella no lo tenía claro en absoluto. El hecho de estar aún lamiéndose las heridas de su tortuosa relación anterior, el verse tan implicada en la investigación de las reliquias y el no concederse a sí misma un solo minuto de sosiego, habían abortado la posibilidad de conocer en profundidad al andaluz. Miguel no parecía mal tipo, de hecho congeniaron al instante, y había en su mirada un punto de calidez humana que jamás había conocido en su ex. Aunque quizás su excesiva confianza en sí mismo le obligaba a mantenerse alerta. «Estoy segura de que no soy la primera tía a la que emborracha», le había confesado a Mamen el día de la chocolatería, a lo que esta no había respondido más que con una sonrisa maliciosa. A pesar de todo no se podía negar que la noche anterior a su retorno a España había llegado a experimentar con él sensaciones olvidadas. Una mezcla de deseo y

excitación que no sentía desde que era una adolescente, que llegaba a provocarle ansiedad y temor, pero que al mismo tiempo aceleraba felizmente sus pulsaciones. «Lástima que esté tan lejos», pensó, siendo consciente de que de encontrarse allí, en Salamanca, o incluso en Madrid, ya habría acabado con sus dudas. O tal vez no. ¿Quién podría saberlo?

Por eso, al tiempo que preparaba el monedero para abonar las compras, decidió borrar de su cabeza esa extraña incertidumbre y tratar de pensar en otra cosa. Esa misma tarde llegarían su hermano y sus sobrinos para ir acomodándose en la casa de los abuelos y preparar todo lo necesario para la Navidad. Cada año, y especialmente desde que nació Jacobo —el primero de los nietos—, el abuelo los reunía a todos en La Alberca, concretamente en una casa rural que solía alquilar en verano y en las fiestas. Allí pasaban la Nochebuena y los días posteriores, y luego Vicente y su mujer, Encarna, regresaban a Coruña para festejar el fin de año y los Reyes con los padres de ella. La cena solía ser una mezcla de platos típicos castellanos, entre los que no faltaba nunca el delicioso cordero de la abuela, y una selección de pescados y mariscos traídos por Encarna de su Galicia natal. De ese modo durante esa noche y los días siguientes era habitual ver a la familia dando buena cuenta de los centollos, las zamburiñas, los percebes y, por supuesto, el pulpo —que era la debilidad de Carla—, al lado del jamón y los lomos de Guijuelo. Un auténtico festín gastronómico a los que en otra época se sumaban los dulces vascos traídos por Ángel y unas botellas de pacharán, regalo de sus amigos de Irún.

La Alberca, además de ser uno de los pueblos más bonitos de España, poseía una capacidad innata para mantenerse inmune al paso del tiempo, pues en sus calles empedradas se conjugaban a la perfección los usos y costumbres populares con los últimos avances. De este modo se podía encontrar un buen número de tiendas de *souvenirs* y de restaurantes para turistas ubicados en edificios de dos o más siglos de antigüedad.

Pero si había algo que a Carla le llamaba poderosamente la atención era la Moza de Ánimas, una tradición que se mantenía desde tiempos inmemoriales y que seguía sorprendiéndola tanto como el primer día. La Moza de Ánimas era el nombre con que se conocía a una anciana del pueblo que cada anochecer recorría las calles de La Alberca tocando una campana y elevando una oración por las almas

de todos los difuntos. Así, de puerta en puerta y de calle en calle, agitaba tres veces la esquila repitiendo siempre las mismas palabras: «Fieles cristianos, acordémonos de las benditas almas del purgatorio con un padrenuestro y un avemaría, por el amor de Dios». Tras esto la señora volvía a tocar la campana para continuar diciendo: «Otro padrenuestro y otro avemaría por los que están en pecado mortal, para que su Divina Majestad los saque de tan miserable estado». Y seguidamente continuaba su camino hasta completar la tarea.

Preguntando por el origen de esta curiosa tradición, un vecino le contó a Carla que todo se basaba en una leyenda local según la cual hubo una muchacha en el pueblo a la que obligaron a tomar los hábitos en contra de su voluntad, pues andaba enamorada de un joven. La noche de su profesión el chico saltó la tapia del convento y rescató a su amada, huyendo a continuación por el valle de las Batuecas y adentrándose en la vecina Portugal. Más tarde se rumoreó que ambos se casaron en secreto y tuvieron varios hijos. Enterado el padre de la novicia de su huida, y con intención de lavar su honor, pagó una fuerte suma como dote para que una doncella del pueblo invitara a la oración cada atardecer. Quizás, pensó, de ese modo salvaría el alma de su pecadora hija. Esa tradición incluía que la mujer fuese moza y, por lo tanto, que no hubiese mantenido relaciones con ningún hombre. Una condición que a Carla le resultaba realmente sorprendente y que no hacía más que aumentar su admiración por la historia.

De vuelta en casa y mientras masticaba un sándwich, decidió echar un vistazo a un periódico gratuito que rondaba por el piso desde hacía un par de días. En él se recogían algunas de las noticias más destacadas del año. Un recurso bastante utilizado por los redactores al arribar el mes de diciembre. Entre otras cosas el diario dedicaba su espacio a rescatar grandes titulares como el del cese definitivo de la violencia por parte de la banda terrorista ETA. Una noticia que había visto la luz el 20 de octubre y que rápidamente había originado comentarios de todo tipo en la sociedad española. También refería la visita del papa Benedicto XVI a Madrid con motivo de las Jornadas Mundiales de la Juventud, un hecho que había congregado a miles de fieles pero que también había provocado manifestaciones laicas en contra. En el capítulo de sucesos destacaba el terremoto de Lorca, en Murcia, donde llegó a haber nueve fallecidos y más de 7000 edificios

dañados, o la desaparición en otoño de José y Ruth, dos hermanos cordobeses de dos y seis años, que había conmocionado al país. Pero si había una noticia que se distinguía por encima de las demás esa era la victoria de Mariano Rajoy en las elecciones celebradas en noviembre, logrando la mayoría absoluta de un modo rotundo. Un hecho que a Carla le traía sin cuidado, pues desde su etapa en Guipúzcoa había llegado a la conclusión de que todos los políticos eran iguales, fuese cual fuese su color, y por tanto se negaba a formar parte de esa farsa acudiendo a las urnas.

Cuando se hubo terminado el sándwich y apurado un zumo de piña que le supo a gloria —eso de andar con el estómago vacío no era buena idea— dirigió sus pasos hacia el frigorífico para hacerse con el último yogur griego que quedaba. Ya estaba introduciendo la cuchara en el recipiente para degustar el contenido cuando su teléfono móvil la avisó de que acababa de recibir un sms. No sin cierta reserva abandonó el postre sobre la encimera y acudió en busca del aparato, que se encontraba dentro del bolso, colgado en un perchero de la entrada.

Al poner los ojos en la pantalla se sorprendió enormemente del autor del mensaje. Se trataba de Miguel. «Hablando del guía de Roma», se dijo a sí misma sonriendo por su ocurrencia. «¿Qué querrá a estas horas? Supongo que felicitarme las pascuas. ¡Qué originalidad!».

Pero una vez hubo leído el contenido del sms se quedó pensativa por unos instantes. Sin duda no era lo que esperaba. Seguidamente miró su reloj —en diez minutos debía estar en la Plaza Mayor— se mordió el labio inferior y, sin pensárselo dos veces, tecleó con ahínco hasta dar con el número del joven. Evidentemente no era el momento más propicio para hacer una llamada al extranjero, pero tampoco podía esperar a la noche para ponerse en contacto con él. Y es que unas breves palabras escritas por el andaluz habían bastado para captar su atención, obligándola a interrumpir su almuerzo e incitándola sin remedio a desafiar la autoridad de su jefe, porque un retraso en el trabajo suponía una dura reprimenda y a saber qué más.

Ya habían pasado casi nueve meses desde su encuentro en Roma, pero su original forma de contactar le hacían merecedor de ese tiempo: «Tengo una noticia buena y otra mala. Llámame cuando puedas».

# 12. Temperantia

*… permite Dios días de grandes*
*tempestades en sus siervos*
*para más bien suyo…*

Teresa de Jesús (C 24,4)

*Hacia las afueras de Peñarandilla, Salamanca, año del Señor de 1582*

El sol comenzaba a debilitarse según avanzaba la tarde cuando Ana de San Bartolomé se dispuso a tomar el pulso a la madre, que a duras penas había recobrado la consciencia y recostado en el recio tronco de una encina, bajo la atenta mirada de su sobrina. Por un momento las mujeres se habían temido lo peor. No obstante las rogativas a San José habían obrado el milagro y los exánimes párpados de Teresa recobraban su natural oscilación.

—El pulso está muy débil —dijo la toledana sosteniendo la muñeca izquierda de la enferma.

—¿Qué podemos hacer? —inquirió la sobrina acongojada.

—Díganos qué siente, madre. Y qué es lo que la lastima…

—Ni tan siquiera lo sé —respondió Teresa con fragilidad—. Pues todo me duele y me debilita…

—Repose tranquila —añadió Ana secándole el sudor frío que ya le asomaba por la frente.

En ese momento un arriero ramplón de semblante agrio cruzó por delante de las religiosas portando las riendas de una acémila que, a cada paso que daba, abría y cerraba los ojos de puro cansancio. Iba la grupa cargada de objetos viejos entre los que destacaban algunas ollas y calderos de cobre, además de cacerolas y sartenes. Una amplia colección de utensilios que, seguramente, iría vendiendo de aldea en aldea para ganarse la vida. Apenas reparó en las mujeres al detenerse junto a ellas, más bien todo lo contrario, pues en el mismo instante en que estas esperaban que pronunciara palabra sacó una bota de cuero de las entrañas de la montura, empinó el codo derecho y bebió un

trago de aguapié[3] que le permitió recomponer el gesto. Seguidamente se limpió los labios con la manga de la camisa, miró de soslayo a las impávidas espectadoras y continuó su camino tirando del pobre animal, cuyas sonoras pisadas se mezclaban con el tintineo de los metales, evocando recuerdos de la madre ocurridos tiempo atrás en las tierras del sur. De este modo entrecerró los ojos y dejó que su imaginación la transportara a una calurosa mañana del mes de mayo de 1575, cuando una comitiva de seis monjas y otros acompañantes irrumpía en la luminosa Sevilla con una palmaria misión: la fundación de una nueva casa para la reforma carmelitana.

Llegaba Teresa a las puertas del monasterio de Santa María de las Cuevas subida a una sobria carreta que, del repetido uso en las fundaciones ya le resultaba tan familiar como su celda en la Encarnación, cuando una inesperada piedra bajo la rueda provocó la sacudida del montante y el posterior repiqueteo de la pequeña campana que la solía acompañar en los viajes para llamar a oración y a silencio, un instrumento tan sencillo que por su escaso eco había sido apodado como «la ronquita».

Pasado el susto y tras comprobar que no se habían producido daños serios, se apeó del vehículo deseosa de entrevistarse con el prior para tratar unos asuntos de importancia. Algo que no resultaría ni fácil ni inmediato y que la obligaría a esperar por un largo espacio de tiempo bajo el impenitente sol andaluz.

Pero ahí no quedaría la cosa, pues a su desafortunada experiencia extramuros habría que añadir el escaso éxito de sus gestiones en el interior de la urbe. La deseada visita al centro más poblado de su tiempo —puerto de Indias, alegre, bullicioso y pleno de vida— pronto se convertiría en una auténtica pesadilla para la andariega. En primer lugar por las actividades licenciosas que pudo observar al recorrer sus calles, desde la práctica de la delincuencia por parte de individuos de la más baja ralea hasta la proliferación de meretrices que, no sólo poblaban su espacio natural en el viejo compás de la mancebía, sino que asimismo se ofrecían con descaro a todo aquel que atravesaba las vías anejas a las murallas y los arrabales.

Tampoco fue fácil encontrar un lugar donde establecer el convento, hallándolo tras mucho trajín en la calle de las Armas, no lejos del suntuoso palacio del duque de Medina Sidonia. Pero fue precisamente a partir de ese momento cuando la empresa se hizo más insoportable, pues la entrada en el cenobio de una joven viuda llamada María del

Corro destapó la caja de los truenos con todas sus consecuencias. Dicha mujer no supo adaptarse a los rigores de la vida conventual y tras protagonizar un feroz enfrentamiento con Teresa presentó ante la Santa Inquisición acusaciones escandalosas y ridículas contra las monjas: por ejemplo, que eran atadas de pies y manos para ser azotadas, algo que sólo pudo aclararse tras engorrosos exámenes e investigaciones a los que se vieron abocadas durante un tiempo.

En suma un retazo de su existencia que habría deseado no experimentar pero que a la postre le había permitido sumar un nuevo logro a su proyecto fundacional.

De este modo, cuando hubo emprendido rumbo a Malagón en junio de 1576 para continuar con su labor, escribió unas líneas a su sobrina María Bautista en las que le expresaba su escasa empatía con los habitantes de Sevilla así como la dureza de su clima: «Confieso que esta gente de esta tierra no es para mí, y que me deseo ya ver en la de promisión, si Dios es servido... Las injusticias que se guardan en esta tierra son extrañas, la poca verdad, las dobleces. Yo le digo que con razón tiene la fama que tiene. Bendito sea el Señor, que de todo saca bien».

Seguía abstraída la madre en sus pensamientos cuando un leve crujido seguido de un golpe metálico en el suelo la devolvió al encinar de Peñarandilla, alertando a las monjas de que algo había caído de lo alto de la mercancía que portaba la mula. Sin pensárselo dos veces, Teresita acudió rauda al lugar para recogerlo.

—¡Espere, señor! Se le ha caído esto… —gritó la joven, sosteniendo entre sus manos una brillante bacía de barbero.

—¿Cómo? —respondió el arriero con sorpresa.

—La bacía, que se le ha caído la bacía…

—Ah, sí —afirmó al ver el recipiente cóncavo entre las níveas manos de Teresita—. Os lo agradezco. Precisamente tengo un comprador en Béjar que la está esperando sin falta. ¿Puedo saber qué hacéis aquí, en medio del campo, hermana?

—Vamos de camino a Alba de Tormes, al convento de la Anunciación. ¿Lo conocéis?

—No he tenido ocasión aún…

—Nuestra reverenda madre se ha sentido indispuesta y nos hemos visto obligadas a detenernos.

—Comprendo. ¿Le aqueja algún mal severo?

—Más de uno, diría yo. Tantos que apenas se sostiene en pie. Y además el zarandeo de la carreta le está destrozando los huesos. No sabemos qué hacer ni a quién acudir, pues tiene vómitos constantes y apenas ha comido desde hace dos noches…

—Aguardad un momento —dijo el hombre aproximándose a la mula. Seguidamente se puso a trastear entre los utensilios de la mercancía hasta dar con un desgastado zurrón. Al poco volvió al lado de Teresita y depositó en sus manos un pequeño envoltorio de tela de arpillera, algo sucio por el trasiego.

—¿Qué es esto, señor?

—Son unas hierbas. Me las dio un morisco de Arévalo junto con unas monedas a cambio de una jofaina de cerámica. Me dijo que servían como remedio contra el mal de madre[4] y otros padecimientos. Dádselas con agua caliente y le aliviará aquello que tenga.

—Mil gracias, señor, pero… no tengo con qué pagarle —se lamentó la joven.

—Rezad por mí, con eso bastará —respondió el arriero inclinando la cabeza y reemprendiendo su camino con parsimonia.

Tras verlo alejarse y dar gracias al Altísimo por el feliz encuentro, Teresita regresó junto a la madre y le narró su conversación con el mozo. Al mencionarle la forma de pago de las hierbas, las mujeres callaron por un instante, y a continuación Ana de San Bartolomé se disculpó por su escasa confianza en la misericordia divina.

—No te lamentes, hija, y aprende bien esta lección, que aunque nunca dé Dios regalos, dará una paz y conformidad con que anden más contentos que otro con tales prebendas.

—Amén, madre.

Tras detenerse por última vez antes de divisar la entrada a Alba, la comitiva se puso en marcha para cruzar el río Tormes a través del robusto puente de piedra que, aprovechando el ingenio de los romanos, venía siendo utilizado desde su última reforma en la época medieval. Un compendio de veintiséis ojos —a modo de arcos de medio punto— realizados con piedra de sillería alzaba una plataforma estable sobre la que se ubicaba la calzada que daba acceso a la villa.

Ya antes de acceder al interior de la misma se podían apreciar, desde una larga distancia, los elevados muros que flanqueaban la excelsa fortaleza de los duques, destacando especialmente su torre del homenaje. Un castillo que aunque se comenzó a construir en 1430 a instancias de don Gutierre Álvarez de Toledo, primer señor de Alba de

Tormes, no se concluiría hasta la llegada del tercer miembro de la dinastía, don Fernando Álvarez de Toledo, también llamado el Gran Duque por sus logros militares. Con él el edificio alcanzaría el momento de mayor esplendor, engalanándose con materiales nobles, desde ricos mármoles y egregios tapices a pinturas al fresco de inspiración italiana.

Poco antes de llegar al convento, fray Antonio, que se había adelantado para preparar la llegada de las religiosas, se aproximó a la carroza y con gran entusiasmo trasladó las buenas nuevas a Teresa.

—Madre, vengo a comunicaros que el nieto de la duquesa de Alba ya ha sido alumbrado con toda felicidad.

—Alabado sea Dios —exclamó ella con un suspiro de alivio—. Ya no será menester la santa.

3 El *aguapié* era una especie de vino aguado, resultante de exprimir el orujo de la vendimia después de regarlo con agua.

4 El *mal de madre* se relacionó durante siglos con la histeria, enfermedad nerviosa más frecuente en la mujer que en el hombre, caracterizada por gran variedad de síntomas y a veces por ataques convulsivos. Edward Jorden (1578-1632), en una curiosa sustitución metonímica, llamó *mother* a la matriz en su *Breve discurso sobre una enfermedad llamada «sofocación de la madre»*.

# 13. Más leña al fuego

*Urbanización Peñasolana, Salamanca, 30 de diciembre de 2011*

«¿Por qué no habré encendido el GPS?», pensó Carla después de dar varias vueltas por la urbanización donde se ubicaba la vivienda de Mamen, apenas a diez kilómetros de la capital y enclavada en el municipio de Carrascal de Barregas. El hecho de vivir allí y no en la propia Salamanca se debía a la insistencia del marido de su amiga, quien en los años noventa se había encaprichado de una casita adosada en la zona del alfoz para, según él, «huir del ajetreo de la gran ciudad». De ese modo había convencido a la guía de que comprar en ese lugar era la mejor inversión, pues además de ser unos atractivos inmuebles dotados de cuatro habitaciones, garaje en semisótano, dos trasteros y buenas calidades, estos estaban comunicados inmejorablemente con sus lugares de trabajo. Mamen, ilusionada con su nueva vida, con la boda y todo lo demás, se dejó convencer y allá que se fue. Y no es que se arrepintiera más adelante, pues la urbanización era tranquila y su casa amplia y luminosa, sobre todo en comparación con los pisos de sus conocidos y compañeros, pero el hecho de tener que estar atada a diario al coche, a la carretera de circunvalación y a diversos inconvenientes como buscar aparcamiento en la capital, le producía un rechazo cada vez mayor.

Tras unos minutos dudando qué hacer, Carla detuvo el vehículo junto a un bar y salió a preguntar a los clientes dónde demonios se encontraba la calle de su amiga. Esta la había citado a media mañana para hablarle de un asunto importante y ya llegaba tarde. Menos mal que tuvo suerte, pues un amable señor le indicó la dirección con todo detalle.

Ya en la puerta de la casa, Carla llamó al timbre con nerviosismo. Pasados unos segundos la verja se abrió repentinamente y detrás de ella apareció Mamen, envuelta en un delantal fucsia de Ágatha Ruiz de la Prada, con unas graciosas zapatillas de Papá Noel, el pelo recogido en un improvisado moño, y un trapo de cocina en las manos.

—¿He llegado en mal momento? —preguntó Carla un tanto

azorada.

—¡Para nada, cariño! ¿Lo dices por estos pelos de loca? Tú ya me conoces, yo no me escondo de nadie, y menos cuando estoy en casa liada con mis recetas… Pasa, pasa y sígueme hasta el salón, que ahora me quito el delantal y charlamos con una cervecita.

—Si estás cocinando algo no vayas a dejarlo por mí…

—Estoy con la masa de los buñuelos —explicó mientras acompañaba a su amiga a la sala de estar—. Ya ves, anoche llegamos de nuestra escapadita a La Rioja y no tenía nada decente para comer. Vamos, que nos fuimos a la cama con un vaso de leche y dos mazapanes de Soto que habíamos traído del viaje. Hoy he rebuscado en la alacena y me he encontrado con unos sobres de levadura Royal… y se me ha ocurrido hacer una masa para freírla en el almuerzo.

—Si quieres te ayudo… —se ofreció Carla amablemente.

—No, deja. Prefiero que le eches un vistazo a esto —Mamen le acercó una bolsa que contenía algo envuelto en su interior—. Lo he comprado en un convento de monjas. Es para ti.

—¿Qué es? —preguntó la joven intrigada.

—Mujer, no va a ser un cilicio… Ábrelo, es un libro muy interesante que quizás te pueda servir para tu investigación.

—¡Vaya! Muchas gracias, Mamen, no sé qué decir…

—No digas nada y ábrelo enseguida. Yo vuelvo a la cocina y estoy contigo en cinco minutos.

Una vez lo tuvo en sus manos y arrancado el envoltorio de papel, Carla leyó el título con sumo interés: *El tesoro de las reliquias. Colección de la abadía cisterciense de Cañas.* «Un título prometedor», se dijo, y comenzó a hojearlo con delectación. Se trataba de una publicación patrocinada por la Fundación Caja Rioja a raíz de una exposición celebrada en Logroño en el año 1999. En esta se mostraba una selección de las curiosidades que a través de los siglos había ido custodiando el monasterio de Santa María de San Salvador en la villa de Cañas. Dicho volumen no sólo resultaba interesante por las reliquias en sí —algunas de ellas increíbles— sino por el estudio previo en relación a las mismas y su cuidada catalogación. Así, se recogía en primer lugar la historia de la fundación del cenobio, alrededor de 1170 así como la clasificación de las reliquias entre las que se hallaban las «insignes» pertenecientes a cuerpos de santos o de la vida de Cristo, otras tocadas por estos y un grupo de piezas

calificadas de *fabulosas,* entre las que se podían hallar, por ejemplo, las herraduras del caballo de Santiago Matamoros.

—¡Es fantástico! ¿Cómo lo has conseguido? —inquirió Carla con expectación.

—Ya sabes que yo lo pregunto todo —Mamen se encontraba saliendo de la cocina y portaba una bandeja con una cerveza, una Coca-Cola y un bol con aceitunas—. Después de conocer Yuso, en San Millán de la Cogolla, quise saber qué podíamos visitar por la zona que fuese interesante y una chica muy amable de la tienda nos recomendó la abadía de Cañas. Nos explicó que estaba restaurada desde hacía poco, que las vidrieras eran únicas y que había un museo con cuadros, tallas religiosas y reliquias que nos llamarían la atención. Cuando dijo la palabra *reliquias* rápidamente pensé en ti y le dije a mi marido: «Ve arrancando el coche que ya mismito estamos ahí». Y la verdad es que valió la pena acercarse.

—Eres un sol. ¿Os ha gustado La Rioja?

—Nos ha encantado. Mi marido decía que allí no había más que vino, que qué puñetas íbamos a hacer en esos pueblos, pero yo llevaba años queriendo conocer esa tierra. Mis compañeras de trabajo contaban maravillas de Santo Domingo de la Calzada, de Valvanera, del Museo Vivanco, de Laguardia… Y ya ves, estas navidades nos hemos regalado una escapadita de tres noches.

—Muchas gracias por el libro. Se ve muy interesante.

—No te lo he traído sólo porque sea interesante, que lo es, sino porque la guía del monasterio mencionó a Santa Teresa en la visita.

—¿Santa Teresa en La Rioja?

—Sí, hija, sí. Por lo que veo Santa Teresa está repartida por todos los rincones, y en La Rioja también está. Primero nos habló de una cajita relicario que tenía cosas curiosas traídas de Tierra Santa, que si un trozo del cabello de la Virgen María, que si un pelo de la barba de San José… En fin, esas rarezas que tanto les gustaban a los beatones de la Edad Media.

—Parece mentira —dijo Carla buscando el índice del libro y hallando la imagen de una lipsanoteca[5] que la dejó fascinada.

Seguidamente pasó varias páginas del catálogo y se fijó en una cita que refería un entremés atribuido a Cervantes llamado *Los mirones* y en el que se describía la fiebre que llegaron a desatar estos objetos desde los primeros tiempos del cristianismo, provocando situaciones de lo más hilarantes. En dicha pieza teatral se mencionaba el episodio

de la caída de una calabaza sobre la cabeza de un galán atrevido que rondaba la calle.

—Echa un vistazo a esto —señaló Carla.

—Léemelo tú, que yo estoy liada con las aceitunas.

—De acuerdo —aceptó la joven comenzado a leer en voz alta.

—«Un fraile limosnero, abrazándose con la calabaza se subió sobre un pino que estaba tendido en la calle y comenzó a dar mil gritos: "¡Cristianos, no es esta calabaza como las otras calabazas! ¡Dios de su mano la ha enviado para castigo deste pecador! ¡Miradla como reliquia y temblad de los juicios divinos! De aquí me quiero ir derecho a casa de un platero devoto de mi orden, que me guarnezca esta gloriosa calabaza, para colgarla delante del altar mayor de mi convento, junto a la lámpara de plata. ¡Pueblo cristiano, todos me den sus limosnas para ayudar a guarnecer esta reliquia!"».

—Es un puntazo —rio Mamen—. Me recuerda a una película de los Monty Python, esa parodia sobre el supuesto «doble» de Jesucristo…

—Creo que estás hablando de *La vida de Brian* —aclaró Carla.

—Esa, esa. Cuando la estrenaron en el cine yo estaba en el colegio de monjas y nos prohibieron ir a verla. Decían que era irreverente. Sólo por eso nos entraron más ganas. De todas formas no la vi hasta años después, y me partí de risa.

—Sí que es graciosa. Sobre todo me encanta la escena en la que las mujeres se disfrazan de hombre y se ponen una barba para que les permitan participar en un apedreamiento.

—Sí, qué bárbaros. Sigue leyendo, a ver cómo termina lo de la calabaza.

Carla continuó con la lectura, tal y como le había solicitado su amiga. El texto decía así: «No hubo mentado reliquia esta segunda vez, cuando una vieja salió de través, diciendo a voces: "¡Ay, padre de mi alma, deme tantico desta reliquia de calabaza, por las entrañas de Dios, que me dará la vida par sanar de mis achaques!"».

—¡Qué bueno! —exclamó Mamen al escucharlo—. Como si lo estuviera viendo...

—Espera, espera. Que aún dice algo más —la interrumpió Carla y se dispuso a leer de nuevo en voz alta—. «Toda la multitud se abalanzó sobre el fraile y la calabaza arrebatando cada uno della lo que pudo, sin que quedase della ni un pedacito tamaño».

—Parece mentira ¿verdad? —razonó la dueña de la casa.

—Sí, pero aunque resulte una exageración, así eran las gentes de

entonces. E incluso algunos continúan comportándose hoy de ese modo.

—La desesperación es lo que tiene…

—Qué razón llevas —masculló Carla.

—De todas las reliquias que había en Cañas, ¿sabes lo que más me llamó la atención?

—Dime.

—Fue cuando mencionó que en la misma arqueta donde estaban los cabellos de la Virgen, y hasta plumas del arcángel San Gabriel, había restos del polvo de la escalera que pisó ¡Santa Teresa de Jesús!

—¿Cómo? ¡No me lo puedo creer!

—Pues tú deberías ser la primera en creerlo. Para eso estás enredada con esas cosas ¿no? —exclamó Mamen y seguidamente le dio un sorbo a la cerveza.

—Pero eso es ridículo…

—¡Ya! ¿Y no es ridículo que tengan un pedazo de la vara de Aarón? ¿Y qué me dices de la piedra donde Cristo puso el pie para subirse en la borrica? Esas monjas tienen de todo, chica. Aquello parece una tienda de chinos pero en versión sacra.

—Desde luego —dijo Carla sonriendo y probando la Coca-Cola que Mamen le había vertido en un vaso.

—Hay tantas cosas raras por ahí… El otro día vi un programa en la tele del hotel que me dejó flipada. Lo ponían en un canal vasco que se coge en Logroño y era de misterios, enigmas y esas cosas. Me llamó la atención porque hablaban de El Escorial. Por lo visto allí hay una energía impresionante. Según dijo el presentador en algunos lugares del mundo existen puntos de fuerza telúrica o algo por el estilo, que los convierte en sitios especiales. Las pirámides de Egipto es uno de ellos. Y en Europa están los santuarios de peregrinación, donde alguna gente se ha curado de las enfermedades, como Fátima o Lourdes.

—Tiene mucho sentido, sí. ¿Y cómo se llamaba el programa?

—Era algo así como *Las puertas del misterio* o *Las claves del misterio,* no lo recuerdo bien. Lo que sí se me quedó grabado fue el nombre del tipo que entrevistaron, se llamaba Aingeru y tenía una sensibilidad especial para detectar esas energías. Mira que los vascos tienen nombres raros… Búscalo en el Youtube, que por la fecha seguro que lo encuentras.

—Lo buscaré, porque esos temas me encantan.

—Pero, volviendo a lo de las reliquias de Cañas, de todo ese surtido

que aparece en el libro lo que a ti realmente te puede interesar es el fragmento del cuerpo de la santa…

—¡No me digas que tienen una reliquia de su cuerpo! Pensé que sólo estaba repartida por los conventos carmelitas…

—Eso sería lo suyo, corazón. Pero se ve que todo el mundo tiene pedazos de la pobre mujer. Pensé que te gustaría saberlo.

—Claro que me interesa saberlo. Esto cambia radicalmente mi investigación, pues cuando parecía que el cerco se estaba estrechando ahora se abre otra grieta inesperada. ¡Madre mía, qué lío! Tengo que llamar inmediatamente a mi profesor…

—¡Quieta ahí! Antes que nada me vas a informar de otra cosa. Cuando anoche te llamé para invitarte a venir a casa me dijiste que tenías que contarme algo de Miguel.

—¡Es verdad! Se me había olvidado…

—Pues ya puedes ir desembuchando.

—El día antes de Nochebuena, cuando volvía de hacer las compras de Navidad y me preparaba para ir a currar, recibí un mensaje suyo.

—¿Un mensaje? ¿Qué quería?

—Pretendía intrigarme para que lo llamara, y lo cierto es que lo consiguió —en ese momento Carla sacó el móvil y le mostró a su amiga el sms.

—¡Ese es mi chico! —exclamó Mamen levantando el vaso de la cerveza tras leer el mensaje.

—El caso es que lo llamé y estuvo muy simpático. Aunque al principio no me aclaró nada, sino que comenzó a andarse por las ramas y a decirme que se había estado acordando mucho de mí… En fin, esas cosas que le salen de forma natural. Tú ya sabes que tiene un piquito de oro…

—Lo has clavado, niña. ¿Y qué pasó con las dos noticias, la buena y la mala?

—Ahí está el tema. La mala era que habían robado en Santa María, la iglesia de Roma que guardaba el pie de la santa.

—¡No me digas! ¿Y se llevaron el pie?

—Afortunadamente no. Sólo robaron cosas que se pudieran vender, como cálices, candelabros… Vamos, obra de unos chorizos de poca monta. Por eso no ha salido en la prensa. Se ve que las reliquias le importaban poco.

—¡Menos mal! —respiró Mamen aliviada—. Oye, ¿y la buena noticia?

—Eso sí que tiene gracia. La buena noticia es que mañana mismito viene a Salamanca para que pasemos juntos el fin de año.

5 *Lipsanoteca* es el término con el que se conoce al recipiente usado para contener pequeñas reliquias durante el período románico (siglos X al XIII).

# 14. Ronda, 1936

Un gran estruendo en la calle acompañado de varios gritos femeninos sobresaltó a las monjas cuando se encontraban rezando el rosario en la iglesia. Tras unos instantes en que el terror se apoderó de sus almas haciéndolas temblar y provocando su natural agitación, las cuentas de madera volvieron a recibir el tacto de sus manos y al hilo del sonido monocorde de una voz suave y profunda trataron de continuar con la oración:

—*Et milites, plectentes coronam de spinis, imposuerunt capiti eius et veste purpurea circumdederunt eum…*

Avanzaba la jornada del 19 de julio y las carmelitas de la Merced se encontraban esperando al sacerdote para que oficiase la novena que venían celebrando desde hacía cuatro días en honor a la Virgen del Carmen. No era ni mucho menos el primer ruido que oían. Desde la tarde anterior se habían venido sucediendo disparos intermitentes, carreras, voces y acciones de protesta en la plaza y calles aledañas que provocaban el pánico general. Y es que en los oídos de muchos rondeños aún resonaban el crujir de la madera siendo pasto de las llamas y el desplome de paredes de ladrillo de otros templos cinco años atrás.

Desde el alzamiento de los militares la ciudad andaluza se había visto conmocionada. En primer lugar con la intentona del teniente coronel Oliver Martínez, quien con disparos a discreción de su propia pistola, y de un modo casi atolondrado, había intentado tomar el ayuntamiento gobernado por el alcalde comunista elegido en el mes de mayo. Más tarde con la inhibición de la Guardia Civil que, tras los movimientos de la Caja de Reclutas apoyando el golpe, mantuvo a sus efectivos acuartelados a la espera de una orden. Y por último con la toma de la vía pública por parte de sindicalistas y obreros, quienes en unas pocas horas se habían transformado en milicia armada ocupando el cuartel de la Concepción y llegando a contar con más de dos mil efectivos. Desde un primer momento el afán común de estos hombres había sido proteger Ronda de los ataques del ejército sublevado, pues su posición estratégica de enlace entre el Campo de Gibraltar y Sevilla la situaban a la cabeza de sus objetivos más próximos.

«*Domine Iesu, dimitte nobis debita nostra, salva nos ab igne inferiori, perduc in caelum omnes animas, praesertim eas, quae misericordiae tuae maxime indigente*», rezaban las monjas a la espera de nuevas noticias que pudiesen devolver la paz a la comunidad.

Pero no sería hasta media hora después, con el ejercicio del santo rosario ya concluido desde hacía un rato, cuando una figura masculina hizo acto de aparición en el convento, visiblemente alterado y con un sudor frío recorriendo sus sienes. Rápidamente y al distinguir el color negro de sus ropas las religiosas pudieron comprobar que, aunque no se trataba de la persona que esperaban, este era un viejo conocido, concretamente don Rafael Rendón, capellán de las Hermanitas de los Pobres y una persona de una bondad extraordinaria.

—Disculpad que irrumpa de esta manera… —manifestó el padre Rendón con la garganta seca y la respiración entrecortada por la emoción.

—Padre, siéntese y respire —interrumpió una de las monjas, ayudándolo a reposar en uno de los bancos del templo.

—Díganos, ¿qué le ha pasado? —preguntó la priora, de nombre María de Cristo.

—Hijas, la cosa está muy fea…

—¿Peor que cuando la quema? —preguntó una de las monjas con el rostro lívido.

—Mucho peor —expuso el cura de modo lastimoso—. La gente se ha vuelto loca. Vengo de la Alameda corriendo… A la altura de la plaza de toros unos muchachos se han puesto a insultarme y tirarme piedras y me he escapado de milagro.

—¿Le han hecho daño, padre? —le inquirió la superiora preocupada.

—Gracias a Dios no han acertado. Pero vengo a alertaros.

—No nos asuste —exclamó una de las monjas.

—El Señor me libre de hacerlo, pero no tengo más remedio que poneros en aviso. No sé hasta cuándo durará esto, pero me temo que vendrán a por vosotras tarde o temprano.

—¡Por San José bendito! —gritó una de las religiosas más jóvenes, persignándose de inmediato.

—Sí, hija sí. No os quiero engañar.

—¿Y qué propone que hagamos? —preguntó María de Cristo.

—En cuanto se presenten aquí debéis marchar al asilo. Allí las hermanitas os darán cobijo.

—¿Nos estáis diciendo que nos marchemos aquí mismo, al lado de nuestro convento?

—No se me ocurre un lugar mejor y más seguro. Estoy convencido de que, como la otra vez, sabrán respetar ese lugar lleno de pobres ancianos.

—¡El Señor le oiga! —masculló la monja joven con los ojos entrecerrados.

Seguidamente una de las religiosas fue a por un vaso de agua con el que calmar el estado de ansiedad del venerable anciano. En ese momento todas lo rodeaban con suma expectación, incapaces de volver a sus quehaceres tras oír sus palabras de aviso. Nadie podía imaginarse que apenas doce años después de llegar a Ronda y tras unas complejas gestiones para poner en marcha el nuevo convento carmelitano, este tendría que ser abandonado sin más, dejando los frutos de su esfuerzo a merced de la turba descontrolada.

A diferencia de las otras fundaciones de las descalzas en Andalucía, como Beas de Segura y Sevilla, creadas por Santa Teresa en vida, esta había tenido lugar en pleno siglo XX merced al asentamiento de un grupo de religiosas en un antiguo convento mercedario de estilo barroco, fundado en Ronda a finales del siglo XVI y tras un período de esplendor los frailes que lo ocupaban fueron exclaustrados en 1822, pasando luego a convertirse en cuartel del Regimiento de África. Cuando en 1924 llegaron las carmelitas no encontraron más que un trozo de huerta y la iglesia de la Merced en un estado lamentable, por lo que su esfuerzo para poder asentarse fue indescriptible.

—¿Usted que piensa de todo esto, padre? —preguntó la superiora tras comprobar que don Rafael se encontraba algo más tranquilo.

—Si me preguntas por lo del golpe militar, lo cierto es que no me ha sorprendido demasiado.

—¿Por qué?

—Los ánimos están revueltos desde hace tiempo y aquí en Andalucía la cosa no está mejor. La gente que sabe de esto ya me lo venía advirtiendo desde el invierno. Yo no entiendo de política, hermana, pero está claro que el gobierno de la República es frágil y ni ellos mismos, que son los que llevan la batuta, se ponen de acuerdo. Desde que los falangistas comenzaron a dar tiros y los otros respondieron todo ha ido a peor… Cuando los exaltados de las izquierdas se cargaron al tal Sáez de Heredia yo me dije: «Esto no tiene vuelta atrás».

—¡Qué barbarie, Virgen Santa! —exclamó la monja joven, asiendo con fuerza la mano de otra religiosa que se encontraba junto a ella.

—Y por desgracia no ha hecho más que empezar —sentenció el cura con angustia.

En efecto, y tal y como el padre Rendón había pronosticado, veinticuatro horas más tarde y tras efectuar un rápido registro, un grupo de milicianos conminó a las monjas a salir del edificio, pues los bombardeos eran constantes y su integridad física corría peligro. Acababan de dar las once en el reloj cuando las religiosas se fueron juntando por grupos y abandonando paulatinamente el convento. En la calle el espectáculo era dantesco, con las gentes amotinadas y un revuelo cada vez más preocupante. Las pobres mujeres apenas tuvieron tiempo para preparar la marcha, de ahí que se las viera cargadas hasta el extremo, cubiertas de pies a cabeza con los hábitos bajo un calor sofocante, sujetas las capas en los brazos, acarreando libros de coro, utensilios para los oficios, amén de otros objetos y ropas envueltas en sábanas.

Demudada por la impresión y con el pulso acelerado por las lejanas explosiones, una de las monjas más ancianas, la madre María Tomasa de San Joaquín, contuvo el aliento al ver la luz del sol mientras era ayudada por sus compañeras a atravesar el umbral, no sin cierta dificultad al hallarse impedida. Pocos sabían que ella era la auténtica responsable de que la comunidad rondeña contase con un tesoro de valor incalculable. Nacida y criada en Zaragoza en el último tercio del siglo XIX, decidió marchar a Portugal con treinta años para colaborar en el florecimiento de la orden en aquel país. Una aventura que concluiría en 1910 con la proclamación de la República frente a la débil monarquía de un jovencísimo Manuel II. Tras esto las ocupantes del convento lisboeta huyeron a Ávila, desde donde fueron repartidas a otros lugares de España, recalando finalmente la aragonesa en Ronda junto con otras compañeras lusas.

—Madre, ¿se encuentra bien? —preguntó una de las monjas.

—No os preocupéis por mí y sacad todo lo que podáis —respondió María Tomasa con un hilo de voz—. Quién me iba a decir a mí que nos veríamos en estas otra vez…

Estando para salir las últimas religiosas y una vez a salvo los principales enseres y posesiones que les fue permitido sacar antes de que la iglesia quedase en manos del tumulto, una de las portuguesas que había acompañado a la zaragozana desde Lisboa metió con sigilo

un estuche dentro de uno de los bultos de ropa y se apresuró a llegar al asilo. No había andado ni dos pasos cuando uno de los carabineros que observaba el trajín de las monjas desde un lado de la plaza reparó en ella y, con buena intención, se ofreció a echarle una mano por verla tan mayor y desvalida. Pero esta, al ver que el hombre trataba de agarrar la bolsa y temiendo por su contenido, la apartó de su lado diciendo con toda la inocencia del mundo:

—Esto, ni aunque me maten lo doy.

Al instante, y percatándose del error fatal que acababa de cometer, una de las jóvenes que venía detrás trató de disimular el candor de su compañera y dirigiéndose a ella, sin dejar de mirar de reojo al carabinero, dijo en voz alta:

—Vamos, hermana, deje los trapos en ese rincón, que son de poco valor.

Pero de poco sirvió la excusa, ya que el miliciano, tras fingir unos minutos que no le interesaba la mercancía, aprovechó un descuido de las monjas —que se afanaban en sacar las últimas cajas de hostias para consagrar— y se acercó de nuevo a la lusa para obligarla a revelar un secreto que, a la larga, le costaría un disgusto de enormes proporciones tanto a ella como al resto de las carmelitas.

# 15. El pasado siempre vuelve

*Instituto Anatómico Forense, Valladolid, 31 de diciembre de 2011*

La última mañana del año Carla pensaba dedicársela a sí misma. El plan inicial incluía una sesión de pedicura y la obligada visita a la peluquería para cortarse las puntas y hacerse un peinado a tono con la fiesta de esa noche. Pero una llamada de su profesor la tarde anterior la obligó a postergar sus proyectos de belleza y acudir con él a Valladolid. El motivo era entrevistarse en persona con un médico forense experto en conservación de cadáveres. Algo que, según le explicó Matías, era fundamental para entender las posibles causas de la incorruptibilidad de Teresa de Ávila y otros muchos santos dispersos por el mundo católico. Y es que el doctor Ramírez, con quien el tutor llevaba un tiempo deseando contactar para fijar una cita, además de ser uno de los mejores especialistas de España en materia forense era un apasionado de la Historia, hecho que les había permitido conocerse años atrás cuando ambos asistían a unas jornadas sobre los templarios celebradas en Ponferrada. En aquellos días el profesor le había facilitado a Ramírez una bibliografía prácticamente inédita sobre el tema, algo que este le agradeció en suma prometiendo devolverle el favor en cuanto tuviese ocasión. Y esta se presentó en las últimas semanas del año, cuando tras una llamada telefónica y varios ajustes de agenda, el médico aceptó recibirlos a las diez de la mañana del día 31.

«¿¡Un médico de prestigio currando el día de fin de año!? A eso se le llama pasión por el trabajo», fue lo primero que dijo Carla con grandes dosis de ironía al escuchar el precipitado plan de Matías. Lo cierto es que no le apetecía lo más mínimo conducir durante una hora y media hasta Valladolid para charlar sobre momias y tener que regresar a su casa casi al filo del mediodía e improvisar un peinado decente horas antes de su encuentro con Miguel, pero la investigación, el CITeS y su estúpido sentido del deber así lo requerían.

En realidad la entrevista tenía que haber tenido lugar una semana antes, pero al médico le surgieron imprevistos. Más tarde decidieron

fijarla para enero, pero luego Ramírez cayó en la cuenta de que les había prometido a sus hijos llevarlos a esquiar —desde su divorcio se había convertido en una tradición visitar una estación de esquí cada año, y en esta ocasión los chavales habían optado por Valdezcaray, justo en la semana posterior a Reyes—. Por tanto, teniendo en cuenta que el trabajo de Carla debía incluir el punto de vista de la medicina legal y que Ramírez era la persona idónea para alumbrarles el camino, Matías aceptó presentarse con la chica el día menos oportuno. De todos modos su colega odiaba las fiestas y esa noche ni siquiera tenía planes.

Aunque lo peor de todo estaba por llegar. Noventa minutos por carretera con el profesor como copiloto hablando sin parar significaba culminar el año con la cabeza como una pandereta. «Lo que me faltaba», pensó la chica con desesperación cuando Matías comenzó a relatarle su grotesca comida de Navidad en casa de sus suegros, unos mallorquines estirados a los que no podía soportar desde el día en que se los presentaron. Afortunadamente Carla pudo desviar la conversación hacia otros derroteros, y de este modo el camino no se le hizo tan largo.

Ya en el edificio del Instituto Anatómico Forense y de camino al improvisado despacho del doctor mientras concluían ciertas obras en la facultad, Matías previno a su alumna del carácter peculiar de este.

—Ojito con Ramírez. Desde que se divorció de su mujer parece desatado. Tanto que en los últimos meses encadena una alumna detrás de otra. Está hecho un donjuán.

—No se preocupe, profesor, a mí los donjuanes divorciados me la traen al fresco. Además, dudo que yo sea su tipo. Si se ha fijado bien no soy rubia, casi nunca uso minifaldas ni me suelo sentar en primera fila en las clases.

—Sí que es verdad, aunque si lo hubieses intentado más de uno habríamos sucumbido…

—Muy agudo, profesor —apuntó Carla sonriendo. De ser otro se habría tomado el comentario casi como una agresión, pero desde que entró en la universidad y conoció a Matías siempre lo había considerado un tipo inofensivo, de ahí sus simpatías hacia él.

—Otra cosa, Carla…

—Diga.

—Este tipo es escéptico como pocos. Por tanto debemos dejar a un lado los aspectos religioso-fantásticos de tu investigación, ¿de

acuerdo?

—Comprendido. Nos ceñiremos a lo estrictamente científico.

—Eso es.

Acomodados en las sillas del despacho y tras hacer las presentaciones oportunas —nada más verlo Carla comprendió el éxito de Ramírez con las estudiantes de medicina: cuarenta y tantos años muy bien llevados, complexión fuerte y delgada y un pelo rubio ceniza recortado en su punto justo— Matías tomó la palabra para exponerle a su amigo la razón de su visita. Seguidamente, y tal como Carla y su tutor esperaban, el doctor inició su exposición sobre los diferentes métodos de conservación natural de los cuerpos fallecidos, usando para ello una pizarra blanca y un rotulador verde. Una interesante clase de medicina forense que la chica decidió grabar con su teléfono móvil para que no se le escapase ningún detalle de importancia.

—Para poder explicar el proceso de incorruptibilidad de un cuerpo antes debemos establecer las diferentes formas de evolución de la putrefacción. La primera de ellas es la que se corresponde con el *período colorativo o cromático*. Para que nos entendamos, la aparición del color verdoso en el cadáver que, más tarde, se transforma en un tono parduzco o negruzco, a veces incluso con matices rojizos por la *hemólisis concomitante*. Este período suele iniciarse a las veinticuatro horas de fallecer la persona y dura varios días. Tras este tiene lugar el *período enfisematoso*…

—En cristiano, doctor —interrumpió Matías con sarcasmo—. De momento seguimos siendo de letras…

—Entendido, don Horacio —respondió el forense con guasa—. Me estaba refiriendo al capítulo de los gases, esos que suelen abombar y desfigurar todas las partes del cadáver y que en términos de medicina se conoce como *enfisema putrefactivo*. Algo que puede durar hasta un par de semanas en algunos casos. De ahí pasamos a la *fase colicuativa*, en la que la epidermis se despega de la dermis por reblandecimiento, formándose ampollas de dimensiones variables llenas de un líquido sanioso de color…

—¿Podrías ahorrarnos los detalles? —volvió a interrumpir el profesor—. Como sigas por ahí voy a echar el café de la mañana.

—Le noto muy susceptible, señor profesor. Apuesto a que a su alumna le están interesando mis explicaciones.

—Por supuesto que sí —indicó Carla—. Por mí puede continuar.

—Concluyo inmediatamente. A la fase que acabo de describir la sucede el último de los períodos de putrefacción, el llamado de *reducción esquelética.* Este apenas necesita explicación, y su duración oscila entre los dos y tres años hasta un máximo de cinco. Los elementos más resistentes suelen ser el tejido fibroso, los ligamentos y los cartílagos.

—¿Y la cara? —preguntó Carla intrigada—, ¿tarda mucho en desfigurarse, doctor Ramírez?

—Buena pregunta. Puedes llamarme Jorge, y por supuesto tutearme. Lo cierto es que las mejillas y las orejas suelen resistir bastante —dijo el médico acercando su dedo índice al rostro de la joven—, hasta que llega un momento en que sólo quedan unos residuos en la región malar.

—Una verdadera lástima —exclamó Matías con intención.

—Entonces llega el final de ese período con la cabeza desprendiéndose del tronco, una vez que los elementos de unión han desaparecido por completo.

—Excelente resumen. Pero ahora, si no te importa, necesitamos que nos expliques cómo y de qué forma un cuerpo puede permanecer incorrupto.

—A eso pretendía llegar, querido amigo. La marcha normal de la putrefacción puede ser modificada por varias condiciones, unas dependientes del mismo sujeto y otras del medio ambiente. Por ejemplo la constitución física de la persona fallecida.

—¿Nos estás diciendo que una persona puede descomponerse antes en función de si está más gorda o más delgada? —preguntó Carla cada vez más entusiasmada.

—Así es. De hecho los obesos se descomponen con mayor rapidez que los sujetos delgados. También es más fácil en los niños, y dentro de los adultos los más viejos son los que más tardan. Y si a esto se unen diversas patologías el proceso puede llegar a ser precoz. Si una persona ha muerto de heridas graves, por ejemplo, de enfermedades sépticas o lentas agonías, la diseminación de gérmenes es mucho mayor. Por el contrario esta se retrasa cuando ha habido grandes hemorragias, intoxicación por arsénico y otros elementos, o por tratamientos con antibióticos.

—Vale, vale. Ya nos hacemos una idea —dijo Matías impaciente—. Y supongo que el ambiente donde esté el cadáver también influirá, ¿no?

—Para ser de letras te veo muy puesto. En efecto —continuó el doctor—. La sequedad, sin ir más lejos, conduce a la momificación, mientras que una humedad considerable nos lleva a otro proceso distinto, el de la *saponificación*.

—Perdona, puedes explicarnos eso mejor —requirió Carla, a quien la exposición de Ramírez estaba dejando embobada.

—La momificación natural, que es la que nos interesa, comienza por las partes expuestas del cuerpo. El período de tiempo necesario para su puesta en acción no está bien documentado, aunque se suele estimar entre uno y doce meses, que en las condiciones de nuestro país se concretarían en un espacio de tiempo de cuatro a seis meses. Esta se suele dar en ambientes extremos como la arena caliente de los desiertos, en ciertos subterráneos, criptas o grutas naturales, etcétera.

—Nada que ver, por tanto, con las momias egipcias que solemos imaginarnos por las películas —expuso Carla.

—Eso no es más que un proceso artificial, guapa. De hecho los egipcios fueron verdaderos maestros en ese arte junto con los persas, judíos e incas. Si te interesa el tema puedo recomendarte unos documentales excelentes.

—Gracias, doctor…, quiero decir, Jorge. Me lo pensaré. ¿Y eso que has comentado antes de la *sapo* no sé qué?

—La *saponificación.* Es un cambio químico que se produce en la grasa corporal y que llega a transformar los cuerpos en algo untuoso y viscoso en estado húmedo, y más tarde al contacto con el aire adquiere consistencia dura y granulosa, volviéndose de un color gris blanquecino.

—¿Y eso por qué ocurre? —preguntó Matías con extrañeza.

—Suele pasar con cadáveres que han estado sumergidos en agua estancada o en suelos arcillosos. También en las fosas comunes, cuando los cuerpos han estado enterrados unos con otros…

—De acuerdo, de acuerdo… ya me hago una idea —le indicó el profesor con cierta repulsión.

—Luego existen otras posibilidades como la congelación y la *corificación*.

—¿Y qué demonios es eso? —preguntó Matías, cada vez más confundido.

—Se trata de la conservación de los cadáveres en cajas metálicas, por ejemplo de cinc. Su nombre viene de las características de la piel en estos cadáveres, que llegan a presentar un aspecto similar al del

cuero recién curtido.

—¡Qué asco! —rumió la joven.

—Bueno, no quiero aburriros más con mis clases de medicina. ¿Tenéis alguna otra pregunta?

—Yo tengo una más —dijo Matías con el rostro serio—. De todas las posibles variantes que has expuesto no hay una sola que coincida con las características del cadáver que nos interesa, el cual, según los testigos y biógrafos de nuestra santa, se hallaba fresco y desprendía un aroma agradable en el momento de su exhumación. ¿Qué explicación puede tener esto?

—Francamente no lo sé. Para eso tendrías que acudir a un cura o algo por el estilo. Ya sabes que yo no creo en los milagros, pero tampoco te voy a negar que más de una vez me he preguntado lo mismo.

Carla y Matías se despidieron del doctor agradeciéndole su tiempo y emplazándolo a una próxima cita en Salamanca, pero esta vez con una cerveza en la mano y una conversación diferente acerca del mundo de los vivos, pues los muertos ya empezaban a atosigarles.

Esa tarde, y mientras la chica preparaba su ropa y se esforzaba en darle a su cabellera un toque especial con el secador, se le ocurrió buscar en Youtube el programa que Mamen le había recomendado. De ese modo se distraería escuchándolo de fondo mientras se afanaba ante el espejo del baño como paso previo a su encuentro con Miguel. «¡Aquí está! Justo lo que buscaba», dijo en voz alta al dar con él. «Ahora sólo necesito conectar bien los altavoces y correr de vuelta al baño para maquillarme».

*Las puertas del misterio* era un espacio bastante peculiar dentro del panorama televisivo. En él se daban cita casos insólitos pero a la vez de lo más cotidianos. En cierto modo era una nueva fórmula destinada a entretener a aquellas personas aficionadas a los temas paranormales pero haciéndolos directamente partícipes. Así, a diferencia de otros programas parecidos, el equipo acudía a los hogares y daba voz a los protagonistas de los sucesos. Por ejemplo en la primera media hora se trató el asunto de las ECM o experiencias cercanas a la muerte, y para ello los responsables viajaron hasta un hospital de Granada donde el personal sanitario llevaba un tiempo recogiendo testimonios, alguno de ellos verdaderamente sorprendentes.

A Carla le llamó especialmente la atención el caso de un chico

joven que había tenido un accidente de moto. Al parecer iba sin casco y al llegar a un cruce peligroso un coche que iba a gran velocidad lo había desplazado a unos quince metros de distancia. En su declaración posterior el joven explicaba haber sentido un frío intenso, como si le hubiesen arrancado la piel, y una sensación de estar flotando.

Seguidamente se había observado las manos y los pies y había notado que estos no estaban. Al encontrarse elevado llegó a verse a sí mismo tendido de lado en el suelo con un grupo de gente alrededor asegurando que estaba muerto, y por más que intentaba comunicarles que estaban en un error, no lo escuchaban. Muy al contrario, a los pocos segundos vio aparecer una luz muy intensa de color amarillo que comenzaba a reclamarlo y que, una vez en su interior, erradicaba el frío y le proporcionaba una gran paz y calor. No obstante comenzó a acordarse de su familia, de su madre, que lo estaba esperando en casa para comer, y estos recuerdos hicieron que volviese la sensación de frío y se alejase la luz. Al punto pudo observar cómo un hombre le hacía un masaje en el pecho para reanimarlo, sintiendo luego que volvía a su cuerpo y que abría los ojos con cierto mareo.

«Uf, qué fuerte», se dijo Carla al terminar de oír el relato. Verdaderamente el testimonio resultaba increíble y a la vez perfectamente verosímil. Y de hecho no era el primero que había oído de ese tipo. Pero si ese asunto le había impactado el siguiente caso lo haría aún más. Ya andaba liada con el rímel de las pestañas cuando el presentador dio paso a un individuo que se dedicaba a la radiestesia. «Esto es lo que me comentó Mamen», pensó al instante. Para empezar una voz en *off* introdujo a los espectadores en las claves de esa disciplina pseudocientífica, según la cual existían ciertos individuos capaces de percibir y, en ocasiones, manejar los estímulos eléctricos, electromagnéticos, magnetismos y radiaciones de un cuerpo emisor por medio de artefactos sencillos mantenidos en suspensión inestable. Por ejemplo un péndulo, varillas de madera o metal en forma de ele o de y griega u horquillas que, supuestamente, amplificaban la capacidad de magnetorrecepción del ser humano. La propia palabra *radiestesia* era un neologismo que partía de dos términos, el latino *radium* (radiación) y el griego *aisthesis* (percepción). De este modo un zahorí, que era otra de las formas con las que se conocía a estas personas, afirmaba ser capaz de detectar la existencia de flujos magnéticos, corrientes de agua, vetas de minerales o lagos subterrános a cualquier profundidad.

Mientras para algunos defensores de la técnica este don podría explicarse acudiendo a la ciencia, para otros se trataría de una facultad supranormal. Sí se sabía con relativa certeza que esta práctica se venía realizando al menos desde hacía 6000 años en la antigua China por parte de los geomantes —más tarde lo pondrían en práctica los celtas, los árabes y otros— y actualmente, aunque existían conocimientos sobrados para sustituirla, seguía teniendo amplio uso en zonas rurales.

Carla, concentrada en perfilar sus párpados con el *eyeliner*, siguió escuchando el programa, interesándose especialmente por las energías telúricas. Según el presentador gracias a esta técnica había sido posible levantar grandes monumentos megalíticos como dólmenes y menhires, y más tarde construir obras faraónicas además de grandes templos. El radiestesista, al parecer, percibía una información de la cual no era consciente, posiblemente a través de la hipófisis y las glándulas suprarrenales, en el inconsciente. Este transmitía un impulso eléctrico a los músculos del brazo, haciendo que el péndulo girase o se moviera, y en el caso de las varillas que se abriesen o se cruzasen entre sí. Estos movimientos eran interpretados como respuestas.

A continuación dieron paso al individuo en cuestión, que comenzó a explicar que aunque todos nacíamos con esa cualidad, no todos la desarrollábamos hasta llegar a un nivel radiestésico suficiente. O lo que era lo mismo, todos teníamos capacidad para cantar pero sólo unos pocos podían hacerlo bien. «Buena comparación», pensó Carla sonriendo.

Luego expuso el tema de los puntos de poder o *vórtices energéticos*, columnas de energía de sesenta centímetros que entraban y salían de la tierra en algunos lugares específicos. Estos vórtices actuaban positivamente sobre nuestros niveles bioenergéticos y, dependiendo de su nivel de radiación, influían sobre el plano vital o físico, sobre el plano mental, sobre el plano emocional y sobre el plano espiritual.

«Pues no me vendría mal dar con uno», se dijo la chica, pasando a buscar su barra de labios y poniendo atención en la siguiente explicación. El radiestesista continuó diciendo que estos puntos bioenergéticos habían sido considerados sagrados posiblemente en todas las civilizaciones y religiones. De hecho los crómlechs y la casi totalidad de las catedrales e iglesias de la Edad Media estaban construidas sobre uno o varios de estos puntos, encontrándose en muchas ocasiones una vena de agua que cruzaba el altar con un

vórtice de, por ejemplo, 13500 UB o unidades Bovis.

Durante las primeras décadas del siglo xx Alfred Bovis estableció una nueva escala de medición llamada *Biómetro*, pasando a denominarse las unidades de medida UB o unidades Bovis. Tras examinar a muchas personas, Bovis averiguó, por ejemplo, que el cuerpo estaba sano cuando vibraba en un rango de 6500 a 8000 UB, una persona enferma de cáncer vibraba entre 4000 y 4500 UB, y una persona próxima a la muerte vibraba sobre las 1000 UB. Cada enfermedad y cada virus poseían una frecuencia vibratoria propia. Por ejemplo, el bacilo de Koch, responsable de la tuberculosis, vibraba a 5500 unidades Bovis.

No obstante, según indicó el presentador del programa, se creía que el verdadero artífice de la escala que actualmente se utilizaba fue el ingeniero Simoneton, discípulo radiestésico del anterior, que la usó para medir el nivel vibratorio de lugares, personas, animales y materia. Este, enfermo de tuberculosis, consiguió superar su dolencia testando todos los alimentos que consumía y tomando sólo aquellos que tuviesen una vibración alta.

En la actualidad, partiendo del Biómetro Bovis, se habían introducido diferentes variantes y graduaciones. Blanche Merz, destacada geobióloga, diseñó el Biómetro ampliado, que cubría el rango de frecuencias de 10000 a 20000 UB, y más tarde el español Epifanio Alcañiz descubrió un lugar con la emisión energética más alta que se había podido encontrar, que alcanzaba los 33000 UB, y al no existir ninguna escala que llegase a ese nivel había tenido que inventar el denominado *Biómetro Global*. Ese lugar estaba situado en la pirámide de Kefrén, en Egipto, según explicó el tipo de la tele, aunque más tarde Epifanio volvería a percibirlo en Madrid, concretamente en el Cerro de los Ángeles, en el Valle de los Caídos y en la cuenca alta del río Manzanares.

«¡Esto es la leche!», pensó Carla con los labios recién pintados mientras se dirigía a observar la pantalla del ordenador antes de que concluyese el programa. «Y el caso es que la voz de ese tío me resulta familiar», se dijo a sí misma. «¿Cómo dijo Mamen que se llamaba? ¿Andoni? ¿Argoitz? Lo que está claro es que el tipo es vasco, y yo diría que por el acento es de Guipúzcoa».

Entonces, como si hubiese tenido una revelación —a Carla se le puso la piel de gallina—, cayó en la cuenta de que el nombre que Mamen le había dicho era «Aingeru», y a partir de ese instante tuvo la

certeza de que el pasado —su pasado—, sin saber cómo ni por qué, había vuelto.

Seguidamente, y ya con la mirada fija en el ordenador, comprobó que estaba en lo cierto y que aunque la imagen del radiestesista pertenecía a alguien bastante delgado y con una espesa barba, el tal Aingeru, en realidad, era Ángel.

# 16. Iustitia

*… me dice nuestro Señor estas palabras:*
*«Ahora, Teresa, ten fuerte».*

Teresa de Jesús (F 31,26)

*Monasterio de la Anunciación, Alba de Tormes,*
*Salamanca,*
*año del Señor de 1582*

Un corro de chiquillos escuálidos y de aspecto harapiento comenzó a arremolinarse en torno al cortejo una vez que sus integrantes accedieron a la plaza donde se hallaba el convento. Aunque hacía años que la práctica de la mendicidad estaba proscrita en los territorios castellanos, no era difícil hallar en cada municipio un pequeño foco de irreductibles que, jugándose la libertad y muchas veces la vida, continuaban merodeando por entre los mercados y rueduelos en busca del sustento. Y aunque dichas maniobras apenas les servían para llevarse un mendrugo de pan a la boca con que calmar las súplicas del estómago, muy de vez en cuando el resultado de sus porfías era más que satisfactorio, sobre todo si los pilluelos tenían la fortuna de dar con grandes damas de la talla de doña Teresa de Layz, esposa del contador de los duques Francisco Velázquez, cuya generosidad con los menores era legendaria. El hecho de no tener hijos propiciaba su caridad para con los necesitados y al mismo tiempo había sido uno de los acicates principales para la fundación carmelitana en el crudo invierno de 1571. Un proyecto que a la andariega no entusiasmó en absoluto, pues apenas unos meses antes había logrado alumbrar un nuevo convento en Salamanca y el hecho de que Alba de Tormes estuviese tan cerca y fuese tan pequeño le preocupaba, sobre todo al ver dificultades para hallar renta con la que mantenerlo.

No obstante tras la insistencia del matrimonio, que incluso cedieron su casa, y otros como su antiguo confesor y amigo el dominico fray Domingo Báñez —quien la riñó por buscar excusa en los dineros y la instó a fundarlo de inmediato— Teresa cedió y la

empresa se llevó a cabo, haciendo llamar a monjas de otras comunidades como Toledo y Medina del Campo.

—Por caridad cristiana —exclamó un pequeñajo de sucio cabello bermejo, que contaría no más de ocho o nueve años, dirigiéndose al vicario. Este caminaba erguido a lomos de su caballo delante del carruaje de las monjas—. Si vuestra merced se dignara a escucharme —continuó, y entonces fray Antonio detuvo su paso, no sin ciertos recelos, y dirigió su mirada al crío.

—Habla.

—No pido dádivas para mí, señor, sino para mi padre, que perdió las dos piernas el año pasado, en una encamisada[6] allá por Flandes.

—¿Tu padre en los Tercios? —se mofó uno de los sirvientes que acompañaba al religioso—. Menuda ocurrencia, rapaz. Si no hay más que echar un ojo a tus trazas para sospechar que eres hijo natural. Y seguramente de alguna bruja o ramera… ¡Anda y apártate!

—¡Por el Padre Eterno! ¡Ponle freno a esa lengua al instante! —bramó la madre con un vigor asombroso, asomando la cabeza desde el vehículo y tratando de apearse.

—Dispense vuestra reverencia —respondió el hombre ruborizado al ver el rostro enfurecido de la monja—. Mis palabras no llevaban mala intención… Tan sólo estaba tomando a chacota al chico. Ya sabe lo que se suele decir de los nacidos con cabellera roja…

—Que traen mala suerte, ¿no es así? —le interrumpió tras tocar el suelo con la ayuda de Teresita.

—Eso dicen —respondió él, tratando de buscar refugio en los ojos del fraile.

—Está claro que no puede uno dar lo que no tiene, sino que es menester tenerlo primero…

—No comprendo —dijo el sirviente evidenciando su escasa capacidad.

—Mejor así —respondió Teresa—. Tan sólo te recomiendo que no creas en cosas paganas y sepas mostrarte más misericordioso con tus semejantes. ¿Acaso esta criatura eligió la color de su pelo al nacer? ¿Lo hicieron sus padres por él? Responde.

—Creo… creo que no, reverenda.

—Pues da gracias a Dios por no desear castigarte con tamaña monstruosidad —dijo mientras señalaba al pelirrojo con su bastón—, pues de lo contrario difícilmente estarías hoy aquí…

—¿Por qué? —preguntó el criado con los ojos como platos.

—Hablando como lo haces sólo puedes proceder de una familia alejada de las costumbres cristianas, y en ese caso tu propia madre te habría arrojado a una acequia nada más nacer.

—¡Qué horror! —gritó el hombre tapándose la cara con ambas manos.

—Mira si eres cándido que no sabes distinguir verdad de lo que es simple burla —exclamó cambiando el tono y provocando las risas entre los presentes—. Anda y dale una limosna al niño. Es lo menos que puedes hacer. Te aseguro que una vez que la pongas en sus manos saldrás con grandísimo contento de este torpe pleito en que te has metido.

Y dicho esto el sirviente cumplió las instrucciones de Teresa y repartió unos cuartos[7] entre los niños pobres. Seguidamente los criados de la duquesa bajaron las escasas pertenencias del carruaje y procedieron a meterlas en el monasterio.

Ya era prácticamente de noche cuando la priora, Juana del Espíritu Santo —que había abandonado Toledo para recalar en Alba tras la llamada de la fundadora once años atrás—, recibió a la comitiva con humilde ceremonia al ver el triste estado de la madre. Esta, cuya conversación con el criado había mermado aún más sus escasas fuerzas, accedió al interior con gran congoja, siendo consciente de que su salud se iba debilitando por momentos.

Concluidos los saludos y los abrazos las monjas del convento pidieron reiteradamente a Teresa que se acostase, algo que, aunque no era habitual en ella, se vio obligada a cumplir dado su estado.

—Válgame Dios, qué cansada me siento; ha más de veinte años que no me acuesto tan temprano… —farfulló con gran pesar antes de dirigirse a la celda que le había sido asignada en la planta baja del edificio.

Esa noche, y según relatarían tiempo después, algunas monjas asistirían a un episodio inexplicable coincidiendo con la llegada de la madre. Al parecer mientras la comunidad asistía en la iglesia al rezo de completas, tres religiosas algo distraídas por la novedad presenciaron unas extrañas luces en el coro y de súbito se preguntaron si estas no guardarían relación con el aspecto moribundo de la fundadora.

Pero lo que más les impactó fue que en medio de las oraciones pudieron escuchar a lo lejos tres gemidos suaves, muy débiles, como

los suspiros de una cierva agonizante. ¿Vendría acaso la santa a morir a Alba de Tormes?

A la mañana siguiente Teresa se levantó mucho más animada que el día anterior. Tanto que su enfermera, Ana de San Bartolomé, se sorprendió enormemente y con gran regocijo se ofreció a servirla en lo que fuese menester.

—¿Desea tomar alguna cosa, madre? ¿Un trozo de pan blanco, quizás? En vuestro estado no os podéis permitir el ayuno…

—Te lo agradezco, hija. Algo tomaré. Pero quisiera ir yo misma a buscarlo a la cocina.

—Como disponga —dijo la monja en voz baja.

Tal era el deseo de la religiosa de hacer vida normal para escapar de los males que la venían martirizando que a su visita a la cocina le sucedió la obligada asistencia a misa con el resto de las carmelitas. En ella no sólo encontró paz y armonía para su espíritu sino que se sintió reconfortada tras recibir la comunión. Jamás en la vida se había visto en la necesidad de ceder a las debilidades de su cuerpo y mientras tuviese aliento no pensaba quebrantar esa norma. Por ese motivo en su libro de avisos y consejos había dejado escrito: «Torno a decir que está el todo o gran parte en perder cuidado de nosotros mismos y nuestro regalo; que quien de verdad comienza a servir al Señor, lo menos que le puede ofrecer es la vida. Pues le ha dado su voluntad, ¿qué teme? Claro está que si es verdadero religioso o verdadero orador, y pretende gozar regalos de Dios, que no ha de volver las espaldas a desear morir por él y pasar martirio. Pues ¿ya no sabéis, hermanas, que la vida del buen religioso y que quiere ser de los allegados amigos de Dios es un largo martirio?».

Ese día se celebraba la festividad del apóstol San Mateo, aquel publicano llamado originariamente Leví que se dedicaba a recaudar impuestos para los romanos antes de conocer a Jesús de Nazaret, y que redactó su evangelio en arameo para hacerlo más cercano al pueblo judío. A propósito de esto Teresa estuvo unos minutos meditando acerca de la extraordinaria capacidad de Dios para convertir a los pecadores y servirse de ellos como instrumentos de Su Paz. Un pensamiento que le hizo recordar aquellos días en el monasterio de la Encarnación en que fue tentada por el demonio, que le hizo caer en pasatiempos mundanos alejándola por un tiempo del necesario recogimiento y la oración. Pecados que no eran nuevos para

ella pues ya a los quince años, y antes de tomar los hábitos, se había dejado llevar por la vanidad empujada por sus bellos rasgos y un encanto que hacía perder la cabeza a cuantos se le acercaban.

Porque Teresa era guapa, sí, muy guapa, pero además reunía otras muchas virtudes a los ojos de los hombres, como el aseo y buen parecer de su persona, la discreción en el habla o la suavidad templada con honestidad en el trato. Por aquel entonces su cabello castaño era de un espesor notable y los amplios rizos naturales encuadraban una frente amplia y un rostro risueño, donde destacaba una nariz recta y redondeada en la punta que en su ascenso formaba con el arco de las cejas una línea delicada. Pero su mayor atractivo eran sin duda la boca, carnosa y sonrosada, con una dentadura deslumbrante, y por supuesto sus ojos negros, redondeados pero bien engastados, brillantes por el entusiasmo y también por la ternura. La tez era blanca, tanto que el contraste con sus mejillas, a menudo encendidas, era muy evidente. Y como remate a su armónico rostro poseía tres lunares junto a los labios que le añadían un punto de picardía a su alegre sonrisa.

Nada que ver, por tanto, con esa vieja fea y legañosa que fray Juan de la Miseria había retratado en su lienzo, con gran disgusto de ella, durante sus últimos días de fundación en Sevilla. «¡Cómo me gustaba oír decir que era hermosa!», pensó para sí en la soledad de la celda. «No, no podía creer que hubiera mal alguno en ello».

Un pensamiento que más adelante llegaría a condenar, sobre todo coincidiendo con el capítulo de las fundaciones en el otoño de su vida: «¡Oh Grandeza y Majestad mía! ¿Qué hacéis, Señor mío todopoderoso? ¡Mirad a quién hacéis tan soberanas mercedes! ¿No os acordáis que ha sido esta alma un abismo de mentiras y piélago de vanidades y todo por mi culpa?».

Además de su gusto por agradar, en aquellos años previos a su ingreso voluntario en el Carmelo Teresa tuvo gran afición por el adorno, a veces de un modo impropio en una muchacha tan joven. Constantemente cuidaba sus cabellos y sus manos, se surtía de cremas, pinturas y perfumes como el almizcle o la bergamota, y pasaba más tiempo delante del espejo que rezando el rosario. Tanto le gustaba sentirse hermosa que llegó a imitar los modos de la emperatriz Isabel, sobre todo los relativos al trenzado de su pelo. Lucía collares de ámbar, de coral blanco o rosa, pero la piedra por la que sentía debilidad era el jade, que realzaba su mirada.

Y cuánto le satisfacían entonces los relatos de caballerías. «Si no tenía libro nuevo no me parece tenía contento». Pero esta afición, poco apropiada para una jovencita, la practicaba a escondidas de su padre don Alonso. Este prefería verla bordando, atendiendo las cuentas con su hermana María o aficionándose al ajedrez, juego que él le enseñaría de niña y con el que ambos solían entretenerse. Así pues, Teresa tenía que compartir su pasión lectora en secreto con Rodrigo, su hermano pequeño, con quien debatía acerca de las aventuras de los caballeros en busca de sus enamoradas doncellas. Y tanto le apasionaban estas historias que llegaría a redactar su propia fantasía a dúo con Rodrigo. Para ello emplearían un cuaderno bajo el título de *El caballero de Ávila.*

Pero si existía un pecado del que la abulense se arrepentiría hasta el llanto ese era el haber sido objeto del arrobamiento de uno de sus primos. Y tanto se vio complacida a sus quince años por este hecho que se dejó enredar en el sentimiento que le inspiraba: «Como comenzaba a entender que una persona me tenía voluntad, y si me caía en gracia, me aficionaba tanto, que me ataba en gran manera la memoria a pensar en él».

Triste final tendría aquel fugaz romance que concluiría al poco de haberse iniciado, pues al año siguiente ingresaría en el convento de las agustinas de Nuestra Señora de Gracia, el más prestigioso de Ávila, con objeto de perfeccionarse en el estudio de la religión y en la práctica de todas las virtudes, como era propio en las muchachas ricas. «¡Cuánto sentí los primeros ocho días!», se lamentó Teresa inclinada sobre la blanca pared al recordar su primer encierro. «Pero presto se acabó, y comenzó mi alma a tornarse a acostumbrar en el bien de mi primera edad, y vi la gran merced que hace Dios a quien pone en compañía de buenos».

—¿Puedo pasar? —dijo Teresita tras golpear la puerta con suavidad.

—Adelante —respondió la madre, cuyo ensimismamiento la habían alejado una vez más de la realidad—. Y no pronuncies palabra, pues sé a lo que vienes.

—¿Lo sabe, tía?

—Sí, hija. Es tu necesidad de vestir los hábitos. Lo entiendo. Y plugo a los ojos del Señor para que me conceda fuerzas por poder cumplir mi promesa.

Una sonrisa de agradecimiento acompañada de un cálido abrazo fue la única respuesta de Teresita, a quien la mera palabra de compromiso de su tía le bastaba para seguir albergando esperanzas.

No habían pasado ni treinta segundos de ese sincero gesto cuando la madre comenzó a sentir un profundo malestar que la hizo marearse. Entonces la joven, nerviosa pero aparentando un gran temple, la ayudó a acostarse y acudió rauda en busca de Ana y otras monjas.

6 Las *encamisadas* eran ataques nocturnos en los que se traspasaban las líneas enemigas con el fin de sembrar el caos en el campamento enemigo. Recibían este nombre porque los españoles se ponían camisas blancas encima de la armadura para distinguirse entre ellos.

7 El *cuarto* era una antigua moneda fraccionaria española de cobre (vellón pobre, es decir, con muy poca adición de plata), cuyo valor era de cuatro maravedíes. Para hacerse una idea de los precios en la época de Felipe II, un huevo costaba 3 maravedíes y un litro de vino 5.

# 17. Un corazón atravesado

*Oficina de turismo, Alba de Tormes, 9 de febrero de 2012*

Del otrora excelso palacio de la casa de Alba en la zona noble de la villa sólo quedaba un torreón. A sus pies, y tras una intensa restauración, el visitante podía imaginar lo que en tiempos había sido una robusta muralla con cinco puertas y varios portillos que desaparecieron en el derribo de la cerca. De esas entradas aún resonaban evocadores nombres como de la Corredera, de Terreros, o del Salitre, pero poco más.

A los pies de la fortaleza se ubicaba una moderna construcción que hacía las veces de oficina de turismo. Desde allí se organizaban visitas guiadas a los lugares más destacados del municipio, comenzando, como no podía ser de otra forma, por la llamativa fortificación y luego continuando con su lugar más emblemático, el convento donde descansaban los restos de Santa Teresa de Jesús.

Carla, en su capítulo dedicado a inventariar las reliquias teresianas de todos los monasterios castellanos, había preferido dejar los más próximos para el final. Y en ese orden pensaba visitar en los próximos días los ubicados en Alba de Tormes y Ávila.

Por tanto esa fría pero soleada mañana del mes de febrero, poco después de desayunar en casa, la joven había puesto rumbo a aquel pequeño municipio para realizar una completa visita. Pese a vivir en Salamanca, a pocos kilómetros de la villa, tan sólo había estado allí una vez hacía más de veinticinco años, en unas de esas excursiones culturales que sus padres organizaban los domingos y en las que el solo hecho de ir con los abuelos ya representaba todo un acontecimiento.

Al llegar a las puertas de la oficina de turismo Carla se topó con un grupo de jubilados que mientras esperaban su turno para acceder a la visita se dedicaban a tomar fotografías, leer algún folleto o charlar animadamente. Como ella había llamado por teléfono previamente para reservar —Mamen le aconsejó que accediese primero al convento como una turista más y luego como investigadora, para así poder captar el fuerte magnetismo del lugar desde los dos puntos de vista—

tan sólo hubo de acercarse al mostrador y preguntar por Queti, una vieja conocida de la guía salmantina que se había mostrado gustosa de mostrarle los tesoros de la villa.

—Buenos días, tú debes ser…

—Carla —exclamó la chica con gesto amable.

—Eso es, la amiga de Mamen —dijo una señora de mediana edad con el pelo a la altura de los hombros—. Me alegro de conocerte.

—Lo mismo digo —respondió Carla sonriendo.

—Yo soy Queti, de Enriqueta, claro —y ambas rieron—. Si no te importa esperar cinco minutos, enseguida entramos en el torreón. Espero que no te moleste sumarte al grupo que acaba de llegar. Son un poco ruidosos, pero ya verás cómo los pongo firmes en un momento.

—No hay problema. De hecho me pica la curiosidad por ver cómo lidiáis con tanta gente.

Una vez que la guía hubo repartido la totalidad de entradas a los ancianos el grupo comenzó a subir la rampa de acceso al monumento con evidente entusiasmo pero en silencio. Tal y como le había anunciado a Carla unos minutos antes, superados los primeros conatos de resistencia la reunión había pasado a estar bajo su absoluto control. Mientras ascendían Carla se fijó en la llamativa escenografía tejida en la antesala de la fortaleza. De un modo figurativo y elaborado a base de piedra, metal y rematado con hierbas silvestres, se representaba un tablero de ajedrez de lo más curioso. Tanto que Carla sacó del bolso su cámara fotográfica y, como una turista más, le hizo una foto.

Ya en el interior del torreón y mientras Queti iniciaba su explicación sobre el lugar narrando los antecedentes de la casa ducal, Carla, que ya conocía de sobra la historia por su anterior proyecto de tesis, se dedicó a deambular por el espacio fijándose en los retratos de algunos de los más destacados miembros del linaje así como en las llamativas piezas arqueológicas contenidas en las vitrinas. En la parte alta del torreón les esperaban unos maravillosos frescos renacentistas ejecutados por el pintor italiano Cristóbal Passini. Sin duda este fue el detalle que más impresionó a Carla, y no sólo por la calidad de los mismos, sino por estar algunos de ellos inacabados.

Un rato después de abandonar la vieja fortaleza el grupo llegó a la plaza donde se encontraba el convento carmelita de la Anunciación, en que Santa Teresa pasó los últimos días de su vida y donde, después de varios pleitos, idas y venidas, descansaban sus restos —o mejor

dicho, parte de ellos— desde hacía varios siglos. Una vez más Carla fue incapaz de retener su curiosidad y, separándose del grupo con disimulo, accedió de inmediato a la zona expositiva para buscar con ahínco aquello que más le interesaba.

Allí, tras un grueso cristal y rodeado de numerosas piezas de arte religioso así como otras curiosidades relacionadas con la santa, se encontraba uno de los mayores tesoros de la Orden del Carmen. Una reliquia que era mucho más que un simple fragmento del cuerpo de Teresa de Jesús, pues su presencia física, inefable y poderosa, trascendía lo puramente material para adentrarse en los terrenos de lo intangible: su corazón incorrupto.

En la visita a Roma Carla había tenido ocasión de conocer de primera mano una de las obras de arte más fabulosas del Barroco, el famoso *Éxtasis de Santa Teresa,* del genio Gian Lorenzo Bernini, ubicada en la Capilla Cornaro de la iglesia de Santa Maria della Victoria. En ella el escultor recreaba uno de los episodios más apasionantes y a la vez más controvertidos de la vida de la religiosa, narrado por ella misma en uno de sus escritos. Aquel en el que tuvo la visión de un ángel que se le aparecía y le clavaba una flecha ígnea en su corazón. Algo que la tradición carmelitana, siguiendo las pautas de la teología, designó con el nombre de *Transverberación* o unión mística con Dios, y que su propia protagonista narró en el capítulo 29 de su autobiografía: «Ví a un ángel cabe mí hacia el lado izquierdo en forma corporal, lo que no suelo ver sino por maravilla [...]. No era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido que parecía de los ángeles muy subidos, que parecen todos se abrasan. Deben ser los que llaman querubines [...]. Le vi en las manos un dardo de oro largo, y al fin de el hierro me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces, y que me llegaba a las entrañas. Al sacarle, me parecía las llevaba consigo y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios».

Después de contemplar con delectación la gran escultura romana de más de tres metros y medio de altura y de leer una y otra vez el episodio teresiano, el poder encontrarse frente a ese órgano estigmatizado y conservado como en una cápsula del tiempo de una forma tan poco común, suponía para Carla toda una experiencia.

La reliquia aparecía inserta en una especie de vaso de cristal lujosamente adornado que a pesar de los excesos de su barroquismo no le hacía en absoluto sombra. Carla, que tras leer numerosos

trabajos monográficos sabía muy bien donde mirar, no tuvo ninguna dificultad para dar con la supuesta «herida» que, a raíz del episodio místico de la santa, partía en dos su órgano vital, detalle que inevitablemente llevaba siglos representando un misterio para la ciencia y que allí se exponía, con todo su poder de atracción, alimentando la imaginación de los miles de visitantes que la contemplaban cada año.

Desde el siglo XVII circulaban diversas leyendas en torno a esta reliquia tan peculiar. Una de ellas refería el olor acentuado que desprendía y que tanto llamó la atención del capellán de las monjas en 1610. Al estudiarlo de cerca, pudo comprobar que por la parte que el corazón no llegaba a tocar el cristal el mismo aparecía incólume, mientras que en el lado que la reliquia rozaba la «vidriera» esta acababa quebrándose, obligando a la comunidad a reponerla hasta en tres ocasiones seguidas. Por las mismas fechas, Inés de Jesús, monja carmelita, atestiguaba otro fenómeno semejante provocado por sus dudas acerca de la veracidad de la reliquia: tras atreverse a sacarla a escondidas de su recipiente, sintió unas intercadencias, «como que le daban pulsadas en la misma mano con que lo tenía apretado», algo que la llenó de satisfacción.

No obstante la leyenda más extravagante es la que se refería a la propia extracción del órgano recién fallecida la santa. Esta sería obra de una monja lega a modo de hurto sagrado, quien por su propia cuenta y sin decirlo a nadie usó un cuchillo y lo extrajo del cuerpo incorrupto, escondiéndolo a continuación en su propia celda. Hasta se le concedía a tal monja el nombre de María de la Asunción y se le atribuían hechos macabros como el pasar la reliquia por el fuego en una sartén…

Tanto se difundió este bulo que en el siglo XIX las propias descalzas hubieron de escribir al procurador general de la orden en Roma para desmentirlo. Y es que la fábula no sólo se recreaba en el episodio de la lega ampliando los detalles escabrosos, sino que añadía la presencia de unas espinas en el corazón que durante ese siglo se consideraron milagrosas. Todo esto motivaría un revuelo de tal magnitud que obligaría a sus custodios a encargar varios exámenes médicos entre 1870 y 1874; informes que, todo había que decirlo, serían archivados en el Vaticano sin que llegara jamás una respuesta.

Años después los médicos, para no comprometerse, hablarían de excrecencias vegetales más que de espinas, evitando en todo momento

el adjetivo *milagroso* y prefiriendo hablar de *un prodigio extraño*. La Iglesia oficial, por su parte, nunca tomó una posición clara en el asunto.

—Aquí podéis observar las dos reliquias más importantes del museo —exclamó Queti entrando en la sala con el grupo y sacando a Carla de sus pensamientos—. Por un lado el corazón de la santa, y junto a él su brazo izquierdo incorrupto.

—Perdona que me haya separado del grupo —se disculpó la joven.

—No te preocupes, chica —le respondió Queti en voz baja—. Mamen ya me avisó que estabas investigando sobre Santa Teresa. Seguramente todo lo que estoy contando lo sabes de sobra. Ahora te voy a enseñar algo muy especial; se trata de las llaves de la tumba de la santa.

Cuando en el siglo XVII, y para evitar arbitrariedades y descontrol en el acceso al sepulcro, los responsables de su custodia decidieron idear un sistema de guarda y protección compartida, una de las fórmulas que resultó más satisfactoria fue la de cerrarlo con candados y repartir las llaves entre varias personas. Una vez obtenido el permiso de Roma, y tras llegar a un acuerdo con las partes interesadas, se procedió al reparto. Según el documento redactado por la cronista del convento carmelita de la época este quedó de la siguiente forma: «Las llaves del sepulcro son diez, tres tiene la comunidad, otras tres el Excmo. Señor Duque de Alba, otras tres Nuestro Reverendo Padre General [en Roma], y una del arca interior de plata el Rey nuestro Señor».

—Esto parece sacado de una película de Indiana Jones —exclamó Carla, quien pese a haber oído algo sobre esa historia aún le costaba creerlo—. Es como si estuviésemos hablando de la tumba de un faraón egipcio…

—Para los católicos de la época el sepulcro de Santa Teresa de Jesús se aproximaba a esa idea, y mucho más si tenemos en cuenta lo que costó traerlo de vuelta a Alba de Tormes tras su breve estancia en Ávila.

—Y todas esas llaves, ¿se siguen usando como entonces? —preguntó la chica con interés.

—Bueno, te podrás imaginar que hoy en día se reducen a algo simbólico. De hecho el sepulcro no se abre desde hace bastantes años.

—Entiendo —dijo Carla—. Pero en caso de necesidad imagínate que se las piden al rey y este no se acuerda de dónde las tiene guardadas…

—No hace falta que me lo imagine —dijo Queti con ironía, a lo que Carla respondió con un gesto de extrañeza—. Y ahora entenderás el porqué…

Según relató la guía en voz alta, la combinación de las llaves se correspondían con tres sectores distintos del monumento sepulcral, situado en un camarín encima del altar de la iglesia después que se hubieran trasladado los restos desde una capilla lateral donde estaba enterrada originariamente la santa: tres llaves servían para abrir la reja exterior de hierro del camarín, tres para la tapa de bronce incrustada en el arca de mármol por la parte anterior y cuatro para el arca interior de plata. Este conjunto de llaves se hallaban divididas a su vez en juegos de a tres para cada delegado o compromisario y así todos contaban con las mismas, concretamente una de cada sector (reja, arca de mármol y arca de plata), excepto en el caso de la llave real que abría el arca interior de plata.

—Para ser más concretos —explicó Queti con gran solemnidad— los tres juegos de llaves del sepulcro teresiano hoy están en poder de las siguientes personas: tres llaves las guarda la priora de este convento de la Anunciación, otras tres el superior general de los carmelitas descalzos en Roma y las tres restantes están en la capilla del Palacio de Liria, en Madrid.

—¿Y la del rey? —preguntó una señora bajita alzándose entre sus compañeros de viaje.

—Buena pregunta —respondió la guía sonriendo—. De esa, desgraciadamente, no sabemos nada. El rey desde luego no la tiene.

—¿Y entonces donde está? —exclamó otro señor levantando su bastón.

—Muchos sospechamos que también la guarda la casa de Alba, pues en su juego hay una llave diferente a las demás, que porta la corona real, y está en su poder desde el siglo XVIII. Al parecer, el duque por aquella época era delegado regio, de ahí que la conservara en su palacio.

—¿Y si no es la auténtica? —insistió la señora de baja estatura.

Pero esta vez la responsable respondió únicamente encogiéndose de hombros, para a continuación guiar al grupo hasta la puerta de salida.

Concluido el capítulo de las despedidas —la siguiente visita a Alba sería para examinar las reliquias de cerca— Carla buscó su coche en la explanada junto al río donde se alzaba la basílica inacabada dedicada a la santa. Ese proyecto neogótico, iniciado en 1898 para dar más

realce a la villa que acogía el cuerpo de la religiosa, después de varios años de inactividad volvía a reanudar los trabajos de construcción en algunas fachadas, pero sin una fecha determinada de conclusión.

Ya de camino a su casa y con el tiempo justo para almorzar y marcharse al café, Carla encendió la radio para distraerse. Tras sintonizar unos segundos dio con una canción de Katy Perry que le trajo a la mente el pasado fin de año. Así, por unos momentos y mientras conducía por una carretera nacional semidesierta, pudo evocar la noche en que había vuelto a encontrarse con Miguel tras una jornada maratoniana. Primero se había quedado de piedra al ver a Ángel en la pantalla de su ordenador luciendo barba y hablando de energías telúricas. «¿Desde cuándo se dedicará a esas cosas? ¿Y por qué diablos se hace llamar Aingeru?», pensó intrigada.

Pero tras unos minutos de consternación hizo todo lo posible por devolver su atención a la fiesta de Nochevieja y al hecho de acicalarse todo lo posible para su reencuentro con el andaluz. Craso error, pues horas después comprobaría que si bien al principio se había mostrado muy cariñoso y atento con ella, una vez tomadas las uvas y con varias copas de más, su interés inicial habría pasado a un segundo o tercer plano.

Desde entonces no había vuelto a llamar a Miguel, y ni tan siquiera respondía a sus mensajes y sus correos electrónicos. Tan sólo la imagen del joven bailando con una antigua compañera de estudios, tomándola por la cintura en medio del local y posando los labios en los suyos, le bastaban para borrarlo de su vida para siempre.

# 18. Ronda, 1936

Un viejo espejo oxidado al final del pasillo permitió a la madre superiora adecentarse el pelo y recogerlo en un moño bajo, mientras las explosiones resonaban en todos los rincones de Ronda. Desde su salida precipitada del convento el estruendo y el griterío exterior se habían convertido en el sonido cotidiano de la vida de las monjas, ya integradas plenamente junto a los ancianos que habitaban aquellos muros. Si los días resultaban largos por la inquietud y el desasosiego reinantes, peores eran las noches, donde una tras otra debían escuchar los lamentos desgarradores de algún desgraciado al que iban a linchar, de una madre clamando justicia por su hijo o de una cohorte de beodos escupiendo insultos y blasfemias. Asimismo el mantener las costumbres propias de la vida conventual cada vez era más difícil, pues a la falta de un ambiente espiritual adecuado había que sumar la quema indiscriminada de imágenes religiosas, los continuos registros en busca de objetos de valor y la propia vestimenta de las monjas, cuyo hábito carmelita había dado paso a unas sencillas ropas de seglar con las que ocultar su identidad a todos aquellos enemigos de lo eclesiástico.

Madre María de Cristo se sentía extraña con aquel vestido de segunda mano. Hacía varias décadas que no ocultaba su cuerpo bajo otras telas que no fuesen las propias de la orden. Pero lo que más le costaba aceptar era la ausencia del velo con que cubrir sus cabellos, ya encanecidos por los años, y cuya exposición a los ojos de los demás le hacía sentirse desnuda. Esa tarde el gentío de la plaza les había concedido una cierta tregua y pudieron celebrar sin sobresaltos una discreta misa en una habitación interior que, merced al buen hacer de las religiosas más jóvenes, se había logrado adecentar para tal fin.

«Qué triste resulta ver a nuestro buen capellán sin su sotana», pensó la superiora, fijándose en los sencillos pantalones y la camisa remangada del cura, cuyo único símbolo de su pertenencia al clero era una ajada estola colgada del cuello.

Pero a pesar de las carencias las monjas podían estar agradecidas por permitírseles estar juntas y orar ante el modesto crucifijo de madera que reposaba sobre la mesa, y mucho más al recibir el trozo

de pan negro que las hermanitas de los pobres pudieron proporcionarles para celebrar la eucaristía.

Finalizado el oficio, tan exiguo como gratificante, las mujeres, cuyas improvisadas vestimentas asemejaban más a un puñado de beatas que a una comunidad de carmelitas descalzas, entonaron un cántico de alabanza al Altísimo por concederles un día más de vida. Ya tendrían tiempo de pensar en recuperar los hábitos y su monasterio más adelante. Seguidamente se dispersaron para volver a sus quehaceres diarios, que en aquellas circunstancias consistían en colaborar todo lo posible con la marcha del asilo, ya fuese echando una mano en la cocina, lavando la ropa de los ancianos o consolando a los enfermos.

Estaba el sol próximo a despedirse cuando unas voces procedentes de la calle sacudieron la tranquilidad de los presentes. Se trataba de un grupo de milicianos jóvenes que, con gran regocijo y algarabía, interpretaban una parodia del himno de Riego, acompañada del golpeo de las culatas de los fusiles sobre el acerado de la plaza:

*Si los curas y frailes supieran*
*la paliza que les van a dar*
*subirían al coro cantando:*
*«Libertad, libertad, libertad».*

No obstante, tras repetir la letra con insistencia y vociferar algunas palabras malsonantes, la turba se alejó poco a poco entre grandes risotadas.

—¡Se han ido! ¡Se han ido! *Deus seja louvado!* —exclamó una de las carmelitas portuguesas, abrazándose a otra hermana.

—Mucho me temo que no tardarán en volver —respondió esta temblando.

Y no le faltaba razón, pues a los pocos minutos tres porrazos secos sobre la madera hicieron volverse a las monjas hacia la puerta con notable preocupación. Tanto que María Tomasa —que acababa de llegar de la cocina— sintió que el corazón le daba un vuelco, pues desde el episodio de su confesión no había logrado pegar ojo ni una sola noche.

—¡Ya va! —respondió la hermanita que hacía las veces de portera del asilo, y a continuación se volvió para tranquilizar al grupo—. ¿Quién es? ¿Quién llama a estas horas?

—Buenas tardes —resonó una voz con mejores formas de las esperadas—, ¿podría dejarnos pasar? Venimos de parte del Comité.

La pobre mujer abrió el cerrojo del portalón casi sin respirar y al instante un grupo de hombres armados comenzaron a entrar en el zaguán.

—Nos gustaría hablar con la superiora —dijo el que parecía el jefe —. Dígale que es importante.

—Un… un momento —respondió la portera mirando de reojo hacia el interior.

Al poco de ser avisada la monja hizo su aparición de un modo que sorprendió a los milicianos, pues estos pensaban que al tratarse de una religiosa iría vestida con los hábitos correspondientes. No obstante tras un leve rumor de desaprobación el cabecilla los mandó callar y se quitó la gorra ante ella con gesto respetuoso.

—¿Qué quieren estos buenos amigos con tantas armas? —exclamó la superiora con aparente serenidad.

—Verá… señora. Traemos esto para que lo lea.

En ese momento el hombre sacó un papel enrollado y se lo entregó con gesto serio. Mientras, el resto de milicianos permanecieron en su sitio, callados y expectantes. Una vez abierto, y tras escudriñar su contenido, la monja supo al instante que aquel documento supondría un duro golpe para la comunidad. En él se explicaba que el Comité había tenido mucho respeto con ellas, que se les agradecía su labor con los más necesitados y que no debían temer por sus vidas en caso de cooperar. Pero unas líneas más abajo se exponían las verdaderas razones del escrito y estas no eran otras que el requerimiento de entrega de su más preciada reliquia, aquella que desde hacía años guardaban con celo en el convento y que ahora permanecía escondida en algún lugar del asilo. Y para finalizar se las conminaba a no mostrar resistencia bajo amenaza de futuras represalias.

«Dios mío, ¿qué debo hacer?», pensó la monja cuando hubo leído la totalidad del contenido del documento. Pero no necesitó mucho tiempo para darse cuenta de que lo más importante en ese momento era salvaguardar las vidas de las religiosas que estaban a su cargo. «La santa sabrá perdonarme», se convenció a sí misma.

—¿Señora…? —la interrogó el miliciano, al comprobar que ya había concluido la lectura del papel.

—¿Y para qué quieren ustedes, si puede saberse, la mano de nuestra santa fundadora?

Entonces el cabecilla miró a sus compañeros en busca de alguna respuesta satisfactoria pues, en realidad, él no tenía ni la más remota idea sobre el interés de sus superiores en aquella mano. Tuvo que ser un muchacho de modales suaves y algo tensos por la situación el que diese un paso al frente para responder a la pregunta dejada en el aire.

—El Comité lo pide —exclamó, a lo que el jefe de la turba asintió sin demora correspondiendo todos con la misma frase, pero esta vez pronunciada de un modo mucho más alto y enérgico.

—Espere un momento —dijo la superiora.

Pero antes de volverse para iniciar el camino hacia las habitaciones de las monjas, el mismo hombre que se había dirigido a ella desde un principio la agarró por el hombro, esbozó una leve sonrisa y le susurró en voz baja:

—Su sencillez la salva. Traiga la mano…

Minutos después, y ya entre las religiosas, sopesó las consecuencias que hubiese tenido para el grupo el negar la existencia de la reliquia pues, según le informaron al punto, María Tomasa había desvelado el secreto días antes en plena calle y en presencia de un carabinero.

—¡El Señor se apiade de nosotras! —masculló una de las monjas al enterarse de la triste verdad.

—Entonces, ¿quién la tiene escondida? —preguntó la superiora con gesto grave.

—*Aqui é*… —dijo en tono lastimoso la anciana portuguesa Ana de Jesús y seguidamente sacó de su pecho un estuche color grana que contenía el mayor tesoro de las carmelitas.

Antes de retirarse con la reliquia, madre María de Cristo hizo que las monjas se arrodillaran y una a una la fueron besando hasta concluir con una sentida bendición. Luego la superiora caminó hacia la puerta seguida por algunas de las carmelitas, que no se hacían a la idea de que aquella desgracia llegase a tener efecto. Así, entre sollozos y preguntas lanzadas al aire con desesperación, llegó el momento de hacer entrega del estuche a los milicianos que esperaban ansiosos en el zaguán.

Poco antes de bajar la escalera, y cuando la principal ya se había resignado a la triste suerte, las religiosas pudieron escuchar como unas voces masculinas exclamaban entre la turba:

—Si la monja no cumple, ya están todas liquidadas…

—¡De aquí nos las llevamos al Tajo…!

Pero la líder no perdió la calma y a pesar de las lágrimas que aún

surcaban sus mejillas, una vez estuvo frente al jefe del grupo le espetó sin miramientos:

—¿Qué haría usted si le pidieran la mano de su madre?

—Pues llorar como usted está llorando —respondió el hombre sin pensar, ante el asombro de sus compañeros—. ¡Pues, ¿no me está emocionando esta mujer?! Yo la dejaría aquí, señora… pero tengo que cumplir las órdenes del Comité…

Entonces las monjas comenzaron a rezar en voz alta, la madre acarició el estuche por última vez y se lo ofreció al miliciano, quien tras mirar al resto de los hombres en busca de un gesto de comprensión inclinó la cabeza, entrecerró los ojos y besó la madera forrada de seda en clara señal de respeto.

# 19. ¿Te apetece una escapada?

*Spa Aquatherapia, Salamanca, 27 de marzo de 2012*

La última semana del mes de marzo comenzó para Carla de la mejor manera posible, con una oferta de trabajo bajo el brazo. Acababan de despedirla del café Novelty, donde habían decidido reducir el personal, pero con la llegada de la primavera volvía a estar ilusionada y con un nuevo proyecto a la vista. Apenas podía creer cuando descolgó el teléfono el lunes por la mañana que la llamada de Queti desde la oficina de turismo de Alba de Tormes era para ofrecerle un puesto como guía.

«Quién mejor que tú», le había dicho con entusiasmo, y teniendo en cuenta que desde hacía más de un año su principal ocupación residía en saber más y mejor sobre la santa enterrada en aquel lugar, la mujer tenía toda la razón.

La propuesta consistía en incorporarse al equipo después de Semana Santa, cuando el número de visitas a la villa se incrementaba —fundamentalmente con los grupos de jubilados y las excursiones escolares—, con lo cual disponía de unos días para prepararse debidamente. Lo cierto es que jamás se había imaginado hablando en público de esa forma y ante tantas personas, pero sus vastos conocimientos sobre los duques de Alba, y más aún sobre Santa Teresa, la convertían en la persona idónea para desempeñar esa función. «Tú no te preocupes que lo vas a hacer muy bien —le había insistido Queti—; cuando yo empecé, al poco de terminar la carrera de Historia del Arte, era incapaz de mirar a los turistas a la cara de la vergüenza que me daba, y ahora ya me ves, no hay quien me tosa».

En cuanto a la investigación, Matías le había reclamado un nuevo informe en la primera quincena, argumentando que el inventario de reliquias iba algo lento y que para que los plazos se cumpliesen de un modo adecuado debía ponerse las pilas. A Carla estas palabras no le sentaron demasiado bien, pero supo responder con el mejor discurso del que fue capaz, prometiendo que se lo haría llegar lo antes posible.

Ese día pensaba dedicárselo a sí misma, pesara a quien pesara, y entre las cientos de posibilidades que se le ocurrían se decidió

finalmente por utilizar el bono del spa que sus padres le habían regalado por navidad. Como la sesión era para dos personas y en aquel momento se encontraba sin pareja, se le ocurrió llamar a la única que podía cogerse la mañana libre, o sea, a Mamen, a quien no veía desde poco antes de fin de año.

Horas más tarde las dos mujeres entraban por las puertas de Aquatherapia, un moderno *spa* balneario situado en la calle San Justo, a pocos pasos de la Gran Vía salmantina.

—Buenas tardes —dijo una chica morena con el pelo recogido en una coleta, recibiéndolas tras un mostrador.

—Hola —respondió Carla—. Venimos a hacer el circuito —y en ese momento sacó la tarjeta-regalo para entregársela a la encargada.

—Estupendo. Por lo que veo tenéis el circuito relax más un masaje de veinte minutos.

—¿Un masaje? —preguntó Mamen sorprendida—. Eso no me lo habías contado…

—¿Qué pasa? —la interrumpió Carla—. ¿No te gusta la idea?

—No sé, es que a mí sólo me ha puesto la mano encima mi marido, y me da un poco de…

—¿De corte? ¿A ti? —y entonces Carla comenzó a reírse descontroladamente—. Pero si a ti no hay quien te achante, Mamen… Anda, no te preocupes, que verás como te gusta. Además, a las mujeres nos atienden mujeres, ¿verdad, señorita?

—Así es. Tomen estas toallas y vayan a cambiarse a los vestuarios, que en seguida las atendemos.

Cuando Carla se hubo cambiado y colocado ante el espejo para observar su aspecto sintió una extraña sensación, mezcla de tristeza y añoranza. La última vez que se había puesto el bikini había sido en el verano de 2010 en la playa de San Sebastián. De hecho había sido un regalo de Ángel, que llevaba tiempo insistiéndole en que se comprara uno de esos, «de triangulitos», como él los llamaba, y ella no le hacía ni caso. Lo cierto es que no le sentaba nada mal, pues el color negro destacaba sobre su delicada piel —excesivamente blanca pero tersa—, que a sus treinta y tantos años lucía mejor que nunca. Precisamente en el instante en que tuvo que abrocharse la parte de arriba —algo que a su ex le encantaba hacer— sintió una punzada de dolor que la obligó a cerrar los ojos por unos instantes, rozarse las sienes con la yema de los dedos, y seguidamente sonreír al ver llegar a Mamen.

—Anda, hija… ¡Vaya envidia que me das! El bikini te sienta como un guante. Igualito que a mí, que las lorzas se me desparraman por los lados…

—No digas tonterías, Mamen.

—¿Tonterías? Pero si estás más buena que el pan…

—Que el pan blanco, querrás decir, porque blanca estoy un rato.

—Eso es verdad, no te iría mal un ratito en el horno. Pero ya quisiera yo para mí una cinturita y un vientre plano como los tuyos. Como se nota que no has parido…

En ese momento Mamen se dio cuenta de que había dicho algo inoportuno, pues Carla se retiró de su lado y enrollándose la toalla al cuerpo, inició la salida hacia el pasillo con gesto serio.

—Veo que ya están preparadas —dijo la recepcionista morena al ver a ambas mujeres en el pasillo—. Pues si son tan amables, síganme, que voy a mostrarles las instalaciones y a darles instrucciones para iniciar el circuito termal.

—¡Allá vamos! —exclamó Mamen con una sonrisa nerviosa, mirando de reojo a su amiga que, aunque seguía algo apagada por el comentario, comenzaba a seguirle el juego.

El primer paso del circuito, tras darse una buena ducha, consistía en adentrarse en una sauna seca o finlandesa, que a grandes rasgos era una pequeña habitación forrada de madera con espacio para dos o tres personas donde la temperatura oscilaba entre los 70 y los 100 grados. La razón de su nombre había que buscarla en su origen escandinavo, cuando aún se consideraba un lugar sagrado que se ubicaba en el patio de las casas. Ya a partir del siglo XX comenzaron a construirse al lado de los lagos siguiendo el ejemplo de algunas mansiones. Los finlandeses no sólo entendían la sauna como una purificación del cuerpo sino que, mucho más allá de lo físico, su significado rozaba lo espiritual.

—¿Y cuánto tiempo tenemos que estar ahí dentro? —preguntó Mamen algo preocupada.

—Unos cinco minutitos, nada más —respondió la chica—. Luego salen, se refrescan en esas duchas de ahí y vuelven a entrar otro ratito. Después de completar este ejercicio vendré a buscarlas para pasar a lo siguiente.

Pero como Carla se imaginaba, antes de cumplirse el plazo la veterana guía hizo todo lo posible por escapar de la sauna en busca de aire fresco. Lo que no sabía es que el agua de la ducha estaba tan fría

que la obligaría a volver de inmediato junto a su amiga.

—¿De verdad que esto es un circuito relax? ¿Y dicen que lo inventaron los escandinavos? Yo creo que se han equivocado de país y que en realidad es una tortura, pero no finlandesa sino china…

—Mira que eres protestona —rio Carla, a lo que Mamen respondió con una carcajada aún mayor.

—Bueno, ¿piensas salir ya o no? Que de tanto calor vamos a ponernos como dos chorizos de Guijuelo…

A la sauna seca la sucedió la húmeda o el baño turco, que esta vez sí le gustó a Mamen por su relación con los antiguos *hammam* sobre los que tanto había leído. No obstante, al ser una estancia más húmeda, el sudor comenzó a hacer mella en ambas mujeres al poco de entrar; de este modo, en cuanto se cumplieron los cinco minutos salieron corriendo en busca de la chica que les atendía para pasar directamente al pediluvio. Este punto del circuito consistía en introducir los pies en agua caliente y fría alternativamente.

Después de pasar un divertido rato en el que las risas se continuaron sin cesar merced a las ocurrencias de Mamen, las dos mujeres recalaron en la piscina de burbujas, el lugar donde verdaderamente podrían desestresarse y charlar con tranquilidad.

—Creo que ya ha llegado el momento de hablar de la fiesta de fin de año, ¿no te parece?

—Buf… ¿No podemos hablar de otra cosa?

—Me lo has prometido, chica. ¿O te parece que he venido aquí a sufrir este calvario sólo para ver lo bien que te sienta el bikini?

—¿Otra vez con lo mismo? ¿Y de qué me sirve estar tan buena, como tú dices, si luego no hay un hombre en condiciones que se decida a hincarme el diente?

—Por ahí vamos bien… Vamos a ver, ¿qué diablos pasó esa noche? Que desde hace meses no sé nada de ti ni del fulano andaluz…

—¿Y qué quieres que te cuente? ¿La versión buena o la mala?

—Pues casi mejor me cuentas las dos. ¿Hubo tema o no hubo tema?

—Hubo tema, sí, pero con una de mis compañeras…

—¿Qué? ¿No me digas que te la pegó con una amiga?

—Sí, señora… ¡y delante de mis narices!

—No se puede ser más cerdo y tener menos estilo. Y yo que pensaba que era un hombre hecho y derecho. Y eso, ¿a cuento de qué?

—Y yo qué sé, Mamen… Al principio estuvo muy cariñoso, no se

apartaba de mí, echándome piropos y esas cosas, pero luego comenzó a beber y beber…

—Lo de siempre, vamos.

—Una cosa llevó a la otra.

—Pero ¿y tu amiga, tía? Vaya lagarta que está hecha…

—Esa mujer no es amiga mía, Mamen. Es una simple compañera de la facultad que no veía desde hacía diez años. Nos encontramos por casualidad, le presenté a Miguel y…

—¡Y hubo flechazo!

—Eso parece… Desde luego, qué asco de tíos…

—Bueno, mujer, no te lo tomes así. No estaba para ti y ya está.

—Ni para ella tampoco. Estoy segura de que al día siguiente él se volvió a Roma y «si te he visto no me acuerdo». Ya te dije que ese era un vivo. Lo calé en cuanto lo vi. Pero es que las mujeres tenemos cárcel…

—No digas eso, cariño. Ten paciencia, que al final aparecerá, ya lo verás.

—Por cierto, vi el programa de la tele vasca que me dijiste.

—¿Ah, sí? ¿Y qué te pareció el tipo que hablaba de las energías, el tal Aingeru?

—Bueno, a mí me pareció majo. Hablaba de un modo interesante…

—¿Y físicamente qué tal?

—¡Mujer, qué pregunta!

—Dime… ¿estaba bien o no? —insistió Mamen.

—Bien, sí —respondió Carla, algo cortada.

—¿Bien? Si me preguntas a mí te diría que para untarlo con aceite y tomate.

—Pues yo ya lo tengo más que catado…

—¿Cómo?

—Piénsalo bien: Aingeru, vasco… ¿no te dice nada todo eso?

—¡Ay! ¡No me digas que ese maromo era tu…!

—Sí, hija, sí. Mi ex. Aingeru significa en euskera Ángel… Fíjate tú qué original. Ese era el modo en que le llamaban los compañeros en la *ikastola*.

—Pero… ¿cómo es posible?

—Dímelo a mí.

—El mundo es un pañuelo.

—Desde luego…

—¿Y no has vuelto a hablar con él? A preguntarle por ese nuevo

rollo suyo, vamos…

—¿Yo? Ni hablar… Bueno, lo cierto es que pensé en llamarlo en algún momento, sobre todo para darle la enhorabuena al verlo tan recuperado, pero luego me dio palo, la verdad.

—¿Tan mal acabó la cosa?

La pregunta quedó en suspenso, pues la chica del *spa* apareció por sorpresa para indicar a las mujeres que era hora de pasar a la sala de masajes. Estas salieron de inmediato de la piscina, se secaron con las toallas y se dirigieron al pasillo sin demora.

Cuarenta minutos después, y una vez en la calle tras pasar por los vestuarios, las dos amigas comenzaron a despedirse buscando el modo de volver a quedar, pues la experiencia del *spa* había sido muy estimulante para ambas.

«Sobre todo el masaje», había dicho Mamen, cuyo paso por la camilla le había permitido relajarse como nunca, especialmente con las fricciones en la espalda y el cuello. Tanto que felicitó efusivamente a la chica que se había encargado de ella.

—¿Qué piensas hacer en el puente de Semana Santa? —preguntó la guía sacando del bolso las llaves del coche.

—Pues no lo he pensado. Ahora que no tengo trabajo supongo que me tomaré unas vacaciones. ¡Por qué no! De hecho tengo pendiente visitar algunos conventos más en el sur. Matías me insiste en que le envíe un informe lo antes posible y que no me relaje con el inventario de reliquias. Es un pesado, pero en el fondo lleva razón…

—¿Y qué conventos hay interesantes en Andalucía?

—Unos cuantos, pero me gustaría conocer especialmente el de Sevilla, que fue fundado directamente por Santa Teresa, y al parecer con bastantes dificultades. He llamado por teléfono para hablar con las monjas y acordar una cita, pero se ve que tiene unos horarios bastante limitados. Allí se conservan varias curiosidades de la santa, por ejemplo el famoso retrato de fray Juan de la Miseria que luego copiaron en toda España por orden de Felipe II.

—Ah, sí, ya sé cuál es. Ese del que venden postales en Alba…

—¡Ajá! Y por supuesto una reliquia del cuerpo, que por cierto no supieron decirme cuál era…

—Está claro que debes ir en persona —sentenció Mamen y, a continuación, extrajo su teléfono móvil y comenzó a buscar en la agenda.

—¿Qué haces? —preguntó Carla al verla trasteando con el aparato.

—Se me acaba de ocurrir una idea cojonuda. ¿Te apetece una escapada? Déjame que llame a alguien…

Unos segundos después Mamen había contactado con un primo que vivía en Sevilla y al que, por el arte de magia de su verborrea, trataba de convencer para que las recibiese en su casa.

—Ramón, cariño, sólo vamos a estar dos noches, nada más. Llegaremos el miércoles por la tarde y el Viernes Santo nos volvemos a Salamanca… ¿Cómo? ¿Qué podemos quedarnos todo el puente? No, ni hablar. No queremos abusar. Además, ya te he dicho que este no es un viaje de placer. Es por trabajo… Sí. Lo más importante es que muevas los hilos necesarios para visitar el convento… Eso es, el jueves por la mañana o cuando sea… Sí, hijo, sí. Ya sé que no será fácil, que las monjas son muy suyas, pero eso es primordial, mi amor. ¿Cómo? ¿Qué es Semana Santa? Claro que sé que es Semana Santa, que no vivo en el limbo, Ramón… En Salamanca también se celebra, ¿eh? Y con pasos, como allá abajo. Lo que pasa es que como tú eres tan *capillita,* no te quieres mover de ahí para venir a visitarnos. Pero bueno, ya que tú no vienes iremos nosotras… Eso sí, nos tienes que llevar a ver a la Macarena, que llevas años hablándome de esa procesión y tengo unas ganas tremendas… Venga, sí, ya te llamo yo para acordar la hora y todo eso. Un beso, cariño. Adiós, adiós…

—¿Qué pasa? —preguntó Carla al verla colgar el teléfono.

—Todo arreglado. Ve preparando las cosas que el miércoles que viene nos vamos a Sevilla.

—¡Estás como una cabra!

—¿A qué sí? Ya verás lo bien que nos lo vamos a pasar. Mi primo Ramón es un cielo. Hace ocho años que no nos vemos, desde la boda de su sobrina, pero es de un sensible… Te va a encantar.

# 20. Málaga, 1936

Nemesio Navarro cogió el estuche con la reliquia y cerrando con fuerza la puerta de la camioneta dirigió sus pasos a una taberna a las mismas puertas de la capital. Tras convencer a sus compañeros de que lo mejor era sacar la mano de Ronda lo antes posible —las lágrimas de las monjas le habían hecho reflexionar sobre el valor del tesoro sustraído— él mismo se ofreció a llevarla en compañía de Eugenio Barrios, el joven castellano que trabajaba en la industria de almendras y que desde hacía unos meses había entrado a formar parte del sindicato. «La llevaremos directamente al Comité de Málaga», había dicho con rotundidad.

Eugenio, cuya implicación en el episodio del asilo había sido por pura casualidad —su presencia en Ronda se debía al encargo de transportar unas cajas de panfletos en un vehículo requisado—, rápidamente se vio superado por la situación.

«Yo no quiero líos», le había advertido al cabecilla cuando este le pidió que se uniera al grupo de milicianos aquella tarde. «No te preocupes, que sólo vamos a cumplir una orden de registro… y por supuesto con los papeles por delante», le contestó aquel tranquilizándolo. Pero lo cierto era que la escena dramática vivida junto a las religiosas hacía que le remordiese la conciencia.

Eugenio no era un hombre de Iglesia. Si acaso por la educación católica recibida en su Ávila natal —sus padres no faltaban un domingo a misa— desde siempre se había considerado creyente, pero poco más. Aún recordaba la última vez que había recibido la comunión de manos de un sacerdote en el bautizo de un familiar, hacía ya bastantes años. En todo caso, y sobre todo por deferencia hacia su familia, siempre había respetado la religión. Tiempo después con la llegada de la República, y sobre todo a partir de su ingreso en la exportadora malagueña, sus ideas sobre el clero habían comenzado a cambiar. Los compañeros del sindicato no hacían más que acusar a los curas de ser cómplices de los abusos cometidos por el poder contra los trabajadores, de coartar las libertades del pueblo y secarles el seso con sus sermones. Eugenio los escuchaba con la boca abierta y, ante la pasión con que pronunciaban sus discursos, asentía de vez en cuando

e incluso les aplaudía las ocurrencias. Pero la cosa nunca pasó de ahí.

Por eso al contemplar la imagen de las monjas llorando desconsoladas no pudo evitar recordar su infancia, cuando acompañaba a la familia a visitar la iglesia de las Madres los días de fiesta, o cuando los vecinos se volcaban con la procesión de la santa cada quince de octubre. Unos momentos entrañables que ya formaban parte de su vida y que al evocarlos le habían provocado un nudo en el estómago que no había sido capaz de superar en todo el trayecto de vuelta. De ahí que cuando Nemesio le propuso detenerse unos minutos para echar un trago antes de continuar, el joven aceptó sin reservas.

—¡Salud, compañero! —gritó Nemesio, y a continuación golpeó el mostrador con violencia llamando la atención del camarero—. ¡Ponme otro!

Ya era el enésimo vaso de vino que pedía, y a pesar del gesto de reprobación de Eugenio no pensaba parar.

—Creo que ya está bien por hoy. Pide la cuenta que nos vamos —dijo el muchacho muy serio.

—¡Venga, hombre! No te me vayas a enfadar… Nos tomamos una ronda más y listos…

—Te he dicho que yo no bebo más. Además, se hace tarde y mi hermana me está esperando en casa.

—¿Ti… tienes una hermana? —preguntó Nemesio visiblemente borracho.

—Sí.

—¿Y co… cómo se llama?

—A ti no te importa —le respondió seco—. Deja que yo pague, pero vámonos ya…

—¡Te he dicho que yo no me muevo de aquí hasta que no me pon… pongan otro vaso!

—Muy bien —sentenció Eugenio—. Pues trae acá el paquete que ahora mismo me lo llevo.

Entonces Nemesio agarró con fuerza la caja de la reliquia que descansaba junto a él y en un gesto violento empujó a Eugenio contra el mostrador. Seguidamente el joven contraatacó con un manotazo en la cara del anarquista que no hizo sino empeorar la situación, pues aprovechando que había una botella vacía a su alcance este procedió a romperla y amenazar al muchacho para que no se le acercase.

Ya en la calle, y con intención de escapar con el estuche, Nemesio se fue en busca de la camioneta a trompicones, profiriendo insultos

hacia Eugenio y confesándole sus verdaderas intenciones.

—Tú y todos esos desgraciados no sabéis con quién estáis tratando. ¿Os pensabais que iba a entregar la caja como un niño bu… bueno? ¡Esto debe valer un ojo de la cara! —exclamó con furia, depositando la reliquia en el asiento del copiloto a través de la ventana.

—¡Maldito embustero! —gritó Eugenio abalanzándose sobre él.

Pero en ese momento el muchacho sintió una punzada de dolor en el vientre que le obligó a cerrar los ojos. Sin embargo, en lugar de amilanarse y henchido por la rabia, se armó de valor y le propinó un puñetazo a Nemesio en el rostro, tan fuerte, que hizo que este se estampara contra la puerta de la camioneta, cayendo posteriormente al suelo junto a la botella rota.

—¡Eres un sinvergüenza y un canalla! ¿Pretendías escaparte con la mano, verdad? A saber qué pensabas hacer con ella…

—Eres idiota, chaval. ¿Pues qué iba a hacer? Venderla y sacarme una pasta, y después subirme a un barco para no volver…

—¡Serás hijo de puta! —vociferó Eugenio con los ojos inyectados en sangre—. No te lo pienso permitir…

—¿Ah, no? Pues a ver si tienes huevos de detenerme —le respondió el miliciano sacando una pistola de debajo de la camisa y apuntando a Eugenio a la cara.

—¿Piensas matar a un compañero?

—Si no me dejas que me vaya… lo haré.

—No pienso consentir que te largues con eso —dijo señalando el estuche, que aún descansaba en el asiento—. Además, no tienes las llaves…

—Claro que las tengo —agregó Nemesio buscándolas en el bolsillo, hecho que el joven aprovechó para arrojarse sobre él y tratar de arrebatarle el arma.

Al poco un disparo alertó al dueño del bar, quien desde que se iniciara la trifulca había preferido permanecer en el local para evitarse problemas. No obstante, tras el susto inicial causado por la detonación apenas tuvo tiempo de reaccionar, pues cuando se disponía a salir al exterior para echar un vistazo el sonido de un motor arrancando certificó que uno de los dos hombres se estaba dando a la fuga tras haber matado al otro.

En efecto Eugenio había provocado sin querer la muerte de su compañero, que al forcejear apretó el gatillo del arma alojando una bala en su propio pecho. Rápidamente y en medio de un ataque de

pánico, el chico subió al vehículo y puso rumbo al centro, dejando el cadáver de Nemesio tirado en el suelo.

Un rato después, y una vez hubo aparcado la camioneta cerca de su domicilio, logró apearse no sin esfuerzo y cogiendo la caja de la reliquia la depositó en un saco junto a otras pertenencias y enfiló sus pasos hasta el portal. Ya era de noche y apenas había nadie en las calles, ni siquiera lograban adivinarse las patrullas nocturnas de otros días, por lo que Eugenio logró acceder en solitario al descansillo y abrir la puerta rabiando por el dolor.

Una vez hubo soltado el picaporte y guardado las llaves en el pantalón, atinó a verse la mano, descubriendo estupefacto que estaba completamente empapada. Seguidamente inspeccionó la herida provocada por el cristal en el vientre, comprobando que esta no dejaba de sangrar. Abatido, asió como pudo la barandilla de las escaleras y comenzó a subir pausadamente los escalones, respirando con dificultad y tropezando en más de uno.

Ya en la entrada del piso, Eugenio se abrazó a la bolsa con desesperación, exhaló un último suspiro y se derrumbó en el suelo como una carga pesada.

Luisa, que no estaba dispuesta a acostarse hasta ver regresar a su hermano sano y salvo —cada día que pasaba las noticias eran más preocupantes—, oyó el ruido del cuerpo al caer y, como si de una corazonada se tratase, corrió a abrir la puerta descubriendo el cuerpo inerte de Eugenio.

Rápidamente, y tras mirar a un lado y a otro para comprobar que nadie la estaba observando, lo levantó con dificultad y lo arrastró al interior de la vivienda con gran sigilo. Luego cerró la puerta, cargó con él hasta la cama y lo depositó sobre esta en un esfuerzo descomunal, rompiendo a llorar sobre su pecho de manera inconsolable.

# 21. Paso a paso

*Estación de Santa Justa, Sevilla, 4 de abril de 2012*

El AVE Madrid-Sevilla de las tres de la tarde irrumpió en el andén cargado de turistas ávidos por descubrir los encantos de la ciudad andaluza. No en vano el calendario mandaba y a esas alturas los sevillanos celebraban el ecuador de su Semana Santa, a pocas horas de la noche mágica, cuando todos los sentidos se concentrarían en torno a unas devociones que trascendían lo puramente religioso.

El reloj superaba las cinco y media cuando Carla y Mamen descendieron del vagón con sendos *trolleys* en busca de las rampas de acceso. No había más que observar a cada una de las mujeres y luego detenerse en sus equipajes para adivinar algunos rasgos fundamentales de su personalidad. Carla vestía con ropa cómoda y su elección para el trayecto había sido unos simples vaqueros ajustados, una blusa y un jersey turquesa acompañados de su clásica maleta Roncato azul marino. Por su parte Mamen lucía un vestido naranja de estilo étnico, aderezado con collares multicolores y una felpa en la cabeza en tono verde esmeralda, que hacía destacar su enorme melena rizada. Su maleta, a diferencia de la de su amiga, no era clásica ni oscura sino que llamaba la atención por ilustrar el simpático rostro de Hello Kitty sobre un fondo rojo con lunares blancos. «¿No te parece de lo más propia para ir a Sevilla?», había dicho la salmantina al encontrarse las dos para coger el tren. «Cuando Ramón me vea aparecer le va a dar un patatús».

No habían ascendido apenas la mitad de la distancia que separaba la zona de andenes del gran vestíbulo cuando un rostro masculino se hizo visible entre las muchas personas que aguardaban la llegada de sus familiares y amigos.

—¡Ahí está! ¡¡¡Ramón!!! —gritó Mamen entusiasmada, agitando los brazos para llamar la atención del hombre.

Ramón era un señor de unos setenta y pico años, de rostro afilado, piel cetrina y cabello blanco, ojos penetrantes y gesto melancólico. Vestía un traje oscuro de líneas sobrias, con el único aderezo del pañuelo en tonos burdeos que ceñía su cuello, y portaba un paraguas

negro. Exactamente lo contrario a la persona que Carla esperaba conocer, pues Mamen le había hablado de él como alguien divertido, culto y con el que se podían mantener conversaciones hasta altas horas de la noche.

Tras las presentaciones —en las que Ramón demostró una educación exquisita— los tres tomaron un taxi en la puerta de la estación para dirigirse al centro de Sevilla. Durante el trayecto Mamen acribilló a preguntas a su primo, quien sin perder la calma ni la compostura fue respondiéndolas una tras otra con enorme amabilidad. Fue entonces cuando al hilo de cierto comentario sobre su familia Carla pudo deducir que vivía completamente solo tras la muerte de su hermana, una mujer soltera que, como él, había dedicado su vida a administrar la herencia de sus padres.

Cuando el taxi hubo llegado a su destino, Ramón —que iba sentado en el asiento del copiloto— se adelantó para pagar, algo que no gustó en absoluto a Mamen, pero se lo perdonó a cambio de invitarlo a cenar esa misma noche.

—Te lo agradezco, María del Carmen, pero no va a ser fácil encontrar un buen lugar. Hoy es Miércoles Santo y la zona donde yo vivo está repleta de público. ¿Por qué crees que el taxi nos tiene que dejar aquí? Ya te avisé que era Semana Santa, y que los sevillanos nos la tomamos muy en serio. Pero no os preocupéis por la cena que eso también está previsto.

Mamen sonrió al oír estas palabras, se agarró del brazo de Ramón y guiñó un ojo a su compañera, que los seguía obediente tirando de su maleta. A los pocos minutos los tres accedieron al lugar donde vivía el hombre, una calle estrecha del casco histórico llamada Cuna, muy próxima al lugar por el que procesionaban las cofradías. De hecho no les resultó fácil llegar a la puerta del edificio, pues justo estaban terminando de pasar por delante un buen número de nazarenos con capirotes y capas negras acompañando a una hermosa Virgen por la que Mamen rápidamente se interesó.

—Lo tenías todo planeado, ¿eh, tunante? Le has dicho al taxista que nos diera un rodeo para que al llegar a tu casa pudiéramos encontrarnos de cara con la Macarena…

—Pero ¿qué dices, María del Carmen?

—¡Mamen! Por lo que más quieras, Ramón, llámame Mamen…

—Bueno, Mamen, o lo que tú digas… ¡Esa no es la Macarena, hija mía! La Macarena sale mañana por la noche.

—¿Entonces, esa cuál es?

—Esa es la Virgen del Refugio, de la hermandad de San Bernardo. A la cofradía se le llama así por estar asentada en la parroquia de ese barrio, famoso por los toreros. Es una de las más populares del Miércoles Santo —explicó Ramón con enorme énfasis.

—Ah, vale. Pero se parece bastante a la Macarena, no me digas que no. Yo la he visto por televisión y son prácticamente idénticas… Fíjate en los bordados que lleva, en la corona y el manto…

—Mira, chica, si nos ponemos así todas las vírgenes de Sevilla se parecen a la Macarena. Anda y sube para casa, que ya te enseñaré yo las diferencias mientras pruebas mis torrijas…

Toda esa tarde Ramón se dedicó a ilustrar a Carla y a Mamen sobre la celebración más importante de su ciudad. Al parecer, y debido a las inclemencias meteorológicas, ese día estaba siendo el único pleno en todos los sentidos, pues desde el Domingo de Ramos se habían suspendido innumerables procesiones, causando una gran tristeza entre los cofrades y visitantes.

Al despuntar la noche, y una vez que hubieron descansado y cenado unas agujas de carne y unas croquetas exquisitas adquiridas previamente por el sevillano en una confitería cercana, los tres se echaron a la calle para descubrir algunas de las estampas más impresionantes de la jornada. Primero Ramón las llevó a ver la cofradía de La Lanzada por las inmediaciones de su casa. A Carla le sorprendió el color de las túnicas de los nazarenos, de un rojo intenso, destacando especialmente la compostura de los mismos, ya fueran mayores o pequeños, y el hecho de repartir caramelos y estampitas con fotografías de las tallas. Luego callejearon deprisa hasta el barrio del Arenal —pese a su edad, Ramón marcaba el ritmo de manera envidiable—, aquel rincón de sabor marinero donde la Sevilla del XVI se había convertido en puerta de América. Un soberbio paso con una Virgen sujetando sobre el regazo a Cristo muerto hacía la entrada en su capilla acompañada de una banda de cornetas y tambores que resonaban desde lejos. Dicha representación era casi calcada de la famosa *Piedad* que Miguel Ángel Buonarroti realizase en el Renacimiento, y que tanto Carla como Mamen habían descubierto en sus visitas al Vaticano. Para culminar la velada, el trío se dirigió de nuevo a la zona donde vivía Ramón para asistir a unos de los momentos más emocionantes del Miércoles Santo, la recogida de la

hermandad de los Panaderos. Esta corporación gremial había sabido plasmar un momento fundamental de la Pasión, concretamente el Prendimiento de Jesús en el Huerto de los Olivos. Para ello se valían de un paso de unas dimensiones colosales sobre el que habían dispuesto imágenes alusivas al episodio narrado en los evangelios: desde la guardia romana hasta los sayones, pasando por algunos apóstoles como Santiago y el propio Jesús en el centro. A Mamen le gustó especialmente el gran olivo natural que figuraba en la trasera del misterio, así como la tea encendida que portaba un criado negro. A continuación, y como broche a la procesión de capas moradas y granates, las dos mujeres se maravillaron con la Virgen de Regla, que bajo un exquisito palio lucía sus mejores galas alumbrada por un gran número de cirios dispuestos en forma de equis, en homenaje a la cruz de San Andrés.

Al día siguiente Ramón sorprendió a las dos mujeres con un desayuno excelente compuesto por tostadas con mantequilla y mermelada de Santa Paula, zumo natural y café. Había que coger fuerzas para lo que se avecinaba durante el día, e igualmente por la noche, cuando ambas disfrutarían de la *Madrugá* sevillana.

El convento de San José del Carmen, llamado popularmente Las Teresas, estaba situado en uno de los lugares más frecuentados por los turistas que arribaban a la capital andaluza, el archiconocido barrio de Santa Cruz inserto en la antigua judería, que en tiempos de Fernando III llegó a albergar la segunda población judía de España, sólo superada por la de Toledo. Este hecho ya le confería un rasgo de notoriedad que hacía aún más atrayente su visita. Algo que de inicio no era sencillo, pues las carmelitas sólo abrían las puertas a los grupos organizados y el resto de curiosos debían ceñirse a determinadas horas de misa, normalmente a primeras horas de la mañana. Si a esto se unía que era Jueves Santo, las posibilidades de acceder eran prácticamente nulas para el común de los mortales. Claro que Ramón Jurado iba más allá de ser un visitante corriente. Desde siempre su familia había contribuido generosamente con la comunidad Descalza, y a la muerte de su hermana se habían oficiado en la iglesia varias misas por su eterno descanso. Esto y el profundo afecto que la priora sentía por él permitieron que, en contra de lo que cabía esperar, las monjas accedieran a recibirlos en una fecha tan señalada.

Desde el inicio de la visita, y tras la breve exposición que hizo

Carla de su investigación, la superiora se mostró amabilísima con el pequeño grupo de amigos. Su charla sobre el convento comenzó por la época de su instauración, deteniéndose especialmente en los episodios narrados en el libro de las *Fundaciones,* junto a alguna anécdota más que desde el siglo XVI circulaba en el acervo popular de la ciudad. Antes que nada quiso dejar claro que el lugar donde se encontraban era la tercera de las casas adquiridas por las carmelitas en la urbe. En un principio habitaron en inmuebles de las antiguas calles de las Armas y de la Pajería, que posteriormente serían vendidos, pasando al nuevo emplazamiento en 1586 gracias al apoyo de San Juan de la Cruz, quien la santa madre llamaba cariñosamente «mi medio fraile».

Mamen se mostró entusiasmada al ver de cerca el retrato del que tanto había oído hablar así como el original de la obra *Las moradas*, y Ramón sonrió al descubrir entre las reliquias la célebre campanita que la andariega llevaba en sus viajes. «Nuestra madre la llamaba *la ronquita*», le aclaró la responsable.

Pero sin duda el momento más esperado fue aquel en el que Carla tuvo ante sus ojos el fragmento del cuerpo de la santa. Esa era la principal razón por la que había hecho el viaje hasta Sevilla.

—¿Se sabe a qué parte del cuerpo pertenece la reliquia? —preguntó con curiosidad.

—Por supuesto, hija. Siempre hemos tenido constancia de que era una costilla. Lo que ya es imposible saber es cuál de ellas, claro está —respondió la priora sonriendo.

Antes de despedirlos, los tres amigos fueron obsequiados con unas estampas a modo de postales en las que venía impresa una reproducción del rostro de Santa Teresa. Ellos lo agradecieron con una generosa limosna que la monja se negó en un principio a aceptar pero que, tras el comentario de Ramón acerca del progresivo deterioro del edificio, tomó entre sus manos con un brillo de gratitud en los ojos.

Ya en la calle, y con un pronóstico del tiempo incierto para los intereses de las cofradías, Ramón propuso acercarse hasta la parroquia del Divino Salvador para visitar su interior. Y hasta allí se dirigieron con ánimo, convencidas de que el sevillano era único a la hora de moverse por las calles del centro.

—Hoy no sale ni un solo paso —dijo con rotundidad mientras paseaban de camino a la plaza.

—No seas pájaro de mal agüero, Ramón —le recriminó Mamen—. ¿Es que no has mirado al cielo? ¿Soy yo la única que se deslumbra con

ese sol?

—Es verdad —añadió Carla—. El día está precioso, ¿por qué dices eso?

—¿No habéis leído el parte de Maldonado? Ese raramente se equivoca, y da agua a partir del mediodía. Me temo que hoy me quedo sin ver a mi Virgen de la Victoria…

—¿Y esa cuál es, Ramón de mi alma? —preguntó Mamen con gracia—. Es que aquí tenéis más vírgenes que bares…

—¡A la Virgen ni mentarla, María del Carmen! —protestó Ramón —. Y menos para hacer esas bromas. Si te pasaras una larga temporada aquí conmigo las conocerías de sobra. Pero entonces tu marido se acordaría de mis ancestros… Los tres rieron y al rato llegaron al destino, la hermosa plaza del Salvador, cuyo ambiente a mitad de la mañana era espectacular. Mamen y Carla se sorprendieron al descubrir una gran multitud de personas poblando las escalinatas de acceso a la iglesia, las terrazas de los bares funcionando a buen ritmo —a pesar de ser relativamente temprano— y el deambular de numerosas mujeres ataviadas con trajes de mantilla y acompañadas de hombres con traje oscuro.

—¡Qué guapas y qué bien les sienta a las sevillanas el traje de mantilla! —dijo Mamen en voz alta, provocando el sonrojo de alguna chica que pasaba a su lado.

—Te imagino vestida así, Mamen, y me da la risa —exclamó Carla con guasa.

—¿Yo de mantilla con estos pelos? Creo que tú estarías mucho más propia. Y Ramón lleva el traje y la corbata a juego… No le faltas más que tú agarradita del brazo. Si hubiera una tienda abierta te compraba una… A mí lo que me pega es ir vendiendo globos a los niños.

—Cada loco con su tema… —sentenció Ramón, guiando a las mujeres hasta la entrada de la parroquia.

La fastuosidad de la recién restaurada iglesia del Divino Salvador deslumbró a Carla y a Mamen a partes iguales. Ramón no escatimó en elogios hacia los techos, las capillas, el altar y, por supuesto, los pasos que permanecían montados. La talla de Jesús de la Pasión, obra cumbre de Martínez Montañés, se ubicaba no lejos de otra genialidad escultórica, la efigie serena del crucificado del Amor, realizada por un discípulo de aquel, Juan de Mesa.

A la salida del templo, Ramón condujo a sus amigas hasta la Catedral, donde Carla extrajo su cámara de fotos para inmortalizar la

Giralda, así como la fachada de los Reales Alcázares. Ya era casi la hora del almuerzo cuando los primeros paraguas abiertos certificaron los malos pronósticos meteorológicos. Al final Ramón iba a llevar razón.

—¿A qué hora salen los primeros nazarenos? —preguntó Carla.

—Sobre las tres de la tarde, más o menos —respondió Ramón, dirigiéndose de inmediato a una joven pareja que llevaba una especie de folleto en las manos—. Disculpad, ¿me podríais prestar el programa un momento?

—Claro. Déjaselo, Manolo —respondió la chica, cuyo avanzado estado de gestación era evidente.

—La primera en salir es la hermandad de Los Negritos, eso está claro —masculló Ramón dirigiéndose a Carla y a Mamen, quienes lo escuchaban atentas—. Y la hora exacta es a las tres y veinte —confirmó tras leer la página correspondiente—. Vamos, que estarían pasando cerca de mi casa a las cinco.

—Muy bien —asintieron ambas mujeres.

—Y detrás viene La Exaltación, sobre las seis —continuó Ramón, devolviéndole a la embarazada el programa.

—No, espere —dijo su pareja—. Si quiere se lo pueden llevar, ¿verdad, Amelia? Nosotros sólo lo usamos para esquivar las procesiones.

—¿Cómo? —exclamó Carla sorprendida.

—Verá, los padres de ella viven justo al lado de San Juan de la Palma y como a nosotros no nos gusta la Semana Santa, siempre pillamos uno para saber por dónde tirar sin encontrarnos con los nazarenos...

—Jajaja —rieron las mujeres mirando a Ramón, quien por la extrañeza de su gesto no se había quedado muy convencido. No obstante esa pareja era la confirmación evidente de que no todos los sevillanos eran cofrades.

Pese a las ganas de seguir disfrutando de la fiesta la lluvia cumplió su negro vaticinio y como en un efecto dominó triste e irrevocable, una a una las cofradías fueron comunicando a sus hermanos la decisión de suspender la estación de penitencia, con lo que el Jueves Santo se quedó huérfano de procesiones. Por tanto Carla y Mamen, por recomendación de Ramón, se retiraron a la calle Cuna para descansar unas horas, pues aunque los nubarrones lucían un color bien oscuro, existían razones de peso para tener esperanzas con la *Madrugá.*

—¿A que al final me quedo sin ver a la Macarena? —se lamentó Mamen.

—¡Qué pesadita estás con la Macarena! —exclamó Carla secándose las botas, bastante empapadas por la lluvia.

—Es que me daría mucha pena no verla, niña. Cualquiera sabe cuándo tendré la oportunidad de volver a Sevilla en Semana Santa…

—Por mí cuando quieras —espetó Ramón—. Ya sabes que esta es tu casa.

Poco después de la medianoche y cuando los más optimistas se temían lo peor a causa de los continuos chaparrones, la hermandad de El Silencio abrió paso a los cortejos por la Carrera Oficial, como denominaban los sevillanos a aquellas calles por las que transcurrían todos los cortejos procesionales. Entusiasmadas, Carla y Mamen acudieron a la calle Sierpes para sentarse en las sillas que Ramón alquilaba desde hacía décadas, y que les permitiría seguir las procesiones cómodamente hasta prácticamente el amanecer. El nefasto Jueves Santo había dado paso de un modo casi milagroso a una noche despejada en la que las imágenes de más devoción y fama asombrarían a propios y extraños con su discurrir armónico y pleno de belleza.

# 22. Fides

*Procurad de no temerla [la muerte]*
*y dejaros toda en Dios, venga lo que viniere.*

Teresa de Jesús (C 11,4)

*Monasterio de la Anunciación, Alba de Tormes, año del Señor de 1582*

Al igual que las horas de luz se iban acortando conforme avanzaba el mes de septiembre, la salud de la madre iba perdiendo vigor y consistencia. No obstante y pese a los consejos de Ana y Teresita —verdaderas guardianas de su reposo—, ella se esforzaba por llevar una vida normal. Así, por las mañanas asistía a misa, luego deambulaba por el monasterio inspeccionando cada rincón y hablando con cada una de las monjas, para informarse de los detalles menores.

Una mañana llegó hasta las puertas de la Anunciación el rector de los descalzos de Salamanca para tratar un asunto espinoso con la fundadora. Se trataba de la adquisición de una nueva casa para la comunidad de monjas residentes en la ciudad universitaria. Desde el primer momento en que este le expuso la interminable historia del proyecto, al que llegó a calificar de «artificio del demonio», la indignación de Teresa fue a más.

—Si no fuera porque tengo en alta estima a su paternidad me costaría dar crédito a esas palabras que me inflaman los oídos y hasta el alma —expresó la madre con gran descontento.

—Vuestra reverencia sabe que digo verdad, pues conoce a la priora de San José mejor que nadie…

—Ya lo creo que la conozco, pues no fui sino yo quien le hizo el encargo de ponerse al frente de ese pobre grupo de hijas de Dios… Y más me pesa por ser Ana miembro de mi familia, y aunque la amo con cariño de hermana su afán por hacer y deshacer a mis espaldas me exaspera.

—En su defensa he de decir que ya son doce los años que lleva vagando de casucha en casucha, con las incomodidades que atañe, y

su voluntad no es sino la de acomodarse en lugar digno —alegó el religioso empleando un tono suave—. Para ello es menester ese último esfuerzo…

—Paréceme en cambio que no tiene disculpa su comportamiento, pues su desobediencia para con mi prohibición de comprar esa casa es impropia y desagradable. Más veo en su proceder el haber cedido ante un vulgar capricho, ¡y eso no lo pienso consentir! —se quejó Teresa torciendo el gesto.

—Ya es cosa hecha, con papeles firmados y entregada una señal. ¿Qué remedio queda? Perdone a su hija, consuélela y no la aflija…

—¿Está hecho, hijo? Pues no se ha hecho ni se hará, ni pondrán los pies en la casa, porque no es voluntad de Dios, ni les está bien —y con esto la madre dio el asunto por zanjado ante el asombro del rector.

Esta sería la última batalla que Teresa libraría por los intereses de la orden —la compra de la casa de Salamanca fracasaría, en efecto—, pues horas más tarde la interminable conversación le pasaría factura, obligándola a retirarse a la cama antes de lo acostumbrado.

Pero ni siquiera eso la detendría a la hora de seguir preocupándose por la marcha del convento, y por supuesto por su sobrina, a quien por encima de todo deseaba concederle los hábitos en su ciudad natal.

Al día siguiente, en que amaneció más animada pese a los rigores de la enfermedad, pidió a Ana de San Bartolomé que se acercara un instante y le expuso con rotundidad:

—Hágame placer, hija. Al punto que me viere algo aliviada, busque alguna carruca de las comunes, levánteme y vámonos a Ávila.

—Plega a Dios que si bastaran las ruedas de un carro yo misma haría las veces de arriero para cumplir su deseo, pero es tan largo el sendero y sus pobres huesos tan quebradizos…

Teresa sabía de las dificultades que la muchacha tendría para obtener su recompensa de no estar ella presente, pero por más que ansiaba dar fin a sus pretensiones más se lo impedía su estado de postración.

Llegada la festividad de San Miguel, y tras asistir con gran esfuerzo a la misa pese a haber vomitado la noche anterior, una vez hubo comulgado, sintió que desfallecía y las monjas se apresuraron a llevarla de vuelta a su celda.

Estando allí postrada tuvo un gran flujo de sangre, lo que alertó a

sus enfermeras sobremanera. Llamaron entonces al médico para que la atendiese y en cuanto vio la pobre estancia donde reposaba mandó cambiarla de sitio.

—Esta celda no es propicia para la salud de la enferma, pues es lugar demasiado frío. Tampoco el camastro es el conveniente, y no sería mal arreglo acostarla en una alcoba.

—Siendo así —intervino la madre— cuán me agradaría la enfermería alta, pues hay en ella una reja que sale al altar mayor, por donde pudiera oír misa…

—Será como vuestra reverencia desee —convino la priora.

Ubicada ya en lugar destacado, donde el abrigo era mayor y existía una ventana que se comunicaba con el claustro, el médico estableció un tratamiento consistente en unos aceites medicinales de la botica, todos de malísimo olor. Al tiempo de administrarle el remedio, este se derramó sobre la cama, coincidiendo con la llegada de la señora duquesa de Alba, que en los últimos días se había preocupado bastante por ella, llegando en ocasiones a darle la comida de su propia mano.

No hizo sino entrar la dama por la portería del convento cuando Teresa reparó en lo poco adecuado que resultaba recibirla de esa suerte. Tanto que María de San Francisco quitó hierro al asunto, diciéndole con amables palabras:

—No tenga pena, madre, que antes huele como si la cama se hubiera rociado con agua de ángeles.

—Alabado sea Dios, hija. Cubra, cubra, porque no se perciba este fuerte olor y ofenda a la duquesa, que harto me holgara que aquí no viniera.

Doña María Enríquez hizo acto de aparición en la estancia y de inmediato fue a sentarse junto a la enferma, abrazándola con énfasis y juntando la ropa, a lo que Teresa rápidamente replicó:

—No haga vuestra excelencia eso, que huele muy mal por causa de unos remedios que aquí me han hecho…

—Deje, deje… si es pura y buena la fragancia que desprende —respondió la duquesa con gran benevolencia— y antes me pesa que le hayan echado aquí olor, que no parece sino que se ha derramado agua bendita y le puede hacer mal.

Una vez más —y a modo de signo premonitorio— la noche anterior al traslado una religiosa había visto brillar sobre la nueva celda una luz más blanca y resplandeciente que el cristal. Desde entonces eran

varias las monjas que no dudaban que la madre moriría en breve junto a ellas.

Los días pasaban y el mes de septiembre daba paso al de octubre con un hálito de nostalgia que comenzaba a materializarse en las hojas caducas de los árboles, en la tonalidad de las puestas de sol y en el descenso paulatino de las temperaturas.

Ana de San Bartolomé no se separaba de su paciente en ningún momento, y si acaso debía hacerlo por fuerza mayor siempre venía alguna monja a sustituirla. E incluso la propia Teresita, cuyo empeoramiento de la enfermedad la tenía sumida en la desesperación, pugnaba por no abandonar la estancia incluso durante las madrugadas. Y no era fácil convencerla de ello, tanto que aun postrada y con dolores su tía le daba consejos y le recitaba letrillas sacadas de su propio ingenio, como aquella que compusiera años atrás y que decía:

*Nada te turbe,*
*nada te espante;*
*todo se pasa,*
*Dios no se muda.*
*La paciencia*
*todo lo alcanza;*
*Quien a Dios tiene*
*nada le falta.*
*Sólo Dios basta.*

Pese a todo, con la llamada al padre fray Antonio de Jesús para que la confesase, las monjas comenzaron a ver el final. Esa noche la había pasado casi en vela, sumida en la oración y en sus pensamientos, y no hubo forma de hacerla dormir. De ese modo entendieron que Dios le había revelado su muerte. Algo que confirmarían las palabras de una de las religiosas, quien al pasar cerca de la celda mientras el vicario terminaba de administrar el sacramento, había escuchado parte de la conversación:

—La madre se nos muere, ya no cabe duda de ello, pues, ¿no le oí decir en el lecho al padre fray Antonio que suplicase a Nuestro Señor que no la llevase ahora, ni les dejase tan presto…?

—¿Y qué respondió nuestra reverenda?

—Eso es lo que más me apena, pues su respuesta fue «que ya ella no era menester en este mundo».

—¡El Altísimo nos dé consuelo!

A la salida, fray Antonio llevaba el rostro apesadumbrado, y ni siquiera sus muestras de ánimo a las monjas sirvieron para espantar los malos augurios.

—Rezad por ella, que ese ya es el único bien que podemos hacerle —les susurró el sacerdote.

—Así se hará, padre.

—Y buscad a Mariana, esa novicia hija de Gaytán a la que tiene tanto aprecio… Lo último que me ha pedido ha sido ver a *su sabandija,* como ella la llama.

—¿Por qué la requerirá a estas horas?

—Me ha dicho que es por darle consejos santos…

Minutos más tarde la muchacha entraba por las puertas de la celda con los nervios a flor de piel. Teresa, que en ese momento estaba acompañada, pidió que las dejaran a solas, pues al igual que había hecho con su sobrina, quería dejar todo atado con la novicia de cara a su futura profesión. No obstante, en cuanto el resto se hubo marchado, la madre pidió a Mariana de Jesús que se acercara hasta donde no pudieran oírlas, y tras aproximar sus labios a su pequeña oreja, la conminó a guardar silencio, escucharla con atención y seguir sus instrucciones con diligencia.

Rápidamente, Mariana buscó en una pequeña mesa que se encontraba apoyada sobre la pared unos pliegos de papel que habían sido usados con anterioridad. Siguiendo las indicaciones de la abulense, tomó la pluma que reposaba en un extremo y, tras mojarla en tinta, comenzó a redactar una oración en latín, tachándola de inmediato. Luego arrugó el papel con violencia y lo arrojó al suelo intencionadamente. A este ejercicio le siguió otro prácticamente idéntico; y así hasta tres veces hubo de repetirlo por indicaciones de la madre. El resultado fue un pavimento lleno de papeles ajados y sucios de tinta que, en apariencia y por sus múltiples errores, habían sido desechados.

Finalmente la joven acudió a la cama y comenzó a escribir unas líneas siguiendo el dictado suave, pausado y rotundo de la enferma. Apenas unos renglones en los que la madre hacía un ruego de carácter asombroso que a Mariana le hizo temblar de puro espanto. «¿Ciertamente era necesario implorar algo así?», pensó demudada.

Pero apenas tuvo tiempo de reflexionar sobre el contenido del escrito que acababa de plasmar con el mayor esmero del que fue capaz, pues al punto la reverenda le pidió, no sin esfuerzo, que le cediera la pluma para rubricarlo de su puño y letra.

Para concluir Teresa le hizo un encargo muy importante que la obligaría a mantener el secreto tanto del asunto de la carta como de su destinatario. «Hazla llegar a Portugal cuanto antes, sea como sea», le había dicho con vehemencia. «Sólo él puede dar curso a mi última voluntad».

Cumpliendo su misión con obediencia, Mariana de Jesús dobló el humilde documento, lo escondió apresuradamente entre sus ropas y salió de la estancia recibiendo la bendición de la Madre. Sería la última vez que la viera con vida.

Una vez de vuelta a la estancia Ana de San Bartolomé preguntó por aquellos papeles esparcidos por el suelo, y Teresa le respondió que tan sólo eran unas vulgares letras que se le habían ocurrido como oración para las novicias, pero que al encontrarse fatigada había sido incapaz de rematarlas. Por ello había ordenado a Mariana que cesara en el empeño de copiarlas, para dejarla descansar.

Ana, en un gesto de conmiseración, las recogió con paciencia del suelo y procedió a quemarlas, como era costumbre con otros escritos inútiles.

La tarde de la víspera de San Francisco, dando el reloj las cinco, la madre pidió que le llevaran el Santísimo Sacramento. Estaba ya tan doliente que apenas podía girarse en la cama por sí misma. Mientras se cumplía su deseo, dedicó unas emocionadas palabras a las monjas que se encontraban junto al lecho:

—Hijas mías y señoras mías, por amor de Dios les pido tengan gran cuenta con la guarda de la regla y constituciones, y no miren el mal ejemplo que esta mala monja les ha dado, y perdónenmele…

Al oír esto las religiosas contuvieron el aliento y, no pudiendo reprimirse, varias de ellas comenzaron a llorar con gran congoja. Pero eso no era nada en comparación con lo que estaba a punto de suceder.

Ya estaba entrando por la puerta «aquel Señor al que tanto amaba» cuando la madre —que instantes antes parecía aquejada de una pesadumbre mortal— comenzó a mover las extremidades con un vigor sobrenatural y, levantándose de la cama sin ninguna ayuda, se acercó a besar la custodia con verdadera pasión, diciendo con una voz

entrecortada:

—¡Oh Señor mío y esposo mío, ya es llegada la hora deseada, tiempo es ya que nos veamos! ¡Señor mío, ya es tiempo de caminar, sea muy enhorabuena, y cúmplase Vuestra Santísima Voluntad! Ya es llegada la hora en que yo salga de este destierro, y mi alma goce, en uno con vos, de lo que tanto ha deseado…

# 23. El hilo de la madeja

*Iglesia de San Juan de la Cruz, Alba de Tormes, 29 de junio de 2012*

El teléfono de Carla vibró en el bolsillo izquierdo de su pantalón cuando aún no había terminado de ubicarse en el crucero del templo de cara a iniciar su explicación. Después de varios días de aprendizaje, de prácticas a solas delante del espejo y de noches en vela estudiando el material que le habían proporcionado, ya se encontraba plenamente adaptada a su nuevo trabajo como guía de turismo del municipio de Alba, por lo que ni siquiera se inmutó al notar el movimiento de su terminal, más bien compuso una profesional sonrisa e inició la exposición proyectando la voz, tal como le había enseñado Queti, con acento claro y palabras precisas.

—Nos encontramos en el interior de la iglesia de San Juan de la Cruz —comenzó la joven—, concretamente en el primer templo del mundo dedicado al santo carmelitano. Ya sabréis la importancia que tiene este personaje en la reforma del Carmelo, tanta que la propia Santa Teresa, a la que conoció en Medina del Campo, le pidió que la acompañase a fundar conventos y con el tiempo le encargó dirigir el apartado masculino de su proyecto. Por cierto que su verdadero nombre era Juan de Yepes Álvarez y llegaría a ser vicario y confesor de las monjas de Ávila. Por sus enfrentamientos con los Carmelitas Calzados, que no veían con buenos ojos la escisión de la orden, entró en la cárcel en Toledo, donde estaría ocho meses recluido. Será allí donde escriba su famoso *Cántico espiritual*. No sé si os suena este título o el de *La noche oscura*, pero lo que es seguro que conocéis es la famosa copla o villancico que comienza diciendo: «Vivo sin vivir en mí»...

—¡Yo me lo sé de memoria! ¿Me deja recitarlo, señorita? —dijo una señora alta y delgada levantando la mano desde su asiento próximo al pasillo.

—¡Cómo no! —respondió Carla, quien ya estaba acostumbrada al entusiasmo de los grupos de la tercera edad—. Pero ¿cuál de las dos versiones conoce? ¿La de San Juan o la de Santa Teresa? Es que,

aunque muchos no lo sepan, la primera en componer esa estrofa fue la santa. Luego él hizo una segunda versión.

—Pues no lo sé —respondió la señora abrumada.

—No importa, usted recite la que conozca, que luego ya veremos…

Entonces la mujer se puso de pie, carraspeó levemente y volvió la cabeza hacia el resto de sus compañeros para declamar los versos con una voz algo impostada:

*Vivo sin vivir en mí,*
*y tan alta vida espero,*
*que muero porque no muero.*

*Vivo ya fuera de mí,*
*después que muero de amor;*
*porque vivo en el Señor,*
*que me quiso para sí:*
*cuando el corazón le di*
*puso en él este letrero,*
*que muero porque no muero.*

*Esta divina prisión,*
*del amor en que yo vivo,*
*ha hecho a Dios mi cautivo,*
*y libre mi corazón;*
*y causa en mí tal pasión*
*ver a Dios mi prisionero,*
*que muero porque no muero.*

*¡Ay, qué larga es esta vida!*
*¡Qué duros estos destierros,*
*esta cárcel, estos hierros*
*en que el alma está metida!*
*Sólo esperar la salida*
*me causa dolor tan fiero,*
*que muero porque no muero.*

*¡Ay, qué vida tan amarga*
*do no se goza el Señor!*
*Porque si es dulce el amor,*
*no lo es la esperanza larga:*

*quíteme Dios esta carga,*
*más pesada que el acero,*
*que muero porque no muero.*

*Sólo con la confianza*
*vivo de que he de morir,*
*porque muriendo el vivir*
*me asegura mi esperanza;*
*muerte do el vivir se alcanza,*
*no te tardes, que te espero,*
*que muero porque no muero.*

*Mira que el amor es fuerte;*
*vida, no me seas molesta,*
*mira que sólo me resta,*
*para ganarte perderte.*
*Venga ya la dulce muerte,*
*el morir venga ligero*
*que muero porque no muero.*

*Aquella vida de arriba,*
*que es la vida verdadera,*
*hasta que esta vida muera,*
*no se goza estando viva:*
*muerte, no me seas esquiva;*
*viva muriendo primero,*
*que muero porque no muero.*

*Vida, ¿qué puedo yo darle*
*a mi Dios que vive en mí,*
*si no es el perderte a ti,*
*para merecer ganarle?*
*Quiero muriendo alcanzarle,*
*pues tanto a mi Amado quiero,*
*que muero porque no muero.*

A la conclusión del poema los espectadores aplaudieron a la espontánea, que incluso inclinó la cabeza para saludar a modo de agradecimiento. Carla esperó a que volviese a su asiento para explicar que esa composición era sin duda la de Santa Teresa, y que era fácil

reconocerla porque en el segundo verso decía «y tan alta vida espero», mientras que en la versión de San Juan de la Cruz esa línea se correspondía con la frase «y de tal manera espero». Luego los poemas eran distintos, coincidiendo ambos —eso sí— en el motivo «que muero porque no muero».

—Gracias por la aclaración, señorita. La verdad es que no tenía ni idea de que existieran dos poemas parecidos —intervino una vez más la señora que acababa de recitar.

—Ya ve, todos los días se aprende algo nuevo —sentenció Carla, continuando con la explicación de la arquitectura del templo—. En cuanto al edificio en el que nos encontramos fue proyectado por el carmelita fray Alonso de la Madre de Dios y las obras tuvieron lugar entre los años 1692 y 1695. Como habréis podido observar la fachada es simétrica y el conjunto de los tres escudos, la ventana en el centro y la imagen del místico forman una cruz. Ya hemos dicho que los emblemas pertenecen a la Orden del Carmelo y a los Álvarez de Toledo o duques…

Una vez más Carla notó que el teléfono la reclamaba, pero trató de no ponerse nerviosa y continuó dando algunas pinceladas del patrimonio.

—En el retablo del presbiterio, sencillo como toda la iglesia, destaca la Virgen del Carmen, de nuevo San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús y San José, un personaje muy venerado por los descalzos.

—Señorita, ¿puedo hacerle una pregunta? —exclamó un señor con barba que estaba sentado en uno de los últimos bancos—. ¿Es aquí donde está enterrado San Juan de la Cruz?

—No, qué va. San Juan está en Segovia, en un mausoleo del monasterio de los carmelitas descalzos, junto al santuario de la Fuencisla —respondió Carla, con amabilidad.

—¡Yo pensaba que estaba en Úbeda! —preguntó una señora con el pelo teñido de rubio.

—Es que en realidad sus huesos están repartidos por varios lugares, como ya expliqué en el caso de Santa Teresa. De hecho tanto Úbeda como Segovia disputaron por su cuerpo, pero al final terminó en Castilla a causa de un traslado clandestino. Como pasó con la santa, a este también le cortaron un pie y varios dedos, y esos sí se quedaron en el monasterio andaluz.

—¡Qué bárbaros! —exclamó la señora, llevándose las manos a la

cabeza.

—Pero ahí no queda la cosa —continuó Carla—. También hay restos en La Carolina, en Jaén, concretamente un dedo. Y vete a saber dónde más…

—¿Y por qué hicieron esa canallada con el pobre fraile? —preguntó otra mujer que se encontraba en la segunda fila.

—Eso es difícil de explicar y aún más difícil de entender —contestó la guía—. Ya a finales del siglo IV existía la costumbre de peregrinar a las tumbas de los mártires con tanta devoción que los obispos decidieron poner límites. Para ello el emperador Teodosio I promulgó una ley que prohibía la exhumación y el traslado de cadáveres desde los cementerios para comerciar con ellos. Posteriormente los concilios condenaron el abuso en la búsqueda de reliquias y la proliferación de los centros de culto, pero nada de nada. Se siguieron desmembrando huesos, robando y traficando con reliquias… y esto dio paso a una picaresca que duró toda la Edad Media y más allá.

—Y los curas no sacaron ni un duro de todo eso, ¿a que no? —ironizó otro señor.

—Hombre, por supuesto que existían intereses económicos en torno a las reliquias. No hay más que ver el auge de Santiago de Compostela con el supuesto cuerpo del apóstol —terció la joven—, pero eso es algo inevitable…

Ya en la calle, y tras realizar una foto de grupo en la que los ancianos se colocaron en la escalinata de acceso a la iglesia, Carla se despidió con una sonrisa de oreja a oreja y se dispuso a consultar el dichoso teléfono. Al parecer tenía varias llamadas perdidas de un número desconocido, aunque el prefijo parecía indicar que se trataba de una línea fija de Ávila. Sin más dilación, la muchacha marcó la tecla de llamada y al cabo de dos tonos escuchó una voz masculina de suave inflexión.

—¿Dígame?

—Verá, tengo varias llamadas perdidas de ese número…

—Ah, sí. ¿Es usted Carla Molina, la joven que está investigando sobre la santa?

—Sí, soy yo. Usted debe ser el señor que me atendió en el monasterio de los descalzos de Ávila. El padre Celestino, si no recuerdo mal.

—El mismo. Espero que se encuentre bien. La llamaba para comunicarle algo de suma importancia. ¿La pillo en mal momento?

—No, padre, en absoluto. Dígame qué pasa —respondió Carla preocupada.

—¿Recuerda su visita del mes pasado a la sala de reliquias?

—Claro, cómo me iba a olvidar…

—Estuvo haciendo fotografías de las piezas expuestas.

—Exacto, ¿y a qué viene eso? Ustedes me dieron permiso para hacerlas…

—Claro que sí, hija. Por supuesto que le dimos permiso. El caso es que las vamos a necesitar con urgencia.

—¿Por qué?

—Esta noche hemos sufrido un robo.

—¿Cómo?

—Los ladrones han forzado la puerta exterior y han entrado en la tienda, seguramente pensando que encontrarían dinero.

—¿Y qué se han llevado?

—Apenas unos ochenta y tantos euros. Es lo que se había sacado de la última venta, sobre todo estampitas, rosarios y esas cosas. Daba la casualidad de que el dinero seguía en la caja. Otras veces lo subimos arriba…

—¿Y algo más?

—Ese es el problema, hija. Al no encontrar todo el dinero que pretendían se liaron con la vitrina de las reliquias…

—¡Madre de Dios! ¿Y qué se han llevado?

—Nada irreparable. Lo más importante es que las reliquias siguen allí. Han roto el cristal, pero como les parecería poca cosa sólo han robado el relicario de la disciplina de Santa Teresa y la cruz que está sobre la suela de la sandalia… Cosas pequeñas que son fáciles de ocultar.

—¿Y dice usted que las reliquias no se las han llevado?

—Afortunadamente no. Hay veces que los ladrones son supersticiosos y le temen a esas cosas. Quizás por eso se han tomado la molestia de sacar el pequeño flagelo y llevarse sólo la pieza de metal, que es de plata dorada. La cruz la han arrancado también, pero sin llegar a tocar la pieza del interior.

—¡Vaya disgusto!

—Qué le vamos a hacer. La idea es subsanar los daños cuanto antes sin que se entere nadie, y mucho menos la prensa. No sé si sabrá que en agosto tenemos un acontecimiento en San José por el 450 aniversario de su fundación. Viene el pie de la santa desde Roma,

celebraremos un triduo y la reliquia se exhibirá al público. Por eso no queremos líos. Si fuese tan amable de pasarnos sus fotografías, que eran de muy buena calidad, podríamos encargar a un orfebre de aquí, de Ávila, que nos repusiera las piezas con discreción. Lamentablemente no se conservan los diseños originales, seguramente porque eran una donación.

—Cuente con mis fotos. Esta misma tarde se las envío por correo electrónico.

—Gracias, hija. Que Dios se lo pague.

Tras despedirse del carmelita, Carla revisó el resto de llamadas perdidas. La mayoría eran de sus padres y de Mamen, que llevaba días insistiendo en quedar el fin de semana para tomar café. Desde que abandonara Salamanca para irse a vivir al norte había perdido prácticamente el contacto con sus amigas y compañeras de la facultad, por lo que esta se había convertido en su mejor aliada para esos días en los que necesitaba hablar y desahogarse.

Con las gafas de sol protegiendo sus ojos cruzó la Plazuela para dirigirse hasta la cercana Plaza Mayor, donde se ubicaba el Ayuntamiento. Como ya eran más de las dos decidió tomarse una Coca-Cola con unas tapas antes de volver a casa, optando por Casa Fidel, un establecimiento mítico de la villa que se ubicaba bajo unos soportales. Sólo por disfrutar de su ambiente tranquilo y su aspecto añejo —la colección de antigüedades incluía una antigua máquina registradora así como aparatos de radio de madera— merecía la pena entrar. La muchacha, que ya conocía el local de haberlo visitado con Queti, pidió un pincho de tortilla y otro de jeta, y mientras se los servían volvió a consultar el teléfono, esta vez para leer los mensajes atrasados. El caso es que sólo había dos; uno de publicidad de Movistar y otro que en seguida le hizo palpitar el corazón, pues se trataba de Ángel. Decía así:

*Hoy es 29, recuerdas? Me estoy comiendo un* goxua *en Izar a la salud de los dos. Sólo quería decirte que aún conservo un destello de tu aura.* Muxu asko.

Carla leyó y releyó las palabras de su ex, y al tiempo que el camarero le vertía el refresco en el vaso, sacó un pañuelo del bolso para enjugarse las lágrimas.

# 24. Málaga, 1936

Cuando los primeros rayos de sol se colaron por la ventana del piso, Eugenio movió levemente los párpados y, tras abrirlos, absorbió con serena emoción la claridad del día. Al punto sintió que los miembros ingrávidos le pesaban el doble de lo habitual y que un cansancio sobrehumano lo obligaba a permanecer inmóvil sobre su propia cama, a la que por cierto no recordaba haber llegado por sí mismo.

En la calle apenas se oían los sonidos lejanos de la gente en su ir y venir cotidiano, algo más agitado que de costumbre por la dramática situación, pero sin signos aparentes de alarma. Al menos por el momento.

El joven, ya con los ojos de par en par, hizo por incorporarse con suavidad, y en cuanto hubo levantado el cuello de inmediato notó la presencia de alguien a su lado. No le fue difícil constatar que se trataba de Luisa, su hermana, que por el aspecto de su atuendo había pasado la noche en vela junto a él y ahora se encontraba profundamente dormida.

Eugenio hizo lo posible por no despertarla, pero tal como se sentó en el borde de la cama, golpeando sin querer el cabecero de latón, la chica abrió los ojos, se levantó como un resorte y se puso de pie. Luego permaneció callada por unos segundos, mirando a su hermano fijamente a los ojos, como el que ve a un fantasma, llena de estupor.

—¿Qué pasa? —preguntó Eugenio al ver el rostro pálido de Luisa —. ¿Por qué me miras así?

—Pensé… yo. Pensé…

—Habla, Luisa.

—Pensé que… estabas muerto.

Y de pronto la muchacha se puso a llorar con una angustia indescriptible, dejando a su hermano fuertemente impresionado.

Seguidamente se alzó para acercarse hasta ella y abrazarla, en el único gesto de consuelo que se le pasó por la cabeza. Hacía años que no se mostraba tan efusivo con nadie, y ni tan siquiera el día que Luisa apareció por las puertas de su casa le había brindado más que un beso tímido en la mejilla.

—¿Qué ocurre? —le espetó el joven, sin poder aplacar su llanto.

—Creí… creí que te había perdido para siempre —dijo ella entre ahogados sollozos—. Anoche estabas tan frío…

—¿Qué pasó exactamente?

—¿No lo sabes? —exclamó ella separándose levemente de él para buscar su mirada.

—No. Sólo recuerdo estar conduciendo rápidamente hacia aquí, mirando de un lado para otro por si alguien me veía. Parecía como si alguien me estuviese siguiendo, o que me vigilasen, no sé.

—Anoche te encontré en la puerta, Eugenio. Tirado justo delante de la maldita puerta. Te cogí como pude y te arrastré dentro de la casa, y luego te eché en la cama… ¿No te acuerdas? Estabas…, tenías la camisa llena de sangre…, ¿no la ves?

Entonces Eugenio se miró las ropas y constató que Luisa estaba en lo cierto. La camisa, antes blanca, aparecía ahora teñida del color rojo de su propia sangre, lo cual le nubló la vista por un momento.

Luego, instintivamente, se pasó la mano derecha por el costado y el vientre, notando un dolor punzante e inesperado.

—Espera —dijo la chica, y a continuación comenzó a desabrocharle los botones para descubrir la herida.

Pero en cuanto esta estuvo al aire y se hubo arrodillado para verla de cerca, e incluso pasar sus dedos por encima una y otra vez con evidente desconcierto, un atroz escalofrío le recorrió la espina dorsal de punta a punta hasta paralizarle los sentidos. Lo que horas antes era una grieta profunda de la que manaba un flujo sangriento irrefrenable, ahora lucía como un simple rasguño próximo a cicatrizar.

—¿Qué tengo? ¿Es grave? —preguntó el muchacho inquieto.

—¡Virgen Santísima! ¡Es un milagro! ¡Un milagro!

—¿De qué estás hablando, niña?

—Esto no puede ser verdad, hermano. Anoche esta herida estaba abierta, sangraba sin parar…

—¿Qué dices?

—¡Yo lo vi! ¡Lo vi con estos ojos que tengo en la cara, Eugenio! —exclamó la joven—. ¡Anoche estabas herido de muerte! ¡Frío como un témpano! Y aquí estás ahora… ¡Vivo! ¡Es un milagro, madre mía! ¡Un milagro! —entonces comenzó a llorar de nuevo, pero esta vez de emoción, y se incorporó para abrazar a su hermano, que no daba crédito.

Minutos después, y ya con los ánimos algo más relajados, Eugenio

comenzó a quitarse las ropas ensangrentadas y a lavarse en una palangana bajo la atenta mirada de Luisa, que aunque seguía en estado de *shock* deseaba aparentar normalidad delante de él.

Mientras el muchacho se afanaba en su tarea ella le interrogó sobre lo que había estado haciendo esa tarde, con objeto de llegar al punto más importante, aquel en que había sido herido.

Eugenio trató de hacer memoria y comenzó a relatar su viaje a Ronda con la camioneta. Apenas hizo comentario alguno sobre el verdadero objetivo del mismo, porque sabía que Luisa no veía con buenos ojos su pertenencia al sindicato. Simplemente le explicó que allí le esperaban algunos compañeros para entregar mercancía. Pero en ese momento se le vino a la mente la imagen de las monjas en el convento, la dramática escena de la reliquia requisada y la salida apresurada del municipio junto al cabecilla del grupo armado…

—Eugenio… Eugenio… ¿Te encuentras bien? —le interrumpió la chica, al ver que el rostro de su hermano volvía a palidecer.

—Sí, creo que sí.

—¿Dónde está la otra camisa, Eugenio? Esa del trabajo que había que lavar…

—No sé, Luisa —contestó ensimismado.

—Sí, hombre. La de rayas, que tenía una mancha de grasa.

—Ah, esa… Creo que estaba en la bolsa del almacén, donde la gorra…

Entonces Luisa se acercó hasta el rincón del cuarto donde esa noche, agitada por el susto, había depositado la bolsa que Eugenio traía consigo. La recogió del suelo, la colocó sobre la cama e introdujo un brazo hasta dar con la prenda de vestir que, necesariamente, debería usar el muchacho hasta que la otra recuperase su blanco habitual. Primero palpó la gorra, luego un paquete de tabaco semivacío, y cuando removió el fondo para extraer la camisa por una de las mangas se topó con una caja de madera forrada, de tacto suave, que rápidamente le llamó la atención.

—¿Qué es esto, hermano? —preguntó Luisa sacando el estuche con la reliquia y mostrándoselo.

—¡Pero…! ¡Vuelve a meter eso en su sitio!

—¿Qué?

—¡Te he dicho que metas esa caja en su sitio! ¡Métela en la bolsa, Luisa! ¡Ahora mismo!

—Antes me vas a decir qué hay dentro —sentenció la chica,

ocultando a continuación la caja a su espalda en un ejercicio casi pueril.

—¡Lo que a ti no te importa!

Pero la curiosidad de Luisa, que era aún más poderosa que las órdenes de Eugenio, la movieron a volverse e inspeccionar el objeto. Y antes de que su hermano pudiese frenarla, lo abrió con expectación, quedando fascinada al contemplar su interior.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó sorprendida.

—Te he dicho que metas eso… —añadió él, cuyo ímpetu se vio de pronto refrenado ante la contemplación del estuche abierto.

—Esto… esto es muy importante, Eugenio. Esto es… es… ¡la mano de un santo por lo menos! ¿Has visto el oro y las piedras preciosas? ¡Tienen que ser diamantes! ¡Ay, Dios! ¿Dé donde la has sacado? ¡Dime, Eugenio! Esto es muy gordo… ¿De dónde has sacado esto?

—Es de unas monjas de Ronda —respondió el joven bajando la cabeza de forma apesadumbrada.

—¿De unas monjas? ¿Qué monjas, Eugenio? ¿Qué monjas?

—Las carmelitas…

—¡Ay, madre! Que te has traído la mano de la santa… ¡Dios mío, Eugenio! ¿Qué has hecho?

—¿De qué santa hablas?

—De la santa, hermano. De nuestra santa de toda la vida. ¿O es que no te acuerdas de cuando éramos niños? —entonces Luisa le mostró la medallita que llevaba colgada del cuello—. ¡De Santa Teresa de Ávila!

En ese momento Eugenio sintió que se le detenía el corazón y pensó avergonzado: «Cómo no me he dado cuenta antes».

Las carmelitas de Ronda veneraban una reliquia de la santa madre, aquella a la que había rezado tantas veces junto a sus padres, a la que había acompañado en su paso cada mes de octubre y a la que se había encomendado cuando estaba enfermo. Tanto escuchar a las monjas llorar por la reliquia, tanta angustia al entregar estas la mano, tanta tensión al recibirla en nombre del Comité… y no había reparado en que se trataba de la mano izquierda de Santa Teresa.

—Luisa, te juro que yo no sabía…

—Pero, ¿cómo demonios ha llegado esto a tu bolsa? ¿En qué te has convertido? ¿En un delincuente? Fíjate en lo que pone aquí —y a continuación Luisa leyó una pequeña inscripción que figuraba en la peana que sostenía la reliquia—. Pone «Teresa de Jesús», ¿o es que no

sabes leer?

—Luisa, no sé por dónde empezar. Pero te aseguro que yo no tengo nada que ver con esto. Yo simplemente fui a Ronda a repartir…

—¿Que, Eugenio? ¿A repartir qué?

—Unos papeles de la CNT —dijo con rotundidad. Y entonces Luisa se llevó las manos a la cabeza.

—¿Qué es eso de la CNT? ¿Andas metido en política?

—No es lo que piensas, Luisa. Sólo son unos compañeros de la fábrica que se reúnen para charlar…

—¿Piensas que soy tonta, Eugenio? Desde que llegué a Málaga no dejan de escucharse tiros, de estallar bombas y morir gente. En el tranvía que me trajo desde la estación ya oí una conversación que me preocupó bastante. Hablaban de una huelga, de unos soldados de África y no sé qué más, y luego doña Virtudes nos contó aquello que les había pasado a ella y su hija en la plaza… Todos repiten que estamos en guerra, ¿y me vas a decir que sólo os reunís para charlar?

—Mira, Luisa, yo no quiero meterme en líos, eso te lo prometo. Pero desde hace tiempo vengo comprobando los abusos que se cometen con los trabajadores. ¡Esa gente me ha abierto los ojos…!

—Tú no eres el mismo, Eugenio. A ti te han cambiado.

—¡Cómo voy a ser el mismo! Ya no soy un niño…

—¿Y esa mano? ¿Para qué se la quitasteis a esas pobres monjas? ¿Qué pensabais hacer con ella? ¿Venderla? ¡Sois unos canallas!

Entonces Luisa abofeteó con furia a su hermano, cerró el estuche y lo depositó sobre la cama, retirándose a un rincón del pequeño salón a sollozar.

Eugenio se sentó y esperó unos minutos.

Luego cerró los puños con fuerza, apretó los dientes y le echó mano a la reliquia con desesperación. Antes de que a su hermana le diese tiempo a abrir la boca, ya había salido del piso como alma que lleva el diablo.

Horas más tarde Luisa hizo todo lo posible por ponerse en contacto con la casa de su patrono, en Ávila, pero desafortunadamente nadie respondió a la llamada.

Después se le ocurrió marcar el número del hospital donde solía trabajar, pero tampoco logró su objetivo. «Tal vez ha huido», pensó para sí.

Esa noche la joven no pudo dormir pensando en su hermano y en el

destino de la reliquia. No hacía más que darle vueltas a los posibles motivos que habrían llevado a esos hombres a cometer ese atropello en el convento. Para más inri Eugenio no le había aclarado el origen de la herida. «Tal vez se peleó con alguien, o se enfrentó a la Guardia de Asalto… Vete a saber qué habrá hecho», se repetía angustiada.

Al día siguiente doña Virtudes acudió al piso para interesarse por ella. Providencialmente no había escuchado la conversación airada de la mañana anterior a través de las paredes —como era su costumbre— y por tanto no sospechaba nada del turbio asunto. De lo contrario, y siendo consciente de la posición de la casera, ambos ya estarían de patitas en la calle. Simplemente se dedicó a comentar asuntos banales, como que había estado en los almacenes de coloniales de la Plaza de los Moros o que a su hija se le había antojado una horchata de Fillol, tratando de desviar la atención sobre los disparos que, una vez más, habían tomado las calles del centro. No obstante ante la pregunta de Luisa sobre el estado del negocio la mujer se vino abajo y le confesó que se temía lo peor.

—Desde que ardió la calle Larios cada día que pasa tengo más miedo, niña. Y no sólo por la tienda, que al fin y al cabo es pura mercancía, sino que me aterra pensar que puedan hacerle daño a mi empleado, e incluso a nosotras mismas… Y eso me pone mala —admitió doña Virtudes.

—¿Y ese hombre?… Su empleado, quiero decir, ¿tiene ideas políticas como otros?

—¿A qué te refieres? ¿Que si va a la huelga y eso?

—Sí, eso.

—La verdad es que de su vida privada sé más bien poco. Aunque ahora que lo dices, una vez lo descubrí leyendo un panfleto de no sé qué sindicato… Yo no entiendo de esas cosas, Dios me libre, pero no me extrañaría que andase metido en algo por culpa de las malditas ideas…

—Podría hacerme un favor, doña Virtudes.

—Dime, hija. Si está en mi mano…

—¿Podríamos ir a su casa y poner la radio?

—¿La radio? Pero si no hacen más que hablar de desórdenes…

—Por eso, doña Virtudes, por eso. Ayer por la mañana intenté contactar por teléfono con mi patrono, en Ávila, y no he podido dar con él. Estoy preocupada y quisiera escuchar la radio, a ver si dicen

algo…

—Si eso es lo que quieres, vamos. Josefina está liada con sus novelitas. No creo que le moleste que la pongamos un rato.

El piso de doña Virtudes, pese a ser contiguo al de Eugenio, era diametralmente opuesto a este, tanto en el tamaño como en el número y la calidad de los muebles. Mientras uno sólo contaba con lo mínimo e imprescindible, el otro aglutinaba una notable colección de objetos de decoración repartidos por todos los rincones. No obstante, Luisa, acostumbrada a trabajar en la residencia de un médico, no se sorprendió demasiado al acceder al salón. Ni siquiera por la enorme araña de cristal que presidía la habitación, las escenas de caza lujosamente enmarcadas que adornaban las paredes o los candelabros dorados que reposaban sobre la rica mesa de caoba. Fue un simple detalle el que captó su atención, le hizo olvidarse por un instante del lugar donde se encontraba y la cautivó como si fuese una niña. Se trataba de una colección de muñecas de porcelana que, ajenas al ruido del mundo, sonreían a la muchacha desde una estantería situada frente al balcón.

—¿Te gustan? —preguntó Josefina, que al oír la puerta salió rauda de su habitación y se plantó junto a Luisa.

—Claro que me gustan.

—La mayor parte me la trajo mi padre desde Barcelona —dijo la adolescente cogiendo una de la estantería—. ¿Es bonita, verdad?

—¡Esa es de Cabello Orellana! —añadió la madre con orgullo. Algo que a Luisa le sonó a chino, pues las dos o tres muñecas que había tenido en su vida eran de barro pintado o cartón, y se las había comprado su abuelo materno por Navidad.

—Y ese bebé se llama Victoria —dijo Josefina señalando con el dedo—. Esa es de Onte…

—Onteniente, cariño —intervino de nuevo la madre.

—También tengo varias de Sevilla, y otras dos de Murcia.

—Son todas preciosas —dijo Luisa con el rostro iluminado.

—Si quieres te las presto para jugar —exclamó Josefina.

—¿Qué dices, nena? Luisa ya es una mujer y no tiene tiempo para esas cosas —terció doña Virtudes.

—Gracias, guapa. Un día nos ponemos y les cambiamos los vestidos, ¿te parece? —le susurró Luisa.

—¡Me encantaría! —contestó la chica con los ojos brillantes.

Seguidamente la casera se acercó hasta el gran aparato de radio, que se encontraba sobre una cómoda aderezada con un paño de croché de color crudo.

Luisa solía encender la de don Filiberto cuando se hallaba sola en casa limpiando el polvo. Lo que más le gustaba era escuchar las coplas de Imperio Argentina, Miguel de Molina y, por encima de todo, Estrellita Castro, especialmente desde que la descubrió junto a Francisca —la otra sirvienta del médico— un día que esta la invitó por sorpresa al cine. El título de la película no se le había olvidado: *Mi patio andaluz.*

Pero cuando doña Virtudes activó el artilugio el sonido que inundó el salón fue bien distinto a lo que ella esperaba, pues en lugar de las notas de *Mi jaca*, *La bien pagá* o *La falsa moneda,* las tres mujeres escucharon a un grupo de soldados entonando una canción de corte militar:

*Con el Quinto, Quinto, Quinto*
*con el Quinto Regimiento.*
*Madre, yo me voy p'al frente*
*para las líneas de fuego.*
*Madre, yo me voy p'al frente*
*para las líneas de fuego.*
*Anda jaleo, jaleo*
*suena una ametralladora*
*y ya empieza el tiroteo*
*y ya empieza el tiroteo.*
*Anda jaleo, jaleo*
*suena una ametralladora*
*y ya empieza el tiroteo*
*y ya empieza el tiroteo.*

A su finalización se sucedieron algunas proclamas emitidas desde la emisora de Telégrafos de la UGT que acababa de ponerse en marcha en Jaén y cuya potencia alcanzaba varias provincias orientales de Andalucía. No obstante la dueña de la casa comenzó a buscar Unión Radio Madrid, que emitía para toda España y daba los partes de guerra del Gobierno de la República.

Tras unos minutos sintonizando la radio, doña Virtudes dio finalmente con ella y así pudieron escuchar lo siguiente:

*Las últimas noticias de Ávila y de los pasos estratégicos de la sierra de Guadarrama, coronados por las fuerzas leales y las milicias populares, confirman el tremendo fracaso que ha sobrevenido a las fuerzas insurgentes que se disponían a avanzar. La heroica columna del coronel Mangada avanza de manera irresistible hacia Ávila, y las fuerzas que recuperaron La Granja se dirigen a Segovia, asistidas por el calor y entusiasmo de nuestros milicianos, que persiguen por todos estos sectores a los grupos de fascistas en derrota…*

Una vez que Luisa se hubo despedido de la madre y la hija agradeciéndoles el favor de la radio así como el vaso de limonada que tanto le había refrescado la garganta, volvió al piso contiguo para preparar el almuerzo. No era mucha la comida de la que disponía, pero aun así contaba con algunas verduras para improvisar un gazpacho.

Apenas acababa de iniciar el majado de los tomates con el ajo y la sal cuando unos golpes recios sacudieron la puerta, sacándola de sus pensamientos y acelerándole el pulso. Rápidamente dejó las cosas sobre la mesa, se limpió las manos con un trapo y acudió a abrir con los nervios a flor de piel. La imagen que pudo contemplar a continuación la dejó helada.

Se trataba de su hermano Eugenio, que con la mano izquierda en el vientre trataba de ejercer presión sobre la herida, que no dejaba de sangrar. Este estaba sostenido por dos hombres ataviados con pañuelos rojos y negros al cuello y armados con sendos fusiles al hombro.

—¡Eugenio! —gritó Luisa al ver la lamentable situación en que se encontraba su hermano.

—Señorita, lo más conveniente será que entremos y lo echemos en la cama… Ha perdido mucha sangre.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sabemos —respondió uno de los hombres, cuyos colores exhibidos dejaba a las claras que era anarquista—. Se presentó esta mañana en el cuartel para hablar con los jefes. Luego se sintió mal y…

—Nos mandaron que lo trajéramos a este lugar —continuó el otro miliciano.

—Déjenlo ahí —dijo Luisa angustiada.

Luego los hombres se despidieron y la joven se postró junto al herido, que esta vez sí parecía estar definitivamente en brazos de la

muerte.

En apenas veinte minutos Eugenio —cuya herida había vuelto a abrirse con la profundidad original— narró a su hermana los pormenores de su entrega de la reliquia entre jadeos y fuertes espasmos. Luego le pidió que, llegado el momento, hiciese lo posible por dar razón a las monjas del paradero. Y para finalizar solicitó su perdón por haberla metido en aquel lío, elevó una breve oración al Cielo y expiró entre sus brazos.

# 25. Algo no encaja

*Convento de San José, Ávila, 31 de agosto de 2012*

El cielo amaneció nublado para despedir el mes de agosto, lo que no sólo no impidió que el calor descendiese algunos grados, sino que además provocó una desagradable sensación de bochorno en el ambiente.

Carla se levantó temprano, como de costumbre, se subió en el coche y puso rumbo a Ávila para visitar el convento donde se exponía la reliquia que ya había contemplado en Roma. Esa jornada libraba en la oficina de turismo, por lo que le pareció idóneo echar un vistazo al pie de la santa lejos de su ubicación original, y de paso comprobar que todo seguía en orden tras el robo sufrido dos meses atrás en el pequeño museo de los carmelitas.

Mientras oía un recopilatorio de Cole Porter pensó por un instante en Ángel, al que apenas había contestado a su mensaje de junio con un «necesito tiempo». De hecho ni siquiera entendía cómo demonios había conseguido su número de móvil, pero le importaba poco. Desde entonces no había vuelto a saber de él.

Con el vehículo aparcado al pie mismo de la muralla y después de subir por las escaleras mecánicas y acceder al casco histórico por la puerta de San Vicente, la joven se adentró con agilidad en la plaza de la Catedral, dándose de bruces con un nutrido grupo de turistas que abandonaba el palacio medieval de los Velada —desde 1995 convertido en un hotel de cuatro estrellas— guiados por un joven de pelo castaño y gafas con un bolso colgado al hombro.

La fachada de San José era sobria, como la propia Orden Descalza, y aunque los trabajos de construcción databan de 1562, su elemento arquitectónico más notable, la iglesia, no comenzó a ver la luz hasta varios años después del sepelio de la religiosa, concretamente en 1607. Era obra de un conquense, Francisco de Mora, formado junto a Juan de Herrera y compañero de este en la construcción del monasterio de San Lorenzo de El Escorial. El templo carmelitano de Ávila figuraba entre sus últimas creaciones, junto al nuevo edificio de

las Descalzas Reales de Valladolid. En este, *su convento* de San José, escribiría la monja andariega la obra mística *Camino de perfección*, y tendría ocasión de encontrar a Dios «entre los pucheros», como dejó dicho para la posteridad.

Carla conocía poco ese templo. Aunque en su niñez su familia la había llevado a visitarlo en alguna ocasión, existían en la ciudad dos lugares teresianos que le resultaban mucho más fascinantes: la Encarnación y La Santa. Ya en el interior comprobó que había numeroso público, tanto de pie como sentado en los bancos. Por ello trató de acercarse al fondo, donde se ubicaba el retablo barroco, abriéndose paso por el lateral derecho poco a poco. Así pudo contemplar que se había dispuesto una alfombra de estilo oriental en colores rojos y azules a todo lo largo de la escalinata de acceso y que arriba, justo delante del altar de mármol, se hallaba una pequeña mesa de madera sobre la que reposaba la urna dorada con la reliquia. Días antes, el 24 de agosto, se había celebrado en ese lugar una misa solemne para conmemorar los fastos del 450 aniversario de la fundación de San José. Asimismo había tenido lugar una procesión extraordinaria con la imagen de la patrona, trasladando la misma en un paso hasta su ubicación original en el convento de la santa.

Con tanta gente, Carla sólo pudo observar el pie de lejos, pero cuando estaba a punto de salir a la calle se encontró por casualidad con el padre Celestino, el mismo que la había llamado para pedirle las fotografías. Este la saludó efusivamente y le sugirió acompañarlo a visitar una exposición instalada en el Palacio de los Verdugo. La chica aceptó de inmediato pensando volver más tarde a San José, cuando hubiese menos personas.

La muestra, realizada a partir del trabajo del fotógrafo Rafael Delgado, consistía en una colección de veintiocho instantáneas inéditas tomadas en el interior del primer convento fundado por la santa abulense. Estas habían sido realizadas gracias al permiso de las monjas y mostraban aspectos cotidianos de la vida monástica completamente desconocidos para la gente. Carla, que desconocía por completo este modo de vida, se sorprendió mucho al observarlas, especialmente con los comentarios del fraile, cuyo conocimiento de la clausura era notorio. Finalmente la chica se decidió a preguntarle por el tema que le venía rondando la cabeza desde esa mañana.

—¿Averiguaron algo más del robo?

—En absoluto, hija. Como no quisimos dar parte a la policía la cosa

quedó en un susto. Ahora mismo sólo lo sabemos la comunidad, tú y el orfebre que repuso las piezas.

—¿Y ya está todo en orden?

—Todo. Ese hombre es un artista. En pocos días lo tenía listo y nadie se dio cuenta. ¿Y lo tuyo? ¿Sigues investigando?

—Cada vez va quedando menos, padre. La verdad es que estoy empezando a cansarme de ver tantos huesos.

—¿Has visto la clavícula que tenemos en San José?

—Lo cierto es que no. Siempre la dejo para otro momento…

—Pues sígueme que te la voy a enseñar.

—Pero antes permítame invitarle a un café, que ya va siendo hora de echarle algo al estómago.

Carla disfrutaba mucho con las conversaciones del padre Celestino, un hombre sabio y prudente cuyos conocimientos sobre la historia del Carmelo eran excepcionales. No era habitual encontrar a alguien que supiera escuchar de esa forma sin mirar constantemente el reloj o el teléfono móvil. Por eso el tiempo se le pasó volando sentados en el rincón de una cafetería, hasta que el religioso reparó en que debían marcharse para cumplir los objetivos que la joven se había propuesto.

De vuelta en San José, Carla pudo inspeccionar de cerca el hueso de la santa. Junto al dedo anular que conservaban los descalzos en la vitrina que había sido asaltada, este era el fragmento más importante que se podía hallar en Ávila de la que fuese su hija más notable.

Ya al filo de las dos de la tarde, cuando el público había dejado expedita la iglesia y el fraile se había despedido de ella, la joven pudo por fin acercarse a ver el pie de cerca con comodidad. Primero se centró en la urna, que aunque era la misma que había visto en Roma, lógicamente había sido manipulada de cara al viaje. De hecho la notaba más limpia y lustrosa que cuando la descubrió por primera vez en Santa Maria della Scala. Luego puso su atención en la reliquia, estudiando los distintos perfiles, su forma y color característico —ya oscuro por el paso del tiempo—, hasta llegar a los dedos. Entonces un minúsculo detalle le hizo reparar en que aquello no estaba tal y como lo recordaba de su viaje, hacía casi un año y medio. No sabía exactamente qué, pero de inmediato sintió un escalofrío acompañado de un mal presagio que se guardó para sí. «Algo no encaja», se dijo consternada.

Rápidamente comenzó a hacer memoria y se le vino a la mente la

conversación telefónica con Miguel acerca del robo en el Trastevere. Entonces únicamente se habían llevado un par de cálices y algún candelabro de plata sobredorada, y los encargados de la parroquia apenas habían difundido la noticia. Exactamente lo mismo que había ocurrido allí, en el convento de la santa.

«Ay, madre», pensó angustiada. «Esto es más gordo de lo que parece. ¿Y si el objetivo era hacernos creer que tan sólo se trataba de un hurto? Desde luego el pie tiene algo que no me convence. Son los dedos, no sé…».

Y en ese preciso momento una voz familiar la sacó de sus pensamientos. El profesor Matías se encontraba a los pies de la escalinata junto a un señor alto y bien parecido que portaba un bastón con mango de marfil.

—¡Carla! ¿Cómo es que estás aquí a estas horas? —preguntó el docente.

—Lo mismo debería decir yo, ¿no? —contestó la chica—. He venido expresamente a ver la reliquia.

—Pero ¿no fuiste ya a Roma a estudiarla de cerca?

—Sí, pero algo me decía que tenía que venir a verla de nuevo. Y no sabe cuánto me he alegrado de hacerlo.

—¿Por qué? —intervino el desconocido.

—Disculpa mi torpeza, Carla. No os he presentado. Este señor es profesor de la prestigiosa Escuela de Medicina Pritzker, en los Estados Unidos. Su nombre es…

—Norman —se adelantó el doctor, tomando la mano izquierda de Carla y besándosela.

—Encantada, Norman —respondió ella ante el refinado gesto del norteamericano. Yo me llamo Carla y soy alumna de Horacio. ¿Y qué le trae por aquí?

—Bien, digamos que me interesa la historia —respondió en un español casi perfecto.

—Norman es un enamorado de nuestra cultura. Se conoce todos los rincones de España. Ya ves cómo habla nuestro idioma…

—Ese mérito no es mío, sino de mi madre.

—¿Era española? —preguntó la chica.

—*Of course*, por supuesto.

—Ambos nos conocimos en el congreso de Malta, y en cuanto se enteró de que se celebraba el 450 aniversario de San José, me pidió que lo acompañara a visitar Ávila.

—¿Le gusta Santa Teresa, doctor?

—Me apasiona —exclamó mirándola profundamente a los ojos—. Cualquiera que se acerque a conocerla se expone a caer en sus redes. ¿Sabía usted que fue una mujer muy atractiva?

—Algo he leído.

—¿Qué os parece si continuamos la charla con una buena copa de Ribera del Duero? —terció Matías.

Salieron del templo y se dirigieron a la plaza del Mercado Chico, donde se ubicaban algunos de los bares más conocidos del casco histórico de Ávila.

Matías se erigió de inmediato en árbitro de la conversación, pues Carla no dejaba de hacer preguntas al extranjero y este le respondía de manera amable y educada a todas las cuestiones planteadas.

Al cabo de un rato, y una vez que el grupo hubo dado cuenta de unas raciones de jamón y queso acompañadas de vino y cerveza, surgió de nuevo el tema de la santa, y entonces Carla confesó su preocupación sobre las diferencias observadas en el fragmento traído desde Italia, aunque guardándose de mencionar nada sobre los robos, sobre todo en presencia del norteamericano.

—¿Me estás diciendo que ese pie no es el mismo que viste en Roma? —se extrañó Matías.

—Yo no he dicho eso. Sólo es una apreciación, nada más. Veo en él algo distinto. Pero quizás es mi imaginación…

—Si me permite, señorita —intervino el médico—, mi experiencia me ha demostrado que muchas veces las apariencias engañan.

—Ya —asintió la joven.

—De todos modos hablaré con los del CITeS mañana mismo. Hasta entonces debemos ser discretos —sentenció Matías.

# 26. Charitas

*… mientras dura esta vida mortal*
*siempre corre peligro la eterna…*

Teresa de Jesús (Excl 17,3)

*Monasterio de la Anunciación, Alba de Tormes, año del Señor de 1582*

Superada la puesta de sol y aún resonando en los oídos y mentes de las monjas los rezos de vísperas, el convento se preparó para pasar la noche: aquella aciaga noche que daría paso a un nuevo amanecer desierto de alma.

Catalina de la Concepción, quien junto con Ana de San Bartolomé se encargaba de atender a la enferma sin descanso desde su llegada a Alba, encendió las velas del pequeño altar dispuesto en la pared, así como el candil que reposaba en la mesilla más próxima a la cama, y tomando una silla se sentó a rezar el santo rosario en una funesta mezcla de ansiedad y desasosiego.

Una vez alumbrada la alcoba con la calidez necesaria, inevitablemente los ojos de la madre se posaron en la torcida[8], que inmersa en el crepitar de la llama le trajo a la memoria aquellos días de juventud en que estuvo fuera de su cuerpo para desconcierto de sus seres queridos.

Fue una cálida noche, tras casi un año en que su padre la había sacado del monasterio de la Encarnación —por aquel entonces su plácida morada— para tratar de curarla de una extraña enfermedad que incluía desmayos y mal de corazón. Se le ocurrió llevarla a Becedas, donde había una mujer que curaba muchas enfermedades, llegando a inicios del invierno a casa de su hermana en Castellanos de la Cañada[9], e iniciando el tratamiento en verano.

No obstante por ser las curas más recias de lo que su frágil cuerpo podía soportar, la joven salió de allí peor de lo que había entrado, pensándose incluso que el mal fuese rabia y mudándose rápidamente a Ávila para ser desahuciada por los médicos.

Llegado el día de Nuestra Señora de Agosto, Teresa sufrió un paroxismo tan tenaz y tan largo que estuvo cuatro días sin sentido y como muerta, recibiendo los santos óleos e incluso la cera sobre los párpados. Al ser su estado tan definitivo comenzaron a preparar la sepultura en el convento, y la habrían enterrado de no impedirlo su padre, que se guiaba por su instinto frente a la opinión de todos. «Esta hija no está para enterrar», había dicho con contundencia.

Y aun siguió con su empeño tras prenderse una madrugada las sábanas y la almohada con una vela acabada que a punto estuvo de quemarla pero que no la despertó. Muy por el contrario, volvió a ver la luz a los cuatro días de aquel incidente. Tiempo después la enferma confesaría a sus allegados que había sido arrancada del cielo para volver a la vida. Que allí se le había revelado la visión del infierno, los monasterios que había de fundar, cuántas almas debían salvarse por ella e incluso que su cuerpo, antes de ser enterrado, debía cubrirse con un paño de brocado.

Media hora antes de completas Ana de San Bartolomé le aproximó un paño húmedo a la frente y se interesó por su estado, a lo que ella respondió únicamente con un esbozo de sonrisa, iniciando seguidamente un rezo entre susurros: «*Sacrificium Deo spiritus contribulatus. Cor contritum et humiliatum Deus, non despicies. Ne propicias me a facie tua, et Spiritum Sactum tuum ne auferas a me. Cor mundum crea in me, Deus…*».

Terminada la oración, y tras haber recibido la extremaunción con gran reverencia de manos del padre fray Antonio de Jesús, la madre sostuvo un crucifijo de madera entre sus manos y aún tuvo un soplo de aliento para ayudar a recitar los salmos a sus hijas. Entonces el vicario se armó de valor para formular la pregunta que muchos venían haciéndose desde días antes:

—¿Querría vuestra reverencia que llevasen su cuerpo a Ávila o que le enterrasen aquí en Alba de Tormes?

Teresa miró al fraile, inspiró aire y lo exhaló un par de veces no sin esfuerzo, y aferrándose a la cruz de madera le respondió con gran pesar:

—¿He de tener yo cosa propia? ¿Aquí no me darán un poco de tierra?

Y a continuación cerró los ojos, no volviéndolos a abrir hasta las siete de la mañana del día siguiente, en que se celebraba la festividad

de San Francisco.

A esas alturas la enfermedad apenas le permitía moverse sin ayuda, pero aun así buscó la forma de echarse a un lado para volver a rezar y mirar de frente a las monjas.

«Jamás vi rostro más encendido y hermoso», pensó María de San Francisco, instantes antes que entrase en la estancia otra monja, Isabel de la Cruz, que padecía gran dolor de cabeza y mal de ojos, y cuyo padecimiento cesó en cuanto la enferma posó las manos sobre ella. Seguidamente comenzó a respirar agitadamente buscando los ojos de su enfermera más leal, quien acercando su níveo rostro trató de adivinar su necesidad más inmediata.

—¿Quiere que la levante? —preguntó Ana, a lo que ella respondió agitando levemente la cabeza.

Entonces la religiosa pasó el brazo izquierdo por debajo de los hombros y la incorporó en la misma cama, apoyando la cabeza sutilmente sobre su propio pecho.

El momento se aproximaba, la estancia estaba repleta de monjas que arrodilladas y con velas en las manos se aferraban a su fe como jamás lo habían hecho antes.

—Gracias, Señor, por haberme hecho hija de la Iglesia —dijo Teresa con un hilo de voz.

Llegadas las nueve de la noche de ese jueves 4 de octubre de 1582, presidiendo en la silla de San Pedro el papa Gregorio XIII, de gloriosa memoria, y reinando en España el católico rey Felipe II, Teresa de Cepeda y Ahumada, nacida en Ávila un 28 de marzo de 1515, y después de haber vivido sesenta y siete años, seis meses y siete días, dejó este mundo para el desconsuelo de la orden, de su familia y allegados y todos aquellos que la conocieron y estimaron.

* * *

Casi al mismo tiempo que las monjas lloraban la muerte de la fundadora, un hombre subido a caballo recorría a toda prisa la provincia de Salamanca con objeto de adentrarse en el reino vecino. Apenas dos años antes había tenido lugar la batalla de Alcántara entre las tropas españolas del Gran Duque de Alba y las fuerzas lusas de Francisco de Portugal, y tras la victoria de los primeros el territorio formaba parte de los dominios de los Austrias.

Después de recorrer más de cuarenta leguas durante varias

jornadas, efectuando sólo los breves descansos que le permitía la importancia de su misión, el jinete alcanzó por fin las murallas de Viseu, donde era menester hacer noche y dar un respiro al animal. A esas horas la ciudad se hallaba tranquila y apenas transitaba gente por sus calles.

Próximo a la Catedral y merced a las indicaciones de un viejo curtidor que volvía a su hogar tras una dura jornada de trabajo, el hombre halló por fin una posada. Era sencilla y de dos plantas, con un gran espacio principal dedicado a servir comidas y otro superior donde se ubicaban las habitaciones.

—*Boa noite. Que quere?* —preguntó el posadero con desgana, sin mirarlo siquiera a los ojos.

—Necesito comida y cama para esta noche —respondió él, metiendo a continuación una mano en el falsopecto[10] y disponiendo sobre el mostrador un puñado de reales de plata que sacaron de su letargo al encargado.

—*Muito bem* —asintió el luso con satisfacción. Hacía tiempo que no veía juntas tantas monedas y con tanto lustre; exceptuando a la soldadesca, su negocio solía estar frecuentado por gentes de pocos recursos a los que siempre sobraba espacio en la talega.

Seguidamente le sirvió una jarra de vino acompañada de unos torreznos como antesala al plato principal, un guiso de verduras con algunas trazas de ternera que al recién llegado le supieron a gloria, tanto que incluso le hizo evocar la última olla podrida[11] que había tenido el placer de saborear en casa de unos ricos parientes. No obstante apenas mediaba comparación entre uno y otro plato, pues mientras aquel contenía alubias del tamaño de sus pulgares y una vasta colección de piernas de cordero y muslos de ave, en esta la presencia de la carne era prácticamente testimonial.

—¡Más vino! —gritó en perfecto castellano un robusto soldado desde una mesa situada detrás de la suya.

—¡Pronto! —le secundó su compañero, que por su indumentaria debía pertenecer a los Tercios.

—¡Va! —respondió el posadero con gesto agrio, dejando de lado una horca de cebollas y encaminándose a la mesa con una jarra llena.

Al oírlos hablar en su idioma, el solitario jinete se aprestó a escuchar la conversación de los dos hombres, más por distracción que por curiosidad. De hecho no pensaba acostarse tarde, pues aún le aguardaba un largo camino hasta Lisboa. Pero al oír mencionar al

virrey ya no tuvo dudas de que el tema podía interesarle, por lo que afinó el oído y puso la mayor de las atenciones.

—¿Tienes noticias de Ginés?

—¿Ginés de Cuernavaca? Qué voy a saber… Desde que se dedica a apalear sardinas[12] no he vuelto a verle el gaznate…

—¡Valiente pisaverde! Le espera sudar sangre… y todo por pasarse de listo en el reparto del despojo[13].

—Si no es por ese mal botín más tarde o más temprano habría perdido el seso en cualquier mancebía. Ya sabes lo que le gustan las mujeres de mala vida, tanto que luego se queja de incordios[14] en los supinos...

—¿Te acuerdas de aquella parada en Toledo? Esas mozas bien valían los haberes de un soldado.

—Yo me despaché a gusto con una yegua jerezana. La monté hasta el amanecer. Tanto placer me dio que perdí hasta la misericordia[15]. O me la robó la muy puta…

—¿Y no será ese mismo mal el que aqueja al virrey?

—No sabes lo que dices. ¿Crees que esa gente de la nobleza frecuenta los mismos lupanares que nosotros?

—No, claro. ¿Entonces?

—Mira, Gonzalo, con rameras o sin ellas estas tierras están infestadas, y si encima cuentas tantos años como aquel…

—He oído decir al barrachel[16] que eran unas fiebres malignas.

—Podría ser cualquier cosa… Anda y trae esa jarra de vino, que aunque esté aguado bien nos servirá para brindar a la salud del viejo.

Un rato después, y mientras los soldados abandonaban la posada notablemente ebrios, el mensajero se desvestía en el mísero cuarto que le habían asignado en el piso superior, tratando de asimilar la noticia que acababa de oír. Si ese dato era cierto, supondría un duro revés para el cumplimiento de su encargo.

* * *

Al punto, en el convento de la Anunciación las monjas se disponían a velar a la madre y preparar su entierro. Las horas habían pasado lentas desde que exhalase su último suspiro, dejando consternada a la comunidad. No obstante su rostro permanecía tal y como había muerto, hermosísimo y sin arruga alguna, resultando el cuerpo de un

blancor y una tersura que parecía hecho de alabastro. Pero lo que más sorprendía a todos era el aroma que desprendía, siendo tan puro y suave que nadie sabía explicar a qué se asemejaba. De hecho la intensidad de la fragancia era tan notable que pasado un tiempo fue imprescindible abrir la ventana para aliviar el dolor de cabeza de las personas que permanecían a su lado. Pero resultó inútil, pues pronto el olor impregnó la estancia y salió por la puerta, y tras acceder al claustro dejó constancia en todo el convento y en las propias ropas de las religiosas.

Dispuestas las andas al día siguiente con la tela de brocado que Teresa anhelaba, todas las almas se concentraron en la colocación del cuerpo en el sencillo ataúd y en su traslado hasta la iglesia. Un breve peregrinaje pleno de recogimiento que suponía el perfecto epílogo a los periplos viajeros de la andariega de Dios.

La ceremonia, pese a realizarse con toda la solemnidad de la que fueron capaces, resultó sumamente sencilla. A nadie escapaba que la difunta no habría aceptado lujos ni aparatos dada su inclinación a las acciones modestas. «La humildad siempre labra como la abeja en la colmena la miel», les habría dicho con total seguridad.

No obstante, a la hora de la inhumación prevaleció la opinión de doña Teresa de Layz —la noble dama que dotara aquella casa para acoger la reforma— quien ante el asombro de los asistentes mandó echar piedra, cal y ladrillo sobre la tapa del féretro, pensando que de esa forma el cadáver estaría más seguro.

8 *La torcida:* Según la novena acepción del *DRAE*: «mecha de algodón o trapo torcido, que se pone en los velones, candiles, velas, etc.».

9 *Castellanos de la Cañada:* Dehesa perteneciente al término de Zapardiel de la Cañada, en la provincia de Ávila.

10 El *falsopecto,* según el *Tesoro* de Covarrubias (1611), es el «bolsillo que se incorpora en el entreforro del sayo, que cae sobre el pecho, adonde parece estar seguro el dinero más que en la faltriquera ni otra parte».

11 Plato imprescindible en la España del Siglo de Oro cuyo grotesco calificativo tal vez proceda de la voz *poderida,* es decir, «poderosa, buena, la de las grandes ocasiones», lo que en algunos lugares se llamó la *ollaza* (la gran olla por antonomasia).

12 *Apalear sardinas* era la forma coloquial con la que se referían a la condena de remar en galeras.

13 El *despojo* consistía en adueñarse de las pertenencias de los enemigos y, tras echarlas en un montón, hacer el reparto de las mismas. Estos bienes consistían fundamentalmente en armas, ropa, dinero, joyas, calzado…

14 Los *incordios* eran unos tumores que solían aparecer en los genitales de los hombres (*supinos* = testículos) a causa de las enfermedades venéreas.

15 La *misericordia,* también llamada *quitapenas,* era la daga utilizada para dar el golpe de gracia. Su uso, junto al de la espada, era indispensable para los soldados de los Tercios.

16 Jefe alguacil o líder de la policía militar.

# 27. Belle époque

*Calle Libreros, Salamanca, 1 de septiembre de 2012*

Carla no era demasiado asidua a las redes sociales. No obstante Mamen la había convencido para registrar una cuenta donde, según ella, iba a poder *espiar* a sus conocidos y amigos a todas horas.

—La gente pone ahí su vida entera, niña —le había dicho—, desde fotos de las vacaciones con sus parejas hasta lo que hacen, dicen y comen cada día. Y lo mejor es que basta con mirar. Si no quieres publicar nada, pues no lo haces y punto.

De este modo la mañana del sábado, antes de ir a trabajar a Alba —donde esta vez tenía turno de tarde— se le ocurrió echar un vistazo a la cuenta de Ángel, o mejor dicho, de Aingeru, pues ese era el nombre con el que figuraba en la red social y en otras muchas webs de Internet relacionadas con el misterio y la paraciencia.

Nada más abrirla Carla comprobó que, en efecto y tal como había adivinado por el mensaje telefónico, su ex había experimentado una metamorfosis total. Más allá de su nuevo aspecto físico, con varios kilos de menos, una tupida barba y esa forma de vestir que le daba un toque tan intelectual —en la época en la que estaban juntos solía usar ropa demasiado informal—, el nuevo Ángel parecía comportarse de un modo más sereno y equilibrado, rodeándose de gente variopinta y viajando de un lugar para otro. Así, la muchacha pudo verle fotografiado en países como Reino Unido y Francia, casi siempre solo y rodeado de naturaleza, o posando delante de grandes construcciones monumentales como catedrales y mezquitas, no faltando instantáneas de lugares enigmáticos como Stonehenge, Avebury o el castillo de Montsegur.

«Nadie diría que es la misma persona con la que conviví tantos años», pensó.

Tras media hora contemplando las distintas entradas, bicheando los *links* de reportajes en Youtube y leyendo sus interesantes comentarios, Carla descubrió a una chica morena y extremadamente delgada que lo había etiquetado en unas cuantas fotos tomadas en el País Vasco allá por los años noventa. Y aunque había pasado el tiempo y tan sólo se

había cruzado un par de veces con ella por pura casualidad, pudo adivinar rápidamente quién era.

Al poco de conocerse en la universidad y comenzar su idilio, Ángel le contó que había tenido una novia con dieciséis años. Se llamaba Edurne y vivía en San Sebastián. La relación apenas duró unos meses, pues los intereses de ambos eran diametralmente opuestos. Mientras él deseaba marcharse a Bilbao o Madrid para estudiar alguna licenciatura de humanidades ella prefería hacerlo en Francia, pues tenía una gran facilidad para los idiomas. Por otro lado Edurne, pese a su juventud y escasa experiencia, no se planteaba casarse ni formar una familia, algo que para Ángel era fundamental. Desde pequeña había visto a su madre cargar con la responsabilidad de criarla a ella y sus hermanos en ausencia del padre —fallecido en accidente laboral en los altos hornos de Vizcaya—, y cómo eso había lastrado sus aspiraciones profesionales. Edurne buscaba convertirse en una mujer libre, independiente y con mil caminos que escoger al despertarse cada mañana. Su novio por aquel entonces, criado en una familia tradicional y con unas aspiraciones bien distintas, no supo entenderla y la relación se acabó de mutuo acuerdo.

Edurne y Ángel hacían buena pareja, o al menos eso parecía por las instantáneas en las que la chica se mostraba sonriente y alocada, bien sujetándose un sombrero en el paseo de la Concha, bien subida en un banco junto al mirador del monte Igeldo. Y en todas las que aparecían juntos, él la miraba con dulzura y una chispa de deseo, un detalle que provocó que Carla apagase de inmediato el ordenador.

Después de darse una ducha y secarse el pelo con parsimonia extrajo del mueble un bote de crema y comenzó a aplicársela sobre la piel, cubriendo totalmente el cuello y descendiendo progresivamente hasta los pechos y el abdomen. Luego se decidió por la ropa interior más sugerente y delicada que tenía en el cajón, y se esmeró con el maquillaje, aplicando una capa sutil a su rostro y perfilando los ojos, para finalmente vestirse con un bonito vestido blanco de estilo ibicenco acompañado de unas sandalias.

Ya en la calle y mientras se dirigía al aparcamiento tomó el móvil entre sus manos para enviar un mensaje urgente.

Esa tarde tocaba hacer la visita con un grupo de peregrinos de algún remoto país sudamericano que estaban realizando la ruta teresiana. Al tratarse de dos autocares, Queti le había pedido que

estuviese temprano para organizar el trabajo. Mientras una atendía a los primeros cincuenta mostrándoles el torreón, la otra comenzaría con el resto visitando el convento.

—Te veo muy guapa, Carla —le dijo su compañera nada más verla —, ¿has quedado con alguien esta noche?

—Puede ser —respondió ella con una sonrisa pícara.

—Los turistas te van a comer con los ojos…

—¿De dónde son esta vez?

—Vienen de Bogotá, de la parroquia de San Pío X. O al menos eso me ha dicho la responsable, una catequista muy educada.

—Seguro que en Colombia saben más de nuestra santa que nosotros mismos.

—Desde luego. Los sudamericanos son unos apasionados de España, y al tener comunidades tan católicas en México, Argentina o Colombia, les fascina venir a conocer la patria de sus devociones.

—Vaya, pues veremos qué tal me sale. Es la primera vez que explico a gente que no es de aquí.

—Pues ármate de paciencia, porque a esta gente le encanta preguntar.

—Eso haré.

—Ah, y el lunes vienen filipinos…

—¿Filipinos? Pues yo ando pegada de inglés…

—No te preocupes, ya se encargarán ellos de solucionarlo. Esos grupos suelen traer su propio guía intérprete. Tú sólo tendrás que hablar en castellano y él o ella lo traducirá todo. Así que cuanto más castizo, ¡mejor!

Carla optó por el convento para iniciar la visita y de inmediato los colombianos se mostraron entusiasmados con sus explicaciones sobre el fallecimiento de Santa Teresa, así como las particularidades de su entierro.

—Señorita Carla, ¿sabría decirme por qué ese empeño en echar cal y piedra sobre el sepulcro? ¿Es que el cuerpo iba a escaparse y salir corriendo? —intervino un chico joven que portaba una pañoleta con los colores de su país.

—Buena pregunta —respondió la guía—. La explicación más evidente es que tenían miedo de que se llevasen los restos a Ávila, como efectivamente sucedió más tarde.

—Pues, ¿a qué tanto interés? —insistió otra joven.

—Aparte de que Santa Teresa era de allí y existían muchas

personas interesadas en tenerla en su ciudad, no podemos olvidar el valor que para la gente de entonces tenían las reliquias. Un consejero de Felipe II, el padre José de Sigüenza, afirmó que el monarca guardaba más de siete mil piezas en su monasterio de El Escorial, muchas de ellas traídas desde diversos lugares de Europa. Hoy es muy difícil de entender, pues lo más parecido que tenemos son las prendas y objetos que se subastan, por ejemplo, de las grandes estrellas de la música y el cine como Michael Jackson o Marilyn Monroe, o esas camisetas firmadas por los futbolistas…

—¡Yo muero por una elástica del Messi! —gritó un adolescente desde la última fila de bancos, y todos sus compañeros rieron la ocurrencia.

—¡Exacto! Esas serían las reliquias veneradas en nuestro siglo. Que si las botas de Cristiano Ronaldo, que si las calzonas de Iniesta… Hay que tener en cuenta que en el caso de esta monja, sus seguidores ya la consideraban una santa varios años antes de morir. Tanto es así que la razón de que esté enterrada aquí en Alba de Tormes y no en otro lugar es porque fue llamada por la duquesa de Alba para atender el parto de su nuera. Y fijaos qué curioso: cuando llegó al convento, ya cansada y enferma desde Medina del Campo, el bebé había nacido prematuro.

—¡Qué boleta! —exclamó un chico con el pelo largo que sostenía una mochila sobre las rodillas, logrando alborotar a gran parte del grupo.

—¡Chis! —intervino una catequista madura llamándole la atención —. ¡Pille la nota!

Si no resultó tarea fácil mantener el silencio de los más jóvenes en la quietud de la iglesia —pese a ser chicos educados eran incapaces de reprimir sus emociones—, en el momento que accedieron al museo la cosa se complicó aún más.

Carla, que ya se lo veía venir, dio una vuelta de pasada sin apenas detenerse en los detalles, haciendo únicamente hincapié en la vitrina que acogía los restos del corazón y el brazo incorrupto de la santa.

—¿Y si ahí sólo están el corazón y el brazo, dónde está todo lo demás? —se interesó el chico de la pañoleta.

—El resto del cuerpo reposa en un sepulcro que veremos después. De todos modos tampoco está completo. Quiero decir, no sólo le extrajeron el corazón y ese brazo que veis expuesto. Hay montones de huesos repartidos por España, Europa y otros lugares del mundo.

—¿Por ejemplo? —exclamó la catequista llena de asombro.

—Pues sin ir muy lejos, en la misma Ávila guardan la clavícula izquierda que se rompió en vida y un dedo anular. Si vais a ir mañana os los enseñarán. En Toledo un molar con un trozo de carne…

—¡Qué asquito! —prorrumpió una chica con gafas.

—Y hay más —continuó Carla tras comprobar que se había metido a los chicos en el bolsillo—. En Bruselas, por ejemplo, tienen otra clavícula y un dedo meñique de la mano derecha, en París el dedo corazón, en Roma el pie derecho, en Nápoles la tráquea, en Génova una muela, en Madrid un trozo de carne en forma de corazón, en Valladolid y en Malagón más restos de carne y piel…

—¡Vale, vale! Ya es suficiente —interrumpió la catequista, a la que se le estaba removiendo el estómago.

—De acuerdo, pero aún debo añadir que la cabeza está separada del cuerpo y sigue conservando el ojo derecho, del que se distingue perfectamente la pupila y las pestañas…

—Aggggh —gritaron varios al unísono. Y entonces Carla dio por concluida la explicación.

De vuelta en la oficina de turismo y con el grupo ya subido en su autocar, la joven se sentó tras el mostrador, reclinó el cuerpo al máximo en la silla y cerró los ojos por un instante. «¡Cuán dura podía resultar a veces esta profesión!», pensó agotada.

Queti llegó tan sólo unos minutos después y se preocupó al verla tan derrotada sobre el asiento. Así que se fue a rebuscar a uno de los cajones y extrajo una cajita de caramelos Smint, ofreciéndole de inmediato un par de ellos.

—Son de frutas del bosque, tus preferidos.

—Gracias, Queti.

—¿Qué te pasa? No te veo muy bien. ¿Y ese plan para esta noche de sábado? ¿Aún sigue en pie?

—No sé, déjame ver —y entonces sacó su teléfono móvil del bolso, dio al botón de encendido y revisó los mensajes, comprobando desilusionada que la carpeta estaba vacía—. Pues va a ser que no.

—Qué pena…

Entonces la veterana mujer se detuvo por un momento a pensar y finalmente le hizo una curiosa proposición a su compañera:

—¿Te apetece venirte de marcha?

—¿Qué? —respondió Carla incrédula.

—Pues eso, que si te vienes a pasarlo bien.

—No te molestes, Queti. Tu marido te estará esperando…

—¿Qué dices? ¡Hoy no hay maridos que valgan! Además, en su oficina están de auditoría y no volverá a casa hasta las doce de la noche. He quedado con unas amigas para cenar y luego irnos de copas y bailar…

—¿Y eso?

—Vamos a celebrar la despedida de soltera de una de ellas. ¿Te gusta la *pizza?*

—¿La *pizza?* Eh, sí, claro —respondió Carla sorprendida.

—Pues vente con nosotras. He reservado mesa en un restaurante italiano que te va a encantar…

Carla, después de pensárselo unos segundos respondió afirmativamente, cayendo luego en la cuenta de que la última vez que había salido de marcha fue durante esa nochevieja en la que un tipo venido de Italia la dejaría hecha un trapo. «¿Por qué todos los malditos caminos conducen siempre a Roma?», se lamentó entre dientes.

El lugar elegido por Queti resultó ser todo un acierto. Situado en la Plaza de San Marcos, dentro del centro histórico de Salamanca y no lejos del Paseo de Carmelitas, el Rugantino poseía un local amplio, dedicando su cocina a elaborar pastas frescas traídas directamente de Italia. También contaba en su carta con exquisitos *carpaccios* de carnes rojas y curadas y unas fabulosas *pizzas* artesanas. Como las chicas habían concertado previamente un menú para agasajar a la novia, el *maître* les sirvió unos deliciosos entrantes acompañados de una selección de vinos. Luego puso varios platos sobre la mesa entre los que no faltó el *risotto,* «otra vez el dichoso recuerdo de la Piazza Navona», pensó Carla, así como tres *pizzas* de masa fina y crujiente, que hicieron las delicias de las mujeres.

A los postres no faltaron los dulces, el chocolate y el clásico *gelatto.* Y por supuesto los chupitos de licor, algo inevitable en una buena cena entre amigas…

—¿Quién quiere *limoncello?* —preguntó una chica con el pelo corto y un vestido con escote palabra de honor.

—¡Yoooo! —gritaron todas al unísono incluida Carla, quien se alegraba muchísimo de haber aceptado la invitación.

Botella en mano fue la propia novia —a la que habían disfrazado de Pippi Calzaslargas en su versión más atrevida— quien se encargó

de ir rellenando uno a uno los pequeños vasitos dispuestos sobre la mesa del salón. Esta había sido decorada previamente por algunas chicas con globos rojos, blancos y rosas.

—Y ahora les toca el turno a… ¡los regalos! —anunció la hermana mayor de la protagonista.

Entonces las mujeres fueron sacando paquetes envueltos en papel y entregándoselos a la novia, quien los fue abriendo para descubrir con sorpresa algunos conjuntos de ropa interior, un picardías y unas esposas de metal recubiertas de peluche.

—¡Lo de las esposas ha sido idea mía! —se atribuyó una señora madura, que al parecer era tía de la afortunada.

—¡Uhhhh! —exclamaron todas entre sonoras carcajadas.

Al filo de las once y media las mujeres comenzaron a abandonar el local para dirigirse a un bar cercano, el Belle Époque, donde pensaban tomarse unas copas y disfrutar en el karaoke. Ahí sería donde Carla perdería del todo los estribos, pues tras los chupitos de *limoncello* previos del restaurante y las diferentes opciones de ron después —con un toque de vainilla, con hierbabuena, con canela…— su mente se liberó por completo para dar paso a una fiera hambrienta de diversión.

Cantó, bailó y sobre todo se rio muchísimo, como nunca lo había hecho, logrando captar, sin pretenderlo, la atención de varios chicos guapos que se apostaban en la barra del local en busca de fiesta. Al percatarse de ello, la joven tomó el micrófono y, ante el asombro de Queti y las demás chicas, les dedicó una canción de Shakira hilvanando a su vez todo un popurrí de miradas traviesas y poses sugerentes:

*Yo soy loca con mi tigre,*
*loca, loca, loca…*
*Soy loca con mi tigre,*
*loca, loca, loca…*

Al día siguiente su cabeza le daba tantas vueltas que era incapaz de mantenerse en pie. Por eso se le ocurrió acudir al baño y meterla bajo el agua fría de la ducha, y ni aun así se sintió despejada. Para ello fueron necesarios varios cafés bien cargados y un tazón de cereales que la dejaron satisfecha pero sin ganas de hacer nada en todo el día.

Menos mal que Queti ya lo había previsto y pensaba cubrir su ausencia en Alba durante ese domingo.

Cuando el reloj marcó las cuatro menos cuarto, Carla se encontraba viendo un capítulo atrasado de *Downton Abbey*, esa serie británica de época que tanto le gustaba. Se fijó en la hora instintivamente tras escuchar el sonido del móvil que indicaba la entrada de mensajes. Rápidamente echó mano al aparato para ver de quién se trataba, descubriendo al momento que por fin había obtenido respuesta de la persona a quien había escrito el día anterior.

«Conque estabas ocupado, ¿eh? —rumió para sí entusiasmada—, pues que sepas que de mí no te libras la próxima vez».

# 28. El mundo es un pañuelo

*Estación de autobuses de Caravaca de la Cruz, Murcia, 21 de marzo de 2013*

El claxon del autocar que efectuaba la línea Caravaca-Murcia rompió la quietud de la pequeña estación, avisando a los pasajeros más rezagados de que estaba a punto de partir. Dada su escasa actividad, la terminal no contaba con taquillas para adquirir los pasajes, sino que eran los propios conductores los encargados de venderlos antes de efectuar el viaje. Carla lo supo gracias a unos ciclistas que acababan de realizar una ruta por la región y volvían a casa felices y satisfechos, especialmente tras su visita a la basílica de la Vera Cruz. No obstante la excursión de la investigadora era bien distinta, y había incluido un largo periplo desde Madrid a Murcia en tren, desde Murcia a Caravaca en autocar y desde Caravaca a La Manga en coche particular, aunque esto último no estaba previsto inicialmente.

Después de ver cómo los escasos viajeros introducían sus pertenencias en la bodega del vehículo —incluidas las bicicletas—, la chica pagó al conductor en la puerta y tras pronunciar un «gracias» que no obtuvo respuesta, se dirigió al fondo del pasillo para ubicarse en un asiento con ventanilla donde poder observar bien el paisaje. Seguidamente abrió la mochila y extrajo su teléfono móvil para escuchar el último disco de Alejandro Sanz, tratando de relajarse mientras recorría los setenta y pico kilómetros que la separaban de la capital. El plan consistía en tomar el próximo tren para llegar a Madrid-Chamartín sobre las nueve de la noche, por tanto aún le restaban varias horas de tedioso viaje.

Si algo bueno tenía la investigación era que le estaba permitiendo conocer regiones de España inéditas para ella. No obstante este último viaje había resultado ser una experiencia extraña por varias razones.

Todo comenzó dos días antes, cuando Carla arribó a Murcia con la idea de conocer el convento de San José de Caravaca de la Cruz, la duodécima fundación de Teresa de Jesús, realizada en el año 1576 tras el informe positivo de dos de sus colaboradores más directos. La muchacha sabía que las carmelitas no lo habitaban desde hacía años,

pero no podía imaginarse la magnitud que llegaría a alcanzar el episodio de su abandono. Decepcionada por el completo cierre del edificio e informada por algunos vecinos de su venta por una cifra astronómica, Carla se aventuró hasta la oficina de turismo, donde le dieron cuenta del suceso con mayor detalle. Al parecer en el año 2004 las diez monjas que lo habitaban se habían marchado a un nuevo edificio construido en un paraje próximo a la playa. Dicha construcción había sido posible merced a un acuerdo de las religiosas con una sociedad que pretendía levantar un hotel de lujo con sesenta y cinco habitaciones en el histórico monasterio del siglo XVI. Esa decisión había supuesto todo un escándalo en el municipio, pues el convento estaba declarado Bien de Interés Cultural desde 2003, y los habitantes no entendían la decisión de las madres. Por ello la joven hizo todo lo posible por acercarse hasta el término de Tallante donde la superiora, sor María de la Trinidad, había mudado la comunidad nueve años atrás, logrando que uno de los técnicos del ayuntamiento la llevase en su coche. Este le fue comentando durante el trayecto que el grupo de monjas era conocido en la región como Las Maravillosas, pues en el año 1990 se habían escindido de las carmelitas descalzas para llevar su clausura de otra forma. No obstante tiempo después Carla comprobaría que esa supuesta división contaba con unos matices difíciles de entender para los no iniciados en la materia.

Lo primero que le sorprendió del moderno convento de San José fue el entorno costero donde se encontraba. Resultaba difícil imaginarse a un grupo de mujeres permanentemente ajenas a la belleza del mar Mediterráneo, cuya cercanía era evidente, por impedimento de la clausura. Luego le pareció llamativa la propia arquitectura del edificio, sin duda realizado con intención de evocar los antiguos monasterios de la orden (incluyendo una torre-campanario) pero con un toque inevitablemente vanguardista. Al presentarse de improviso le fue imposible acceder al interior, debiendo conformarse con la amable explicación brindada por una monja en el vestíbulo acerca de las reliquias que atesoraban, fundamentalmente un velo de la santa madre y una silla del anterior emplazamiento. A la pregunta de Carla sobre si guardaban algún fragmento de su cuerpo la monja le confirmó lo que esperaba. A diferencia de Ávila y Alba, y siguiendo el patrón de la mayoría de fundaciones originales, únicamente poseían un minúsculo trozo de hueso inserto en un relicario.

Un rato después, y estando de regreso en Caravaca, la joven agradeció el favor al funcionario y se encaminó a la estación de autobuses para iniciar la vuelta a casa.

Pese a su intención inicial de descansar, pronto se le ocurrió coger una libreta del fondo de la mochila y dedicarse a tomar notas mientras escuchaba música. De este modo el camino por carretera se le hizo más corto y en un abrir y cerrar de ojos se plantó en la terminal Murcia del Carmen para viajar hasta Madrid.

El Altaria era un moderno tren de coches amplios tipo salón con una distancia entre asientos considerable. Carla tuvo la suerte de no ir acompañada, por lo que dispuso del espacio contiguo para depositar la mochila e ir más desahogada.

«Qué duro resultaría viajar a estos lugares tan apartados de Castilla en la época de la santa —reflexionó—. No me extraña que prefiriese seguir en Sevilla y mandar a otros a fundar aquí. Caravaca está donde Cristo dio las tres voces».

Pasadas más de cuatro horas en las que la aridez del paisaje y un cielo nuboso fueron la nota predominante, el tren se adentró por fin en la comunidad de Madrid. Ya había anochecido cuando un aviso por megafonía alertó a los pasajeros de que faltaban pocos minutos para llegar a la estación de Chamartín.

Aunque había logrado dormir un rato reclinada sobre el asiento, Carla se sentía hambrienta, pues sólo había ingerido un sándwich vegetal y un zumo de piña adquiridos en la cafetería a media tarde. Por eso se echó la mochila al hombro, bajó el *trolley* con pereza y caminó como una sonámbula en busca de la salida.

Mientras avanzaba entre los diferentes pasajeros mascando un chicle de menta la chica hizo balance de su viaje. A pesar de no haberle resultado fructífero para la investigación, no se arrepentía lo más mínimo, pues, si lo pensaba fríamente, esta escapada le había permitido conocer un rincón nuevo de la geografía sin echar mano a la cartera. «Para eso me paga esa gente, ¿no?», se dijo satisfecha.

Ya en la calle no le fue difícil tomar un taxi y dirigirse a su hotel, el Tryp Madrid Atocha, próximo a la terminal del AVE, donde pensaba pasar un par de noches. Su intención, según le había comunicado a Matías a inicios de la semana, era aprovechar la estancia para acercarse al día siguiente hasta Alcalá de Henares. Allí tenía pensado visitar los conventos de la Purísima Concepción y del Corpus Christi,

donde se hallaban una falange de la mano derecha y un trozo de clavícula de la santa, respectivamente.

Nada más llegar a la habitación dejó sus cosas sobre la cama, se despojó de la ropa y se metió en la ducha, recreándose un buen rato bajo el agua caliente.

Como no pensaba hacer vida social en esos días tan sólo había echado en el equipaje un par de pantalones vaqueros acompañados de algunas blusas y jerséis para combinar. No obstante, y por si acaso, a última hora se le ocurrió introducir un vestido negro de corte sobrio pero elegante y unos zapatos de tacón. «Nunca se sabe quién puede llamar a tu puerta».

Y fue una de las mejores decisiones de su vida, pues al poco de abandonar el plato de ducha y enrollarse la toalla oyó que el móvil estaba sonando junto al televisor. Sin tiempo para pensar salió corriendo del baño para cogerlo, dejando un reguero de agua sobre la moqueta.

—¿Quién es? —preguntó al descolgar, sin reparar siquiera en el nombre que aparecía en pantalla.

—¿No sabes quién soy? —dijo una voz familiar.

—¿Ángel? —exclamó ella, y al instante notó como él hacía una breve pausa antes de continuar.

—¿Te cojo en mal momento?

—No —respondió de sopetón—. Dime, dime…

—Perdona que te moleste, pero hacía tiempo que quería hablar contigo por tres motivos y he pensado que esta era la ocasión idónea.

—¿Y cuáles son esos tres motivos? —preguntó ella con curiosidad.

—Primero quería disculparme por aquel mensaje que te mandé sin pensar. Lo último que deseaba era ofenderte o causarte malestar…

—No lo hiciste —le interrumpió ella—. Sigue, por favor.

—En segundo lugar deseaba compensarte de algún modo por no responder a tiempo a tu propuesta…

—¿Y el tercer motivo? —volvió a interrumpirle.

—Pues únicamente… para decirte que estoy en Madrid.

—Oh, vaya. ¿Otro congreso en la capital como el de septiembre?

—Más o menos, aunque esta vez sólo estoy de paso. Me han invitado a participar en una mesa redonda organizada por la GEA[17] de Benicarló.

—Pero eso está en Valencia…

—Sí, ese el problema. Mañana salgo en avión a las nueve, por eso

había pensado alquilar un coche y tirar para Salamanca ahora mismo… Con suerte, en poco más de dos horas me tienes ahí.

—¡Tú estás loco!

—No te falta razón, pero… ¿a que te he sorprendido?

Carla rio la ocurrencia y decidió alargar la conversación con inteligencia para llevárselo al terreno que más le interesaba.

—Por cierto, ¿cómo está Edurne?

—¿Edurne? ¿Qué Edurne?

—Edurne, ya sabes… Tu amiguita de San Sebastián.

—Ah, sí, Edurne. Hace bastante tiempo que no nos vemos. La última vez creo que fue en la Aste Nagusia de Donosti, en 2009. Tú y yo estábamos paseando por el Bulevar, y nos la encontramos a la altura de la Bretxa, creo recordar.

—Sí, es verdad.

—Pero ¿por qué me preguntas por ella?

—Por nada, se me acaba de venir a la cabeza.

—Bueno, ¿salgo para allá o no? Ya son más de las diez de la noche —insistió él tras mirar el reloj.

—De acuerdo, pero te aviso de que no es buena idea eso de alquilar un coche.

—¿Ah, no? ¿Entonces cómo llego a Salamanca a estas horas, haciendo autostop?

—Pero qué bobo eres. Basta con que pilles el metro. Estoy en un hotel de Atocha.

—¿En la Atocha de Madrid?

—No, idiota, va a ser en la Atocha de San Sebastián, jajaja.

—¡El mundo es un pañuelo! ¿Cómo no me lo has dicho antes?

—Corre a recogerme ahora mismo…

—¡Voy!

—¡Espera!

—¿Qué pasa?

—Sólo pongo dos condiciones.

—¿Cuáles?

—Una: que te vistas como Aingeru. Y dos: que me lleves a cenar a un sitio en condiciones. Nada de pinchos de tortilla ni bocatas de calamares.

—Eso está hecho.

A las once menos cuarto de la noche Carla y Ángel entraban en el

restaurante Sacha, en el barrio de Chamartín. El hecho de que el vasco hubiese elegido ese establecimiento y no otro obedecía a que a esas horas de la noche no era fácil hallar mesa en un restaurante de Madrid sin reserva previa, y como el fundador, Carlos Hormaechea, era un viejo conocido de su abuelo, sólo fue preciso hacer una llamada para que les hiciese un hueco.

Desde el momento en que la recogió en la puerta de su hotel a bordo de un taxi, Ángel no dejó de sorprender a Carla con su evidente cambio físico así como las suaves formas con las que se dirigía a ella y le hablaba.

—¿Te gusta? —le preguntó una vez que los hubieron ubicado en una mesa junto a una alacena llena de objetos antiguos.

El local, un pequeño y coqueto *bistró* francés, estaba decorado con buen gusto aunque de manera sencilla, destacando especialmente el tono azul de su fachada que igualmente se repetía en la moqueta y los adornos de las mesas.

—Es… no sé cómo decirlo… —respondió la chica buscando la palabra adecuada—, encantador.

—Pues ya verás cuando nos sirvan la comida. Yo hace un puñado de años que no vengo, pero recuerdo que siempre nos chupábamos los dedos.

Antes de recomendarles algunos platos, Sacha Hormaechea —hijo de Carlos y actual gerente— le estrechó la mano a Ángel y le preguntó por la familia, dándole el pésame en cuanto supo del fallecimiento de su padre. Seguidamente le dedicó un piropo a Carla, que ciertamente estaba preciosa esa noche, y les tomó nota.

El festín gastronómico, a base de especialidades de la casa, comenzó con una exquisita falsa lasaña de erizos de mar y unos huevos con almejas en salsa verde que les resultaron muy sabrosos. A los entrantes le siguieron la raya templada a la manteca negra, preparada al estilo bilbaíno con ajo, perejil y alcaparras, y el famoso *steak tartar*, todo ello acompañado de un excelente vino de Rioja. A esas alturas Carla ya no podía más, pero aun así fue capaz de probar la tarta de manzana de postre, probablemente la mejor que había comido en toda su vida.

La joven disfrutó especialmente de la conversación de su acompañante en la sobremesa. Y es que después de las clásicas preguntas y respuestas de cortesía para romper el hielo, en las que ella mencionó someramente su investigación sobre Santa Teresa, Ángel

comenzó a despejar las incógnitas sobre su profunda metamorfosis.

—Supongo que te habrás preguntado por qué me he dejado la barba, ¿no es así?

—Pues sí, para qué te lo voy a negar.

—Ya sabes que nunca me gustó tenerla, ni siquiera esa de tres días que me solía crecer en invierno, más por dejadez que por otra cosa.

—¿Entonces?

—Al mes y medio de marcharte tuve un accidente.

—¿Cómo? —exclamó Carla estupefacta.

—Una noche lluviosa que volvía de Irún cogí una curva con más velocidad de la cuenta y me salí de la carretera.

—¡Dios Santo! —profirió angustiada mirándolo a los ojos.

—Tranquila. Fue sólo un susto, y aunque llegué a estar en coma un par de días luego me fui recuperando y volviendo a la normalidad sin problemas.

—¿Que estuviste en coma? ¿Cómo no me lo dijeron? ¿Por qué no me enteré? ¿Por qué?

—Carla —dijo él con aplomo tratando de tranquilizarla—, si no te llamó nadie para contártelo fue porque ni siquiera teníamos tu teléfono.

En ese momento la muchacha cayó en la cuenta que tras los primeros intentos de su ex de recuperarla llegó a perder los nervios e incluso cambió de número.

—¿Y mis padres? Alguien podía haber contactado con ellos…

—Tus padres no querían saber nada de mí desde la última metedura de pata, ¿te acuerdas?

—Sí, llevas razón.

—Los ánimos estaban muy encendidos, Carla, y sinceramente mis conocidos no lo vieron oportuno.

—De acuerdo, lo entiendo. Pero ¿qué te pasó exactamente?

—Bueno, el golpe fue bastante fuerte, y a pesar de que saltó el airbag me partí varias costillas y tuve contusiones serias en las piernas y los brazos. Aunque la peor parte se la llevó la cabeza.

—¿Traumatismo?

—Sí, y también cicatrices a causa de los cristales rotos, sobre todo en la mandíbula —y en ese momento se señaló el mentón—. Esa es la explicación de haberme dejado barba.

—¡Qué fuerte!

—No pasa nada, ya lo tengo más que superado.

—Supongo que tuviste que dejar el trabajo…

—Bueno, eso es más complicado de lo que crees. Las primeras semanas después del coma lógicamente no podía currar. Joseba me llamó para decirme que él se las apañaba solo en la tienda, y así estuvimos un tiempo, pero yo me sentía fatal. Una tarde en la que estaba paseando por el monte sentí un dolor fuerte en la cabeza y me preocupé bastante. Los médicos me hicieron pruebas y no encontraron nada. Por lo visto era normal, y aunque no tenía por qué quedar secuelas, era posible que sintiera algunas molestias de vez en cuando. Pero ese dolor de cabeza volvió a repetírseme otro día junto a la iglesia, y entonces me acordé de que mi abuelo solía quejarse de jaquecas algunas veces, cuando subíamos a la montaña o lugares elevados…

—¿Y qué tiene que ver eso con tu abuelo?

—No sé si te conté que mi abuelo, además de trabajar en el caserío, se dedicaba a buscar agua en el campo.

—¿Cómo?

—Pues eso, que tenía un don especial para hallar pozos en terrenos donde aparentemente no había agua.

—¿Me estás diciendo que tu abuelo era un zahorí de esos?

—Sí, pero apenas lo sabía nadie. Era una especie de secreto familiar que sólo compartía con sus amigos y algunos allegados. Sólo hacía excepciones cuando se trataba de algún encargo especial o un compromiso, pero siempre sin cobrar.

—¿Y eso por qué?

—No lo sé, supongo que le daba vergüenza. En esa época la gente de Zumárraga era muy chismosa y él siempre fue un hombre reservado.

—Entiendo. ¿Y piensas que, por alguna razón, tú has podido heredar ese don?

—Eso parece. Lo cierto es que a raíz de esos dolores de cabeza me puse a hacer memoria y recordé que mi abuelo una vez me llevó con él a una finca de Mungía donde tenía unos conocidos. Yo apenas tenía siete añitos, pero tengo grabada en la mente la imagen de esos hombres andando por las tierras detrás de nosotros, como si fuese un juego. Luego me puse en contacto con otros zahoríes de España a través de Internet y ellos me sugirieron apuntarme a un curso de radiestesia en Madrid. Aunque mi abuelo solía utilizar varillas de madera, yo he sido capaz de manejar las metálicas y por supuesto el

péndulo. Es algo realmente increíble. Se ve que debo llevarlo dentro, pues aunque se trata de una capacidad que se puede ejercitar, por lo visto en mi caso es innata y bastante poderosa.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Pues porque no sólo soy capaz de encontrar agua sobre el terreno, sino que normalmente me basta con ver una fotografía para situar los vórtices energéticos.

—¡Guau! Esos vórtices de los que hablas son las columnas de energía que explicaste en el programa de la tele, ¿verdad?

—¿Lo viste?

—Da la casualidad de que una amiga mía estuvo de turismo por Logroño y lo vio en la tele del hotel. A mí me pareció interesante el tema, lo busqué en Internet y te descubrí por sorpresa. ¿Y tú? ¿Cómo te las arreglaste para dar con mi nuevo teléfono y escribirme el día de nuestro aniversario?

—Bueno, eso es un tema delicado. Mejor pido la cuenta y lo hablamos otro día.

—No te escaquees…, quiero saberlo.

—Está bien, pero no te enfades. Digamos que a raíz de esta nueva profesión tengo clientes y conocidos en todas partes. Uno de ellos me debía un favor, y como su novia trabaja casualmente en una empresa de telefonía…

—¡Serás…! —gritó ella con desparpajo.

—¿Te parece mal?

—¿Cómo se te ocurre preguntar eso?

—Tal vez no es muy ético, pero necesitaba contactar contigo de alguna forma. Ha pasado mucho tiempo desde entonces y yo…

—Hiciste bien —zanjó ella—. Supongo que el destino ha querido que nos volviésemos a encontrar.

—Eso será —dijo él sonriendo—. Pero ¿y tú? ¿Cómo supiste que estaba en Madrid aquella tarde de septiembre?

—Yo también tengo mis fuentes…

—¿Y eso?

—Pues cierta amiga me presentó a una persona que te conoce muy bien, que sabe a dónde vas, con quién te juntas e incluso lo que comes.

—Perdona, pero no te entiendo. ¿De quién me estás hablando?

—Es muy fácil. Piensa un poco.

—No sé, ¿algún vecino? ¿Un colega de Donosti? ¿Joseba, tal vez?

—Tiene un nombre más exótico. Se llama Caralibro.

—¿Caralibro? ¿Y ese quién es?

—Utiliza tu don para averiguarlo. Y mientras tanto a ver si me explicas a cuento de qué te haces llamar Aingeru. ¡No he visto nombre más horroroso!

Poco antes de cerrar el restaurante —tras la marcha de las últimas parejas sólo quedaban ellos dos en el salón— un camarero les trajo una bandeja con la cuenta que Ángel se encargó de abonar pese a las protestas de Carla, cuya visión de tres cifras le sugería pagar a medias. Los dos llegaron al hotel de Atocha pasada la una de la madrugada y tras desearse buena suerte en sus respectivos viajes, la chica se despidió con un beso y la promesa de volver a llamarlo pronto.

El domingo por la noche, ya de vuelta en Salamanca, Carla se adentró en el edificio de la calle Libreros arrastrando entusiasmada la maleta y se dispuso a abrir el buzón antes de subir a su apartamento. Entonces descubrió un puñado de papeles —la mayoría de publicidad — entre los que se encontraba un sobre blanco con su nombre en mayúsculas y escrito a máquina pero sin remitente. Al principio no le dio la menor importancia, pero tras abrirlo en la mesa del salón y extraer el contenido de su interior las piernas comenzaron a flaquearle, tanto que tuvo que echar mano de una silla para no caerse al suelo de la impresión.

17 *Asociación de Estudios Geobiológicos.* Centra su labor en la investigación, análisis y divulgación de la Geobiología como ciencia relacionada con la salud de las personas en relación al hábitat.

# 29. Ronda, 1936

Una riña entre chiquillos apostados en la plaza rompió la quietud de dos ancianos que, mientras se informaban de los últimos acontecimientos a través de las páginas de *El Refugiado,* trataban de mitigar el calor del mediodía junto a la Fuente de los Ocho Caños. Sin apenas mediar palabra los dos hombres se acercaron a ver qué ocurría, siendo conscientes de que, de seguro, no sería nada bueno.

Provistos de sendos sombreros de paja que les ayudaban a eludir los efectos del implacable sol andaluz rápidamente comprobaron que junto a la fachada de la iglesia de Santa Cecilia, cuyo interior había sido saqueado y reducido a escombros, se amontonaban un puñado de cadáveres a los que dos infantes estaban apedreando ante las protestas de los demás.

—¡Déjalos ya, te he dicho! —gritaba uno de los miembros del corrillo.

—¿Qué pasa, mocoso? ¿Es que tú también quieres acabar como ellos? —le respondió uno de los violentos, quien no superaría los once o doce años y portaba una boina de miliciano con la borla deshilachada.

—¿No ves que ya están muertos, so memo? —exclamó otro.

—Mi padre me ha dicho que estos perros son nuestros enemigos, así que yo hago lo que me da la gana…

Los ancianos, que no querían intervenir por no causar males mayores, observaron de improviso como por una de las calles se acercaban varios hombres y mujeres. El más fornido de ellos portaba un recipiente con gasolina. Una vez más los viejos guardaron silencio tras mirarse el uno al otro y negar con la cabeza mientras oían la conversación.

—Fíjate tú, cómo estará el patio que hasta me dio cosa llevarme por delante al cabrón del maestro —dijo uno de ellos, señalando un cuerpo que reposaba inerte en el amasijo de cadáveres.

—¿Y eso? —preguntó otro, propinándole a continuación una patada al muerto para poder verle el rostro.

—Porque al sacarlo de su casa el hijo salió detrás y lo abrazó. Nos decía el muy miserable que le perdonáramos la vida, que su padre no

había hecho nada y toda esa mierda.

—Jajaja —rio una de las mujeres, mientras se rascaba la cabeza—. Qué asco de gente. ¿Que no había hecho nada? ¡Pues juntarse con los terratenientes y los fascistas y reírles las gracias! Esos cerdos que pagan a los jornaleros una miseria y tienen a las familias muertas de hambre… ¿le parece poco?

—¿Y tú qué hiciste al verlos abrazados?

—¿Yo? ¿Qué iba a hacer? ¡Pues cargármelos a los dos!

—¡Pum! —rio un compañero.

—¡Eso es! —jalearon el resto—. ¡Dos pájaros de un tiro! ¡Con dos cojones!

—Anoche *la Drácula* se llevó a otros cuantos de paseo —continuó la segunda mujer, de ojos grandes y pelo recogido cuyo pantalón azul de peto y el pañuelo rojinegro delataban su filiación anarquista—. Junto a los curas y los derechones que tiraron por el Tajo ya van un puñado largo. ¡Ellos se lo buscaron!

—¿*La Drácula?* ¿Esa quién es? —preguntó uno de los niños que asistían como espectadores al violento espectáculo y cuya visión del rostro desencajado del maestro aún le removía el estómago.

—Mejor no preguntes, a ver si te va a llevar a ti también… —le contestó el que portaba la garrafa de combustible.

—¡Eres tonto del culo, niño! —le increpó el chico violento, volviendo a arrojar una piedra sobre los despojos—. No sabes nada de nada. *La Drácula* es la camioneta que se lleva a los «señoritos» para darles lo que se merecen…

—Mira lo bien enseñadito que me lo tiene el Rogelio —y a continuación le puso una mano en el hombro y ambos comenzaron a cantar:

*¡A las barricadas, a las barricadas,*
*por el triunfo de la Confederación!*
*¡A las barricadas, a las barricadas,*
*por el triunfo de la Confederación!*

Al rato, y tras una intensa algarabía, la plaza se volvió a quedar desierta con las señales inequívocas del funesto incendio que, aún humeante, impregnaba los alrededores con el hedor de la carne quemada.

Esa misma mañana un importante grupo de milicianos bajo el

mando del brigada de carabineros Santiago Trujillo había salido de la ciudad para dirigirse a Alcalá del Valle, donde les esperaban más efectivos con objeto de intervenir en las operaciones contra las fuerzas sublevadas, tanto allí como en Antequera. Ninguno de ellos podía imaginarse que pese al éxito inicial de su columna en el frente de Grazalema —donde habían sofocado el golpe junto a los hombres del alcalde de Montejaque, Pedro López— su resistencia comenzaría a verse superada poco antes de concluir el verano. Y es que la toma de Ronda se había convertido para el ejército sublevado en un asunto de máxima importancia. El lograr cerrar un arco sobre Málaga que abarcara desde Antequera hasta Algeciras, controlando además la línea férrea que unía esta ciudad con Bobadilla, facilitaría el envío de tropas y suministros a Córdoba, defendiendo además a Granada de la infructuosa ofensiva republicana.

El 12 de septiembre los soldados del general Varela, organizados en Sevilla, comenzaron a avanzar desde el municipio de El Saucejo hacia Almargen y Cañete la Real, para encontrarse con la columna gaditana del teniente coronel Luis Redondo, que se acercaba sigilosamente por la sierra de Grazalema. Por otra parte las fuerzas del comandante Corrales acechaban el municipio de Campillos.

Logrados sus objetivos militares entre los días 13 y 15, con el inicio de la segunda quincena los tres brazos armados convergieron en las puertas mismas de Ronda, cuyos habitantes se preparaban ya para lo inevitable.

En el asilo, la madre María de Cristo apenas podía sostener el rosario debido al temblor que le provocaban las explosiones. Todas las monjas trataban de continuar con las tareas domésticas, haciendo lo imposible por ignorar la barbarie que se estaba cometiendo en el exterior, donde muchos miembros del clero habían perdido la vida en los últimos meses. De estos la mayoría eran varones, pues mientras que a los clérigos se les *paseaba,* a las monjas les perdonaban la vida en casi todos los casos, algo similar a lo que ocurría entre la población civil. Y es que las ejecuciones del bando republicano fundamentalmente las realizaban hombres contra hombres.

—Malditos sean estos rojos —dijo en voz alta una octogenaria a la que faltaba una pierna—. Si no fuese por ellos no estaríamos aquí encerrados como ratas, sin tener más que gofio que llevarnos al estómago. Ya cuento las horas para que entren los camisas viejas...

Como no lo hagan pronto nos moriremos de hambre y de asco…

—¡Chis! No diga usted esas cosas, Sacramento —le replicó una compañera—. Piense en las consecuencias… Si alguien va y se lo cuenta a los caravinagres[18], son capaces de fusilarnos a todas.

—¿Es que no llevo razón? —continuó, bajando la voz—. El pobre de mi Salvador, que en paz descanse, ya se lo temía, y me recordaba continuamente los tiempos de Castelar…

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Mucho, Frasquita, mucho. Aquella locura de República no duró ni dos años por culpa de esos desalmados.

—Y a esta de ahora le queda un suspiro —contestó otra mujer sentada en una butaca frente a ellas—. Pero mejor será que dejemos la conversación, por si acaso...

—¡Mira quién habla! ¡La que tiene un hijo comunista que ni siquiera viene a verla! —replicó Sacramento con saña, provocando que a la mujer se le saltasen las lágrimas.

—¡Sacramento! —le corrigió Frasquita—. No se puede tener menos tacto…

—No importa —terció la ofendida componiendo el gesto—. Pero mi Paquito es un buen chico, eso os lo puedo asegurar, y si no viene a verme es porque no para de trabajar, y además él es incapaz de hacer esas atrocidades que cuentan… ¡Si hasta enseña a leer a los analfabetos por las noches!

—Dale tiempo, Consuelo, dale tiempo —continuó Sacramento—. ¿Conocéis al Moreno?

—¿Quién, el de la confitería? —preguntó Frasquita.

—Ese mismo. Pues resulta que en los primeros días de agosto el Moreno escondió al pobre de don Jacinto en el obrador, con la mala suerte que uno de los trabajadores lo oyó toser detrás de una pared y se asustó…

—¿Y qué pasó?

—¡Pues qué va a pasar!, que se lo contó en confianza a un compañero sin saber que era pariente del sastre…

—¿Qué sastre? ¿El Juan?

—Sí, mujer, ese desafecto, que además de sastre por lo visto es masón —aclaró Sacramento con impaciencia—. La cosa es que sacaron al pobre cura de la pastelería y se lo llevaron al Tajo, lo obligaron a renegar de Cristo y yo no sé qué barbaries más…

—¿Y él qué hizo?

—Él se negó a todo y se puso a rezar…

—¡Lástima de criatura!

—Luego besó el crucifijo y les gritó: «¡Ya podéis disparar!».

—¡Pare, pare, doña Sacramento, que no puedo seguir escuchando! —interrumpió la madre del comunista—. Yo no me puedo creer que mi Paquito estuviera de acuerdo con eso… Él conoce a don Jacinto desde que era un niño… ¡Pero si vivíamos a dos pasos de la parroquia…! ¡Virgencita de la Paz! —y una vez más se puso a llorar.

—Tranquila, Consuelo, tranquila —dijo Frasquita, tratando de consolarla.

—¿Cómo quiere que pare, Frasquita? Y no sabemos de la misa la media… Si todo esto no es más que un castigo de Dios por haberles dado tanta manga ancha a los sindicalistas…

—Lleva usted toda la razón, doña Sacramento —intervino un señor con muletas acercándose al grupo—. La culpa de todo la tienen esos charlatanes de los sindicatos, que hablan mucho pero que jamás predican con el ejemplo. De acuerdo con que las condiciones de los obreros no eran las mejores, pero ¿era preferible esto? Al final en las guerras siempre pierden todos, ya sean de un bando o del otro. Os lo digo yo que me mataron a un hermano en Cuba…

—¿Y qué podemos hacer nosotros, don Pedro? Callar y esperar, no nos queda otra.

—Para bien o para mal todo apunta a que la gente de Queipo va a tomar Málaga de un momento a otro, y nosotros estamos en el ojo del huracán.

—¿Y por qué dice eso? —preguntó Frasquita.

—Pues porque se lo oí decir a un acemilero hace unos días.

—¿Ah, sí? ¿Y desde cuándo sale usted a la calle para hablar con los acemileros? —le interrumpió una de las hermanitas que pasaba cerca y acababa de escucharlo.

—¿Quién ha dicho nada de acemileros? —trató de disimular el anciano—. Yo sólo me acerqué hasta la puerta cuando el mozo ese de Benaoján vino en la mula a traernos víveres.

—¿Y qué le dijo, si puede saberse?

—Sólo tuve con él tres palabras, pero me aseguró que los del ejército sublevado estaban muy cerca, porque en la serranía se escuchaba el *paqueo*[19] con total nitidez. Y de eso hace ya casi una semana…

—Seguro que le diría algo más, don Pedro. Venga, cuéntenoslo —le

animó Sacramento.

—Simplemente me aconsejó que nos andásemos con cuidado, que cualquier día de estos dejaban caer una bomba sobre el asilo y nos freían vivos. Ah, y que en cuanto viera venir a los facciosos él se cambiaba de lado. Por lo visto en el otro bando a los que se cambian de chaqueta les llaman «banderilleros», fíjese.

—¿Y eso? —preguntó Frasquita.

—Pues porque levantan las manos para desertar, como cuando Rafael el Gallo les hace los quiebros a los toros —sentenció imitando el movimiento de banderillear, y enseguida todas las mujeres sonrieron ante la ocurrencia.

Dos horas más tarde el mal presagio del anciano se cumplió con creces y las calles rondeñas comenzaron a sufrir el acoso y derribo de las bombas nacionales que, lanzadas a destajo desde biplanos Breguet, se precipitaban sin cesar sobre la indefensa población. En medio de una prolongada sucesión de explosiones que emparentaban la ciudad con el mismísimo infierno, un fortísimo impacto de obús contra el asilo provocó que la techumbre de este se viniese abajo casi por completo, obligando a los internos a huir despavoridos hacia el campo. En su fuga, donde los episodios de terror se confundían con el llanto por los muertos y la preocupación por los impedidos que apenas podían avanzar, las monjas elevaron una oración a los cielos para que aquella pesadilla terminase cuanto antes.

Mientras tanto, las milicias populares aún trataban de impedir la entrada de los rebeldes en Ronda. Para ello habían dispuesto un complejo entramado de minas y alambradas electrificadas en los puntos más estratégicos del municipio que aún les confería algo de tiempo para trazar un plan de emergencia. Incluso a algún mando de la resistencia se le había ocurrido, llegado el extremo, volar el viejo puente romano para impedir el paso de los enemigos, algo que jamás llegaría a producirse.

Coincidiendo con el ocaso de la tarde los primeros soldados sortearon los obstáculos más temidos y lograron penetrar en la capital serrana. De inmediato fueron recibidos con una ráfaga de disparos procedentes de diversos puntos, pero su pericia y empuje bastaron para anular la última obstinación local.

Llegado el amanecer del 17 de septiembre el general Varela entró victorioso en Ronda, dando paso a un nuevo período de tranquilidad

para unos y de absoluto terror para otros.

Las monjas, que habían pasado la noche al raso junto a los ancianos supervivientes, supieron que lo peor había pasado al cesar los últimos tiros. Entonces se arrodillaron sobre el quemado césped y volvieron a rezar, dando gracias a Dios por permitirles conservar la vida y al mismo tiempo rogando por los fallecidos en aquel suplicio.

—¡No veo a Frasquita por ningún lado! —gritó Sacramento entre lágrimas. El hecho de que la anciana impedida aún siguiese viva se debía al arrojo de Paquito, quien tras poner a salvo a su madre y verla tan desamparada al final de la comitiva, la había transportado en brazos desde la misma plaza. «Que Dios te lo pague, hijo. Al fin y al cabo todos los rojos no sois iguales», le dijo emocionada tras plantarle dos besos en la mejilla derecha.

—Desde que salimos del asilo nadie ha visto a Frasquita —precisó don Pedro.

—Ojalá siga viva. Un alma tan cándida no merece morir de esa forma. ¡Qué horror! —se lamentó la anciana, y a continuación se cubrió el arrugado rostro con ambas manos.

Transcurridas unas horas desde la toma de la ciudad el alto mando se dedicó a inspeccionar el lugar, quedando consternado ante el destrozo que la aviación había provocado en algunos edificios como el asilo. Daba la casualidad de que el militar iba acompañado del marqués de Marchelina, sobrino de la condesa de Santa Teresa —quien estaba muy apegada a las carmelitas—, por lo que al llegar donde estaban las religiosas e interesarse por su estado estas le informaron de la pérdida de su más preciada reliquia. En ese mismo instante, y como compensación a los daños sufridos por la comunidad, José Enrique Varela se comprometió a registrar todos los rincones de Ronda en busca de la Santa Mano.

18 Los *caravinagres* era la forma popular con la que se conocía a los carabineros.

19 El *paqueo* se refiere al sonido aislado de descargas de fusilería. El origen es la guerra de Marruecos, donde los francotiradores nativos se emboscaban durante horas para matar a los soldados españoles desde la distancia. En aquellos barrancos el disparo sonaba *pa* y el eco *co*.

# 30. Deo patrum nostrorum

*Comisaría Provincial de Salamanca, 24 de marzo de 2013*

Lo había intentado por todos los medios, pero le había sido imposible calmarse y mucho menos dormir. Por eso pensó que lo mejor era salir del apartamento cuanto antes y enseñarle el contenido del sobre a la policía. Le daba igual lo que pudieran pensar de ella, al fin y al cabo se trataba de su propia seguridad.

Ya era más de las una de la madrugada cuando Carla llegó a la ronda del Sancti Spiritus donde se encontraba la comisaría. Nada más atravesar la puerta, la chica preguntó a un joven por el procedimiento para poner una denuncia, y tras hacerla esperar unos segundos, un hombre de mediada edad salió a su encuentro y la invitó a pasar a su despacho. Carla fue directa al grano y en lugar de enredarse en tediosas explicaciones, extrajo el sobre del bolso y lo depositó sobre la mesa decidida a abordar el asunto desde la raíz. El agente, un tipo sobrado de kilos, de pelo oscuro y bigote poblado, la miró a los ojos y frunció el ceño; seguidamente tomó el sobre entre sus manos y volcó todo su contenido para examinarlo debidamente. Ella mientras tanto se dedicó a observar el mobiliario y a morderse las uñas con nerviosismo, una manía infantil que, aunque la había superado hacía años, solía ser recurrente en casos de ansiedad.

—¿Y bien? —exclamó el policía tras carraspear un par de veces y recolocarse en el asiento—. ¿Tiene idea de quién ha podido mandarle esto?

—No, en absoluto —respondió ella parpadeando repetidas veces y ocultando las manos entre los muslos—, a eso venía precisamente, a que me ayudasen ustedes a averiguar quién es el responsable.

—Mire, señorita…

—Molina. Mi nombre es Carla Molina.

—Bien, señorita Molina, le seré franco: no sé exactamente de qué va este juego.

—¿Cómo?

—Pues eso, que desconozco a cuento de qué le han mandado estas fotografías aparentemente sin sentido. Me temo que si no empieza

pronto a explicarme de qué va el asunto, no podremos ayudarla.

—¿No lo ve, agente…?

—Cánovas… Soy el agente Norberto Cánovas. ¿Ver qué? ¿Las fotos de un pie amputado y unos cuantos huesos tachados con un rotulador rojo y con la palabra «falso» escrita en mayúsculas?

—Eso es. Y un mensaje escrito a máquina, ¿es que no lo ha leído?

—Claro que lo he leído. Y de hecho volveré a hacerlo, pero esta vez en voz alta:

*Déjelo ahora que aún está a tiempo.*
*Mañana podría ser demasiado tarde.*

*DEO PATRUM NOSTRORUM*

Carla guardó silencio esperando que el agente dijese algo a continuación, pero se limitó a depositar el trozo de papel mecanografiado sobre la mesa, abrir un cajón y sacar una cajita de color rojo con comprimidos de regaliz. Antes que a ella le diese tiempo a abrir la boca para protestar, retomó la conversación con excesiva tranquilidad.

—¿Quiere una? —dijo alargando el pequeño recipiente.

—¡¿Qué?!

—Le decía que si le apetecía una pastillita… Hace un mes que dejé de fumar y la verdad es que estoy enganchado.

—No, gracias. Preferiría que habláramos del mensaje.

—Por supuesto. Puede comenzar cuando quiera, soy todo oídos —sentenció el policía esbozando una leve sonrisa e introduciéndose un par de Juanolas en la boca.

—¡¿Pero qué clase de…?! —protestó Carla poniéndose de pie y señalando a su interlocutor con el dedo, visiblemente enojada—. ¡Pensaba que ustedes me ayudarían!

—¿Y qué cree que estoy haciendo? —y en ese momento se inclinó sobre el escritorio y buscó la mirada de la joven con gesto serio—. Siéntese y empiece a contarme la historia desde el principio.

Ella inspiró aire, retomó la compostura y volvió a sentarse, iniciando a continuación el relato abreviado de su investigación.

Diez minutos después, y cuando el agente ya había agotado más de la mitad del regaliz que había en la caja, Carla colocó las fotos alineadas sobre la mesa y fue identificándolas una a una. Daba la

casualidad de que se trataba de las piezas más importantes estudiadas desde que comenzara su labor, destacando especialmente el dedo anular de la mano derecha —perteneciente a la colección de Ávila— y, por supuesto, la famosa extremidad que se custodiaba en Santa Maria della Scala.

—El pie derecho de Santa Teresa. La primera de las grandes reliquias que investigué. Se encuentra expuesta en una iglesia de Roma, pero el pasado mes de agosto vino por casualidad a España, por el aniversario de fundación del convento de carmelitas de Ávila. Allí tuve ocasión de volverla a ver y noté algo raro.

—¿Algo raro?

—Sí, fue al fijarme en los dedos, no sé, me pareció que la textura era distinta…

—¿La textura? ¿A qué se refiere exactamente?

—Sí, ya sé que puede parecer una tontería, pero yo ese día habría jurado que no era el mismo pie.

—Claro.

—Y después de recibir esa foto tachada poniendo la palabra «falso», usted me dirá si no es para preocuparse.

—Desde luego. Yo mismo no podré dormir en los próximos días sólo de pensarlo —ironizó el agente volviendo a sonreír y levantándose de la mesa—. Mire, señorita, todo eso que me ha contado de su trabajo sobre las reliquias es muy interesante, y le aseguro que me encantaría ayudarla, pero por desgracia nosotros no somos el Servicio Secreto del Vaticano ni nada por el estilo. En caso de que usted llevase razón y ese pie fuera falso habría que establecer un protocolo para analizarlo y, como comprenderá, eso no está ahora mismo a nuestro alcance. Además, ¿de verdad piensa que a alguien le importa si ese pie es o no de Santa Teresa de Jesús? A su edad y con sus estudios, ya no debería creer en esas cosas. Llevo años oyendo decir que si juntásemos todos los trozos de la cruz de Cristo que hay repartidos por el mundo formaríamos un espeso bosque. Pues con los huesos pasa igual, muchacha. Me juego el cuello a que tienen dudas de su autenticidad hasta las propias monjas…

—Comprendo su postura, agente. Pero entienda que para mí y la gente que me paga es un asunto de la máxima importancia.

—¡Pues háblelo con ellos!

—No le quepa duda de que lo haré. El hecho de venir aquí, a hablarlo primero con ustedes, es porque esas reliquias, más allá de las

creencias de cada uno, poseen un importante valor patrimonial, y pienso que es de justicia denunciar su sustracción…

—¡Usted lo ha dicho! Su sustracción. Que yo sepa nadie ha mencionado ningún robo hasta la fecha.

—Cierto, pero ha sido por una poderosa razón.

—¡Sorpréndame!

—La de no dar pie a la prensa para montar un circo mediático. ¿No se acuerda del robo del *Códice Calixtino* de Compostela, hace dos años?

—Claro que me acuerdo. Menudo pájaro era el electricista que se lo llevó…

—Desde el inicio del caso los periodistas no hicieron más que obstaculizar el trabajo de la policía poniendo la Catedral en el punto de mira de medio mundo. Los carmelitas no están por esa labor, y yo les doy la razón.

—Entonces usted afirma que ha habido robos en los lugares donde guardan los huesos…

—Al menos en dos de ellos, que yo sepa. Pero no me extrañaría que lo hayan hecho en muchos sitios más. Curiosamente tanto en Roma como en Ávila no se llevaron las reliquias.

—¿Y en qué se basa para establecer esas suposiciones?

—Precisamente en la máxima que usted ha enunciado hace un momento: ¿a quién le importa que esas reliquias sean verdaderas o falsas?

—Explíquese.

—Si ni siquiera las monjas están seguras de su autenticidad, ¿cómo van a notar un posible cambiazo?

—Ahora la sigo. Pero esa pregunta no es la que realmente debe importarnos, sino más bien esta otra: ¿quién y con qué motivo estaría dispuesto a hacer copias de unos huesos viejos para intercambiarlos por los verdaderos? Me parecería de un absurdo…

—Puede ser…

—¡Hombre, por Dios!

—De acuerdo, pero ¿y el mensaje? ¿No le resulta extraño que alguien me aconseje dejar la investigación?

—Tal vez, pero no es concluyente. A lo mejor sólo se trata de otro investigador que desea asustarla para robarle la exclusiva de sus hallazgos. ¿No me ha dicho antes que había descubierto un manuscrito en no sé qué archivo de Valladolid? Los mismos que lo

analizaron allí podrían estar detrás. No sería la primera vez que dos colegas rivalizan por un proyecto. Déjelo estar y no se preocupe. Tome el teléfono de mi despacho y si vuelve a recibir otro anónimo, hágamelo saber. De todos modos me quedaré con las pruebas y las mandaré examinar. A ver si encontramos alguna huella o cualquier pista que nos ayude a dar con su autor. Pero no le prometo nada…

—De acuerdo, agente Cánovas —dijo Carla resignada—. Me marcho entonces y no le molesto más. Gracias por su tiempo.

—Un momento, señorita Molina —la requirió el policía, justo cuando estaba abandonando el despacho.

—Dígame.

—Tengo una ligera duda que me gustaría que me aclarara.

—A ver.

—En el colegio no se me daba muy bien el latín, ¿sabe? ¿Sería tan amable de traducirme la frase de su mensaje? Es sólo por curiosidad…

—Sí, cómo no —respondió la chica, e inmediatamente sacó el papel del sobre y lo leyó en voz alta—. *Deo Patrum Nostrorum,* que quiere decir: «Al Dios de Nuestros Padres».

—Muy bien, ¿y eso qué significa?

—No tengo ni idea. Tal vez sea alguna frase pronunciada por la santa antes de morir, o qué sé yo.

—Oh, vaya —sentenció el agente—. Bueno, no la entretengo más. Buenas noches… y que descanse.

Antes de salir al exterior, Carla se abotonó la chaqueta y se anudó un pañuelo al cuello para no enfriarse. Luego saludó al agente con la mano, quien al parecer estaba acompañado únicamente por el joven que la había atendido nada más entrar, y abandonó el edificio.

No habría recorrido ni diez metros cuando le pareció distinguir una sombra agazapada en un portal que se hallaba próximo a la comisaría. «¿Es mi imaginación o me están vigilando?», pensó asustada. Entonces decidió cambiar de acera y aligerar el paso hacia la Gran Vía mientras trataba de urdir una maniobra de escape con la adrenalina en pleno ascenso.

Nada más salir a la avenida tuvo la fortuna de ver a una pareja de novios bajándose de un taxi y corrió hacia su encuentro para montarse de inmediato.

—Lo siento, señorita, pero no está libre —le espetó el joven taxista cuando la vio subir en el asiento de atrás

—¡¿Cómo?! —exclamó ella sorprendida.

—Verá, es que me han avisado por radio hace un minuto. De hecho estaba a punto de salir. Me esperan en la puerta de un club y…

—¡Cierre la boca ahora mismo y pise el acelerador! —le interrumpió con violencia—. Me da igual dónde tenga que ir, le pagaré lo que me pida... O me lleva ahora mismo a mi casa o le juro que se arrepentirá. ¡Se lo juro! —chilló histérica.

—Sí, sí, ahora mismo…

Y entonces el taxista puso en movimiento el vehículo y en unos pocos segundos se adentró en las desiertas callejas del casco histórico de la ciudad.

# 31. Como caído del cielo

*Puente Romano, Salamanca, 9 de abril de 2013*

Viendo que la lluvia comenzaba a arreciar, Mamen abrió su llamativo paraguas y se dispuso a concluir la visita guiada. Esa mañana había hecho doblete y tenía la garganta en carne viva. No había nada más dañino para su voz que los cambios bruscos de temperatura, y si a eso había que sumarle su alergia al polen, el cóctel resultante era auténticamente atroz.

—Y para terminar ahí tienen el Puente Mayor sobre el río Tormes, realizado en la segunda mitad del siglo I para facilitar el tránsito de los viajeros que recorrían la Vía de la Plata entre Mérida y Astorga. No obstante, debido a las crecidas del río, ha sido remodelado en varias ocasiones a lo largo de la historia. Por ejemplo, en 1626 quedaron muy dañados varios arcos después de una fuerte riada, y al año siguiente hubo que intervenirlo. Luego en 1767 se volvió a arreglar.

—¿Y cuántos arcos romanos originales le quedan? —preguntó alguien situado al fondo del grupo.

—Concretamente quince. El resto son posteriores, casi todo del siglo XVIII.

En ese momento Mamen vio aparecer un Renault Clio con el indicador derecho encendido que fue a colocarse detrás del autocar, cuyas puertas abiertas invitaban a los pasajeros a subir cuanto antes para refugiarse de la inoportuna lluvia.

—Como veo que algunos se están mojando será mejor ir terminando. Por último les diré que junto al puente tienen el famoso toro de piedra que aparece en uno de los capítulos iniciales del *Lazarillo*, ese en el que el ciego golpea la cabeza del chico para darle su primera lección, y al otro lado de la carretera, justo allí enfrente, la Casa Lis, un precioso museo de *art nouveau* y *art dèco* realizado a finales del siglo XIX con materiales propios de la etapa modernista, como el hierro y el vidrio. ¿Lo ven todos? Bueno, pues ya les dejo. Espero que hayan disfrutado de la visita y que vuelvan a Salamanca en otra ocasión. Estaremos encantados de atenderles. ¡Buenas tardes!

—Pensé que no terminarías nunca —le reprochó Carla al otro lado

de la ventanilla.

—¿Por qué lo dices?

—Mujer, es que cuando te enrollas con las explicaciones no hay quien te frene. Y esos pobres tenían unas caras de querer montarse en el autobús y llegar al hotel…

—¡Pues imagínate yo! Tengo la voz como una carrañaca y un constipado de mil demonios…

—Anda, súbete y vámonos a mi apartamento, que he preparado una sopita que te va a saber a gloria.

—¡Olé, mi niña!

—Pero antes vamos a parar en la farmacia y a comprarte algo para la ronquera, que cualquier día te quedas muda de tanto hablar.

—¡A la orden, mi sargento!

La noche anterior Carla le había propuesto a Mamen almorzar juntas en su casa, y para ello se habían coordinado de tal forma que la primera recogería en coche a la otra, pues le cogía de camino a su regreso de Alba de Tormes.

—No se te da nada mal la cocina, ¿eh? —dijo la veterana guía llevándose la cuchara caliente a la boca. Lo cierto es que el caldo le estaba sentando de maravilla.

—No es que sea una gran cocinera, pero hay dos o tres guisos que me salen estupendamente desde que cumplí los veintisiete. Cuando me fui de casa de mis padres no sabía hacer ni un huevo frito, pero después de convivir varios años con un vasco…

—¡Es verdad! ¡Que se me había olvidado preguntarte! ¿Y tu vasco, como está?

—Bien, ya te conté que andaba liado con sus cosas.

—Pero ¿habéis retomado lo vuestro o no?

—Ahí estamos, poco a poco. No sé adónde conducirá todo esto, pero quiero estar muy segura de lo que hago. Lo cierto es que aquella noche en la puerta del hotel estuvimos a punto de besarnos, pero al final nos cortamos y la cosa quedó ahí. Ya veremos qué pasa.

A la sopa de picadillo le siguió una pechuga de pollo rellena con la que Mamen se relamió de gusto. Hacía tiempo que no comía tan bien en una casa que no fuese la suya propia. Carla lo había previsto todo y al concluir el segundo plato sacó unos pastelitos para el postre que había adquirido en una pastelería de la Rúa Mayor. Luego le sirvió un café a su amiga mientras esta le narraba sus planes para las próximas

vacaciones y ella se preparó una menta poleo.

Al filo de las cinco de la tarde Mamen se despidió prometiéndole llamarla pronto para ir juntas al teatro. «Como a mi marido le aburren esas cosas, he pensado en ti para acompañarme», le explicó enseñándole unas entradas para *La vida es sueño* que llevaba en el bolso. Carla le aseguró que así lo haría. Seguidamente bajó con ella hasta el portal, le dijo adiós con la mano y se quedó apoyada en el dintel observando cómo se alejaba.

Luego miró de un lado a otro y se dirigió al buzón para ver si había llegado alguna carta. Desde el asunto del sobre con las fotos se había obsesionado con la posibilidad de que alguien la estuviese observando. No es que fuese algo enfermizo —ni siquiera se lo había revelado a sus familiares y amigos para no preocuparlos—, pero ciertamente le inquietaba. Después de abrirlo con llave y meter la mano en su interior pudo constatar que en efecto había papeles, pero ninguno parecía sospechoso, al menos al tacto. Seguidamente los observó de cerca: un recibo del seguro del coche, un bono-descuento para el Burger King, un extracto del banco…

—¿Señorita Molina? —pronunció alguien a su espalda de un modo tan inesperado que por poco no le provoca un infarto.

—Sí… —respondió ella temblando, y al instante se volvió hacia el sujeto para comprobar que se trataba de un joven sacerdote. Era estrecho de hombros y no muy alto, y vestía un traje oscuro y sencillo que le resaltaba su tez blanca así como el rubio cabello recién cortado. Sobre la nariz, pequeña y algo estrecha, descansaban unas enormes gafas negras de pasta que acentuaban el color de sus ojos, de un azul zafiro tenue e intuitivo. En la mano derecha llevaba un maletín de piel negra y en la izquierda un paraguas del mismo color. Carla supo de su condición nada más descubrir el alzacuello.

—Perdone si la he asustado. Llamé al timbre de su apartamento y como nadie contestaba, se me ocurrió preguntar a alguna vecina. Entonces me di cuenta de que el portal estaba abierto, así que entré… y la vi.

—Claro, claro. ¿Y cómo ha sabido que era yo y no otra persona?

—Bueno, el buzón que estaba cerrando ponía Carla Molina en letras mayúsculas…

—Cierto —asintió sonriente—, es usted muy agudo, sí señor. Aunque por su acento deduzco que no es de por aquí.

—Me llamo Zdzisław Janek Kalinowski y procedo de la Santa Sede, aunque nací en Częstochowa, Polonia.

—¡Vaya! Un cura polaco del mismísimo Vaticano en la puerta de mi casa… ¡Como caído del cielo, vamos! ¿Y a qué debo su visita?

—Bueno, digamos que se trata de un asunto delicado y sería mejor hablarlo en privado. Por lo pronto le diré que me envían por petición del CITeS, para colaborar con usted en su investigación.

—Ah, ya veo. Conque se piensan que no soy capaz de arreglármelas sola y me mandan un compañero de estudios, ¿eh? ¡Qué gentileza por su parte! —se quejó con sarcasmo.

—Si desea verlo de ese modo…

—Hace dos semanas le pedí ayuda a mi profesor porque me sentía amenazada, él se puso en contacto de inmediato con la gente del CITeS y no se les ha ocurrido otra cosa que mandarme a un religioso de Europa del Este… que apenas tiene media bofetada —esto último lo dijo entre dientes.

—Bueno, yo…

—¡Perdón, perdón! ¡Maldita bocaza! —se increpó a sí misma—. Disculpe mi impulsividad, es que llevo unos días que para mí se quedan. No quise ofenderle, se lo aseguro. Si no le importa podría acompañarme arriba y explicarme tranquilamente de qué se trata.

—¡Cómo no!

—Sígame, por favor.

El salón del apartamento no estaba en su mejor momento para recibir visitas, y muchos menos para «los hombres del papa», pensó Carla acomplejada, sobre todo después del almuerzo con Mamen. Y es que al bajar a despedirla inevitablemente había dejado los platos y tazas esparcidos sobre la mesa más próxima al sofá. Por eso en cuanto entró y observó el panorama, instintivamente se volvió hacia el sacerdote para sugerirle un cambio de planes.

—Padre… disculpe, ¿cómo era su nombre?

—Puede llamarme padre Janek. El resto del nombre es complicado hasta para mis compañeros de despacho.

—Excelente, padre Janek. Acaba de ocurrírseme una cosa, ¿y si salimos a tomar un refresco a un local que conozco aquí cerca? No es que no me gusten las visitas, pero he pensado que el asunto es lo suficientemente serio como para tener precauciones. ¿Quién me dice que no han puesto micrófonos en casa? ¿Me espera cinco minutos aquí mientras me cambio de ropa y me cepillo el pelo?

—Como usted diga. No tengo prisa.

—¡Gracias, gracias!

Entonces la chica se adentró en el dormitorio con objeto de encontrar algo más acorde con el atuendo de su compañero. No era plan de ir por la calle con unos vaqueros ceñidos y una camiseta de tirantes bastante escotada al lado de un cura, y mucho menos entrar con él de esa guisa en un bar para que los observasen todos. Así que abrió el ropero, expurgó con avidez entre sus ropas y finalmente se decidió por un vestido marrón de algodón algo pasado de moda pero bastante apropiado para la ocasión. Mientras se cambiaba, Carla trató de darle conversación a través de la puerta, y comprobó que Janek era un joven tímido pero bastante inteligente, cuyo dominio de los idiomas era realmente sorprendente. No sólo dominaba el español casi como un nativo, sino que sabía desenvolverse perfectamente en inglés y alemán.

Poco después ambos salían de la calle Libreros en dirección a la Casa de las Conchas para continuar hasta su destino, en la misma calle Serranos, frente a una de las fachadas de La Clerecía. El local elegido se llamaba Mandala y su decoración poseía claras reminiscencias árabes. Sin duda era el sitio idóneo, pues a las cinco y media de la tarde de un martes con lluvia tan sólo había un par de mesas ocupadas por estudiantes.

—¿Le gustan los batidos? —preguntó Carla tras sentarse ambos en un rincón al fondo del salón y abrir la carta de meriendas.

—Hace años que no pruebo uno… pero me encantaban de niño —respondió Janek colocándose bien las gafas.

—Pues los de este lugar son excelentes. Están todos hechos con productos naturales.

—De acuerdo, me ha convencido. Pediré uno de estos de chocolate.

—¡Mi favorito! Pero no olvide pedirlo acompañado de nata montada.

—Gracias por el consejo.

Sin más preámbulos el sacerdote comenzó a explicar las razones que lo habían traído a Salamanca. Para ello abrió su maletín y sacó un amplio expediente encuadernado con las siglas del CITeS impresas en la portada. Tras enseñárselo a Carla, ella pudo comprobar que se trataba de la mayor parte de su estudio, ordenado cronológicamente según se lo había enviado a su profesor desde el inicio de la investigación, y al que sólo le faltaban los datos relativos al último

informe.

—Antes le dije que venía de la Santa Sede, y es cierto, pero para concretar más debo decirle que soy consultor en la Congregación para las Causas de los Santos, un organismo creado por Pablo VI a finales de los años sesenta para estudiar los milagros, los martirios y las virtudes heroicas.

—Vamos, que es usted una especie de «detective» del papa —rumió ella con desparpajo—. Si sus informes son positivos, el Sumo Pontífice se encargaría de realizar las beatificaciones y canonizaciones oportunas, ¿no es así?

—Más o menos.

—¿Y cree que yo tengo pinta de aspirar a la santidad, padre Janek? —le espetó inclinándose hacia su lado con atrevimiento.

—No sé qué decirle. Sólo la conozco desde hace media hora —respondió él azorado.

—¡Por supuesto que no! ¿Entonces por qué razón le han llamado los de la Universidad de la Mística?

—Muy sencillo: el año que viene la Iglesia celebrará cuatrocientos años de la beatificación de Santa Teresa de Jesús y en 2015 el V Centenario de su nacimiento, y por ese motivo las reliquias se convertirán en el objetivo de las miradas de todo el mundo.

—¡A mí me lo va a decir!

—Lo sé, lo sé. Usted está metida en este asunto hasta el fondo y conoce todos los detalles al milímetro, precisamente por eso hemos decidido auyudarla.

—Explíquese.

—Al estar tan sumergida en la búsqueda de los fragmentos, pensamos que tal vez ha descuidado un poco su seguridad personal, y ese es un asunto que nos preocupa seriamente. Verá, desde el CITeS temen que a raíz de su hallazgo en el Archivo de Simancas, algunos miembros de una organización clandestina han podido seguirla de cerca para apropiarse de ciertas reliquias.

—¡¿Cómo?!

—Se trataría de gente experta en compraventa de arte y objetos valiosos que suministran piezas a coleccionistas y anticuarios de medio mundo, ¿me sigue?

—Claro que le sigo, continúe por favor.

—Si estamos en lo cierto, esos desalmados piensan comerciar con las reliquias de la santa madre aprovechando el tirón de su

efemérides.

En ese momento una camarera delgada y sonriente depositó sobre la mesa de mármol un par de batidos. En cuanto se hubo marchado Carla continuó con la conversación.

—¿De veras cree que hay gente interesada en comprar esos huesos?

—Señorita Molina, si usted trabajara donde yo lo hago no me haría esa pregunta. No se imagina la de fanáticos que existen en todos los rincones del planeta dispuestos a hacer lo que sea por conseguir la pieza de sus sueños.

—Lo entendería si se tratase de un Van Gogh o un Picasso, pero, ¿del pie amputado de una vieja santa de Ávila?

—Cosas más raras se han visto.

—De acuerdo, de acuerdo. ¿Y entonces debo entender que usted viene a *protegerme* de ese club de villanos?

—Expréselo como quiera, pero efectivamente me mantendré cerca de usted, no necesariamente a su lado, pero sí a una distancia prudencial en la que pueda utilizar mis recursos para protegerla, así como impedir que sustraigan más piezas.

—¿Entonces debo entender que en efecto, y tal y como sospechaba, los robos de Ávila y Roma se hicieron como señuelo para lograr ese objetivo? —Carla miró al sacerdote tras formular la pregunta y este se encogió de hombros—. Desde luego, si es así, el que hizo la copia del pie es todo un profesional. Dudo que nadie se haya percatado del cambio.

—Nadie excepto usted. Y por eso estoy aquí.

—¿Y no piensan hacer nada para recuperarlas?

—Desde que informó al profesor Horacio Matías estamos en ello. De hecho hay un grupo de expertos designado por el Servicio de Inteligencia del Vaticano que están trabajando desde hace días. Nosotros nos centraremos en las otras piezas que aún no han sido profanadas.

—Comprendo, ¿y cuál es el plan a seguir a partir de ahora? ¿Debo tomar algún tipo de precaución especial? ¿Sacarme una licencia de armas? —preguntó Carla visiblemente conmocionada.

—Nada de eso —respondió el religioso tras darle unos sorbos al vaso—. Lo mejor es comportarse de un modo natural, seguir con su ritmo de vida habitual y, por supuesto, continuar con su trabajo y su investigación a tiempo completo. Ya le he dicho que yo estaré en la retaguardia, vigilándola por si acaso.

—¿Algo más?

—Lo más inteligente sería no mencionarle este asunto a nadie, ni siquiera a sus conocidos. No sabemos exactamente a quién nos estamos enfrentando. Tal vez tengan pinchados hasta los teléfonos de sus familiares. ¿Ha hablado con alguien de las fotografías, aparte del profesor?

—Bueno, antes fui a denunciarlo a la policía.

—Lo entiendo. Supongo que se pondría nerviosa, no es para menos.

—Efectivamente. Pero el agente que me atendió, un tal Cánovas, apenas le dio importancia, e incluso trató de tranquilizarme diciendo que tal vez podría tratarse de un colega. Ya sabe, un tipo sin escrúpulos dispuesto a apartarme de la investigación para colgarse las medallas en mi nombre.

—Sí que es una teoría interesante. Y en estos temas no hay que descartar nada.

—Bueno, pues le haré caso e iré a lo mío. ¿Dónde y cómo podré localizarle en caso de necesidad?

—Copie este teléfono. Se trata de un número completamente nuevo que sólo conocen mis superiores y, a partir de ahora, usted. Lo mejor es que yo me dedique a moverme por ahí y, de paso, visitar los conventos. De ese modo revisaré que todo está en orden.

—Ese es un buen plan.

—Les diré que formo parte de la comisión del V Centenario, al ser sacerdote lo entenderán. Es muy probable que aquellos lugares donde usted ha estado investigando últimamente sean los próximos objetivos. Nos mantendremos coordinados, y así mientras uno visita un convento el otro le seguirá los pasos para dar fe de que las cosas siguen en su sitio. Hay que actuar sin prisa pero sin pausa.

—Me parece perfecto. ¿Eso es todo?

—Una última cosa. Es mi deber recordarle que no debe fiarse de nadie —le susurró el polaco con el rostro muy serio—, ¿me ha entendido bien? De absolutamente nadie.

—Sí, padre. Así lo haré.

—Pues en marcha —exclamó poniéndose de pie.

—¿Es que no piensa bendecirme o algo por el estilo? —preguntó ella con retranca.

—Tómese el batido, que eso sí que es una bendición —respondió él sonriendo.

# 32. Málaga, 1937

Josefina no parecía la misma desde que vestía aquellos trapos de escaso gusto y peor calidad por insistencia de su madre. ¿Por qué razón debía deshacerse de sus preciosos vestidos y zapatos de señorita y fingir que era una vulgar sirvienta? Lo único que la consolaba era que junto a diversas prendas procedentes de mercadillos de trueque improvisados en las mismas casas —de las cuales, por cierto, también se surtía doña Virtudes— en su ropero había sitio para un modelo sencillo pero al que le había cogido mucho cariño, pues se lo había cedido Luisa, a quien ya trataba como si fuese una hermana. Ambas no poseían precisamente la misma talla, de hecho hubo que hacerle unos arreglos a la altura del pecho para que le entrara sin demasiados problemas, pero en aquellas circunstancias cumplía sus funciones a la perfección.

—Ya te lo he explicado varias veces, cariño —le explicó su madre —. Desde que nos tienen fichados los del dichoso Comité estamos en peligro. Conozco empresarios a los que han registrado sus casas por llevar una simple corbata… Y no te digo nada de los que tienen un coche caro. A esos directamente se los llevan y les dan el paseo.

—¿Los pasean en su propio coche? ¿Y eso qué tiene de malo? —preguntó la chica con inocencia.

—No, hija, no… Ojalá fuese tan sencillo. Lo que te estoy diciendo es que esos miserables los fusilan por ser ricos. ¿Lo entiendes ya de una vez?

—¡Pero si nosotros nunca hemos sido ricos! —protestó sentándose en un sillón.

—A algunos les basta con que tengamos un negocio honrado para ponernos en la lista negra. ¡Burgueses nos llaman!

—El mundo se ha vuelto loco, doña Virtudes —se lamentó Luisa—. No te preocupes por la ropa, Josefina, eso es lo de menos. Tú estás bonita te pongas lo que te pongas…

—¿Lo dices de verdad? —exclamó la adolescente poniéndose de pie.

—Claro que sí. Estáis las dos muy guapas.

—Las tres —le corrigió la casera dándole un beso maternal en la

mejilla y abriéndole los brazos—. Ahora somos tres en esta familia, y tenemos que protegernos las unas a las otras.

Dicho esto Josefina acudió a sumarse a las muestras de cariño que su madre le estaba brindando a la muchacha.

Después de la caída de numerosos municipios de la provincia, gran parte de los malagueños arrinconados por las milicias contaban las horas para que la capital fuese tomada. Un suceso que no tardaría en ocurrir, pues pese a las informaciones llegadas desde Madrid en las que se pedía calma a todos aquellos afines al Gobierno de la República, los rumores propagados en las calles desmentían este dato.

Pero si había algo que tenía en vilo a los ciudadanos de la Costa del Sol eran los discursos radiofónicos del general Queipo de Llano. Dichas charlas comenzaron a emitirse en los primeros meses de la guerra dos veces al día, a las tres de la tarde y a las diez de la noche, para luego limitarse únicamente a la edición nocturna.

En un clima de confusión total doña Virtudes solía poner la radio antes de irse a dormir con el volumen muy bajo, siempre tratando de encontrar algún atisbo de verdad entre tanta arenga exacerbada. No obstante había ocasiones en las que las palabras del general eran tan crueles que herían su sensibilidad. De hecho aún sentía escalofríos al recordar aquella noche en la que el militar se refirió con orgullo a sus valientes legionarios y regulares por haber «enseñado a las mujeres de los rojos lo que eran hombres de verdad y no castrados milicianos». Sólo de pensarlo le entraban ganas de vomitar, pues a pesar de la persecución a la que se hallaban sometidos muchos de sus conocidos por parte de los extremistas de las izquierdas, estas palabras eran el perfecto ejemplo de que en ambos bandos se habían desatado el odio y la sinrazón —cual monstruo de dos cabezas— con unas consecuencias imprevisibles.

La víspera del 8 de febrero quedaría grabada en la memoria de miles de malagueños. Gonzalo Queipo de Llano —quien antes de ingresar en el ejército fue seminarista— tomó unos sorbos de vino de un modo casi ceremonioso, carraspeó un par de veces para aclararse la voz, arrimó la silla al escritorio y se dirigió al micrófono metálico de Radio Sevilla con la seguridad de un triunfador:

—El día de hoy ha sido magnífico para nuestras fuerzas —comenzó a manifestar con optimismo—. La columna que salió ayer de Alhama y

ocupó el Boquete de Zafarraya y el Almendral, ha descendido hoy hasta casi Vélez-Málaga, que no ha podido tomar por encontrar un puente volado…

—Dale un poco más de voz —le pidió Virtudes a Luisa. La chica obedeció al instante y las tres mujeres pudieron confirmar lo que ya sospechaban.

—La columna de Peñarrubia —continuó diciendo por la radio— tomó al asalto la principal posesión de resistencia roja sobre unos montes escarpados y difíciles. La crítica situación de Málaga quizás quede resuelta mañana…

—¿Ha dicho mañana? —preguntó Josefina acercándose más al aparato.

—Sí, hija sí. Me temo que la noche va a ser muy larga…

—Los cadáveres recogidos pertenecen al 12 Batallón Pi y Margall de Málaga y bastantes carabineros de los de recién ingreso. Por cierto, que se les ocurrió un hecho gracioso. Al huir de una trinchera les dio tiempo a bastantes de escapar y bajar a la carretera. Cuando nosotros avanzábamos, aparecían y pedían a nuestros camiones que les llevasen a Málaga. Efectivamente, los recogíamos y ya pueden figurarse la sorpresa que recibían al ver que eran prisioneros de los nacionales…

—¿De qué está hablando ahora? —volvió a interrumpir la adolescente.

—¡Chis! Calla, Josefina. Está hablando de los republicanos muertos y de los que han hecho prisioneros… ¡Qué pena de tantas criaturas!

—Todo buen español tiene motivo para estar satisfecho y mostrar su orgullo por sus soldados —continuó un Queipo cada vez más crecido—, y Málaga la mártir se verá libre pronto de los canallas marxistas.

Finalizado el discurso, el general se despidió de la audiencia y la emisora comenzó a difundir marchas militares. Entonces doña Virtudes corrió hacia el aparato y lo apagó con cierto desasosiego, tranquilizando a las chicas y prometiéndoles que nadie les haría daño mientras ella estuviese viva. A los pocos minutos unos recios golpes en la entrada la harían dudar seriamente de sus propias palabras.

—¿Quién es? —preguntó sin abrir.

—Doña Virtudes, soy Román… el de las conservas —dijo una voz masculina al otro lado de la puerta—. ¿Se acuerda de mí?

—¿Román? Espera, espera que te abro.

En la puerta apareció un señor de estatura mediana, cabeza prácticamente afeitada y mono de trabajo.

—¿Qué quieres de mí a estas horas, Román?

—Disculpe que venga tan tarde, pero no sé si ha escuchado las últimas noticias, doña Virtudes…

—Sí, acabamos de quitar la radio.

—Los nacionales están a punto de entrar y como usted sabe, yo tengo familia en Cádiz…

—Sí. ¿Y a qué viene eso, Román?

—Verá, esta mañana estuve en la tienda preguntando por usted.

—Ya.

—Es una pena lo que han hecho esos cerdos de los anarquistas. Se lo han llevado prácticamente todo…

—Lo sé. ¿Y qué quieres que le haga? Como comprenderás, tuve que darles lo que me pedían. No te imaginas de lo que son capaces, y encima están respaldados por los tribunales populares. ¡Menuda gente!

—Pues como le iba diciendo, yo creo que lo mejor es salir de aquí cuanto antes. Conozco a algunos que ya han comenzado a preparar las cosas para largarse. Hasta al mismo alcalde le han propuesto salir pitando, pero por lo visto ha preferido esconderse. ¡La lleva clara! El caso es que como usted me debía el pago de los últimos pedidos…

—¡Román! ¿A esas vienes? Yo no llevo el control de los pedidos desde hace meses, eso es tarea de Pepe, ¿por qué no lo hablas con él?

—Pepe me ha dicho que él es un mandado y que la caja está vacía desde hace tiempo. Vamos, que deben… hasta de callarse.

—¿Y cómo quieres que esté la caja? ¿Es que no te enteras que estamos metidos en una guerra?

—Eso lo sé de sobra, señora, por eso mismo he venido a pedirle el dinero a usted. Málaga está a punto de irse al carajo, y con la salvajada esa del impuesto revolucionario esos mamones me han dejado seco. Por eso he pensado cerrar el negocio y quitarme de en medio por un tiempo. Cuando las cosas estén más calmadas ya pensaré en abrir otra cosa.

—Pues que tengas mucha suerte, Román.

—¡No se haga la tonta, doña Virtudes! Me debe usted cuatrocientas cincuenta pesetas y las necesito ahora mismo.

—Lo siento mucho, pero no las tengo.

—¡A otro perro con ese hueso! ¿Quién puede permitirse una casa y

unos muebles como estos? Si todos saben que usted tiene un capital… No haga que me enfade y págueme de una vez.

—¿Quieres entrar y registrar la casa? Porque si te apetece, puedes hacerlo. Llévate los cuadros o las lámparas si te place, pero dinero no te puedo dar. Tenemos lo justo para comer, y no sabemos cuánto va a durar todo esto.

—¡Deme el dinero ahora mismo o no respondo de mí! —gritó el comerciante con los ojos inyectados en sangre asustando a las mujeres.

—¡No me amenaces, Román, que tú no sabes quién soy yo!

—¿Y quién es usted? ¿Quiere que yo se lo diga? ¡Usted no es más que la mujer abandonada de un comunista maricón!

En ese momento Josefina, que se hallaba acurrucada en el sofá con una muñeca en el regazo, abrió los ojos como platos y buscó instintivamente la mirada de su madre, que se quedó petrificada. No obstante, ante la gravedad de la situación, se armó de valor y apretó los puños antes de responderle a su oponente:

—¡Eres un hijo de puta!

—¿Quiere que se lo demuestre, señora? Abra los ojos y fíjese bien en esto que le voy a enseñar —Román se metió la mano en uno de los bolsillos y extrajo un antiguo carné con una fotografía en blanco y negro, acompañada del emblema del partido comunista. Doña Virtudes, al ver el rostro de su marido, sintió que se le helaba la sangre.

—¿Así que piensas chantajearme?

—Llámelo como quiera. Podemos saldar cuentas ahora mismo y quemar esta basura en la cocina, o…

—¿O qué, Román? ¿Piensas llevarme ante Queipo y acusarme de haber estado ocho años con un hombre que se casó conmigo por mi dinero? Sabes de sobra que yo jamás tuve ideas, y mucho menos de esa índole.

—Los detalles son lo de menos. Aquí lo que importa es que mañana mismo podría acabar prisionera, o algo peor, si yo hago entrega de este papelito… Tengo unos amigos a los que les interesaría mucho esa información. De todos modos, con maricón o sin él, muchos ya conocen sus métodos, y no me extrañaría nada que se hubiese apuntado a un sindicato para cubrirse las espaldas. Y en cuanto a su niña, he oído decir que los moros de Franco vienen con ganas de hembra…

—¡Fascista de mierda! —le insultó la casera arrojándose sobre él para tratar de arrebatarle el carné. Pero Román era un tipo fuerte, y con un par de movimientos se deshizo de la mujer como si fuese un muñeco de trapo, pasando a agarrarla por el cuello y apretar con la intención de ahogarla.

—¡Suéltame, por favor!

—¡No me obligue a esto! —vociferó él—. ¡Deme mi dinero, puta!

—¡Déjela! —gritó Luisa descompuesta, acudiendo en su ayuda, mientras Josefina permanecía en el sofá, aterida, sin poder siquiera reaccionar—. ¡Déjela en paz, se lo suplico! —y a continuación se le echó encima como una jabata.

Entonces el tiempo se detuvo. En apenas unos segundos Luisa agarró el brazo izquierdo del individuo para apartarlo del cuello de doña Virtudes y este se resistió. Viendo que la casera estaba poniéndose morada, volvió a la carga mordiéndole en la mano con gran violencia, y entonces Román chilló dolorido y le soltó un manotazo en la cara que la arrojó al suelo. Instintivamente la joven se palpó el rostro y comprobó que la mejilla derecha estaba sangrando.

Finalmente, cuando todas las esperanzas parecían haberse esfumado y la vida de la incauta mujer pendía de un hilo, Josefina echó mano a unas labores que su madre había dejado olvidadas en un extremo del sofá y, sin pensárselo dos veces, corrió a abalanzarse sobre aquel malnacido que la estaba ahogando, clavándole con coraje unas tijeras en los riñones. Román sintió el agudo pinchazo cuando su víctima ya empezaba a perder las fuerzas, por eso separó las manos de su cuello y la dejó caer. Luego se volvió a mirar a la chica que lo había herido de muerte, clavó sus fríos ojos en los de ella por un instante y finalmente se desplomó sobre la alfombra del salón.

* * *

Horas más tarde una brigada de investigación y vigilancia conocida como Los hijos de la noche, procedente de Marbella, llegaba a la capital coincidiendo con la entrada victoriosa de los soldados nacionales e italianos. Pertenecientes a la columna del comandante Rodríguez de la Herranz, estaba conformada por seis individuos de Falange Española, siendo el jefe José Aceituno Millán. Su objetivo era alcanzar cuanto antes el cuartel de los guardias de asalto ubicado en un piso principal de la calle Císter, algo que lograron rayando el alba.

Nada más asegurar la zona y acceder al interior del edificio, los miembros del equipo descargaron la impedimenta y se tomaron un leve respiro en el salón principal. Quince minutos más tarde el líder llamó a uno de ellos para hacerle un encargo:

—Alarcón…

—¡Señor!

—Tú vas a ser nuestro cuartelero mientras tus compañeros están de servicio. Por eso mismo quiero que te pongas a registrar las habitaciones antes de que sea más tarde. Ojito con lo que encuentras, que me da a mí que estos canallas han dejado más de lo que pensamos…

José María Alarcón, rondeño de nacimiento, se puso manos a la obra y comenzó a inspeccionar los cajones de las mesas, hallando en ellos algunas armas cortas y unas cuantas cajas de munición. Asimismo extrajo de un escritorio una bandera tricolor y el banderín de la compañía de los de asalto.

—¿Qué hacemos con todo esto, señor?

—Pon las armas aquí encima y ayúdame a deshacerme de esta mierda —dijo escupiendo sobre la enseña republicana antes de dirigirse a la puerta para prenderle fuego.

Más tarde descubrió una estantería llena de documentos, aparentemente sin valor, y con un cajón profundo. En su interior halló una caja de madera similar a las que se usaban para transportar los botes de leche condensada La Lechera. Lleno de curiosidad extrajo el recipiente y lo colocó sobre una de las mesas, sorprendiéndose mucho al abrirlo, pues contenía alhajas, relojes, cadenas, medallas, pulseras y anillos, placas de militares y un estuche forrado de tela color granate. Al ver este último objeto, José María tuvo un presentimiento y rápidamente se dirigió a su jefe, que estaba descansando en un sofá de la habitación contigua.

—¡Señor!

—¿Qué ocurre, Alarcón?

—Venga deprisa. Creo que la tenemos.

—¿Estás seguro?

—¡Traiga la foto!

Entonces José Aceituno le echó mano a la cartera y deslizó sus gruesos dedos por ella hasta dar con una pequeña fotografía que le habían entregado en Ronda poco antes de montarse en el camión con destino a Marbella. Seguidamente se acercó a la habitación donde el

muchacho había hallado la caja y tras examinar la imagen detenidamente y cotejarla con el estuche, dieron apertura a este, comprobando emocionados que, efectivamente, habían cumplido con éxito la misión.

# 33. Los límites de la temeridad

*Centro de Interpretación del Misticismo, Ávila, 21 de junio de 2013*

Pese a sus setenta y dos años, el padre Celestino era un consumado internauta. No sólo poseía su correspondiente cuenta de correo electrónico que consultaba cada día, sino que además solía colaborar con las diversas webs de carmelitas descalzos que se alojaban en la red. En ese afán por estar al día de todos los acontecimientos que rodeaban a la comunidad, también se incluían los diarios internacionales —su nivel medio de inglés le permitía hacerlo—, los múltiples portales católicos y aquellos blogs de otras órdenes religiosas que le resultaban interesantes. Por eso, la tarde en que por casualidad fue redireccionado a las páginas del *Liberty News* y leyó con sorpresa «St. Teresa of Ávila» en el apartado de sucesos, el veterano sacerdote comenzó a atar cabos y de inmediato se puso en contacto con Carla.

—¿Por qué me ha citado aquí, padre? —la muchacha se sorprendió de que no hubiesen quedado en el propio monasterio abulense.

—Tengo varias razones para haberlo hecho de este modo, te lo aseguro. La principal es que no quiero levantar revuelo en la comunidad —le dijo entre susurros—. He hablado con Magdalena, la encargada del centro, y le he dicho que pensaba traer a una estudiante de doctorado a que lo conociese. Ella va a estar entretenida con unos ingenieros alemanes que están de visita por España, por lo tanto podremos estar tranquilos y a salvo de miradas ajenas.

—De acuerdo. ¿Y qué es eso tan importante que quiere contarme?

—Primero vamos a pasar y a comenzar el itinerario, ya hablaremos más arriba. Algo me dice que estás metida en un asunto turbio…

Al escuchar estas palabras, Carla pensó instintivamente en el mensaje de advertencia al que no había hecho caso, y aunque a esas alturas ya le resultaba casi imposible dar marcha atrás, por una razón u otra en las últimas semanas se había formulado la siguiente pregunta: «¿Cuáles son los límites de la temeridad?».

Nada más ingresar la joven tuvo la certeza de que aquel edificio de

arquitectura singular y sumamente arriesgada debía haber sembrado la controversia entre las gentes de Ávila desde su inauguración. En primer lugar por su ubicación, próximo a la muralla y justo en los límites entre la antigua ciudad cristiana y el barrio judío, donde el paisaje llevaba siglos conformado por las rígidas piedras de sillería de las elevadas defensas frente a la amplitud del valle de Amblés, y a tan sólo dos pasos del convento de la santa. Y sobre todo por sus formas austeras y vanguardistas, que corrían paralelas a la afamada fortificación, alzadas a partir de materiales sencillos como el cemento, la madera, el hierro, la cal o el esparto, estableciendo un continuo diálogo con ella. No sería la primera vez que un proyecto arquitectónico originaba polémica por su excesiva audacia, pero en aquel caso podría estar justificada al hallarse frente a un monumento Patrimonio de la Humanidad. De todos modos Carla no quiso entrar en juicios de valor demasiado prematuros y prefirió dejarse llevar por el mensaje implícito del inmueble.

Lo primero que le llamó la atención al entrar fue el curioso jardín que recibía a los visitantes nada más franquear la puerta que daba a la calle. Se trataba de un laberinto conformado por estelas blancas de piedra caliza que se disponían de manera caprichosa sobre una superficie acendrada de grava, con objeto de imbuir al espectador en un mundo de ascetismo casi onírico ya desde los propios umbrales. En el interior de la edificación una frase de San Juan de la Cruz estampada en el vestíbulo terminó por conquistar el espíritu de la muchacha, para quien aquella propuesta suponía todo un desafío para los sentidos.

*Entreme donde no supe...*

A partir de ese momento el padre Celestino tomó las riendas y comenzó a desgranar con parsimonia y sabiduría algunas de las claves presentes en aquel insólito espacio. Según él la mística era una forma de vida y conocimiento que se alcanzaba y manifestaba mediante un proceso de búsqueda y transformación interior, algo que se hallaba presente no sólo en la religión católica, sino en otras muchas opciones religiosas. Por ejemplo los maestros zen mencionaban la existencia de 84000 caminos que conducían a la Iluminación, todo ellos variados y personales como los propios místicos. Entre los nombres importantes que habían logrado la trascendencia a lo largo de la historia se

hallaban el filósofo griego Plotino, el sufí Ibn Arabi, amén de Santa Catalina de Siena o fray Luis de Granada, todos ellos representados a través de su obra en las diferentes salas del centro, junto a escritores como Wittgenstein, Jorge Luis Borges, Juan Ramón Jiménez, Octavio Paz y María Zambrano.

De este modo, en un sugestivo itinerario que invitaba al visitante a explorarse a sí mismo, la pareja fue atravesando los espacios —todos ellos aderezados con elementos simbólicos como sogas, arpilleras, raíces de árboles, etc.— siguiendo el curso de un ascenso físico que, al mismo tiempo, permitía interiorizar de algún modo en el espiritual.

Ya en la sala 3, la más alta y luminosa de todas, a la que se accedía por unos escalones de madera para dar paso al esperado momento de la Unión y la Transformación, el sacerdote tomó la mano izquierda de Carla y la condujo frente a un cubo de cristal situado en el centro de la estancia, que contenía una roca sujeta por un cable. Esta se hallaba suspendida a unos pocos centímetros de un montículo de arena, dando una sensación de fragilidad que llegaba a inquietar.

—Antes te dije que el hecho de citarte aquí obedecía a varias razones. La primera ya la conoces, y confío en que tu discreción me ayude a mantener ese velo de privacidad que deseo para nuestra orden. En segundo lugar deseaba que conocieras este edificio. Supongo que te puede resultar chocante, de hecho no son pocas las voces que se han alzado contra él desde que abrió sus puertas en 2004, y de algún modo no les falta razón. Pero más allá de los aspectos estéticos que tanto se le discuten, este centro viene a cubrir un hueco muy complejo que la sociedad actual ha olvidado por completo. Y no quiero que me malinterpretes, pues no estoy hablando de la vida contemplativa ni nada que se le parezca, sino simplemente del hecho de ver con otros ojos que no sean los nuestros, de tocar sin usar las manos, de oler sin emplear el olfato y de escuchar como lo haría un sordo. En suma de abandonar el yo por un momento, dejar aparcados nuestros problemas y permitir que otro oxígeno, aquel que no es tangible, penetre en nuestra alma y nos insufle esperanza y equilibrio. ¿Lo entiendes, Carla?

—Creo que sí, padre.

—No es fácil, hija. A algunos místicos célebres les llevó toda una vida y en el caso de Santa Teresa…

—¿Usted cree que esa mujer realmente experimentó los éxtasis que narra en sus escritos?

—No lo sé, Carla. Esa pregunta es tan difícil de responder como dar una explicación plausible al misterio de la Santísima Trinidad.

—Ya sabrá que alguno lo ha interpretado como una epilepsia.

—Son tantas las interpretaciones… Lo que sí está claro es que algo debió ocurrir, pues los testigos corroboraron incluso levitaciones bajo juramento. Arrobamientos, los llamaba ella. Pero, fuese por una causa o por otra, ese misterio contribuye a hermosear su obra y hacer más poderoso su mensaje, ¿no crees?

—Estoy de acuerdo con usted, tuvo que ser una mujer fascinante.

—Fíjate si era grande que hoy nos hemos reunido aquí para hablar de ella casi quinientos años después…

—Sí, pero por desgracia nuestros motivos van más allá de la mera admiración —a Carla se le ensombreció el rostro de repente—. Dígame la verdad, don Celestino, ¿usted ha descubierto algo grave?

—En efecto, muchacha —respondió el fraile volviendo a fijar la mirada en la roca tras el cristal—. El día que me puse en contacto contigo por lo del robo supuse que sería algo aislado. La crisis económica y otra mucho más importante, la de los valores, han provocado ataques recientes contra el patrimonio de las iglesias y conventos, por lo que no me resultó extraño que nosotros también estuviésemos en la lista. Pero ayer, navegando por Internet, encontré un artículo en un diario norteamericano que me hizo temblar.

—¿Otro robo?

—Por desgracia más de uno. El primero tuvo lugar en Pittsburgh, en la capilla de San Antonio, donde se guardan más de cinco mil reliquias de todo el mundo. Ese ocurrió a finales de 2005 y no le dieron demasiada importancia. Total, ¿a quién le importan hoy en día un puñado de huesos, no? —ironizó el religioso volviéndose a Carla, quien lo miró a los ojos y se encogió de hombros—. Luego, siguiendo la pista fui a dar con otra capilla de Kansas, la de la Academia St. Mary, y también con la iglesia de Todos los Santos de El Paso, en Texas.

—¡No me lo puedo creer!

—Pues es la verdad. Años 2005, 2008 y 2009. Siempre robos pequeños y sin importancia, con objeto de no llamar la atención. Pero todos con un mismo objetivo...

—Déjeme que lo adivine —interrumpió la chica, visiblemente excitada.

—Adelante.

—Las reliquias de Santa Teresa, ¿me equivoco?

—Exacto.

—¡Es increíble!

—Con ese dato se confirma que quienquiera que esté detrás de todo esto se está haciendo con una colección de fragmentos de la santa madre diseminados, no sólo por España, sino por todo el mundo.

—Yo pensaba que sólo había robado las piezas de Roma y Ávila. ¿Cuántas más tendrá en su poder? —inquirió ella conmocionada.

—Lo desconozco, pero sí tengo clara una cosa.

—¿Cuál?

—Que debemos impedir, cueste lo que cueste, que se lleve las más importantes. Hay que ponerse en contacto con la curia de inmediato…

—Padre Celestino —volvió a interrumpir Carla—. Eso ya lo hemos hecho. El Vaticano nos ha enviado a uno de sus hombres, un cura polaco llamado Janek que trabaja como consultor en el organismo que investiga las causas de los santos.

—¿Polaco dices?

—Sí.

—Entonces debe ser uno de los últimos nombramientos que realizó el papa Benedicto antes de su renuncia.

—Eso creo.

—Bien, ese dato me deja un poco más tranquilo. Ponte en contacto con él y explícale lo que te he dicho. En cuanto llegue a mi habitación te enviaré un correo con los *links* de los periódicos americanos donde se mencionan los robos. Algunos no son más que pequeños diarios locales, pero os servirán.

—Gracias, padre —la joven le estrechó la mano con cariño y se volvió para iniciar el descenso, pero antes de abandonar la sala el religioso le pidió que observara por última vez la vitrina con la roca. Ella, obediente, se acercó al cristal y miró a través de este con detenimiento. Entonces el padre Celestino pronunció unas palabras en voz baja que le resultaron ciertamente reveladoras.

—Muchas veces el explorador se confunde con el objeto de su búsqueda. Deja a un lado los sentidos y sigue los dictados de tu corazón. Tú eres polvo y ceniza mortal, como la arena que reposa en el cubo, pero a poco que te eleves alcanzarás a rozar la piedra, permanente, eterna, como el Uno.

Minutos después ambos volvían a atravesar la muralla camino del monasterio carmelitano, donde el fraile debía acudir para continuar

con sus obligaciones. Antes de llegar a la entrada, la pareja se cruzó en la plaza con un señor bajito y sonriente que vestía con una camisa de rayas y unos pantalones oscuros sujetos por unos llamativos tirantes.

—Este es Luis Sancho, el presidente de la asociación de guías de turismo de Ávila. Un profesional como quedan pocos en España, además de un auténtico experto en Santa Teresa de Jesús —Celestino le dio un cálido abrazo.

—No exagere, padre. Yo sólo soy un humilde divulgador de la vida y obra de la santa. Los expertos y eruditos están en las universidades —respondió el veterano guía.

—¿Vienes de dejar a algún grupo?

—Precisamente hemos estado en el museo. Ahora me marcho a comer, que esta tarde tengo italianos con subida a la muralla incluida.

—Vaya ritmo llevas, Luis. Pues ten cuidado con la espalda que ya no eres un chaval —le aconsejó el fraile dándole una palmadita en el hombro.

—¡Cómo lo sabes! La última vez las pasé canutas. Estuve varias semanas sin poderme mover del sofá…

—Esta es Carla Molina, estudiante de doctorado de Salamanca —la presentó el religioso—. Ella también es guía, en Alba de Tormes.

—Bonito sitio. Qué casualidad, ¿no?

—Desde luego, pero sólo soy una novata.

—Pues aquí tienes un maestro del que aprender. Si vieras las visitas teatralizadas que hace en verano… Es un artista de los pies a la cabeza —insistió Celestino señalando a su amigo y a continuación miró el reloj y se despidió de ambos—. Lo siento mucho, pero debo marcharme. Llámame para lo que necesites, Carla. Y tú, Luis, cuídate, ¿eh?

—No te quepa duda.

Al llevar los dos la misma ruta Luis decidió acompañar a Carla hasta la zona donde tenía aparcado el coche y le fue ilustrando el paseo con anécdotas de su trabajo. Asimismo la informó de que en unos meses iban a rodar un documental en la ciudad con motivo del V Centenario de la santa, y precisamente él sería uno de los entrevistados. «No lo he visto trabajar, pero si es tan buen guía como conversador…», pensó la joven antes de subirse al coche y decirle adiós.

Esa tarde, ya de vuelta en casa, Carla se tumbó en el sofá para llamar por teléfono a Janek e informarle de los últimos acontecimientos. A la tercera llamada le saludó con gran amabilidad.

—¿Puedes hablar, Janek?

—Sí, por supuesto. Ahora mismo estoy tomándome un café en una terraza. Cuéntame.

—Bien. Te lo diré sin rodeos. Vengo de Ávila, donde un amigo me ha informado de algo que confirma nuestras sospechas. Ha habido más robos. Y esta vez no se trata de Europa sino de los Estados Unidos.

—*Święty Boże!* [20]

—¿Cómo?

—Oh, perdón, quería decir que en ese caso debemos extremar las precauciones. ¿Cómo se ha enterado?

—Ha sido por casualidad, mientras revisaba artículos de prensa.

—Vaya. ¿Y ese amigo tuyo es de confianza?

—Por supuesto. Se trata del padre Celestino, de los carmelitas descalzos.

—Ah, bien. Supongo que siendo así, querrá mantenerlo en secreto…

—Eso es. Ni siquiera se lo ha dicho a sus compañeros.

—Me parece muy inteligente. Cuantos menos sepan de este asunto, mejor. Tengo órdenes directas de la Santa Sede.

—Lo entiendo. ¿Y dónde estás ahora?

—¿Ahora? Bueno, lo cierto es que vengo de visitar a unos colegas de la Conferencia Episcopal…

—O sea, que estás en Madrid…

—Sí, eso es, en una cafetería de Arturo Soria. Ya he pedido la cuenta. Estoy loco por llegar al hotel y darme una ducha. Deja que yo me ocupe de ese asunto. ¿Tienes algún documento en el que se mencionen los robos?

—El fraile me ha mandado un correo con los enlaces a los diarios. Si quieres te lo reenvío a tu *mail*. Dímelo y lo tienes ahora mismo…

—Déjalo. Ya te los pediré si son necesarios… Perdona, Carla, será sólo un momento —el camarero acababa de llegar a su mesa portando una bandejita con una nota. Janek extrajo una moneda de dos euros de su cartera y se la entregó con una sonrisa—. Quédese con el cambio…

—Muchas gracias —exclamó el camarero.

—Gracias a usted.

—*Agur*.

Luego se despidió de Carla, quien al poco de colgar se quedó pensativa por unos instantes. A diferencia de Salamanca, la última vez que había estado en Madrid le había sido difícil hallar a españoles trabajando en la hostelería. Era tanta la inmigración de la capital que si echabas un vistazo en unos pocos bares podías dar con facilidad con representantes de los cinco continentes. Por eso al recordar cómo el camarero se había despedido del cura se dijo a sí misma: «¡Vaya país de locos!».

Después de zapear en la tele durante un buen rato, alternando series de humor en redifusión con el canal 24 horas, y poco antes de irse a dormir, entró en la cocina a tomarse un vaso de leche con cacao, percatándose de que el cubo de la basura orgánica estaba próximo a estallar. Así que cerró la bolsa y cogió las llaves del apartamento con objeto de bajarla a la calle. Una vez en el portal cayó en la cuenta de que no había revisado el buzón y tuvo una corazonada. Efectivamente, camuflado entre las ofertas comerciales y un par de panfletos de comida china, descansaba un nuevo sobre blanco con su nombre escrito a máquina. Mientras lo extraía del fondo del receptáculo Carla se puso tan nerviosa que se le cayó la bolsa de las manos, esparciendo parte de la basura por el suelo.

20 Święty *Boże* en polaco quiere decir: «¡Dios Santo!».

# 34. Spes

*¡Oh muerte, muerte!*
*¡no sé quién te teme,*
*pues está en ti la vida!*

Teresa de Jesús (Excl 6,2)

*Monasterio de la Anunciación, Alba de Tormes, año del Señor de 1583*

Nueve meses habían transcurrido desde que la andariega concluyese su travesía por el espinoso sendero de la existencia, dejando un vacío insondable entre sus allegados y seguidores. Nueve meses en los que las adustas tierras castellanas habían asistido al ritual del cambio de estación como un espectador abstraído y dócil. Primero la caída de la hoja, efímera y caduca como el hombre. Más tarde la victoria de la nieve, cuyo manto transformó el paisaje cobrizo en virginal recipiente, anunciando un tiempo nuevo donde el color y las formas se apoderasen de los sentidos. Y por último la explosión del estío, sincero, rotundo y sin ambages, siempre dispuesto a desatar pasiones, como un potrillo agitado.

En todo ese tiempo las monjas del convento de la Anunciación habían derramado lágrimas por la fundadora elevando incontables oraciones por su alma, pero también se habían mostrado más piadosas, redoblando el esfuerzo en las actividades domésticas, multiplicando los sacrificios y la moderación en lo cotidiano, y sobre todo dando gracias al Supremo por haberles concedido la gracia de tener a su ilustre hija sepultada para siempre junto a ellas. Una cuestión que aún cobraría más importancia a partir de cierto día en que percibieron un intenso olor proveniente del sepulcro.

Primero fue algo sutil, casi imperceptible, y habida cuenta de que varias de las religiosas habían estado en contacto con las ropas de cama de la difunta, no le concedieron mayor importancia. Pero con el paso de los días esa fragancia se fue extendiendo por todos los rincones de la iglesia, impregnando los hábitos y envolviendo el

ambiente en los oficios. Y fue tan penetrante su vigor que al cabo de las semanas algunas de las profesas se dirigieron a la priora con la esperanza de que esta tomase alguna decisión.

—Plegue a Nuestro Señor que encontremos el modo de dar respuesta a este maravilloso prodigio, mas en lo que toca a la obediencia es menester esperar hasta tanto llegue el momento adecuado —sentenció la superiora con cautela.

—Recuerde su reverencia que el padre provincial mostró intenciones de acudir a Alba en un plazo corto —intervino una de las hermanas de más edad—, y si llegada la ocasión dejásemos constancia de este hecho, tal vez fuese favorable a la revisión del enterramiento.

—Dices bien, y eso haremos por ventura.

En efecto, a principios de verano Jerónimo Gracián llegó a las puertas del cenobio con la intención de mostrar sus respetos ante el sepulcro de Teresa, esa añorada amiga que había supuesto todo un revulsivo en su trayectoria vital y profesional, siendo informado al punto del fenómeno que se venía sucediendo en el templo. Rápidamente la mente del presbítero comenzó a dar vueltas, y tras unos minutos de cavilación en los que el entusiasmo por la posibilidad de exhumar los restos y comprobar con sus propios ojos el estado en que se encontraban le llenó el alma de regocijo, autorizó debidamente la apertura del sello la mañana del 4 de julio. Esta maniobra, que a todas luces podía resultar sencilla, se complicó de tal modo que fueron necesarias cuatro jornadas para darle fin. Y es que el exceso de celo de doña Teresa de Layz obtuvo su contrapartida en la dificultad para extraer las piedras usadas en el sepelio. Estas habían sido dispuestas con un empeño y una firmeza tan extremos que llegaron a quebrar el ataúd, hallándose finalmente lleno de tierra y moho, y envuelto en una gran humedad. Por tanto a nadie sorprendió que el hábito de la difunta apareciese podrido y que su piel estuviese sucia por la acción del polvo, tanto que Gracián se vio obligado a salir de la estancia mientras la desnudaban y cubrían con una sábana.

Lo que realmente cautivó a todos los presentes fue el estado en que se encontraba el cuerpo, prácticamente intacto y desprendiendo un olor prodigioso e inclasificable, más propio de alguien vivo que muerto.

Aquella noche Mariana de Jesús apenas pudo conciliar el sueño. Aún le costaba asimilar que la madre las había abandonado para

siempre, pero mucho más que el mensaje redactado poco antes de morir, y enviado a Portugal a través de un hombre de su máxima confianza, aún no había hallado respuesta. Ver el rostro vívido y aún fresco de esa elegida de Dios le removía la conciencia hasta el extremo de hacerla gemir en silencio. Tanto que en mitad de la madrugada, cuando finalmente cayó presa de un gran cansancio, la joven tuvo un profundo y extraño sueño. En él Teresa la visitaba en su celda y tras acariciarle la cabeza con amable misericordia torcía el gesto y le exigía una explicación sin emitir sonido. Asimismo, y como en otro plano contrapuesto, veía a un anciano de luenga barba y cabellos blancos precipitándose al vacío desde una gran altura y entre un mar de ruinosas columnas. Ambos se enfrentaban en una misma imagen partida, y mientras el hombre no lograba asirse a los enormes fustes por más que lo intentaba, el perfil de la madre se iba emborronando progresivamente, llegando a desdibujarse hasta sólo quedar su semblante triste y resignado. Mariana, a su vez, trataba de justificarse, lloraba y pataleaba como una niña pequeña, pero sus lamentos eran inútiles.

Sobresaltada por las visiones y dispuesta a hallar una solución para aquel asunto que la atormentaba desde hacía meses, la joven religiosa se alzó de la cama e hizo lo imposible por hallar un confesor a quien narrarle sus cuitas. Daba la casualidad de que junto al padre Gracián había arribado al convento otro descalzo, fray Cristóbal de San Alberto, a quien la joven conocía poco pero cuya presencia resultó providencial. Aun a sabiendas de que estaba incumpliendo su promesa de no revelar aquella noticia a nadie —incluyendo a la priora y los padres de la orden—, Mariana se armó de valor y con voz vacilante y angustiada expuso punto por punto los detalles de su último encuentro con la difunta, así como los pormenores de la carta enviada a Lisboa. El sacerdote, tras escuchar el relato, hizo una pausa y estudió el modo de proceder. A continuación, y tras hacer hincapié en que el destinatario de la misiva, el Gran Duque de Alba, había fallecido en el mes de diciembre tras una larga enfermedad, instó a la religiosa a que se olvidara de todo, pues seguramente aquellos inesperados infortunios habían sido la causa de no obtener contestación de Portugal.

—Pero, padre —insistió la monja con vehemencia—, nuestra difunta reverenda puso todo su empeño en que don Fernando supiese de su petición, pareciéndole un desatino que dicho mensaje no hallase

receptor…

—Calla, hija, y no te atropelles más, que la madre ya encontró reposo junto al Altísimo y su ruego no es sino afán de este mundo, que en el otro no necesita miembros ni huesos que la sostengan. ¿Qué valor tienen estas manos, estos pies y esta cabeza, más que el dar cobijo transitorio a un alma infinita y eterna?

—Padre, yo…

—Ruégote des fin a tu pesar, y te encomiendes al patriarca San José. *Ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.*

Según se marchaba Mariana, algo compungida pero resignada en suma, el fraile se preguntó en silencio por qué la madre habría procedido de esa forma tan extraña en el último momento de su existencia. Siempre y cuando el relato de la joven monja no hubiese sido parte del sueño o una invención causada, tal vez, por el tremendo golpe emocional de ver apagarse la luz de la fundadora. Pero ¿y si ese mensaje contenía verdaderamente un deseo expreso de la reverenda a todas luces insondable? ¿Y si por una razón que se les escapaba era necesario preservar su cuerpo intacto?

Fuese lo que fuese, caviló la manera de comunicar la noticia a su compañero Jerónimo sin quebrantar el secreto de confesión. No se le ocurría nada concreto en ese momento, pero sin duda tarde o temprano daría con la forma más adecuada siendo fiel al sigilo sacramental.

En esas estaba cuando un revuelo de hermanas le alertó de que algo estaba próximo a ocurrir. Y es que cumplidos los trámites en que las religiosas habían lavado con mimo el cadáver de Teresa y le habían trocado las viejas ropas por unas nuevas, y poco antes de introducirlo en un arca inédita para devolverlo a la iglesia, el padre Gracián alzó sus ojos al cielo y con el pulso tembloroso y frágil como la hoja de un junco se aproximó a la difunta con un objeto metálico entre las manos.

Fray Cristóbal tuvo un presentimiento y corrió desbocado hacia la estancia donde se estaban llevando a cabo los preparativos previos a la inhumación. Un sudor frío comenzó a inundar su espalda causándole un gran malestar, tanto como la ingente duda que poblaba su mente, llegando a anularle los sentidos y provocando que tropezara con la religiosa que acababa de despedir hacía unos minutos.

—Discúlpeme, hermana… —se atrevió a decir, volviendo a

reanudar la carrera sin más pausa. Mariana de Jesús lo miró con extrañeza y seguidamente decidió caminar tras él a distancia, pues al parecer ambos buscaban el mismo destino.

Segundos después el descalzo asistía desolado a una escena que le marcaría para siempre. Vuelto hacia las monjas con las facciones demudadas y al mismo tiempo satisfecho por su compleja y delicada acción, el padre Gracián mostraba con veneración la mano izquierda cercenada de aquella mujer a la que había amado y admirado en vida tanto como a su propia madre.

# 35. Más leña al fuego

*Calle Libreros, Salamanca, 22 de junio de 2013*

No había amanecido todavía, pero Carla se resistía a dormir. Por más vueltas que le daba al nuevo mensaje hallado en el buzón era incapaz de descifrarlo. Decía así:

*La ignorancia es letal.*
*Aún está a tiempo.*
*IUPITTER DEUS NOSTER EST*

«¿Aún estoy a tiempo de qué? —se preguntó una y mil veces sin obtener respuesta—. ¿Acaso tengo el poder de detener algo? Para colmo esa última frase en latín aún complica más las cosas. ¿Qué puñetas tendrá que ver Júpiter en todo esto?».

Junto al papel mecanografiado halló otras fotografías de reliquias, concretamente las que se correspondían con las fundaciones de Pastrana y Sevilla, así como una instantánea en la que podía apreciarse al padre Janek saliendo de un coche oscuro y hablando por un teléfono móvil. Todas ellas aparecían tachadas con tinta roja, al igual que en el primer envío. Desesperada por hallarse en un callejón sin salida, Carla se acordó del agente Cánovas, el policía que la había atendido la noche en que recibió el primer mensaje, y sin perder más tiempo marcó el número que este le había proporcionado. Al fin y al cabo era su deber mantenerlo al tanto de las novedades.

—Necesito hablar con el agente Cánovas, inmediatamente. Dígale que soy Carla Molina.

—Lo siento mucho, señorita Molina, pero me temo que eso no va a ser posible —le respondió una mujer de voz grave y profunda.

—Vaya, ¿es que no se encuentra en la comisaría a estas horas o es que no puede pasármelo por algún protocolo de los suyos?

—Ojalá fuese esa la razón… Norberto Cánovas falleció el 11 de abril.

—¿Cómo? ¡No puede ser…! —exclamó Carla con sorpresa.

—Desgraciadamente así es, señorita.

—Pero ¿tenía problemas de salud o fue en acto de servicio?

—¿Era usted conocida suya? —le preguntó con cautela.

—Sí, mi padre y él eran buenos amigos… de la infancia, ¿sabe? —mintió descaradamente—. No sabe el palo que se va a llevar cuando se entere. Últimamente no da abasto con tantos entierros de familiares y amigos. El pobre lleva una racha… ¿Podría decirme de qué murió?

—Bueno, parece ser que fue por una parada cardiorrespiratoria —le confesó la mujer bajando la voz.

—¿Tenía antecedentes o… algo?

—Digamos que no llevaba una vida precisamente saludable, pero no le diga a nadie que se lo he dicho yo.

—Claro, no se preocupe. Muchísimas gracias por todo. Adiós, adiós.

Consternada por la noticia, Carla colgó el teléfono envuelta en un océano de dudas. «¿No es demasiada casualidad? —masculló entre dientes, mientras su rostro se contraía para dar paso a un rictus agrio —. El 11 de abril fue justo dos días después de mi entrevista con Janek. Todo esto es muy raro. Y ahora me encuentro con una foto de ese tipo tachada, como si alguien quisiera alertarme sobre él… Me dijo que estaba en Madrid, y sin embargo escuché al camarero despedirse en euskera. He sido una idiota».

Sin más dilación la joven se fue directa a por el portátil y comenzó a buscar el listado de conventos del Carmelo en el País Vasco. Salvo excepciones, no se trataba de fundaciones demasiado antiguas, en su mayoría eran creaciones de la segunda mitad del siglo XX y ni tan siquiera albergaban reliquias de la santa, pero había que tenerlas en cuenta. Tras efectuar un rastreo por las comunidades de descalzas de Vitoria, Hondarribia, San Sebastián y Zaldívar sin éxito, pasó a escudriñar los monasterios navarros. A fin de cuenta en esa zona también se hablaba algo de euskera. De ese modo mantuvo conversaciones con las prioras de Corella, Donamaría, Lizaso y Olza, y en ningún caso supieron darle pistas. Por último se puso en contacto con las religiosas del convento de Pamplona, fundado en 1583 por la madre Catalina de Cristo, quien había sido admitida previamente en Medina del Campo por la mismísima Santa Teresa. Estas no sabían nada de ningún sacerdote enviado por el Vaticano, pero en cambio sí le dieron una información valiosísima sobre una pequeña reliquia conservada en el municipio navarro de Viana. «Aunque no se guarda en un convento, sino en la parroquia», le habían recalcado.

Carla se lo agradeció en extremo y rápidamente se puso a indagar en la red, obteniendo sin apenas dificultad el teléfono de los responsables de turismo. Al parecer, eran los encargados de abrir el templo cuando no se celebraban oficios religiosos. De inmediato contactó con una amable señora llamada Piedad. Afortunadamente, en cuanto la profesional oyó mencionar los términos «reliquia» y «Santa Teresa» le confirmó que en efecto atesoraban un pequeño fragmento del cuerpo de la primera doctora de la Iglesia.

—Es algo muy especial —le explicó la mujer aún sorprendida por la pregunta—, pues el mismo relicario, sin ser algo lujoso, tiene forma de fachada clásica, con sus columnas dóricas y todo. Medirá como medio metro y está hecho de madera de ébano.

—Qué curioso —masculló Carla—. ¿Y guarda muchos huesos?

—Bastantes. Tenga en cuenta que posee tres cuerpos y estos están distribuidos en bastantes cavidades. Creo recordar que había más de diez. Sobre todo fragmentos pequeños como dientes, trocitos de falanges, etc.

—¿Algún santo en concreto?

—Déjeme pensar: San Valentín, Santa Brígida, Santa Inés, San Calixto… Unos cuantos mártires como Santa Justa… Bastantes, sí.

—Y Santa Teresa de Jesús, claro…

—Por supuesto. Ella ocupa el centro del relicario con una hermosa pintura. Junto a esta descansa su autógrafo original y un pequeño trozo de carne.

—¿Sabe por casualidad a qué parte del cuerpo pertenece?

—Según el inventario de reliquias formó parte de su mano izquierda. Es curioso que me haga esa pregunta. Cuando me indicó que quería saber si la parroquia guardaba una reliquia de la santa me pareció chocante, pero no le di importancia. La gente no suele mostrar interés por estas cosas, pero da la casualidad de que ayer mismo hablé con alguien de ese tema.

—Déjeme que lo adivine: era un sacerdote con acento extranjero, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabe?

—¡Porque es un conocido que me está ayudando en la investigación! Se ve que no nos hemos coordinado demasiado bien a la hora de movernos y preguntar —disimuló intencionadamente—. ¿Le enseñó usted el relicario, por casualidad?

—Yo no tengo acceso a él, pero hice las gestiones oportunas.

—¿Qué tipo de gestiones?

—El mueblecito del que le hablo está guardado en el archivo parroquial, y de allí no tenemos llaves en la oficina de turismo. Por eso contacté con el párroco y le dije que un cura joven iría a visitarlo. Este me respondió que no había ningún problema, pero que hasta las cuatro y media no podría atenderlo.

—¿Lo recibió a esa hora?

—Ahí viene lo curioso. Según me enteré más tarde, el párroco lo esperó más de veinte minutos, pero su amigo no se presentó y él tuvo que marcharse a una reunión con las catequistas.

—Qué raro… ¿Y no volvió a verlo ni a hablar con él?

—Para nada. Aunque, para serle sincera, no es la primera vez que el párroco hace una cosa y luego va contando otra. Ya está muy mayor y todo apunta a que tiene Alzheimer…

—Pobre hombre.

—Sí, y el caso es que le tenemos mucho afecto, es una gran persona. En fin…

—Muchas gracias por todo, Piedad. Ha sido usted muy amable.

—No hay de qué. Ya sabe que tiene pendiente visitarnos…

—Descuide, que lo haré en cuanto pueda. Llevo años queriendo conocer la tumba de César Borgia.

—Yo me ofrezco a enseñársela con mucho gusto.

Si antes de llamar ya tenía dudas sobre el polaco, al término de la conversación con la responsable de turismo estas se habían quintuplicado. ¿A cuento de qué le habría dicho que se hallaba en Madrid cuando en realidad estaba en Navarra? «Tal vez ha estado en ambos sitios y se ha explicado mal», se dijo con la intención de encontrar algo de lógica a su proceder. Pero ese error no era propio de alguien enviado por la Santa Sede para investigar un asunto tan serio. Aunque, por otro lado, ¿cómo podía saber si realmente venía de allí?

Carla no se lo pensó dos veces e hizo una llamada al arzobispado de Salamanca para indagar un poco. Con objeto de no levantar sospechas la chica se hizo pasar por una periodista que deseaba elaborar un reportaje sobre la Congregación para las Causas de los Santos en una revista católica llamada *Misión*. Tuvo la suerte de dar con un secretario bastante diligente que, casualmente, había estado estudiando en Roma no hacía muchos años, por lo que tras hacerla esperar unos minutos le dio la información que necesitaba.

—Según la base de datos, Zdzisław Janek Kalinowski es el

secretario de la Academia Pontificia María Inmaculada, de Roma y, en efecto, forma parte del organismo que usted menciona desde el año 2009.

—¿Es de nacionalidad polaca, verdad? —insistió Carla algo nerviosa.

—En efecto, aquí dice: «país de origen, Polonia». ¿Lo conoce usted?

—Sólo a través de terceras personas —mintió—. Según tengo entendido ha formado parte de algunas comisiones de investigación y he pensado que podría hacerle unas preguntas para mi reportaje.

—Está usted en lo cierto… Por lo pronto veo que en 2010 fue elegido como relator del equipo seleccionado por el cardenal Camillo Ruini, entonces vicario emérito de Benedicto XVI, para investigar en Medjugorje. Supongo que su artículo mencionará algo de esto, ¿no? Menudo revuelo se está formando con ese sitio…

—¡Por supuesto! ¡Cómo no vamos a hablar de ese… interesante lugar! —volvió a mentir Carla, sin tener la más remota idea del asunto.

—No sé qué experimentarán ni de qué forma, pero la gente que acude a ese pueblecito viene contando maravillas…

—Desde luego. Por cierto —trató de cambiar de tema—, parece mentira que existan personas que dedican su vida a investigar reliquias y milagros de santos, ¿no cree?

—Bueno, alguien debe hacerlo, sin duda. El tema de la fe es tan complejo y a la vez tan apasionante… En ocasiones es necesario arbitrar en cuestiones tan delicadas como las apariciones marianas, se lo aseguro —respondió el secretario, cuyo tono de voz era sumamente afable.

—¡Y para eso hay que servir y ser muy inteligente! El padre Janek desde luego lo parece…

—Por la foto adjunta diría que es el clásico intelectual, sí.

—Muy bien, muchísimas gracias por su tiempo.

—De nada. Suerte con el reportaje. Espero que, cuando lo publique, nos mande una copia a la secretaría del arzobispado.

—¡Cómo no! —Carla se mordió el labio inferior tras añadir un nuevo embuste a la lista, despidiéndose a continuación de su interlocutor.

Ya eran más de las doce de la mañana y ni siquiera se había tomado un café. Así que una vez hubo apagado el ordenador se vistió

deprisa, picó algo en la cocina para tranquilizar a su estómago y se echó a la calle de inmediato. Decidió pasear un rato observando los escaparates de la Rúa Mayor y disfrutando de paso de algunos rayos de sol. Al ser sábado las calles estaban repletas de gente, sobre todo turistas, extasiados al contemplar la belleza de la ciudad y el ambiente de sus mágicos rincones. Una pareja de asiáticos jóvenes con un plano desplegado le preguntaron por el Mc Donald's más próximo. Ella trató de explicárselo del modo más sencillo posible, fundamentalmente a través de gestos, pero el inglés de los visitantes no era demasiado fluido. De este modo, y para no complicar más las cosas, la muchacha se ofreció a guiarlos hasta la misma puerta del local, situado en la Plaza del Corrillo. De camino al lugar los orientales no dejaron de hacer fotografías a todo aquello que iban viendo a su paso: desde las innumerables ranas de peluche colgadas en las puertas de las tiendas a las estatuas vivientes que trataban de sacarse unas monedas aprovechando el tirón del fin de semana.

La Plaza del Corrillo era uno de los puntos más conocidos de la vieja Salamanca, prácticamente desde su origen en el siglo XV. De hecho existía desde antes de la construcción de la celebérrima Plaza Mayor, ubicada a pocos pasos, y en su solar residía la antigua iglesia de San Martín dedicada al santo húngaro que llegaría a ser obispo de Tours. Su nombre original, Corrillo de la Hierba, derivaba de la abundancia de cardos y zarzas que se hallaban a su paso en la Edad Media. Estos solían crecer libremente al ser un lugar fronterizo entre dos bandos irreconciliables al más puro estilo *Romeo y Julieta*, los de San Benito y Santo Tomé, cuyos miembros se enfrentaban continuamente. Por supuesto la pareja de turistas se quedó encantada. Jamás se habrían podido imaginar que un espacio tan recoleto y lleno de historia albergase una franquicia del gigante norteamericano. Carla fue tan generosa que incluso se ofreció a fotografiarlos delante de los soportales sostenidos por vetustas columnas de piedra, traídas expresamente del municipio de Villamayor para tal fin. En ellas se representaban los días de la semana de un modo originalísimo, tanto que los guías oficiales solían detenerse para explicárselo a los grupos. Utilizando símbolos pertenecientes a la mitología romana, en los capiteles se indicaba cada jornada con una imagen distinta labrada en relieve. Así, por ejemplo, el sábado se correspondía con el dios Saturno, el domingo con el sol, el lunes con la luna, el martes con el

dios Marte, el miércoles con Mercurio, el jueves con Júpiter…

«¿El jueves con Júpiter?», se preguntó Carla al observar la efigie del personaje con detenimiento al poco de despedirse de los asiáticos. Sin darse cuenta y por casualidad acababa de obtener una posible explicación al enigmático mensaje:

*IUPITTER DEUS NOSTER EST*

«*Júpiter es nuestro dios*… Y si Júpiter se corresponde con el jueves, la pista debe estar relacionada con ese día de la semana», dedujo entusiasmada. Ahora era necesario seguir estrujándose el cerebro para relacionar ese dato con cualquier acontecimiento pasado o futuro que la llevase más allá. Algo que le sería imposible en ese preciso instante al notar vibrar su bolso.

—¿Ángel?

—Hola Carla, ¿puedes hablar?

—Sí, claro que sí. ¿Qué pasa?

—Voy de camino para Salamanca, en media hora estoy ahí. Ya hablamos…

—Vale, pero dime qué ocurre... Me estás asustando, ¿estás bien?

—No te preocupes, estoy perfectamente. Se trata de mi estudio de los vórtices energéticos… Quiero enseñarte algo que te va a sorprender.

—Oye, Ángel, me parece un plan genial, pero esta tarde…

—¿Cómo dices? ¡No te oigo bien!

—Te decía que esta tarde tengo que…

—¡¿Carla?! No oigo nada… Perdona, pero tengo que colgarte, voy conduciendo y me parece que hay un retén de la Guardia Civil.

—¡Ángel!

—Luego te llamo... ¡Adiós!

—¡¿Ángel?! ¡¡¡Ángel!!!

Una hora después, y sin detenerse siquiera para almorzar, Carla y Ángel viajaban camino de Segovia en un flamante Audi 4 con los asientos tapizados en piel. La chica cada vez estaba más sorprendida de la nueva vida de su ex, por eso no se pudo resistir a preguntarle por el automóvil nada más lo vio aparecer cerca de su domicilio. Este le aclaró que tan sólo se trataba de un «préstamo» que le había hecho un buen cliente mientras le cambiaban la correa de distribución del viejo

Seat Ibiza. Por lo visto esa misma semana había logrado detectar una *geopatía* en la habitación de su chalet en la sierra de Burgos. Después de varios meses sufriendo dolores en las cervicales, el radiestesista había llegado a la conclusión de que se trataba de un problema electromagnético. Simple y llanamente, «la cama de matrimonio no estaba donde debía», concluyó con regocijo.

—¿Puedes explicarme a qué viene todo esto, Ángel? No sabes lo que me ha costado convencer a mi compañera para que me sustituyera esta tarde en el curro.

—Lo siento, Carla. Pero te aseguro que esta locura va a merecer la pena. Simplemente vamos a visitar una vieja iglesia románica que llevo investigando desde hace ocho meses.

—¿Otra iglesia? ¡Estoy de iglesias hasta la coronilla, Ángel! Ya podías llevarme al teatro, a jugar al golf o a un maldito hotel de cinco estrellas…

—Todo a su debido tiempo. Lo que vas a ver hoy está al alcance de pocas personas, te lo aseguro.

El templo de la Vera Cruz —conocido anteriormente como del Santo Sepulcro—, era uno de los lugares más misteriosos y legendarios de la ciudad de Segovia. Situado en las afueras, en el arrabal de San Marcos y frente al precioso Alcázar, el origen de su construcción siempre se había atribuido a los templarios, y de hecho existía una losa con la fecha de su realización en 1208. Pero las últimas teorías apuntaban sin embargo a los miembros de la Orden del Santo Sepulcro como los verdaderos artífices. A partir de 1531 la unión de sus caballeros con los de San Juan de Jerusalén permitió que la iglesia pasase a depender de estos últimos, y a inicios del siglo XX la declararon Monumento Nacional. El cambio de nombre pudo deberse a que en cierto momento de su historia llegó a albergar un *lignum crucis,* pero lo más llamativo del edificio era sin duda su planta dodecagonal, que lo convertía en un espacio prácticamente único en España.

Ángel detuvo el coche en el minúsculo arcén de la carretera que daba acceso al edificio. Desde allí las vistas de la ciudad, cuya silueta evocaba un elegante barco de piedra, eran realmente impresionantes. Sin perder ni un solo instante los dos abrieron las puertas y se apearon para dirigirse a la entrada.

—El templo en sí es una joya del románico —comenzó a explicar

Ángel—, desde los canecillos exteriores de clara influencia cisterciense hasta…

—Ahórrate las explicaciones de arte, guapo —le estorbó la joven—. Te recuerdo que los dos tuvimos los mismos profesores en la facultad. Vamos al grano, que no tengo tiempo de chácharas.

—De acuerdo, vamos allá.

Nada más entrar Carla se quedó pasmada al ver cuán distinta era esa iglesia a todas cuantas había conocido en su vida. No sólo le llamaban la atención los doce lados de su estructura exterior sino el templete que se hallaba en el centro a modo de núcleo, firmemente unido a los muros mediante bóvedas de cañón. Este poseía dos pisos —el inferior de escasa altura—, los cuales se apoyaban sobre cuatro columnas con sus correspondientes arcos, y para acceder al más alto era necesario tomar unas toscas escaleras. Una vez allí el espectador podía ver una gran piedra tallada a modo de altar, con decoración al gusto oriental.

—¡¿Has visto cómo resuena la voz aquí dentro?! —exclamó la joven, cuyos ojos brillaban encandilados como los de una colegial—. ¡Eco! ¡Eco, eco!

—¿Te gusta, eh? —Ángel disfrutaba viéndola tan dichosa—. Pues espera a que te cuente la leyenda... ¿Sabías que sobre esta iglesia no se posan cierto tipo de pájaros?

—¿Ah, no? Cuenta, cuenta…

—En cierta ocasión unos caballeros templarios fueron avisados de que unos bandoleros trataban de asaltar este templo, así que subieron a sus caballos y corrieron hasta aquí para interceptarlos, siendo herido uno de ellos en la reyerta y muriendo al poco tiempo. Con idea de enterrarlo más tarde lo dejaron al cuidado de unos religiosos y se marcharon a avisar a su familia y preparar el sepelio. Antes de velar el cadáver el prior llamó a los monjes para que comiesen algo, de cara a pasar mejor la noche, dejando abiertas las ventanas para que entrase un poco de aire y despejara el ambiente. Al volver se encontraron horrorizados con el cuerpo del caballero prácticamente en los huesos.

—¿Qué fue lo que pasó?

—Lo habían devorado las chovas.

—¿Las qué?

—Las chovas. Son unos pájaros negros parecidos a los grajos, o mejor a los cuervos, bastante ruidosos y carniceros. Por esta zona hay bastantes.

—Vaya, un vasco dándome lecciones de fauna castellana.

—El caso es que después de lo sucedido el prior maldijo a los bichos y les impidió posarse sobre la torre y el tejado de la iglesia por toda la eternidad.

—¿Y se cumplió?

—Los segovianos dicen que sí. De todos modos yo no te he traído aquí por eso.

—¿Entonces?

—¿Recuerdas lo que hablamos del péndulo y de los vórtices?

—Sí, claro.

—Hace menos de un año estuve aquí por primera vez. Un colega me recomendó que viniese a visitar la iglesia y aprovechando un viaje a Madrid me pasé a verla. Nada más entrar sentí algo especial. De hecho, hablando de este tema poco después con otras personas, me confirmaron que ellos también habían notado algo. Uno de ellos incluso tuvo que salirse a la calle porque se ahogaba. Yo, por supuesto, me puse a testarlo de inmediato y… ¿sabes qué? ¡Hallé un vórtice de 24500 UB!

—¡Guau! ¿Eso es importante, no?

—Bastante importante. Ya hacía tiempo que andaba detrás de poder establecer una relación directa entre los vórtices energéticos y los cuerpos momificados o incorruptos, pero el día que me hablaste de tu investigación tuve una idea. Al volver de mi viaje a Valencia me desvié e hice un par de experimentos en Toledo. En primer lugar tomé un filete de buey y lo coloqué en un *Tupper* de plástico con la idea de dejarlo en la cripta de una iglesia donde previamente había detectado un vórtice de 13500 UB. Casualmente en ese sitio se habían hallado varios cuerpos incorruptos. Al serme imposible ocultarlo sin que nadie me viese, esperé a que cerraran y volví más tarde. Revisando y revisando encontré una grieta que conectaba directamente con la columna energética, y lo coloqué ahí tras unas piedras. Pero al cabo de una semana volví a por él y vi que estaba podrido.

—¿Y luego?

—El segundo experimento salió algo mejor, pero tampoco fue decisivo. Para eso tuve que esperar a que el destino o la suerte se pusieran de mi parte. Bastante antes de todo esto, en enero, creo recordar, un vecino me encargó que le cuidase una pequeña tortuga, porque se iba al extranjero a estudiar un máster. ¡Me dejó hasta las llaves de su casa, del cariño que le tenía! Yo la acepté casi a la fuerza,

pero reconozco que nunca la traté como debía. Ya sabes que yo paso de los animales… Un día, tras estar bastante tiempo dentro de una caja con tierra en su cuarto de baño, me la encontré muerta. Y no sólo eso, ¡se había momificado!

—¡Venga ya!

—Te lo juro. Como eso me pasó al poco de volver de Toledo, rápidamente me fui a por el péndulo y me encontré con que el bicho había estado más de un mes sobre un punto de 10500 UB que existía en el dichoso cuarto de baño.

—¡No me lo puedo creer!

—Es increíble que la casa del vecino escondiese esa energía, ¿eh?

—No. Lo que no me puedo creer es que fueses tan burro de olvidarte de la pobre tortuga durante tanto tiempo…

—¡Lo sé, estuvo fatal! De hecho me fui al día siguiente a Donosti a comprarle una similar. Creo que no se llegó a dar cuenta…

—¡Serás animal! ¡En eso no has cambiado nada! —Carla le golpeó con el bolso y seguidamente los dos se echaron a reír.

Minutos después la pareja se percató de que no hubiese nadie observándolos y él se introdujo con sigilo en la zona baja del templete. Al poco salió con una caja de zapatos bastante pesada que, al parecer, había logrado camuflar. Tras abandonar la iglesia y volver al coche, Ángel abrió la caja en silencio y al mirar en su interior Carla dio un grito de espanto. Descansando sobre el fondo de cartón había un ladrillo rodeado de tierra, y justo encima de este yacía un animal cuya apariencia intacta invitaba a pensar que hacía unas pocas horas que había fallecido.

—¿Acojona, verdad? —intervino él divertido—. ¿Cuánto tiempo crees que se ha llevado ahí? ¿Una semana? ¿Diez días?

—¡Quita eso de mi vista ahora mismo! —le increpó ella, volviendo a tapar la caja al instante.

—¡Dos meses, Carla! ¡Dos meses! Eso lleva ese animal ahí, y fíjate cómo estaba entonces y cómo está ahora —mientras decía esto cogió su móvil y le enseñó una fotografía tomada a inicios de la primavera —. ¡Prácticamente igual! ¿No es un milagro?

—Lo que es un verdadero milagro es que yo siga aquí, a tu lado, después de haberme metido por las narices esa asquerosa rata. ¡Te odio, Ángel! ¡Te odio!

# 36. Málaga, 1937

Un crepúsculo rojizo, perturbador y profético tiñó de calidez los últimos compases de aquel funesto día en que ya corría la sangre. No era más que el principio de la pesadilla, pues la cruenta e interminable jornada ni siquiera concedería tregua para que las almas rozasen el sueño, obligándolas a vagar con los párpados entornados y el peso del recelo sobre sus hombros hasta el límite de otros ocasos.

Recuperadas de la impresión por las escenas vividas en el piso la noche anterior, Luisa y las otras mujeres habían tomado la determinación de abandonar la capital junto a la masa de personas que fluía por las calles desde poco antes de la entrada de las tropas sublevadas. Algunos incluso ya habían abandonado Málaga al adivinar los cañones sobre las montañas en la antesala del domingo. Y es que el rumor de las llamas que devoraban las casas competía con el aliento de una población que rayaba en la locura y cuyos gritos habían propagado el pánico entre las familias. «¡El Tercio, que viene el Tercio!», era una de las frases más repetidas durante la infame fecha, paradójicamente coincidente con el desenlace del carnaval.

Aún con las ropas impregnadas del rotundo hedor a crimen, Josefina era un inmutable surtidor de lágrimas tan sólo aliviada por la perseverancia de su madre, a quien el violento enfrentamiento con su agresor la había trocado en un severo bloque de hierro. «¡No podrán con nosotras! Ni este ni ninguno de esos canallas… Ya sean rojos, azules, anarquistas o facciosos. ¡No podrán con nosotras!», les había gritado a las chicas mientras rellenaba una sencilla bolsa de tela con sus alhajas más valiosas antes de que fuese demasiado tarde. Estas hicieron lo propio, y aprovechando un par de fundas de almohada improvisaron sendos hatillos para trasportar víveres y algunos objetos de primera necesidad. Todas tenían muy claro que lo más importante era salir de allí cuanto antes, pues el cadáver del comerciante aún estaba caliente sobre la alfombra del salón, y su grotesca hechura les atormentaba en forma de posibles represalias. En apenas unas horas se habían unido a la marea humana que buscaba la carretera de Almería con los corazones encogidos. Ni siquiera se habían detenido a pensar en las dificultades que se encontrarían a su paso, pues la brújula que

les señalaba el rumbo iba enhebrada con hilo de bramante y pegada a sus conciencias.

Junto a ellas no sólo caminaban los hijos de la *verde y morá* sino una incontable tropa de refugiados que habían ido poblando los rincones más humildes desde la caída de la provincia. Cualquier romería popular de las muy diversas que se celebraban en Andalucía siquiera podía aproximarse a las miles de personas de toda índole y condición que caminaban como sonámbulas repitiendo una misma letanía. Había desarrapados y pudientes, civiles y milicianos, intrépidos y desertores, vecinos del extrarradio y también familias del centro cuya ideología acorde con el Gobierno de la República les situaba en el punto de mira de los asaltantes. Muchos ni siquiera entendían el por qué de la necesidad de huir, pues su condición sencilla y ajena a las políticas los mantenía en un estado de cándida ignorancia, pero el incesante bisbiseo de advertencias los había espoleado sin piedad. Inútiles habían resultado los programas arrojados desde el aire por la Aviación en los que se podían leer mensajes del tipo: «Nosotros no somos lo que dicen los rojos; no os vamos a hacer nada; estad tranquilos» o «No salgáis de Málaga». Muy al contrario, los supervivientes del Frente Popular guarecidos tras la toma de otras localidades desmentían continuamente dichas proclamas con el relato acalorado de sus trágicas experiencias. En su espontánea huida algunos fugitivos habían logrado subirse a unos pocos autobuses de línea y otros afortunados montaban en burros cargados hasta los topes de muebles, enseres y otras posesiones, mientras que la mayor parte recorría los inacabables kilómetros a pie, arrastrándose por el cansancio y el hambre, y dejando a su paso un miserable rastro de desesperación.

Virtudes mantenía el tipo con una serenidad pasmosa al tiempo que enjugaba el llanto de su hija. Josefina, helada y tiritando, aún percibía el frío del metal en sus manos, atravesando la carne hasta sus últimas consecuencias, y por más desazón que encontraba a su alrededor no podía apartárselo de la mente.

Luisa, por su parte, se esforzaba por mirar de frente haciendo caso omiso al griterío y los lamentos, pero le resultaba cada vez más difícil, puesto que estos iban incrementándose mientras sus fuerzas mermaban irremediablemente.

—¡Bajad de ahí ahora mismo! —exclamó un joven miliciano con el uniforme ajado y lleno de barro, mientras apuntaba a los miembros de

un familia que marchaba a lomos de un caballo.

—¿Por qué, si puede saberse? —respondió el padre, con un brazo en cabestrillo—. Este caballo es nuestro, se lo compré a un vecino de Humilladero…

—Me da igual si es tuyo o no. Lo necesitamos para el frente —y entonces señaló con la cabeza a otros dos hombres que se dedicaban a requisar vehículos y animales de carga—. ¡Bájate por las buenas o te bajo yo!

—Ya te he dicho que este caballo es de mi familia, y cada uno tira con lo que puede… ¿No ves que mis hijas están dormidas? —le advirtió el hombre con gesto desvalido en busca de misericordia.

—¡Me cago en tus muertos! ¡Baja de ahí o te pego un tiro! —gritó el miliciano pegándole violentamente en el brazo herido y en el abdomen con la culata de su *naranjero*[21]. Entonces la esposa del jinete, que sostenía a su pequeña en brazos mientras otra hija caminaba a su espalda, le suplicó que dejara de maltratarlo, jurándole entre sollozos que se bajarían inmediatamente. Y así lo hicieron, uniéndose poco después a un grupo de pescadores y campesinos que habían huido de Benalmádena junto a sus seres queridos. Estos, tras presenciar el bochornoso espectáculo, les animaron a continuar caminando, cediéndole al padre una bota de vino y ayudando a las niñas a envolver sus pies en trozos de sábana, pues en la atropellada salida desde el barrio de la Trinidad ni siquiera habían tenido tiempo para ponerse los zapatos. El buen hombre, agradecido por el gesto, se metió la mano en el bolsillo de la camisa y extrajo una arrugada cajetilla de Elegantes para compartirla con ellos.

El agreste paisaje por el que transitaban se dividía entre escarpados acantilados y recios terraplenes y en ocasiones descendía a las secas torrenteras para volver, poco después, a perfilar una senda análoga a las desafiantes aguas de la costa. En medio de esa vorágine las aterradas gentes comenzaron a sufrir pronto los ataques de las fuerzas del mar y del aire. Primero a través de potentes bombardeos realizados desde los buques *Canarias, Baleares* y *Almirante Cervera,* y luego con la lluvia de proyectiles y balas que arrojaban los biplanos desde las alturas.

Mientras las tropas del coronel Borbón desfilaban orgullosas por las calles de la metrópoli —su irrupción en la calle Larios tuvo lugar siguiendo los pasos de los motorizados italianos del general Roatta, que habían sido decisivos en la victoria— muchos de sus antiguos

pobladores perecían víctimas de las explosiones y la metralla. Desde ese momento la estampa, ya de por sí inclemente, se trocó en sanguinaria y sin la mínima posibilidad de marcha atrás.

—¡Dejadme aquí, que ya no puedo más! —le rogaba una abuela a sus nietos al divisar las primeras luces de Torre del Mar. Ellos se negaban una y otra vez, pero la anciana insistía al ver que las piernas ya no daban más de sí—. ¡¿Es que no veis que soy una carga para vosotros?! —clamaba ahogada—. ¡Dejadme, haced el favor!

Entonces una mujer de mediana edad le propuso quedarse en su modesta cabaña que se encontraba a cien metros, pues no tenía intención de abandonarla. «A mi marido me lo mataron en agosto y yo no pienso irme de aquí ni aunque me lleven a rastras —le dijo muy seria—. Véngase conmigo, que aún tengo un poquito de aceite y unas habas secas. Ya nos apañaremos las dos». De este modo los muchachos se convencieron al fin y aceptaron el ofrecimiento de la señora. La abuela, con los ojos enrojecidos por la pena y al mismo tiempo con el pecho henchido de alivio, sacó una estampita amarillenta y llena de arañazos y se la dio a besar a los integrantes del grupo. Esta mostraba la efigie del venerado Cristo de Mena, aquel soberbio crucificado que la barbarie anticlerical se había llevado para siempre.

Próximos al valle que se ubicaba a los pies de Vélez-Málaga, y cuando los bostezos se sucedían sin disimulo, las primeras luces del alba permitieron a Luisa contemplar con claridad el impresionante éxodo que ocupaba más de treinta kilómetros. Para ello se valió de la curva que a modo de mirador se formaba en el desabrido camino. Jamás había contemplado nada igual y en ese momento se juró a sí misma que haría lo imposible por sobrevivir, para poder contárselo algún día a sus futuros hijos.

—Me muero de sed —comenzó a lamentarse Josefina, cuyas múltiples lágrimas derramadas durante la noche le habían demacrado el bello rostro adolescente.

—Espera, Josefina, que ahora mismo busco algo de agua —le contestó su madre con una mirada llena de ternura, aun a sabiendas de la dificultad de hallarla. Tristemente esa sería la última vez que pronunciaría su nombre.

Doña Virtudes se separó de las dos muchachas y tras pedir inútilmente algo de líquido entre las personas que se encontraba a su paso, se adentró con agilidad entre unos matorrales con ánimo de

hallar algún charco, pues las últimas lluvias caídas en el invierno habían llegado a conformar algunos reductos de humedad. Cuando estaba en plena faena oyó el silbido inconfundible de un proyectil que se acercaba más y más. No hubiera tenido tiempo de esquivarlo. Prefirió dejar volar su imaginación varios años atrás, justo hasta la fecha más feliz de su existencia. Aquella en la que pudo observar con deleite cómo se abrían por primera vez los ojos de su niñita durante una madrugada de otoño. Por aquel entonces su marido aún la trataba con cariño y respeto, pues el amor era un artículo de lujo para una pareja que apenas se conocía y cuyos padres habían unido a modo de transacción. Jaime era honrado y trabajador, pero eso no bastaba para hacer prender una mecha ficticia que sólo se haría tangible con la irrupción de un tercero. Y este precisamente sería el encargado de destapar la caja de Pandora de una homosexualidad latente y reprimida que lo atormentaba desde la pubertad, que le había obligado a llevar una vida secreta hasta el nacimiento de Josefina y que, al cabo de los años, terminaría por hacer trizas su inviable proyecto de familia.

A pesar de la decepción, de la zozobra por verse humillada —primero— y después abandonada, doña Virtudes quiso acordarse también de Jaime. De su rostro iluminado al sostener a la criatura en brazos, de sus labios presos de la emoción al llamarla por su nombre y de la pasión derrochada en cada minuto de aquella mágica noche. Únicamente por aquel 18 de octubre de 1922 no sólo lo perdonaba sino que le daba gracias a la vida por haberlo puesto en su camino.

* * *

El estruendo formado por un camión al caer hizo que los integrantes de la espectral comitiva se volviesen conmocionados a mirar. Mientras dos hombres heridos gravemente en las extremidades proferían maldiciones contra los barcos que les apuntaban a escasos doscientos metros, un minúsculo bebé pugnaba por seguir mamando del pecho de su madre inerte. Ni siquiera el conductor del vehículo había logrado sobrevivir. Sobre los cadáveres mutilados, entre los que había hombres y mujeres de todas las edades, destacaba un blanco colchón doblado que las desgraciadas víctimas habían empleado como modesto equipaje para portar sus pertenencias. Lamentablemente les había servido de poco.

Josefina corrió enloquecida al oír la explosión, llamando a su madre sin éxito con un exiguo hilo de voz. Gritó y gritó hasta la extenuación, y cuando sus cuerdas vocales no dieron más de sí, apretó los puños de sus manos hasta clavarse las uñas. Entonces distinguió unas alpargatas, las mismas que su progenitora había adquirido en el mercadillo clandestino del barrio para disimular su clase social. Primero sostuvo una y luego fue a por la otra, que se hallaba tirada no demasiado lejos. Y al poco de alcanzar esta última descubrió espantada el cuerpo destrozado y tendido sobre los matojos. No le dio tiempo a acercarse más ni a inclinarse para despejar su rostro, pues instintivamente se vio obligada a buscar a Luisa con la mirada. Esta tenía los ojos desorbitados y se precipitaba hacia ella llamándola por su nombre y señalándole algo con el dedo. Josefina miró una vez más el cadáver y justo después elevó la vista hacia donde su amiga le había indicado, divisando una gran roca que se desplazaba lentamente sobre su cabeza a punto de sepultarla. Como guiada por un ser supremo, la muchacha dio un salto hacia delante para caer posteriormente al suelo. Luego todo se volvió negro y sus sentidos se sumieron en un pozo profundo.

21 Tipo de subfusil producido en España a imitación del modelo alemán MP 28/II. Fue uno de los más populares entre el ejército republicano.

# 37. De lo divino y lo humano

*Universidad Internacional de Andalucía, Baeza, 9 de noviembre de 2013*

La cadencia con que las débiles gotas de lluvia se posaban sobre el monumental enlosado del patio se entremezclaron con los aplausos procedentes del salón de actos. Vistiendo sus mejores galas, el Palacio de Jabalquinto, joya del arte renacentista de finales del XV que representaba uno de los puntales de la Baeza monumental, daba fin a la tercera y última sesión del seminario sobre Patrimonio Histórico organizado por la Universidad Internacional de Andalucía que estaba teniendo lugar entre sus muros. En dicho encuentro se estaban debatiendo aspectos tan interesantes como la conservación de archivos y bibliotecas así como la datación de manuscritos antiguos anteriores al siglo XVIII. En ese sentido, y dado que algunos miembros de la institución conocían el hallazgo de Carla y deseaban hacerlo extensible a la comunidad científica, los responsables de Simancas la habían invitado a formar parte de una mesa redonda en la que expondría los puntos más interesantes de su investigación. Antes de decidirse por acudir o no, la joven lo consultó con el profesor Matías, con quien no tenía contacto desde el envío del último informe a finales de verano. Después de finiquitar el inventario de reliquias y redactar la casi totalidad del trabajo, y ya con la mente puesta en la presentación de su tesis doctoral poco antes de las navidades, la chica no estaba muy por la labor de desplazarse otra vez a Andalucía, pero las cariñosas palabras de su tutor terminaron por convencerla. Incluso le prometió que estaría allí para darle su apoyo —en realidad Carla nunca había impartido conferencias ni participado en actos de esa índole—, por lo que la respuesta a los organizadores fue positiva. De ese modo partió en coche hacia la provincia de Jaén la tarde del viernes, alojándose nada más llegar en un precioso hotel próximo a la sede Antonio Machado donde tendría lugar el acto por la mañana.

Esa noche, pese a estar invitada a un cóctel de bienvenida en el antiguo seminario San Felipe Neri, Carla decidió permanecer en la habitación para descansar, alegando estar fatigada a causa del largo

trayecto en coche. En realidad los nervios se le acumulaban en el estómago y lo último que deseaba era pasarse dos horas sonriendo de oreja a oreja y adelantando parte de su exposición a algunos de los asistentes del día siguiente.

Nada más abrir la maleta recibió una llamada de Ángel, que le sorprendió con la noticia de que iría hasta allí expresamente para verla y, de paso, asistir a la mesa redonda. Por tanto ya podía sentirse más segura y arropada en su puesta de largo académica.

Nada más concluir su intervención, a la que siguieron los saludos y el agradecimiento del público asistente al seminario, Carla se mantuvo en pie guardando la compostura ante sus compañeros de mesa, y mientras departía animadamente con algunos de los participantes, buscó con la mirada a los dos hombres que más deseaba ver en ese momento, comprobando al instante y con gran decepción que no habían acudido. Comprobó que en el móvil tenía un mensaje de su ex, que le pedía disculpas por no haber podido llegar a tiempo, pues desgraciadamente había sufrido una avería en el coche a la altura de Despeñaperros y se hallaba en un sucio taller mecánico de Las Navas de Tolosa, contando las horas que le quedaban para continuar viaje. Pero la ausencia de Horacio Matías le resultaba intrigante, especialmente tras comprobar que su móvil se encontraba apagado y que en el fijo saltaba el contestador. «¿Le habrá pasado algo?», pensó con temor, aunque al instante cayó en la cuenta de que su mentor seguía sin estar muy al tanto de la tecnología, por lo que una batería vacía y sin posibilidad de carga se ajustaba perfectamente a su perfil.

Aún estaba guardando el aparato en el bolso cuando un rostro familiar hizo acto de aparición a través de la galería que comunicaba con el arco de triunfo del acceso, obligándola a sonreír por enésima vez desde que concluyese la charla.

—Excelente exposición —dijo el padre Janek cerrando el broche de un húmedo paraguas.

—Gracias —respondió Carla—. ¿Es casualidad o siempre que nos encontramos llueve?

—Yo lo expresaría de otra forma —respondió mirándola a los ojos sin reservas—. Esta es la segunda vez que sale el sol tras la tormenta y en ambas coincidió con su sonrisa.

—Vaya, me deja usted sin palabras. Para ser sacerdote posee un don innato para el cortejo.

—¿Recuerda esos versos que decían: *Tras de un amoroso lance / y no de esperanza falto / volé tan alto, tan alto / que le di a la caza alcance?*

—Las *Coplas a lo divino*, de San Juan de la Cruz, si no me equivoco…

—No se equivoca en absoluto. Algunos tildaron a su autor de poeta del amor profano, sobre todo a raíz de estudiar su obra *La noche oscura,* que como sabrá contiene pasajes casi eróticos. ¿Está usted de acuerdo con esa opinión?

—Desde luego que no. Pienso que la concepción del amor en San Juan de la Cruz va más allá de lo físico, y en realidad pretende expresar de un modo metafórico la unión mística de su alma con el mismo Dios.

—Buena respuesta, señorita Molina. Espero que pueda aplicarla igualmente a mis inocentes piropos.

Carla rio la ocurrencia:

—Es usted un cura fuera de lo común.

—¿Eso cree?

—Sí, nada más verlo lo pensé. Y después de conocerlo un poco… —entonces hizo una pausa intencionada—, aún lo sigo pensando.

—No crea, a veces las apariencias engañan —respondió el polaco, dejando la conversación en el aire y cogiendo una copa de vino de una bandeja servida por una atractiva camarera.

—He pensado acercarme al convento de Ronda mañana —le espetó Janek a Carla.

—¿Mañana?

—Sí, he estado calculando la distancia y desde aquí hay unos doscientos sesenta kilómetros. Creo que merece la pena ir a echarle un vistazo a la reliquia.

—¿Sabe qué? Después de estudiar a fondo la historia de esa pieza he llegado a la conclusión de que es falsa.

—¿Cómo dice? —se sorprendió el religioso.

—Pues eso, que esa supuesta mano de Santa Teresa no es auténtica.

—¿Y por qué razón no habría de serlo? Siempre se ha venerado como una de sus reliquias más…

—¿Milagrosas? —le interrumpió la chica con un punto de sarcasmo —. Precisamente por eso. Si le echa un vistazo a ese periplo podrá descubrir que su penúltimo dueño no se desprendía de ella ni a la hora de dormir...

—Se refiere a…

—El mismo que los dos estamos pensando —sentenció Carla con suspicacia—. Nada menos que cuarenta años aferrado a la mano de la santa como un niño pequeño que no se separa de su madre.

—Ya entiendo —asintió el polaco sorprendido de la agudeza de su compañera—. Entonces su teoría es que los descendientes de Francisco Franco tampoco se deshicieron de ella, y en vez de eso encargaron… ¡una copia exacta!

—*Voilá!*

—Desde luego tiene mucho sentido. Entonces, ¿qué propone que haga?

—¿Qué le parece seguir esa pista? La de los descendientes, digo. Comenzando por Madrid.

—Buen plan. Y usted, mientras tanto, ¿en qué empleará su tiempo?

—Por lo pronto en irme al hotel y darme una ducha. Luego seguiré ultimando los detalles de la presentación de mi tesis. Vamos, que mañana a primera hora salgo para Salamanca sin perder un minuto.

—¿Ha averiguado algo más sobre los extraños mensajes que recibió?

—Sí, que el policía con el que me entrevisté está muerto.

* * *

El hotel Puerta de la Luna estaba considerado uno de los establecimientos con más encanto de Baeza. Ubicado en una antigua mansión del siglo XVII, su decoración era un homenaje al buen gusto, y varias de sus habitaciones daban a un coqueto patio andaluz. Carla tuvo la suerte de alojarse en una de ellas, por lo que las vistas le permitieron disfrutar doblemente de su estancia.

Después de ducharse y vestirse de manera sencilla pero con un toque de distinción, la muchacha bajó a recepción a esperar a Ángel, cuya avería en el embrague del coche le había llevado más tiempo del deseado. Según su última comunicación, en diez minutos llegaría al hotel para recoger a Carla y poder, al menos, cenar con ella y dar un paseo. Y en efecto, cuando esta se hallaba observando la réplica de un famoso retrato de Carlos V que adornaba la planta baja del alojamiento, un susurro en su espalda le confirmó que ese momento había llegado.

—No te imaginas cuánto lo siento, Carla —se disculpó el vasco.

—Déjalo, no ha sido culpa tuya. Se ve que tu coche necesita una jubilación ya mismo —respondió ella divertida.

—Llevas toda la razón. Debí quedarme con el Audi aquel, ¿te acuerdas?

—¿Cómo no voy a acordarme? Fue la cena más espléndida de mi vida.

—Bueno, ya son las nueve. ¿Nos vamos a comer?

Esa noche, aunque el tiempo no estaba para paseos debido a la intermitente lluvia, Ángel y Carla pudieron disfrutar de algunos de los monumentos iluminados, algo que les pareció realmente fascinante, pues la piedra de las fachadas se percibía con otro color arrojando distintos matices que incidían aún más en su armonía. Ambos coincidieron en que, pese a ser mucho más pequeña, aquella ciudad les recordaba en ciertos aspectos a Salamanca.

Tras una frugal cena a base de tapas y algunas copas de más, Ángel deambuló con el coche por las callejas semidesiertas en busca del *parking* del hotel. A su lado Carla se entretenía recordando episodios memorables de su relación —fundamentalmente de los primeros años —, tanto y de un modo tan divertido que les dieron la una y media de la madrugada, sentados uno junto al otro, frente a las lunas empañadas del vehículo. En ese momento, y aprovechando un instante en que Carla se hallaba ensimismada, Ángel aproximó su rostro y la besó en los labios.

Quince minutos después la pareja decidió de mutuo acuerdo irse a dormir por separado. Pese al exceso de alcohol Carla supo leer perfectamente los últimos acontecimientos vividos junto a Ángel y por tanto creyó, con bastante buen juicio, que lo mejor era no precipitar las cosas. «Hasta mañana, entonces», le dijo él buscando su boca con dulzura una vez más.

Al filo de las tres de la madrugada, y después de dar varias vueltas en la cama, Ángel se levantó de un salto y se situó frente al espejo con ánimo de reflexionar sobre lo ocurrido. El estar tan cerca de Carla en los últimos meses a raíz de la investigación le había devuelto la ilusión por recuperarla. Y esa noche, al sentir la calidez de sus besos y su cuerpo rozando el suyo, había llegado a desearla tanto que ya no le importaba arriesgarse a dar un paso más. «Seguro que está despierta y quizás incluso esperándome», se dijo con ánimo, y tras ponerse la ropa en un suspiro, se plantó frente a su puerta con intención de volver a verla.

* * *

Atravesando las oscuras sombras de la carretera como una fría navaja que sesga el ambiente, la opaca silueta de un automóvil se acercaba progresivamente a su destino en la sierra malagueña. Apenas distaban cincuenta kilómetros, pero desde hacía más de una hora los profundos ojos que se apostaban tras el volante buscaban ansiosos cualquier detalle que les indicase que la meta se hallaba cerca. Tal era el ansia por alcanzarla y poder llevar a cabo la misión que el motor rugió en la última etapa como no lo había hecho hasta entonces, llegando a superar con creces el límite de velocidad permitido.

Mientras, en la recepción del hotel de Baeza, uno de los empleados trataba de hacer entender a Ángel que la información que acababa de facilitarle era todo cuanto sabía.

—¿Está seguro de que no dijo hacia dónde se dirigía? —insistió con vehemencia, pese a lo inoportuno de la hora.

—Ya se lo he dicho. La señorita Molina estuvo aquí hará tres cuartos de hora para entregar la llave y abonar una consumición que le subimos a la habitación el día anterior, y luego se marchó. No dijo nada más que gracias y adiós.

—¡Qué detalle! —repuso con ironía y notablemente excitado. La repentina marcha de su ex sin ni siquiera despedirse le olía a chamusquina—. ¿Y no cogió un plano o le preguntó por alguna carretera…?

—No, señor —respondió el recepcionista cada vez más harto de la conversación.

—Vaya por Dios. Gracias de todas formas —sentenció el vasco próximo a salir.

—Aunque, ahora que lo pienso, me pareció verla acercarse a uno de los ordenadores que están en aquella esquina…

—¿Cómo? —Ángel volvió a confiar en que el destino estaba de su parte.

—Sí, recuerdo que me llamaron de la 27 para pedirme la contraseña del *wifi,* y mientras hablaba me giré para dictársela al cliente, y entonces la vi de reojo en aquel rincón…

—¡Gracias, gracias!

Como movido por un resorte el guipuzcoano se lanzó hacia el puesto informático del hotel y rápidamente comenzó a rastrear las últimas páginas visitadas. Dos pertenecían a periódicos británicos —

seguramente consultados por extranjeros—, otra era un portal de turismo de la provincia, y por último aparecía una búsqueda reciente que se correspondía con una iglesia conventual de Ronda llamada de la Merced.

# 38. Málaga, 1937

Una alfombra de guijarros sucia y salpicada de metralla sirvió de lecho para el cuerpo de Josefina, del que Luisa no deseaba separarse pese a las insistencias de otros fugitivos. Aunque había sido capaz de esquivar la mayor parte de la gran roca que se precipitó sobre ella instantes después de encontrar el cadáver de su madre, el fuerte impacto de la cabeza contra el suelo había sido suficiente para ahorrarle sufrimientos. A esas alturas de la jornada, con el astro rey iluminando el drama, los suspiros habían venido a sustituir a los lamentos, el ahogo al llanto y la lucha por la supervivencia a la resignación. Nada se podía hacer contra los ataques lanzados desde la costa, salvo ocultarse en las zanjas y las amplias alcantarillas que se disponían providenciales junto a las lindes de la carretera. Allí se refugiaba parte de la masa como un todo de carne blanda, latente y asustada, buscando el abrazo de la tierra y pugnando por no apartar los ojos de la luz de esa forma tan mísera. Había sobre todo mujeres y niños, pues los pocos hombres que no portaban fusiles o vestían los colores de las milicias estaban heridos o eran tan ancianos que su concurso bélico había sido descartado meses atrás. Tal era el estado de histeria colectiva que una simpleza cotidiana como portar un utensilio de color rojo ya era motivo para que muchos se alarmasen. «¡Que esconda la cafetera! ¡Esa niña! ¡Que nos van a ver los de la Aviación!».

Después de dos días de dura caminata la caravana veía aproximarse cada vez más el fantasma del hambre, cuyo rostro implacable les atenazaba las piernas ya maltrechas por el camino. Muchos arrastraban los miembros por la grava empujados por una fuerza inexplicable, ajenos casi al dolor de las plantas sanguinolentas y llenas de mugre e hipnotizados por el delirio de sus adentros. Otros se habían rendido ante el poderío ofensivo y la cruda realidad circundante, entregando sus gargantas a la aspereza de una soga prendida de un árbol o desperdigados entre la maleza con el cráneo deformado por un disparo salido de su propia mano. Ese era el caso de una joven pareja de anarquistas, cuyo amor frustrado por los sombríos acontecimientos los había precipitado hacia el abismo del suicidio. Así los descubrieron los ojos cautivos de los huidos, abrazados el uno al

otro como una suerte de amantes medievales, luciendo orgullosos los atributos rojinegros de su tragedia. Y es que en aquella descarnada caravana la muerte seleccionaba a las almas de manera arbitraria, ya ilustrasen sus pensamientos de una manera u otra, pues el filo de su guadaña no era escrupuloso ni selectivo. Muy al contrario, mientras aquellos que empuñaban las armas se cebaban en una orgía de destrucción indiscriminada que les devoraba por dentro aún sin saberlo, las futuras víctimas eran entregadas a la parca de un modo sereno y casi imperceptible. Lo peor era contemplar la marcha de los seres queridos o de las incontables criaturas anónimas e inocentes que aún no habían sido capaces de levantar la vista del suelo.

Mientras la cola de la serpiente continuaba abandonando la provincia malagueña, ya dominada por las hordas castrenses sublevadas, su luctuosa cabeza conquistaba los paisajes de Salobreña con el imponente desafío de franquear un cauce fluvial que para muchos supondría el adiós definitivo. De este modo el enlutado álbum de imágenes aún debía incorporar nuevas instantáneas antes de que la esperanza alzase su bandera fraternal a las puertas de Almería. Las muchas lluvias caídas durante el invierno y la apertura de una pequeña presa habían contribuido a que el aspecto de la desembocadura del río Guadalfeo se mostrase amenazante, sobre todo al revelar que el único puente a esa altura de la rambla había sido volado por las tropas leales a la República como estrategia para frenar la ofensiva. Lo que estos combatientes no sabían es que esa decisión terminaría convirtiéndose en una trampa mortal para sus propios hijos, desesperados por no poder continuar y mirando de reojo a un enemigo que les pisaba los talones.

—¡Malditos sean! —gritaba un pobre hombre de edad avanzada cuya gorra de paño le tapaba la mitad del rostro—. ¡Pero si se han cargado hasta el puente! Ahora no lo podemos cruzar ni nosotros…

—Pero ¿qué quieren? ¿Que nos tiremos de cabeza? —se lamentaba una consumida figura femenina que caminaba a su lado—. ¡Hasta los nuestros se han olvidado! ¡Nos han abandonado del todo!

—¡Hijos de puta! ¡Son unos hijos de puta! —gritó otro perdiendo el seso y lanzando piedras con desesperación.

De ese modo varias familias terminaron hundiéndose en los revueltos fluidos de un paisaje habitualmente idílico, protagonizando la enésima paradoja del desastre. Un autobús lleno de pasajeros lo intentó a duras penas por el vado aparentemente más apacible, sin

éxito. Un grupo de mujeres optó por otro recodo, remangándose las faldas hasta la cintura y precipitándose posteriormente en el fondo, mientras que un niño escurrido de unos brazos fue arrastrado por la corriente ante la desesperación de su madre.

—¡Mi hijo! —bramó como una loca internándose en el agua con la cara desencajada.

—¡Señora! ¡Se va usted a ahogar también! Deje usted a su hijo, déjelo, Dios ha querido que se lo lleve…

—¿Dios, dice? —se volvió presa de las lágrimas buscando las palabras más hirientes que hallase su imaginación—. ¡Dios hoy ni siquiera nos mira! ¡Está avergonzado de tanta infamia!

Ni aun en la tumba de agua dulce las tristes gentes dejaron de ser vigiladas por los aviones que cruzaban el firmamento en parejas, confabulados para la masacre. Así, el que no perecía ahogado lo hacía ametrallado por la munición extranjera en medio de la naturaleza, y sin posibilidad de escapatoria. Tuvo que ser un muchacho de unos doce años el que avisase de la posibilidad de tomar la otra orilla por un paso interior menos desafiante, y tras seguirlo un buen número de personas, la cadena volvió a ser engarzada para continuar con el trayecto. Cerca de ese recodo quedaba el municipio de Motril y más adelante Calahonda, cuya escueta población se mostraba recelosa ante la invasión inesperada de civiles necesitados de lo más básico.

Mientras tanto una desarmada Luisa estrujaba con todas sus fuerzas el tallo cespitoso de una caña de azúcar para enjugar los labios de Josefina, a la que se negaba a dar por muerta. Las horas pasaban, la respiración de la chica era inapreciable y su pulso ausente, pero algo muy dentro le aseguraba que su joven amiga aún luchaba por volver a parpadear.

Llegado el día décimo, y con el estómago cerrado por la escasez de alimento, la muchacha comenzó a perder la fe en escapar de aquel abismo con vida. Sus esfuerzos por arrastrar el cuerpo inerte habían resultado estériles y a pesar de los consejos y advertencias sobre el lastre que le suponía para su propia supervivencia, ella se apostaba a su lado viendo pasar la interminable fila de fugados que, como un séquito de hormigas, seguían obedientes a un único líder llamado perseverancia.

Fue entonces cuando, a punto de ser vencida por el sueño y la inanición, la pobre sirvienta divisó a lo lejos un vehículo que se estaba

dedicando a recoger enfermos y heridos. Se trataba de una rudimentaria ambulancia procedente de Almería que bajo la enseña del Socorro Rojo venía asistiendo a duras penas a la muchedumbre. Al frente de los voluntarios iba un señor de mediana edad y escaso pelo vestido con un mono oscuro que alzaba una y otra vez a los caídos para colocarlos en el vehículo. Una operación dura y dificultosa que se llevaba a cabo más con el corazón que con la cabeza, pues a la ausencia de instrumental adecuado había que añadir el escaso número de voluntarios que lo asistían en su labor.

—¡Aquí! ¡Aquí! —voceó Luisa desde el suelo tratando de llamar la atención del médico. Entonces el hombre se volvió y distinguió el perfil inanimado de Josefina, acercándose a continuación hacia su acompañante.

—*Est-elle morte?* ¿No está muerta? —preguntó con un marcado acento francés, delatando su procedencia extranjera.

—Eso dicen todos, pero yo estoy segura que no es así —respondió Luisa con un hilo de voz casi imperceptible, acercando su rostro al de la desmadejada chica—. Hace dos días sufrió un porrazo en la cabeza y yo la he estado cuidando desde entonces, le he dado de beber…

—Tenemos muy poco espacio… Quizás es *trop tard* para ella —sentenció con lástima.

—¡Señor, se lo suplico! Llévesela con usted. Se curará, estoy segura. Hágalo por mí…, ¡por favor! ¡Mi amiga aún vive! ¡Lo sé, estoy convencida! ¡Por caridad! —la muchacha se abrazó a sus rodillas dejándolas empapadas de lágrimas.

—*D'accord* —convino el doctor emocionado por la escena, acariciando a continuación la sedosa cabellera de Luisa y agachándose para recoger las livianas hechuras de la adolescente.

—¡Espere! Antes que se la lleve quiero colgarle esto —y tomando una pequeña medallita oculta bajo los pliegues del vestido adornó con delicadeza el cuello de la desgraciada. A continuación depositó un último beso sobre su frente.

—*Bonne chance!*

—Permítame, señor. ¿Cuál es su nombre? Quisiera recordarlo para siempre.

—Norman Bethune.

—¡Norman! Es usted un santo, ¡un verdadero santo!

* * *

El blanco espumarajo surgido a borbotones de la boca del caballo alertó a su ocupante de que debía hacer una parada para descansar o de lo contrario el animal podría perder las fuerzas y con ello dificultar su huida. Con esa intención se adentró en el pajar de una casa a todas luces abandonada y no lejos del núcleo urbano de Adra, donde había caído un proyectil hacía pocas horas. Al bajarse de la montura y tirar de las riendas hasta el interior de la construcción reparó en que esta estaba ocupada por un pequeño grupo de milicianos que, como él, habían desertado de las filas republicanas recién conquistada Málaga y se afanaban por encontrar una vía de escape que les condujese hasta el Levante.

—Salud, camarada —le saludó uno de los ocupantes mientras se limpiaba con la manga del uniforme después de beber en una botella. ¿Te apetece un trago?

—No te lo voy a negar —contestó el recién llegado, echando mano al recipiente de vidrio y empinando el codo para ingerir el líquido a morro.

—Ese caballo tiene mala pinta —intervino otro con la chaqueta entreabierta, dejando ver una amarillenta camiseta interior llena de orificios.

—Ya lo sé, por eso mismo me he parado aquí. ¿No sabréis por casualidad dónde hay un abrevadero para las bestias?

—Ahí a la vuelta tienes uno, aunque el agua está algo turbia. Se ve que los que vivían en la casa se largaron hace tiempo.

—¿Habéis encontrado comida? —insistió el jinete.

—Algo hay por ahí… ¡Perico! Dale un poco de tocino a este —gritó hacia un rincón.

Los excombatientes charlaron durante un rato sobre las diferentes opciones para llegar a Almería y desde ahí subir hasta Valencia. El objetivo final era intentar unirse a las columnas de aquella zona o directamente escapar por mar o a través de la frontera con Francia. El nuevo percibió con inteligencia y nada más entrar en el cobertizo medio derruido que todos los ojos se habían posado en el penco denotando malas intenciones. «Estos, en cuanto me despiste, me roban el caballo», masculló sobre un tarugo de madera que hacía las veces de asiento mientras mordisqueaba un trozo añejo de sebo. Por eso, en cuanto los milicianos se quedaron dormidos, se puso las ajadas botas militares en silencio y salió apresurado en busca del animal para emprender la marcha. No obstante al poco de montarse uno de los

más jóvenes se apercibió y tomando una pistola intentó obligarlo a detenerse, recibiendo a continuación una patada en el rostro con tanta violencia que le hizo sangrar profusamente por la nariz, disparando sin querer su arma corta en dirección al cielo. Como si este hecho hubiese supuesto una llamada de atención para el enemigo, a los pocos segundos de producirse la detonación, y cuando aún no les había dado tiempo a levantarse a los desertores, un pájaro de las fuerzas rebeldes descendió hasta el término donde se hallaba la casa y dejó caer con desdén una bomba sobre ella, fulminando las vidas de los hombres en menos que duraba un suspiro.

Tiempo después, y cuando el avión se hubo desviado de su rumbo, el superviviente buscó nuevamente el curso de la carretera, dando gracias por haber esquivado una vez más el soplo de la muerte. No llevaría ni tres kilómetros de marcha cuando se encontró con una niña que, apoyada en una roca que daba al mar, se tapaba la cara con las manos en un gesto de gran desesperación. Esta, al sentir los cascos del caballo golpeando sobre el suelo, se temió lo peor. Empero se armó de valor y despejó su rostro, volviéndose hacia el animal y descubriendo con sorpresa que quien la miraba llevaba el mismo uniforme que su difunto padre. «Es de los míos», se dijo aliviada, y entonces el hombre, cuyas duras facciones se enternecieron al contemplar a la cría desvalida, la tomó por la estrecha cintura y la subió a la silla, iniciando poco después la lenta cabalgada hacia la vida.

* * *

—¡Luisa Barrios! —gritó un motorista enfundado en su recia chaqueta al divisar a una muchacha que caminaba sola y cercana al precipicio entre un puñado de famélicas campesinas.

—¡No! —contestó la chica. Yo no me llamo Luisa.

—¡Luisa Barrios! —continuó vociferando entre la masa, esquivando los cuerpos que lo observaban impasibles desde el temerario carril.

Su cuerpo fibroso y ágil dejaba entrever que se trataba de un muchacho joven y lleno de vigor, y por su comportamiento se podría deducir que era educado e incluso piadoso, pues en ningún momento hacía ostentación de fuerza. Pese a todo, las personas que se hallaban a su paso y a las que preguntaba con ahínco se echaban a temblar nada más verlo, conscientes de que el atuendo revelaba a las claras su procedencia.

—¿Luisa? —preguntó a otra chica de perfil delgado y casi púber.

—¡No! Mi nombre es Amparo —respondió temerosa—. Yo no conozco a ninguna Luisa, señor. Lo siento mucho.

Y así continuó hasta casi perder el aliento. Al rayar el ocaso, y mientras un enorme pastizal levantaba grandes cortinas de fuego y humo al haber sido alcanzado por un proyectil lanzado desde uno de los buques, el motorista alcanzó a una cuadrilla de hombres que se arremolinaba en torno a dos personas, increpándolas. Tras detener el motor y bajarse de la máquina con solemnidad se acercó hasta ellos y trató de enterarse de lo que estaba ocurriendo. Al parecer la mujer se hallaba masticando unas hierbas silvestres al borde de la carretera cuando un tipo desfigurado, fingiendo ayudarla, trató de propasarse con ella. Lejos de permitir que abusasen de su cuerpo, la chica respondió con ímpetu, zafándose de inmediato y escupiéndole a la cara con asco, provocando al agresor de tal forma que, en vez de calmar sus ánimos, propició que todo el peso de este se precipitase sobre su débil complexión hasta casi asfixiarla.

—¡Déjala ya, Marcial! —le espetó un conocido.

—¿No ves que es una zorra fascista? —gritó otro—. No hay más que ver las alhajas que lleva escondidas en esa bolsa…

—¡Marcial, no seas bestia!

—¡Dale lo que se merece! Pues no han hecho ellos lo mismo con nuestras mujeres…

La chica tenía la cabeza vuelta hacia el suelo cuando el desconocido se abrió paso entre la turba a base de manotazos. Y es que, una vez más, en cuanto este mostraba los emblemas de su uniforme, la gente se apartaba aterrada.

—¡Es uno de los italianos! —se susurraban hieráticos unos a otros sin oponer resistencia.

—¡Cállate o estamos perdidos!

—¡Marcial, vete de aquí echando leches, si no quieres que te arrastren!

Entonces, como si el tiempo se hubiese congelado por facilitar el feliz encuentro, el militar se desprendió lentamente del imponente casco y escrutó el rostro sucio y maltratado de la chica, quien tras oír pronunciar su nombre en voz alta y distinguir el semblante de su interlocutor sintió que la sangre abandonaba su cabeza nublándole la vista.

No era miembro de las tropas de Roatta, tampoco de las del

coronel Borbón, pues ni siquiera era fascista, y sus suaves modales en absoluto se correspondían con los de un castrense. Tenía los ojos claros como el mar insomne que se abría ante ellos, el pelo de un dorado oscuro reluciente y en su mirada habitaba un brillo imposible de olvidar. En las alforjas de cuero de su moto, llena de combustible hasta las marcas, se alojaba un completo botiquín así como salvoconductos oficiales que serían la envidia de cualquiera en aquellas circunstancias. Únicamente el acento, que salpicaba con donaire un uso muy correcto del español, podía correr el tupido velo de su origen norteamericano.

Antes de perder el conocimiento y como paso previo a su rescate, la joven esbozó una muda sonrisa de agradecimiento acompañada de una única palabra: «Milton».

# 39. Al borde del precipicio

*Convento de la Merced, Ronda, 10 de noviembre de 2013*

Aunque el color oscuro y lustroso del asfalto evidenciaba que este se hallaba extremadamente mojado —entre las cuatro y las cinco de la madrugada una potente tormenta hizo estragos en el paisaje—, hacía un buen rato que había dejado de llover sobre la sierra malagueña. Un detalle que Carla agradeció sobremanera, pues odiaba conducir de noche y mucho más en condiciones tan adversas.

A los dos minutos de abandonar Baeza, donde una nueva corazonada la instó a salir precipitadamente del hotel y lanzarse a la carretera, cayó en la cuenta de que se había dejado el teléfono móvil en el asiento trasero del coche de Ángel, por lo que este no tendría posibilidad alguna de ponerse en contacto con ella. Tampoco contaría con la gran ayuda del GPS, que ya la había sacado de apuros otras veces. Por tanto hubo de conformarse con los datos consultados en el ordenador de recepción que prácticamente llevaba archivados en su cabeza. El éxito de su viaje consistía, fundamentalmente, en llegar lo antes posible a Ronda.

Al filo de las siete de la mañana y después de un duro periplo por las provincias de Jaén, Córdoba y algunos municipios de Málaga, el Renault Clio alcanzó por fin el deseado término. Sin perder un segundo, y en base a su buena suerte, Carla condujo directamente a la Plaza de la Merced, donde se hallaba el monasterio de las Madres Carmelitas. Su plan consistía en aguardar dentro del coche del modo más disimulado posible el momento idóneo para acceder al recinto. De una manera u otra debía ser la primera en hacerlo. Por tanto, una vez alcanzado su destino y detenido ya el vehículo junto a una acera próxima a la escalinata que daba acceso al templo, la chica apagó las luces y desconectó el motor.

Aunque las informaciones que manejaba indicaban que la primera misa de la mañana tendría lugar a las nueve y media, ella pretendía acceder antes, pues era de vital importancia contactar con la priora de inmediato para evitar un desastre. El hecho de no haberla llamado previamente obedecía a su deseo de no asustar a las religiosas. «De

todas formas las monjas estarán levantadas desde las seis, ya que a esa hora tienen la oración de prima, creo», trató de recordar en voz baja. En todo caso debía hacer tiempo, por lo que optó por coger el bolso y sacar unos caramelos de café para endulzar la espera. Al hacerlo reparó en una nota escrita por ella misma en la que aparecía el nombre de Júpiter junto a una flecha que se correspondía con el jueves. Desde la llegada del segundo y último mensaje y sobre todo a raíz del descubrimiento de parte del significado de este en la salmantina Plaza del Corrillo, la chica le había dado una y mil vueltas al asunto sin obtener respuestas. Por tanto pensó en analizar una vez más la frase en latín del primer envío, aquella que decía «Al Dios de nuestros padres» y que el fallecido policía le rogó que tradujera del latín. «Tal vez si logro relacionar ambas notas pueda solucionar el enigma», masculló entre dientes.

Una cosa estaba clara: la persona que le había enviado aquellos sobres la conocía medianamente bien, pues no todo el mundo sabía traducir frases del latín así como así. Y ya que las primeras líneas de aviso iban redactadas en castellano, ¿a cuento de qué el remate iba a estar escrito en una lengua muerta si no era para llamar su atención? Júpiter era el «dios supremo» para los romanos y se correspondía con el Zeus de los griegos, figurando el primero en una escala plagada de dioses y semidioses. Por otro lado el «Dios» al que se refería la primera misiva era el creador del mundo judeocristiano, lo que enlazaba perfectamente con su investigación centrada en la religiosa católica. ¿Qué tendrían que ver el uno con el otro?

«Ese no puede ser el camino —reflexionó Carla—. Debe haber algo más detrás de la frase completa, no sólo la figura de Dios en sí misma». Entonces volvió a repasar el texto *DEO PATRUM NOSTRORUM,* y cayó en la cuenta de que este le recordaba a algo que había leído más de una vez en algún sitio. «Esto era un lema, si mal no recuerdo, ¿pero de quién?». Seguidamente miró al infinito tratando de hacer memoria y al fijar la vista en la calle reparó en que de uno de los balcones que daban a la plaza pendía una bandera nacional, seguramente colocada a raíz de algún partido de la selección española de fútbol. Rápidamente, y al distinguir el escudo, la joven cayó en la cuenta, que el lema en latín formaba parte del símbolo de un noble. «¡Claro! La frase *Deo Patrum Nostrorum* fue elegida por Fernando Álvarez de Toledo para su divisa. ¡Es el lema del Gran Duque de Alba! ¿Y quién sabía que yo lo sabía?».

Entonces Carla hizo una lista mental de nombres y poco a poco fue descartándolos hasta quedarse únicamente con tres: Mamen, Miguel y Matías. Ellos conocían su investigación prácticamente desde el principio, eran conscientes de su capacidad intelectual y al mismo tiempo la estimaban lo suficiente como para alertarla de un posible peligro. Pero de los tres había uno para quien el ducado de Alba era más que una obsesión, que llevaba años comportándose con ella como un verdadero padre, que desde siempre admiraba la mitología y los acertijos y cuyo día de tutorías en la facultad era los *jueves*. Ese no era otro que su querido profesor Horacio Matías.

«Ahora lo entiendo todo. Matías estuvo metido en el asunto desde el primer minuto. Él fue mi enlace con el CITeS, él revisaba mis informes, él sabía siempre donde me encontraba, él… ¿Él está conmigo o contra mí?», pensó asustada.

Un cuarto de hora después, Carla descendió del vehículo para dirigirse al pórtico y llamar al timbre de la comunidad. Al escuchar la voz tranquila de una de las monjas la joven respiró aliviada. «De haber ocurrido algo grave no me habría respondido con tanta calma». Pero en cuanto esta le franqueó la entrada y le comunicó que la priora estaba reunida desde hacía un rato con un sacerdote joven, un escalofrío comenzó a recorrerle la espalda. No fueron necesarias demasiadas preguntas, pues la somera descripción brindada por la religiosa le confirmó lo que ya se temía: el padre Janek se le había adelantado.

Sin más preámbulos y armándose de valor, Carla le comunicó a la religiosa, con el mayor temple del que fue capaz, que la más preciada de sus reliquias corría peligro.

—Disculpe, señorita, pero ¿está usted segura de lo que está diciendo?

—Completamente segura. Si no lo estuviera no habría conducido durante toda la noche desde la provincia de Jaén.

—Si es verdad lo que dice, deberíamos avisar a la Policía o a la Guardia Civil…

—¡No tenemos tiempo para eso! Tiene que dejarme pasar ahora mismo para que vea a la priora.

—Eso es imposible, las normas del convento prohíben que yo…

—¡Hermana! ¿Es que no me ha oído? Si no resolvemos esto ahora mismo lo lamentarán. De hecho ya podría ser demasiado tarde.

Déjeme pasar…

—Lo siento mucho, hija, pero no va a poder ser. Antes debo hablar yo misma con la reverenda madre y comunicarle que está usted aquí. Mientras tanto puede esperar en el recibidor —concluyó la monja con una tranquilidad impropia.

—Muy bien —respondió Carla mostrándose resignada.

Pero en cuanto la hermana se hubo dado la vuelta, y antes de que cerrase la puerta tras de sí, Carla la apartó de un suave empujón y corrió como una centella por el pasillo para buscar el despacho de la priora. Seguidamente la incauta monja, una vez se hubo recuperado del susto, comenzó a alertar a la comunidad haciendo uso de todos los medios a su alcance, desde tocar la campana a vocear el nombre de sus compañeras por el claustro. Un error fatal que les terminaría costando muy caro.

Carla ya estaba apostada junto al umbral de la estancia correspondiente y a punto de actuar, cuando el revuelo formado en el monasterio hizo que la puerta se abriese de improviso mostrando el perfil del cura polaco.

—¡Qué sorpresa! Mi amiga Carla Molina —manifestó con una sonrisa siniestra—. No esperaba encontrármela tan pronto.

—Déjese de palabrería y devuelva ahora mismo lo que ha robado.

—Me sorprende su tono, querida. Usted no suele ser una persona agresiva. Siento decirle que se equivoca de persona, y aunque esa acusación es muy grave, por la estima que le tengo se lo diré alto y claro: yo no he robado nada. Y ahora si me disculpa debo marcharme. Me espera un avión en…

—¡Usted no va a ninguna parte! ¡Abra ese maletín! —exclamó sulfurada, y en ese mismo instante surgió del interior del despacho una religiosa de edad avanzada que la miró aterrada sin saber qué decir.

—¿Qué opina de todo esto? —el cura se dirigió a la priora—. ¿Le damos la razón a esta chica y abrimos el maletín? —la monja permaneció muda de espanto.

—¡Es que no ve que lo está robando…! —le increpó Carla al no verla reaccionar.

Entonces Janek oyó un rumor de pasos que se acercaban rápidamente por el claustro y se le ensombreció el gesto. A continuación introdujo su mano derecha en el abrigo oscuro y sacó una pistola con la que apuntó a Carla.

—Jamás quise hacerte daño, ni a ti ni a nadie, pero no has hecho más que complicar las cosas.

—¡Eres un malnacido y lo sabes! Desde el principio sospeché de ti, y ahora por fin has dado la cara.

—Muy astuta, sí señor. Pero no te ha servido de nada. El trabajo ya está prácticamente concluido, a falta de la última pieza —reveló mientras apuntaba simultáneamente a la muchacha y a la reverenda.

—¡No dispare, por Dios! —le rogó la monja.

—Lo siento mucho, hermana, pero no me dejan otra opción. Adiós, Carla, ha sido un placer contar con tu valiosa colaboración.

Justo cuando se disponía a apretar el gatillo, un hombre salido de la nada se arrojó sobre la espalda del sacerdote, desviando la trayectoria del disparo y enzarzándose a continuación en un tremendo forcejeo. Al primer disparo le siguieron dos más —a esas alturas toda la comunidad de carmelitas se encontraba en el patio, refugiadas tras las columnas y rezando en voz baja—. La superiora se hincó de rodillas suplicando que se detuviesen, mientras Carla luchaba por intervenir y hacerse con el arma. No fue posible, ya que el cuarto disparo precipitó las cosas y provocó la caída de uno de los hombres, dejando consternadas a las presentes.

—¡Matías! —gritó la joven al ver el cuerpo del profesor atravesado por una bala—. Pero ¿qué haces aquí?

—Intentar salvarte… la vida —respondió él, llevándose una mano al pecho.

—¡Maldito asesino! —exclamó ella al ver el rostro encolerizado del agresor.

—Tú mismo lo has dicho, pedazo de imbécil —intervino Janek—. Y por tu insistencia en salvarla has estado a punto de echarlo todo a perder.

—¿Qué está diciendo, Matías? —Carla no daba crédito.

—Ya es demasiado tarde para explicártelo… Perdóname, Carla, perdóname —el profesor se desangraba por momentos.

—¡Qué gran tipo el tal Matías! —aplaudió el polaco con sorna—. Lástima que decidiera borrarse a última hora —entonces volvió a buscar la mirada de Carla—. Ah, claro, tú no sabes de lo que va el asunto. No te preocupes, ya te lo contaré fuera. Será la última conversación que tengamos juntos. ¿Nos vamos, cariño?

Janek volvió a dirigir el arma contra Carla y agarrándola de un brazo la condujo por el pasillo hasta la puerta de salida, llevándose

consigo el maletín de cuero.

En cuanto salieron la priora llamó a una ambulancia y trató de reanimar el cuerpo exánime del profesor, sin éxito. Antes que los servicios de emergencia arribasen a la Plaza de la Merced, Matías se despedía de este mundo ante la mirada exculpatoria de las monjas.

* * *

—¿Podría decirme dónde se encuentra la iglesia conventual de la Merced? —preguntó impaciente Ángel a un quiosquero que se disponía a introducir los periódicos dominicales en su establecimiento. Pese a ir a más de 140 durante casi todo el trayecto, le daba la sensación de que estaba perdiendo más tiempo de lo debido.

—¿La iglesia de qué? —le respondió el otro con un mohín.

—De la Merced. Es un convento de carmelitas…

—A ver, déjeme que piense…

—Tengo mucha prisa. Hágame el favor, necesito llegar cuanto antes.

—Es que así, con esos datos, no sé, no sé.

—Mire, déjelo —dándose por vencido—. Ya le preguntaré a otra persona.

—Espere, espere… ¿Ese no será el convento de las monjas?

—Sí, exacto, de monjas carmelitas.

—¡Ah, bueno! Haberlo dicho antes, hombre. Pues siga todo recto por ahí y luego gire a la derecha en el segundo cruce, después recorra unos cien metros y vuelva a girar a la izquierda, y al poco encontrará una plaza. Tiene una fachada alta y encalada, y un buen campanario. Seguramente lo verá de lejos. No tiene pérdida.

—Ya veo que es fácil, sí —afirmó con grandes dosis de ironía—. Gracias por todo.

—De nada, amigo.

Tal como era de esperar y pese a seguir las indicaciones Ángel volvió a perderse en los callejones vacíos de Ronda y, sin saber cómo ni por qué terminó en el mismo lugar donde había comenzado la búsqueda, la Plaza de España. Al no ver a nadie por la zona decidió aparcar el vehículo y seguir a pie, sin pensar que esa decisión sería una de las más acertadas de su vida.

Lleno de rabia por no haber hallado el convento, pese a dar mil vueltas por el municipio comenzó a acelerar el paso en dirección al

centro. «Tiene que ser por aquí, no hay otra», se dijo convencido. Entonces, inesperadamente, un coche negro bastante lujoso y procedente del casco viejo cruzó junto a él a toda velocidad y, tras sortear la florida rotonda que se alzaba en la monumental explanada, desvió violentamente su trayectoria para ir a empotrarse contra una farola situada frente al Parador de Turismo. Consternado por el accidente y resuelto a acercarse para auxiliar a las posibles víctimas, advirtió cómo una de las puertas se abría y de ella surgía una mujer herida. Trastabilló sobre el acerado, se levantó de improviso y emprendió una frenética carrera en dirección al Tajo. Todo lo que ocurrió después tuvo lugar en apenas medio minuto, el tiempo necesario para que Ángel distinguiese al conductor del coche siniestrado persiguiendo a la mujer pistola en mano hasta darle alcance en medio del Puente Nuevo. Por suerte, a esas horas de la mañana la plaza aún estaba desierta, pues de lo contrario habría cundido el pánico al presenciar la escena que vendría a continuación.

—¿Dónde crees que vas, estúpida? —increpó Janek a Carla apuntándola con la pistola a cierta distancia.

—¡Déjame en paz, Janek! Haz lo que te dé la gana con el maletín y las reliquias, pero deja que me marche, por favor.

—Carla, Carla, Carla… ¿Por quién me has tomado? No soy un vulgar ladrón, sino alguien con mucha experiencia en asuntos delicados. Y te confieso que este encabeza la lista de todos ellos. Por tanto, tengo que acabar contigo…

—¡Janek, por favor!

—Qué bien suena ese nombre en tu preciosa boca. Lástima que no nos hayamos entendido mejor. De ser así te hubiese pedido que me llamases por el verdadero.

—¡Jodido embustero!

—Chis. Calladita estás más guapa. Gírate y comienza a andar. Pensaba llevarte de paseo en mi fantástico coche, pero, ya que tú has sido la culpable del volantazo que ha acabado con él, ahora vamos a resolver las cosas a mi manera.

—¿Qué piensas hacer conmigo? —preguntó la chica al divisar a Ángel, que se acercaba lenta y sigilosamente, tratando de ganar tiempo.

—Te suponía más lista.

—A lo mejor podemos llegar a un acuerdo. Tú te quedas con la reliquia y yo finjo no recordar nada después del accidente. A estas

alturas ya tendrás una copia lo bastante buena como para darle el cambiazo, ¿me equivoco? Podría aparecer *por casualidad* en una cuneta dentro de unos cuantos días…

—A estas alturas ya no tenemos nada que negociar. Primero acudiste a la policía y me obligaste a acabar con ese pobre infeliz, el agente Cánovas; luego me jodiste el plan en Viana al llamarme por teléfono; por último me empujaste a disparar a Horacio Matías… Y ahora pretendes que te deje marchar confiando en tu silencio. ¿Me tomas por tonto? No sabes lo que me ha costado volver a reconducir las cosas… Ahora que tengo la mano, y todo lo demás está donde debía, ya no te necesito para nada.

—Te equivocas en algo —dijo ella con decisión.

—¡Sorpréndeme! Será lo último que digas.

—Tú no tienes la mano.

—¿Cómo? —exclamó el polaco sorprendido.

—En efecto, la tengo yo —dijo Ángel a sus espaldas sacando el maletín por fuera de la baranda. En su rápida carrera tras la chica el sacerdote lo había dejado olvidado en el coche.

—¿Quién demonios eres tú?

—Alguien con quien no habías contado hasta ahora —respondió desafiante.

—Mira bien lo que vas a hacer. ¡Ese maletín contiene algo de un valor incalculable!

—Aquí lo único de valor es esa mujer a la que estás apuntando. Deja la pistola en el suelo y yo te entregaré la maletita.

—¡Miserable!

—Tranquilo, ¿no te parece buen trato? Tú te quedas con tus huesos y yo con los míos —Carla, pese a la tensión del momento, sonrió al escuchar estas palabras.

—De acuerdo, de acuerdo. Apoya el maletín en el balcón y yo dejaré la pistola en el suelo.

—Trato hecho. Pero nada de trampas, ¿eh, curita?

Tal como prometió, el vasco depositó el objeto en el pretil de piedra, despacio, sin apartar la vista de Carla y su agresor, mientras aquel se agachaba y hacía lo propio con la pistola. Pero entonces la muchacha intervino tratando de golpearlo y él la esquivó, volviendo a coger el arma de inmediato y lanzándose a por el maletín.

Ángel, que no se lo esperaba, reaccionó un poco tarde, y al ver que su oponente estaba a punto de hacerse con la reliquia se lanzó en

plancha sobre él, logrando golpear su cabeza contra el abdomen y provocando que el maletín saliese despedido hasta quedar al borde del precipicio, junto a su desamparado dueño.

—¡Ayúdame! —rogó Janek a punto de caer al vacío.

—Suelta el maletín y dame la mano —le espetó Ángel—. Nada en el mundo es más valioso que una vida, aunque sea la de un cerdo como tú —y dicho esto se inclinó para agarrarle un brazo.

—¡Vete al infierno! —farfulló el polaco antes de disparar su arma por última vez y perder el equilibrio a causa de la detonación, tras lo cual se hundió en el abismo.

—¡Ángel! —gritó Carla demudada al ver brotar la sangre del cuerpo de su ex, aunque afortunadamente sólo se trataba de un hombro.

—Tranqui, Carla. Saldré de esta.

—Pensé que te había matado.

—Yo también, pero se ve que no tenía buena puntería —ironizó antes de volver los ojos a la baranda por la que acababa de caer su rival—. Parece mentira. Ha preferido morir antes que dejar su absurdo maletín. A eso se le llama fanatismo.

—Yo diría más bien ambición —terció la muchacha—. Me temo que ese tipejo era tan sólo la punta del iceberg de una trama mucho más gorda…

—Sinceramente me importa un bledo. ¿Tú estás bien? Te he visto cojear…

—No te preocupes. Es sólo un golpe en la rodilla. Menos mal que íbamos en un BMW…

Antes que la conversación llegase más lejos, la pareja vio cómo se aproximaba un grupo de personas, entre ellos varios policías acompañados de una monja que parecía ser la priora de las carmelitas.

—¡Gracias a Dios que está viva!

—Por los pelos, madre, pero aquí sigo de pie. Aunque desgraciadamente no he podido hacer nada para salvar la mano. No me lo perdonaré jamás…

—No diga eso, muchacha. Es una lástima, sí, pero a fin de cuentas no era más que una buena copia…

—¿Cómo dice? —preguntó Ángel con cara de póquer.

—Pues eso, que la verdadera reliquia de nuestra santa madre está donde debe, en el convento.

—Discúlpennos, ¿nos podrían explicar de qué va todo esto? —

interrumpió uno de los policías.

—Ahora mismo, agente —respondió la priora—. Pero antes permítame que le dé un abrazo a esta joven. Es lo mínimo que puedo hacer para agradecerle su ayuda.

* * *

Esa misma tarde, y una vez que Carla se hubo despedido definitivamente de su profesor con lágrimas en los ojos, la reverenda le explicó la auténtica versión de los hechos, pues la que acababa de narrar con todo lujo de detalles en la comisaría era pura ficción.

«Dios y Santa Teresa sabrán perdonarme —había dicho—, pues sólo ellos conocen las verdaderas razones de mi piadosa mentira». Al parecer, desde hacía bastantes meses y poco después de la primera visita de Carla al convento, el profesor Matías se había puesto en contacto con la cabeza visible de la comunidad para alertarla de un posible robo. De hecho él mismo se personó en Ronda con una réplica casi exacta de la reliquia y se la entregó a la priora en el máximo secreto. Las instrucciones eran bastante precisas: en caso de acudir alguien desconocido, ya fuese con idea de revisar la pieza o incluso de llevársela, debía resistirse al principio, de un modo lo más convincente posible, para finalmente ceder y entregar la copia. No importaba que esa persona exhibiese documentos oficiales o permisos de cualquier institución. Fuese quien fuese debía ocultarle la pieza auténtica. Sólo de ese modo evitarían su pérdida para siempre. Y así es como se llevó a cabo todo hasta el preciso momento en que Carla interceptó la maniobra del supuesto cura polaco.

—Todas esas personas han muerto por mi culpa —se lamentó la chica entre sollozos.

—Nadie tiene la culpa salvo ese asesino que yace en el fondo del Tajo —la consoló la carmelita—. Dios se encargará de juzgarlo.

—Matías sólo deseaba protegerme, por eso me mandó los mensajes cifrados.

—¿Mensajes cifrados? —protestó Ángel—. No lo entiendo. Si quería protegerte, ¿por qué no te citó en su despacho y te lo contó todo punto por punto? ¿Por qué permitió que llegaras hasta el final?

—Él lo dijo aquí mismo, en la puerta de este despacho… El maldito Janek, quiero decir. Mientras me apuntaba con la pistola insinuó que el profesor «se había borrado a última hora».

—O sea, que estaba de mierda hasta el cuello, como ese cerdo polaco, pero terminó arrepintiéndose.

—Eso parece.

—¡Tiene cojones la cosa!

—Cálmese, señor —le aconsejó la religiosa.

—Discúlpeme por ser tan grosero, hermana. Pero es que todo esto me supera…

—Vamos a ver, Ángel, me es igual si ese hombre estaba de un lado u otro al principio, lo realmente importante es que al final hizo lo imposible por arreglar las cosas y salvarme el cuello. Incluso imploró mi perdón antes de expirar.

—No te quepa duda de que Él lo perdona todo, hija —añadió la priora.

—¡Qué generoso! Supongo que jamás sabremos cuánto acumuló en metálico hasta ese momento…

—¿Y qué? Ahí lo tienes, muerto. A él y al cura. ¡Qué pena de gente! —insistió Carla.

—Bueno, lo de cura lo dirás tú…

—¿Qué quieres decir, Ángel?

—Que ese tenía de cura lo que yo de fraile.

—Ya lo comprobé —respondió Carla muy segura de sí misma—. E incluso llamé al arzobispado y me confirmaron los datos. Aun así, como no me fiaba de él, ayer tarde, tras preguntarle por Medjugorje y salirse por la tangente, me dio por buscar su nombre en Internet y descubrí la foto del auténtico Janek Kalinowski. Era algo más mayor, aunque el parecido de ambos hubiese confundido a cualquiera.

—A Internet no se le escapa una, ¿eh?

—Quién me lo iba a decir. A veces tenemos la respuesta en la palma de la mano.

—¿Y entonces su relación con la Universidad de la Mística…? —exclamó la priora, que no salía de su asombro.

—Todo apunta a que era cien por cien inexistente, al igual que esos supuestos «documentos de la Santa Sede» que le mostró el impostor esta misma mañana. Con un par de llamadas nos enteraremos de todo. Ahora bien, ¿quién está detrás de toda esa trama? De eso no tengo ni idea, y quizás no lo sepamos nunca. Y sobre todo, ¿por qué?

# 40. Madrid, 1973

Juan deslizó los dedos sobre las incólumes teclas del instrumento sin llegar a presionarlas, cerciorándose bien de que todo estaba en orden. Después de una minuciosa inspección con el paño y la brocha en la que había eliminado los posibles rastros de polvo, el órgano lucía como si fuera a estrenarse. Luego abandonó la capilla y se dirigió con paso firme hasta el oratorio para continuar allí su labor. Primero repasó la mesa del altar —era fundamental que el mantel estuviese colocado de manera recta y equilibrada—, y seguidamente puso atención en los objetos litúrgicos situados sobre la credencia: el cáliz, la patena, el píxide y el purificador. Viendo que no faltaba nada, consultó su reloj de pulsera, se estiró bien la chaqueta del uniforme y comprobó que todos los botones estuviesen cerrados; después se recolocó las gafas y los guantes e inspiró aire un par de veces con objeto de relajarse, encaminándose a continuación a la cercana antecámara del dormitorio.

Ya hacía cuatro años que formaba parte del servicio privado de Su Excelencia el Caudillo, concretamente desde aquella remota mañana de 1969 en que el padre José María Bulart, secretario del obispo de Salamanca y capellán del Palacio de El Pardo, le requirió para asistir en las misas sustituyendo al encargado habitual, que se encontraba enfermo de las rodillas. Desde entonces había pasado al interior de un edificio del que apenas conocía la fachada más próxima a la garita —la misma donde hacía las guardias como escolta y en la que había sufrido los rigores del invierno—. El destino había querido que abandonase su pueblo natal en la provincia de Córdoba para hacer el servicio militar en el madrileño Regimiento de Transmisiones, dejando atrás una parroquia en la que colaboraba desde niño, primero como monaguillo y más tarde como organista. Curiosamente esos mismos habían sido los *galones* que le habían permitido medrar en la escala militar a sus escasos veinte años, empujándole a cambiar el fusil por el incensario y llegando a cobrar hasta trescientas pesetas por concierto.

No obstante, a pesar del tiempo transcurrido y de su pronta adaptación al nuevo empleo —además de secundar al presbítero en los oficios religiosos, debía colaborar en las tareas propias de los

mayordomos—, Juan aún sentía ese cosquilleo imposible de entender para todo aquel que no se encontraba, como él, tan próximo al poder, y muy especialmente en aquellas ocasiones en que el mandatario presidía una festividad señalada en el calendario.

Cada 15 de octubre, día en que la Iglesia celebraba la fiesta de Santa Teresa de Jesús, y a petición del Generalísimo, se llevaba a cabo en el interior de El Pardo un ritual lleno de simbolismo. El cordobés se levantaba temprano y disponía todo lo necesario para la misa privada en el oratorio —antaño la habitación regia donde había fallecido el monarca Alfonso XII en 1885— y seguidamente acudía a la antecámara para recibir de manos de doña Carmen Polo la reliquia más preciada del matrimonio, la mano incorrupta de la mística abulense, que veneraban desde 1940 en un mueble-oratorio de la época de Fernando VII próximo a las camas. Tal era su aprecio que cuando se desplazaban de vacaciones estivales a La Coruña y San Sebastián, justamente en el momento que bajaban al coche, la señora sacaba la pieza y se la entregaba al ayudante de campo de servicio. Este, que no se separaba ni un solo instante de la pareja, se la devolvía nuevamente en la puerta del dormitorio del Pazo de Meirás o del Palacio de Aiete.

—Buenos días, señora. Ya está todo preparado. Sólo falta colocar la Santa Mano en el altar —dijo el encargado con solemnidad.

—Aquí la tiene —respondió doña Carmen, cuyo complejo peinado ya era una realidad constatable a pesar de la hora tan pronta—. Por cierto, Cobos, ¿se ha sabido algo más de las monjas de Ronda?

—No, que yo sepa, señora —respondió él sosteniendo la pieza con sumo cuidado.

—Su última carta me crispó los nervios. Tanto que ni siquiera quise enseñársela a Su Excelencia. Parece mentira que después de treinta y cinco años sigan insistiendo en que le devolvamos la mano. Esa María de Cristo es perseverante hasta cansar y ni aun cesando en el cargo como priora ha dejado de intentar recuperarla. Mira que le hemos dicho veces que no. Primero a través del coronel secretario, que llegó a ponerse en contacto hasta con el obispo de Málaga para que les explicase nuestro interés en conservarla, luego Felipe… O no se entera, o no se quiere enterar. Y eso que nos hemos portado con ellas de forma generosa, más de una vez le hemos mandado dinero… Esta vez se ha valido de su propia hermana para hacérnosla llegar, por lo visto estaba enferma y la necesitaba… ¡Como si el jefe del Estado

fuese de hierro! Y digo yo, ¿quién es más importante? —exclamó airada, tras lo cual tomó aire y recuperó el tono habitual—. Espera, que te voy a leer lo que le hemos contestado…

—Como guste la señora.

—¿Vamos bien de tiempo, verdad?

—Por supuesto, señora.

—Aguarda, es sólo un momento…

Doña Carmen volvió a franquear la entrada al dormitorio y al poco regresó con un papel doblado. Antes de cerrar la puerta a sus espaldas se volvió ligeramente para decir unas palabras a su esposo, que se estaba terminando de ajustar el nudo de la corbata. «Ahora mismo vuelvo, Paco. Por cierto, después de la misa tenemos que fijar con el padre los detalles del día veintidós. He pensado en algo sencillo, una misa y un *Te Deum* de Acción de Gracias. ¿Te parece? Cincuenta años de casados, ¡cómo pasa el tiempo!». Luego, y sin esperar respuesta, se acercó hasta el sirviente, que no se había movido de su sitio junto al aparador, y comenzó a leer en voz baja con gesto agrio:

*Muy Sra. mía:*

*Su Excelencia el Jefe del Estado y Generalísimo, quien oportunamente tuvo conocimiento de su carta de fecha 8 del actual, en la que solicita sea llevada la Mano de Santa Teresa a Ronda al Convento de las Madres Carmelitas, ya que su hermana la Madre M. de Cristo, fundadora de la Comunidad, se encuentra en cama con una pierna partida, siente mucho manifestarle, como ya se le ha dicho en otras ocasiones a la Madre Priora, que no considera conveniente el traslado de la Reliquia, ya que la misma en el transporte podría sufrir algún deterioro, cosa que mucho deploraría.*

*Esperando sepa comprender los motivos anteriormente expuestos, y deseando la pronta recuperación de la Madre María de Cristo, le saluda atentamente suyo affmo. s.s.*

*Fdo. Felipe Polo Martínez-Valdés*

—¿Qué le parece? Felipe y yo pensamos que está lo suficientemente claro. Espero que con estas palabras esa dichosa monja se dé por vencida —sentenció con cierto desdén—. Parece que se le ha olvidado que desde aquella gloriosa fecha en que Su Excelencia liberó Madrid, el veintiocho de marzo del treinta y nueve, precisamente el día que nació Santa Teresa, su mano le ha guiado

siempre con pulso firme. Por algo la llaman la Patrona de la Raza. Esa mujer debería sentirse orgullosa de que la reliquia haya contribuido tanto a la Santa Cruzada. En fin…

Dicho esto, doña Carmen regresó junto al Caudillo y el mayordomo procedió a culminar su cometido ubicando la urna en la mesa del altar justo delante de la pintura de la santa que ilustraba el sencillo retablo neogótico. Decorado en tonos grises y dorados, además del retrato de la andariega contenía otras cinco pinturas del artista Alejandro Ferrant, director del Museo de Arte Moderno de Madrid, correspondientes a San Isidro, San Fernando, Santa Isabel, San Hermenegildo y Santiago Apóstol.

Una vez más, quien fuera un humilde monecillo andaluz —paradójicamente, hijo de un albañil prisionero de guerra y desafecto al Régimen—, había sabido estar a la altura de lo que se esperaba de él merced a una férrea lealtad a los tres principios básicos: ver, oír y callar.

Dos años y dos meses más tarde, y con Franco ya enterrado, la Santa Mano volvería por fin al lugar del que nunca debió salir, siendo recibida entre besos ardientes y lágrimas de alegría por aquella anciana carmelita que más luchó por recuperarla: «Ahora, Señor, ya me puedo morir tranquila. Yo sabía que Ronda la esperaba con el alma, para que Ronda se salvara entera».

* * *

Luisa echó un penúltimo vistazo a su alrededor mientras la joven empleada del aeropuerto facturaba su equipaje y el de su hijo. Aún faltaba casi una hora y media para despegar, pero el corazón comenzaba a palpitarle a un ritmo endiablado. A fin de cuentas la breve aventura en Ávila, su amada cuna y la de sus padres, había concluido hacía un rato y por tanto debía despedirse una vez más de aquel paisaje, tal vez incluso para siempre. Las piernas se le habían vuelto a resentir pese a los cuidados del muchacho, quien no cejaba en su empeño por ayudarla, y todo hacía indicar que una grave y desconocida enfermedad estaba apoderándose de su cuerpo, aún fuerte y lleno de vida, pese a superar los cincuenta y tres años.

—¿Estás bien, madre?

—Sí, cariño. Un poco cansada, eso es todo.

—Deberías sentarse y levantar las piernas. Aún falta un buen rato para embarcar, y ya sabes lo que nos dijeron en el hospital…

—Prohibido estar de pie durante espacios demasiado prolongados —continuó ella como una retahíla—. ¡A la orden!

—No sé cómo esta gente puede trabajar con total normalidad después del accidente de agosto.

—¿De qué accidente hablas?

—¿No lo recuerdas? El accidente de Aviaco. Salió en todos los periódicos… Fue por culpa de la niebla. El avión iba a Galicia y se estrelló en un bosque de eucaliptos. Murieron todos los pasajeros, ochenta y cinco, creo.

—¡Qué barbaridad! ¿Y por qué me cuentas esto? Ya sabes que no me gusta volar.

—Lo sé, perdóname.

—Desde que tu padre murió en aquella maldita avioneta británica veo dos alas y me echo a temblar… Fíjate lo que es el destino. Después de mover cielo y tierra para encontrarme en medio de una guerra, al poco se metió en otra, y esta vez fue él quien se perdió para siempre —la mujer hizo una pausa y entonces los ojos se le humedecieron—. Seis años…, apenas seis años lo tuve a mi lado. Supongo que estaba escrito.

—No fue él precisamente quien se metió en esa locura, madre. Lo llamaron a filas y cumplió como un héroe.

—Un héroe, sí. Demasiados héroes he visto caer ante mis ojos…

En ese preciso momento madre e hijo oyeron llamar por megafonía a los pasajeros que debían volar rumbo a Barcelona, formándose de pronto una larga fila de personas de todas las edades y condiciones que esperaban ansiosas el momento en que las azafatas les permitiesen pasar.

Fue entonces cuando Luisa divisó su rostro.

Tenía la piel del mismo tono pálido y delicado que exhibía en las calurosas tardes de aquel remoto verano. Los ojos grandes y brillantes, el pelo oscuro y lacio, y el busto generoso. Lo único que difería era la boca, ahora de labios mucho más gruesos, y la estatura, unos diez centímetros más elevada. De no ser por la persona de carne y hueso que la acompañaba y le agarraba la mano, Luisa habría pensado que se trataba de un fantasma. ¿Cómo si no podía explicarse que la tierna andaluza a la que había querido como una hermana estuviese allí de pie, joven y risueña, como si el tiempo la hubiese mantenido intacta?

—Disculpa, ¿eres Josefina? —preguntó tras alcanzarla, siendo consciente de que su pregunta desafiaba toda lógica.

—¿Cómo? —se volvió la muchacha sorprendida—. Creo que se confunde de persona.

—Josefina..., por Dios, ¿no sabes quién soy?

—¿Perdone? —insistió la chica—. Yo no me llamo Josefina. Díselo tú, Andreu —entonces el hombre que iba a su lado intervino en la conversación.

—Mi mujer se llama Paula, seguramente la está confundiendo con otra.

—¿Paula? —entonces Luisa, instintivamente, la miró de frente y buscó en su cuello, descubriendo al momento una cadena de plata de la que pendía una medallita—. ¿Me permite verla?

—Sí…, claro —respondió la chica confundida.

Habían pasado más de tres décadas, pero la vieja efigie, ya ennegrecida, de la santa de Ávila aún seguía ahí, velando por la vida de un ser cercano, tanto que le daban incluso escalofríos.

—¿Puedo preguntarte de dónde la has sacado?

—Era de mi madre y me la colgaron nada más nacer. No llegué a conocerla, murió en el parto.

—¿Cuál era su nombre?

—Virtudes.

—¡Virtudes! ¡No puede ser verdad! —exclamó Luisa emocionada.

—Pero creo que se lo cambió cuando la guerra. Antes debió tener otro. Todo eso lo sé por mi abuelo, ya que de ella no conservamos ni siquiera una fotografía. Él nunca me quiso contar la verdad. Pero ya es demasiado tarde, hace ocho meses que murió de cirrosis…

—Paula, ya es hora de subir al avión —terció el marido impaciente.

—Si adivino el nombre de tu abuelo, ¿me permitirías entretenerte tres minutos? Estoy convencida de que no te arrepentirás.

Entonces Luisa pronunció la palabra definitiva con la que abrir la caja de los secretos y los tres minutos prometidos se convirtieron en cinco, y luego estos en diez, hasta que Andreu hubo de llevarse a su mujer casi en volandas, pues de tanto llorar y emocionarse las piernas se le habían vuelto aún más endebles que el corazón.

Un rato después, cuando madre e hijo ya se hubieron incorporado a su aeroplano y sentado en las butacas correspondientes, Luisa relató punto por punto el contenido de la conversación, hasta lograr

conmover al muchacho.

—¿Cómo es posible que la reconocieras si nunca la habías visto? —preguntó él, quien se había ausentado un buen rato por ir a comprar una revista a una atestada tienda del aeropuerto—. Eran como dos gotas de agua. De esa época se me han borrado muchas cosas, pero aquel rostro no lo olvidaré nunca.

—¿Y lo del cambio de nombre?

—Era evidente, después de llegar a Almería y verse sola haría lo imposible por buscar a su padre en Barcelona. Incluso se cambiaría la identidad para lograrlo, muchos lo hacían. No te imaginas lo que luchamos tu padre y yo para salir de aquel infierno. Primero por tierra, y luego por mar y aire… Lo curioso es que se pusiera el mismo nombre de su madre, Virtudes.

—Entonces, ¿fuiste tú quién le salvó la vida a la tal Josefina? —al joven aún le costaba asimilar la historia—. Siendo así me parece lógico que la chica se haya puesto a llorar al conocer la historia de la medalla.

—Yo no hice nada. Nada, en absoluto. Si acaso recé por que no se quedase allí, tirada en el suelo, obligándola a resistir el tiempo suficiente. Él fue su verdadero salvador. Aquel canadiense maravilloso que se jugó la vida por salvar la de los demás.

—Entiendo.

—Por eso tu padre y yo te pusimos Norman. Era nuestro modo de agradecérselo.

# 41. El círculo se cierra

*Monasterio de la Anunciación, Alba de Tormes, 6 de abril de 2015*

Dieciséis meses después de los sucesos de Ronda, Carla aún no lograba conciliar el sueño. Pese a ser invitada por la comunidad carmelita a formar parte activa en los actos conmemorativos del V Centenario del nacimiento de Santa Teresa, y concederse una segunda oportunidad con Ángel, una alargada sombra continuaba planeando sobre ella: la de no haber logrado aclarar el asunto de las reliquias. De hecho en todo ese tiempo su mayor obsesión había sido la nula capacidad para evitar la muerte de dos personas que no merecían ese final. Primero el agente Cánovas, a causa de su implicación indirecta en un caso en el que poco podía hacer; y en segundo lugar el profesor Matías, por intentar rescatarla de una oscura red donde él mismo había quedado prendido casi sin darse cuenta. El tercer deceso, el del falso sacerdote polaco, le importaba bastante menos, aunque también podía haberse evitado.

Esa tarde, una vez finalizado el trabajo, la joven quiso permanecer sola durante un rato en la iglesia del convento para hacer balance consigo misma. Y es que por más vueltas que le daba al asunto seguía sin entender el porqué de todo aquello. No había sido fácil recuperar la rutina desde los trágicos sucesos, aunque afortunadamente había contado con la ayuda de sus seres queridos y todos aquellos amigos que habían ido sumándose por el camino. Sus padres le habían aconsejado irse a vivir unos días con ellos, y aun a regañadientes había consentido, alegrándose poco después de la decisión. En ese período no habían faltado las largas charlas con Mamen acompañadas de un buen chocolate con churros, los mensajes de ánimo de Miguel y las salidas de fin de semana con Queti y las chicas. Y por supuesto el amor del hombre más importante de cuantos había conocido y al que, sorprendentemente, aún seguía redescubriendo.

Desde hacía unos años Carla no era muy dada a rezar, pero en su tranquila estancia en el templo sintió la necesidad de comunicarse con Dios y por supuesto con Santa Teresa, a la que ya consideraba parte de

su vida. En su fluida conversación interna —más allá de padrenuestros y avemarías— no sólo les daba las gracias una y otra vez, sino que reclamaba justicia para el responsable de aquellos desmanes. Porque estaba claro que había alguien lo suficientemente poderoso como para contratar a un mercenario como Janek, implicar a un profesor universitario hasta llevarlo a la muerte, falsificar documentación del Vaticano y del CITeS, realizar excelentes copias de reliquias y obras de arte, tapar bocas y financiar una investigación por media Europa y parte del mundo. Y ese alguien debía tener una razón que, aunque difícil de entender para la gente corriente, sería perfectamente lógica en el interior de su mente enfermiza.

—Buenas tardes, señorita Molina —dijo una voz procedente del fondo de la iglesia.

—¿Hola? —respondió Carla sorprendida, desde su situación en el banco más cercano al altar. Frente a ella e iluminado por uno de los focos del templo, se encontraba el médico norteamericano a quien había conocido en Ávila durante la exposición del pie derecho de Santa Teresa. Un tipo agradable y educadísimo al que había logrado reconocer merced al acento, pues su aspecto actual difería muchísimo de la persona con quien había compartido conversación dos años y medio antes—. Si no me equivoco es usted el profesor de la escuela de medicina de los Estados Unidos… Pritzker.

—No se equivoca en la profesión, pero parece que se ha olvidado de mi nombre. Me llamo Norman.

—¡Es cierto! Discúlpeme, doctor... Quiero decir, Norman.

—Tranquila —dijo él sonriendo desde una moderna silla de ruedas. Poco o nada quedaba de su excelente porte, aunque las suaves formas seguían manteniéndose intactas.

—¿Qué le trae por aquí?

—Buena pregunta.

—¡Qué tonta soy! —añadió ella al instante—. Supongo que ha venido por la misma razón que todos: el V centenario.

—En cierto modo sí. Era la ocasión idónea para volver a su país, del que ya sabe que soy un apasionado. Digamos que no me pude resistir.

—Lógico —contestó ella sonriendo y a continuación se interesó por su estado—. Veo que no se encuentra usted bien, ¿es grave?

—Lo suficiente para obligarme a despedirme de la santa y, por supuesto, de usted, señorita.

—¡Vaya! De veras que lo siento.

—Gracias, pero no se preocupe demasiado, es ley de vida. Llevo meses aplicándome una frase que afirma: «La razón conduce inexorablemente a Dios, y el milagro ni quita ni pone a la suprema verdad de su existencia»[22]. Lástima que lo haya descubierto tan tarde —en ese momento se puso a toser de manera compulsiva, penetrando al instante una señora de rasgos latinos que, sin perder un segundo, le colocó una mascarilla de oxígeno.

—Debemos marcharnos, ya —dijo la mujer, tras brindar una amable sonrisa a Carla.

—Enseguida, Graciela —entonces el doctor hizo un último esfuerzo y se dirigió a la muchacha para dedicarle unas últimas palabras—. *Good luck!* —exclamó casi sin aliento y seguidamente se llevó la palma de la mano a la cabeza, para saludarla al estilo militar.

* * *

Tiempo después, y ya instalados en un nuevo piso en Salamanca, Ángel y Carla disfrutaban de una película en la televisión. El otoño estaba resultando bastante lluvioso, y la pareja aprovechaba las tardes de asueto para relajarse en el sofá y contar los meses que restaban para el gran momento.

—¿Lo imaginabas así? —preguntó Carla tocándose la abultada barriga coincidiendo con los títulos de crédito del film.

—No lo sé —respondió él posando sus manos sobre las de ella—. En realidad me he esforzado por borrar todos los oscuros pensamientos del pasado. ¿Para qué recordarlos? Lo realmente grandioso es poder comenzar de nuevo, como si fuésemos dos personas distintas, con un gran libro en blanco por escribir.

—Eso es muy bonito.

—Tú sí que eres bonita.

—¿Volvemos a negociar el nombre? —la muchacha se volvió y lo miró a los ojos con decisión.

—¿Otra vez? ¡No, por favor! —exclamó él tapándose el rostro con un cojín—. A mí sólo se me ocurren nombres en euskera, ya lo sabes…

—¡Ni hablar! Hay que buscar algo neutral, ni tuyo ni mío. ¿Sí o no?

—Me parece una solución muy justa. Pero como aún no sabemos si será niño o niña, mejor lo dejamos para más adelante.

—Bueno —contestó ella resignada.

—¿Te apetece un té o un café? —Ángel se levantó de un salto y se adentró en la cocina.

—Que sea un té. ¡Y si es con galletas, mejor!

—Pues té con galletas para mi señora esposa.

—No me digas eso, suena fatal.

—¿Que no te diga el qué? —preguntó él desde dentro.

—Eso de *esposa.* No sólo me hace más vieja sino que además es de un cursi…

—¿Cómo quieres que te llame, entonces? ¿Amor? ¿Cielo? ¿Gordita?

—¡Te odio! Para qué me habré casado contigo…

—Ve y dile eso ahora a tu amigo, el padre Celestino. Él tuvo la culpa. Espera, ya lo tengo, te llamaré *goxua*.

—*¿Goxua?* Eso se lo dirás a tu querida Edurne, que no es más coquetona porque no se entrena. Mira que invitarla a nuestra boda…

Entonces llamaron al timbre y Ángel acudió a abrir la puerta. Era un mensajero que traía un sobre certificado.

—¡Carla, es un paquete para ti! —la avisó el vasco—. Tienes que firmar el albarán.

—¿Para mí? ¿Y de quién es? —expresó sorprendida al verlo.

—Aquí dice Jerónimo Gracián —dijo el mensajero.

—¿Cómo? —Carla no daba crédito.

—Tranquila, cariño. Tú firma y ya veremos de qué se trata —intervino Ángel con calma. Entonces ella tomó el bolígrafo y estampó su rúbrica.

El envío consistía en una pequeña cajita de madera forrada de seda color granate. Dentro del envoltorio no había ninguna carta ni papel escrito que identificase al remitente, por lo que la destinataria se puso tan nerviosa que se vio incapacitada para ello. Fue Ángel el encargado de dar apertura al estuche, encontrando en su interior algo que a Carla le puso los pelos de punta.

—¡Ah! ¡Santo Dios! ¡Eso es… eso es…! ¡No puede ser! ¡Es imposible! —bramó la chica sobresaltada, llevándose las manos a la cara al comprobar que en el interior de la caja descansaba un dedo momificado.

Sin perder un segundo el vasco lo extrajo del recipiente y lo inspeccionó con interés durante unos minutos, desvelando al fin la verdadera naturaleza de la pieza.

—¡Ajá! Como suponía, esto no es lo que parece —le comunicó a Carla, que se había sentado en el sofá y bebía agua de un vaso,

tratando de tranquilizarse.

—¿Qué quieres decir exactamente? —se interesó la chica—. ¡Y no me vengas con que es una réplica exacta! A estas alturas me importa un bledo si es una pieza de artesanía o el auténtico meñique de una mártir. Le he cogido fobia a los huesos de santo, aunque sean de mazapán…

—No, cariño. Lo que pretendía decir es que no se trata de ninguna falange, ya sea auténtica o imitación. Es algo mucho más prosaico.

—Déjate de adivinanzas, Ángel, que estoy empezando a sentir náuseas…

—¿Dónde tienes el portátil?

—Ahí, sobre la repisa. ¿Y para qué diablos lo quieres ahora?

—Precisamente para enchufarle este dedo, ¿o es que no te has dado cuenta que en realidad es un *pendrive?*

—¡La madre que lo parió!

Pasados unos minutos y ya con el dispositivo conectado al ordenador, pudieron ver un vídeo en alta resolución que dejó boquiabierta a Carla.

Solo y sentado en un elegante sillón frente a una chimenea le saludaba una persona a la que había visto por última vez hacía tan sólo unas semanas, aunque en esta ocasión su aspecto era mucho más saludable, al menos en apariencia. Iba vestido con un elegante esmoquin de alguna firma importante y su pelo blanco resplandecía pulcramente peinado. La mano izquierda la tenía apoyada sobre un bastón y en la derecha sostenía algo envuelto en un trapo. Sin decir una palabra, Ángel subió el volumen de los altavoces y el matrimonio se dispuso a escuchar:

—Estimada señorita Molina.

»Cuando usted reciba este mensaje yo ya estaré muerto.

»No se aflija, se lo suplico, pues si lo hiciera se arrepentiría inmediatamente, ya que la historia que pretendo contarle seguramente sobrepasa los límites de su comprensión.

»Bastante ha hecho ya por mí y mi familia, aún sin saberlo.

»En el momento de esta grabación no estoy en disposición de saber cómo y de qué forma los acontecimientos futuros repercutirán en su provechosa vida, y créame que lo lamento.

»Todo lo que deseo narrar a continuación es el producto de una obsesión, de un anhelo, que me ha arrastrado a actuar de un modo

completamente irracional y ajeno a toda lógica. Créame cuando le digo que si el encargado de juzgar mis actos fuese yo mismo no tendría piedad alguna, por lo que sería imposible exigírsela a usted.

»A estas alturas sabrá que me llamo Norman Hinge y nací y crecí en los Estados Unidos de América, fruto del amor entre una española y un norteamericano. Del segundo puedo contarle poco, ya que falleció cuando yo sólo contaba tres años. Si acaso puedo asegurar que fue un médico formidable, un militar ejemplar y sobre todo un hombre bueno. Se llamaba Milton y conoció a Luisa, mi madre, en España, mientras se alojaba en casa de un colega de Ávila, poco antes de estallar la Guerra Civil. Ella era muy joven, tanto que al lograr escapar del desastre mi padre esperó a que cumpliese la mayoría de edad para desposarla. Lástima que sólo estuviesen juntos un breve período de tiempo, pues en 1943 perdió la vida mientras luchaba contra los nazis en el frente de Europa. No sé si fue su repentina pérdida, el verse sola y desamparada en un país extranjero o el no saber más de su familia y amigos lo que la empujó a contraer una extraña dolencia que, lentamente y sin mostrar señales en los primeros años, la fue debilitando poco a poco hasta postrarla en una silla de ruedas. Por aquel entonces yo ya era un brillante estudiante que había seguido los pasos de su progenitor llegando incluso a superarle. No sólo logré doctorarme con matrícula de honor y obtener una plaza de profesor en la universidad, sino que en pocos años comencé a frecuentar los círculos más prestigiosos de la medicina, tanto en Illinois como en el resto del país. Así pude acceder a investigaciones relevantes sobre el VIH a finales de los años ochenta, trabajé en los más avanzados programas sobre enfermedades raras y contacté con los especialistas más consagrados en la materia. Pero todo fue en vano, pues mi verdadero objetivo se alejaba más y más. Mi madre seguía empeorando poco a poco, tal vez de un modo casi inapreciable para la mayoría, pero lo suficientemente rápido para mí. Fue en ese momento, y coincidiendo con la creación de la Healthcare Foundation of Pennsylvania, organismo fundado por mí para luchar contra esa clase de dolencias y auspiciado por algunos de los mecenas más influyentes del mundo, cuando empecé a tomar contacto con aquellas personas cuyos testimonios, para bien o para mal, supondrían mi perdición. Me estoy refiriendo a los supuestos testigos de milagros y curaciones, algo en lo que mi madre creía sin ningún género de dudas desde su juventud y que finalmente y, sobre todo a partir de un hecho

incontestable, yo también creí con una fe nunca antes experimentada.

»Ocurrió en julio de 2005, en una iglesia latina situada en un barrio de Chicago. Yo estaba de viaje por Europa, pero Graciela, la cuidadora de mi madre, lo presenció todo junto a un amigo sacerdote, al igual que los cientos de visitantes que había en el templo. Después de estar postrada durante cinco años en una silla de ruedas, recuperó las piernas por unos días, y todo por culpa de una reliquia, un pequeño y casi ridículo trozo de carne de una santa a la que ella le tenía una enorme devoción y que había estado presente en casi todos los momentos difíciles de su vida. Supongo que no será necesario que pronuncie su nombre. ¡Dios me perdone por haberlo injuriado tanto con mi estúpida ceguera!

»El caso es que desde ese momento me lancé a buscar vestigios de ese bendito cuerpo por todo el mundo. No había iglesia pública o colección privada que se me resistiese, y ni siquiera el dinero o los métodos poco ortodoxos lograron frenar mi fiebre. Tanto es así que llegué a jugarme todos mis bienes a una sola carta, arrastrando a la fundación a un precipicio cada vez más profundo. No obstante cada vez que mi madre alcanzaba a tocar alguno de esos fragmentos su débil figura parecía cobrar vigor, y eso me bastaba.

»Fue entonces cuando el destino quiso que me cruzase con usted, o mejor dicho con su admirado profesor, Horacio Matías. El encuentro tuvo lugar en el aeropuerto de Barajas en 2010, mientras él esperaba la salida de su vuelo a Malta, donde estaba invitado a un congreso de Historia al que yo también había sido invitado como presidente de la fundación, que patrocinaba algunas sesiones del mismo. Casualmente le oí hablar por teléfono acerca de un hallazgo en Simancas. Lo siguiente fue invitarle a acompañarme en mi coche privado hasta la frontera. La excusa no podía ser mejor: la huelga de controladores aéreos y su incapacidad para llegar a tiempo a La Valletta.

»Lo cierto es que logré sonsacarle la información y proponerle un trato muy jugoso; nada más y nada menos que poner en marcha una completa investigación sobre todas las reliquias de la santa dispersas por el mundo. Si el Cielo estaba de mi parte, o al menos eso deseaba creer, el espíritu de la religiosa nos guiaría hasta los rincones más insospechados, con el propósito de reunir los fragmentos y componer su figura casi cinco siglos después, como ella hubiese deseado. No en vano, como usted de sobra conoce, el curioso documento enviado al Duque de Alba incluía la petición expresa de impedir su

desmembración, algo que sus seguidores fueron incapaces de cumplir guiados por una locura no peor que la mía. El caso es que con esa extraña misión y parapetado cobardemente tras las siglas de una institución a la que también logré embaucar, el CITeS, la empujé a realizar, mi estimada señorita, una empresa lo suficientemente compleja para que nadie sospechase de mis intenciones.

»Eso sí, al hilo de la misión *oficial* que usted supo realizar de manera brillante, hube de sumar la intervención de otros agentes, en su mayoría del ámbito clandestino, que se dedicaron a seguir el rastro que nos iba marcando con sus indagaciones. A fin de cuentas, ese otro plan B sería el que me proporcionaría los tesoros que tanto ansiaba.

»¡Qué gran ingenuidad la mía!

»Embarcado en tan delirante proyecto no fui capaz de ver las consecuencias tan nefastas que acarrearía consigo, el sufrimiento causado a tantas personas, la profanación de tantos lugares sagrados y la traición a unos principios a los que juré lealtad desde la infancia.

»Hoy me declaro culpable de toda esa locura, de los robos perpetrados, de los trueques y los engaños, de las muertes y los escándalos.

»Yo y sólo yo condené a mi madre y a mí mismo a un infierno del que ya no hay salida ni redención posible. Los otros que me auxiliaron, aquel agente ucraniano que se hizo pasar por sacerdote polaco, así como la red de delincuentes que peinaron Europa, no hicieron más que ejecutar mis órdenes y realizar el trabajo sucio, mientras yo me movía en la sombra, impune, como una rata asustada.

»Ya se lo dije en su día y usted no pudo o no supo hacerme caso: muchas veces las apariencias engañan.

»Siento profundamente haberla implicado en esta historia y al serme ya imposible reparar mis faltas, salvo el indefectible hecho de restituir el fruto al árbol ancestral, deseo sinceramente que algún día sea capaz, por sí misma, de superar los posibles daños.

»Se lo digo con el corazón en la mano. Un corazón que, podrido ya por tanta infamia, sólo ansía el momento de partirse en mil pedazos y cumplir con su condena.

»Cuídese mucho, señorita Molina. Sea feliz y haga feliz a los suyos. Ese es, al fin, el verdadero sentido de todo.

»Hasta siempre.

Y dicho esto Norman Hinge desenvolvió ceremoniosamente el

objeto que se encontraba envuelto en el trapo oscuro, que resultó ser un revólver, y se lo llevó a la sien sin apartar la mirada de la cámara. Carla fue incapaz de soportar por más tiempo la cruda imagen ofrecida por la pantalla. Por tanto cerró los ojos y se tapó los oídos aterrada. Aun así no pudo evitar oír la potente detonación.

Seguidamente Ángel apagó el aparato y se acercó hasta ella para abrazarla con fuerza.

22 Frase pronunciada por el doctor español Gregorio Marañón durante una de sus reflexiones teológicas.

# Epílogo

*Clínica Campoamor, Salamanca, tres meses más tarde*

Siguiendo las indicaciones de la enfermera, Carla se desprendió de algunas prendas de ropa en un rincón de la habitación y a continuación se colocó tendida sobre la camilla. A pesar de los miedos y las lógicas inseguridades, se sentía feliz, muy feliz, pues llevaba años deseando vivir ese momento. Mientras, Ángel esperaba de pie, ansioso y en silencio, muy pendiente de todo. Sin más preámbulos el ginecólogo tomó asiento junto a ella y posando sus manos sobre el abdomen comenzó a untarle el gel. Luego acercó el ecógrafo y se dedicó a dar lentas y suaves pasadas para asegurarse de que todo estuviese en orden. Llegada la semana veinte del embarazo esa revisión, llamada ecografía dismorfológica o *doppler*, era muy habitual entre las mujeres que se hallaban encinta, especialmente en aquellas que, como Carla, habían superado los treinta y cinco años. Su puesta en práctica, amén de no resultar agresiva para el feto, descartaba posibles malformaciones y contribuía positivamente a la tranquilidad de la paciente de cara a las restantes semanas.

—¿Lo escuchas? ¡Es su corazón! ¡Está latiendo! —la muchacha no cabía en sí de gozo. Ángel sólo era capaz de mirar al monitor, incapaz de pronunciar palabra—. Va todo bien, ¿verdad doctor?

—Perfectamente. ¿Ve cómo tiene formadas las extremidades, las falanges de los dedos, las de los pies…? —la imagen en tres dimensiones les ofrecía una visión de la criatura realmente completa y fascinante.

—¿Se puede saber ya si es niño o niña? —preguntó Ángel, quien finalmente se había decidido a intervenir.

—Ah, pero ¿no se lo he dicho todavía?

—¡No! —exclamaron los dos al unísono.

—Pues tengo que comunicarles que van a ser ustedes padres de una niña. Si se fijan en esta porción de aquí —dijo señalando la pantalla— podrán comprobar que no se aprecia ninguna forma; de ser un varón deberíamos ver desarrollado el escroto.

—¡Una niña! —a Carla se le saltaron las lágrimas—. ¿Lo has oído,

Ángel?

—¡Sí, cariño, sí! Es… maravilloso —y de repente tuvo la necesidad de aproximarse a su mujer para besarla en la frente.

Ya en el coche, y cuando la pareja se dirigía a Alba por la carretera nacional, Ángel le pidió quedarse y formar parte de la visita turística. De ese modo no sólo asistiría a sus explicaciones —que le producían un gran interés— sino que le permitiría estar cerca de ella toda la tarde. Carla aceptó con una sonrisa, aun a sabiendas de que la presencia de su marido le impondría bastante. A fin de cuentas era un día especial en todos los sentidos.

En esta ocasión Queti le había adjudicado un grupo proveniente de Andalucía, por lo que al menos el buen ambiente estaba asegurado. Primero comenzaron por el torreón, donde Ángel disfrutó de los profundos conocimientos que su mujer poseía sobre el ducado de Alba, y de ahí continuaron el paseo hasta la plaza donde se hallaba el convento de las carmelitas.

Al reparar en la colección de llaves que abrían el sarcófago con los restos de la santa, el vasco comenzó a darle vueltas a la cabeza. Parecía mentira que a esas alturas de la historia aún se siguieran utilizando esas piezas de museo con alguna intención protectora. «¿Es que no se les ha ocurrido sustituirlas por un moderno sistema de seguridad?», reflexionó en voz alta soltando una carcajada que, al instante fue secundada por los visitantes, ávidos de diversión.

—Bien pensado —respondió la guía—. Pero como comprenderá esas llaves, al igual que la cerradura y la reja, representan un mero símbolo de otra época, como el propio enterramiento en sí. De hecho gran parte del cuerpo de Santa Teresa se halla en otro lugar —y al decir esto miró a su marido con intención.

Ángel, entonces, se percató de que a Carla no le hacía demasiada gracia que interviniese, e incluso que esta circunstancia la ponía nerviosa, y precisamente por eso se erigió en el portavoz del grupo cada vez que a alguien se le presentaba una duda.

—¿Y cómo llegó Franco a apropiarse de la mano de Ronda? —fue su segunda pregunta—. Usted ha contado que los republicanos se la arrebataron a las monjas y luego un soldado del bando nacional la recuperó en Málaga. ¿Cómo pasó exactamente desde ahí al palacio de El Pardo?

—En realidad no lo sabemos con exactitud —respondió ella muy seria—. La prensa de la época tampoco da demasiados datos, y los que

aporta en muchos casos son erróneos o están deformados. Fíjese que, por ejemplo, el diario *ABC* cuenta que la reliquia apareció en una maleta abandonada del general Villalba cuando este huyó de Málaga al entrar las fuerzas de Queipo de Llano.

—¡Menudo pájaro! —exclamó un señor desde la última fila.

—No sólo se equivocan en lo de *general,* pues ese hombre jamás ostentó ese cargo, sino en la forma de hallar la pieza, que no estaba en ninguna maleta sino en un cajón del cuartel de la Guardia de Asalto…

—Los periodistas como siempre, contando embustes —volvió a intervenir el espontáneo.

—Más que embustes yo diría que eran adornos al servicio de la causa franquista; algo lógico si lo miramos desde ese prisma. Luego se supo que la mano fue trasladada a Salamanca, concretamente al palacio del obispo Pla, que este le cedió al Caudillo para que instalase su cuartel general. Y más tarde, en 1939, la llevaron al castillo de Viñuelas en Madrid. Al acabar la guerra Franco mandó restaurar el sitio de El Pardo, y el 15 de marzo de 1940 se trasladó él mismo hasta allí con la reliquia.

—¡Y ya no la soltó nunca más! —gritó una señora muy afectada por el relato.

—En vida desde luego que no. Hubo que esperar a que Carmen Polo…

—¡La Collares!

—Sí, esa misma —sonrió Carla—. Fue necesario que ella tuviese el detalle de devolvérsela a las monjitas de Ronda.

—¿Tan milagrosa era esa mano? —preguntó otra mujer.

—Eso habría que preguntárselo al dictador. Según cuentan, el día de su muerte estuvo rodeado de varios objetos religiosos, entre ellos una imagen de la Macarena de Sevilla —algunos de los turistas se miraron entre ellos, sonriendo—, y por supuesto la mano de Santa Teresa de Jesús. Debía tenerle mucha fe, desde luego. Por las crónicas antiguas conocemos testimonios de curaciones sorprendentes. Ya en 1616, en pleno proceso de beatificación, una niña de Guadix de apenas cuatro añitos volvió a la vida por intercesión de la santa, después de quedarse el cuerpo helado, sin pulso ni respiración. Se llamaba Isabel de Berbel, y tras el estudio concienzudo de una comisión dictaminaron que era una obra milagrosa y sobrenatural.

—Pero a Franco no le sirvió de mucho —rio el mismo personaje del principio.

—Ese ya tenía demasiados años —añadió otro.

—Chis —les increpó una anciana.

Poco después de la explicación, Carla dio por finalizada la visita y todos los integrantes de la excursión procedieron a hacerse la foto correspondiente en la escalinata del templo de los Descalzos. Entonces Ángel, quien se había separado durante unos instantes del grupo, se acercó a su esposa y le pidió que lo acompañase de nuevo hasta el interior de la iglesia de la Anunciación. Esta, que no le perdonaba su repentino afán por preguntar, le miró con cara de pocos amigos y aceptó a regañadientes.

—¿Se puede saber qué quieres ahora? —le espetó un tanto cansada.

—Espero no haberte ofendido, cariño…

—Déjate de cursiladas y dime a qué me has traído aquí. A veces pienso que me paso más horas junto a la santa que contigo.

—Sin embargo el resultado de esta mañana parece ser obra de los dos.

—¿Qué quieres decir?

—¿Recuerdas el vídeo del doctor Hinge?

—¡Cómo voy a olvidarlo! ¡Por poco no me da un patatús!

—Hace poco lo estuve revisando para tratar de encontrar alguna pista que nos pudiese llevar al lugar donde se esconden las reliquias originales. Entonces reparé en una frase que se nos había pasado desapercibida.

—¿Cuál?

—Espera, que la tengo anotada en el bloc de notas del móvil —Ángel hizo una pausa para buscar y unos segundos después se la leyó a Carla—. ¡Aquí está!

*Siento profundamente haberla implicado en esta historia y al serme ya imposible reparar mis faltas, salvo el indefectible hecho de restituir el fruto al árbol ancestral, deseo sinceramente que algún día sea capaz, por sí misma, de superar los posibles daños.*

—¿Aquí está el qué? Yo no veo más que remordimientos en esas palabras, Ángel. No hagas que me cabree, que hoy me siento muy feliz…

—Fíjate bien en esto que dice: «restituir el fruto al árbol ancestral».

—Sí, lo veo. ¿Y qué significa esa patraña? Ese hombre tenía mucha

palabrería, amor, y esto no es más que otra de sus argucias.

—Yo creo que no. Si como explicó en su discurso el robo y suplantación de las reliquias no le había servido para salvar a su madre de la enfermedad, e incluso él mismo la contrajo en los últimos años, ¿qué hizo con todas las piezas originales antes de quitarse la vida? Evidentemente esconderlas. Pero no de cualquier modo, pues su obsesión era reunirlas. Acuérdate de que al referirse a la santa dijo: «como ella hubiese deseado».

—¡Es verdad! Él se convenció a sí mismo de estar cumpliendo la voluntad de Santa Teresa, que no quería que su cuerpo fuese hecho pedazos…

—Por tanto, ya que las reliquias no le proporcionaron ningún milagro después de tanto esfuerzo, lo único positivo que podía hacer por ellas era reunirlas en un mismo sitio.

—¿Y tú crees saber cuál es?

—No lo creo, lo sé con casi toda seguridad.

—A ver…

Si volvemos a analizar la frase «restituir el fruto al árbol ancestral», hemos de entender que la intención de Hinge era devolver las reliquias, o sea el «fruto», a su lugar de origen, «el árbol ancestral». ¿Y cuál es ese árbol? ¡Yo te lo diré!

Vibrando de la emoción Ángel extrajo de su bolsillo el péndulo del que solía valerse para sus prospecciones como radiestesista y colocándose en medio de la nave central, justo debajo de la lámpara que se alzaba sobre la bóveda, lo dejó caer de su mano derecha, sosteniendo la cadena por un extremo para tratar de localizar un punto concreto en la iglesia. No fue necesario esperar demasiado tiempo para que el sencillo objeto le condujese hasta el lateral izquierdo de la misma, exactamente a un hueco de la pared protegido por una reja y sobre el que se alzaba un bonito lienzo que recordaba aquella mítica fecha del 15 de octubre de 1582.

—¡Cómo no se me ha ocurrido antes! —expresó lleno de entusiasmo.

—¡No me digas que las reliquias de la santa están ahí dentro! —instintivamente Carla señaló al sepulcro original que había contenido sus restos hasta el momento del traslado definitivo al nuevo emplazamiento, ubicado en un camarín justo encima del altar.

—Me juego la cabeza a que sí —y dicho esto iluminó el mármol

con la linterna de su teléfono móvil, asegurándose de que la losa había sido movida recientemente—. *¡Epa!*

—¡Claro, ese es precisamente el lugar donde Norman se encontraba cuando se despidió de mí aquella tarde! De ese modo todo encaja. No sólo vino a Alba a despedirse, sino a devolver las reliquias al lugar del que nunca debieron salir…

—¡La verdadera tumba de Santa Teresa! —indicó Ángel fuera de sí —. El único sitio de todo el edificio donde el péndulo detecta un vórtice energético, ¡y de los gordos! Nada menos que 24500 UB…

—¡No puede ser! ¡Es increíble!

—Sí, Carla, parece mentira... pero es una absoluta realidad. Si mis cálculos son correctos el sepulcro se encuentra justo en el centro de una columna circular, que todo apunta a que es de sesenta centímetros, y cuya acción genera a su alrededor un campo energético de forma octogonal, un «octógono radiante», con un diámetro de cuatro metros. Y justo debajo cruza una vena de agua. ¿Asombroso, eh?

—Con esto me estás diciendo que mientras estuvo enterrado en este lugar el cuerpo de la santa pudo entrar en contacto con esa energía y…

—¡Espera, Carla! Yo no afirmo nada. No olvides que sólo es una teoría.

—Una teoría que se cumplió con aquella rata que escondiste en Segovia.

—Sí, es cierto que hay hechos que lo demuestran, pero ni siquiera esa prueba me serviría para sostener nada. El tema de los santos incorruptos contradice toda lógica, y eso lo sabes tú mejor que nadie.

—Llevas razón. Aunque lo importante es que hemos descubierto, si no la verdad completa al menos parte de ella.

—En eso estamos de acuerdo. Aunque me temo que te has olvidado de lo más importante.

—¿El qué?

—Antes dijiste que solías pasar más horas junto a estos restos que conmigo.

—Así es.

—Y aunque yo me llamo Ángel y he puesto bastante de mi parte, mi apellido no es precisamente «San Gabriel» —dijo él aproximándose a su chica y acariciándole el abultado vientre con dulzura.

—¡No me digas que te has vuelto creyente! —exclamó ella

buscando sus labios.

—Nunca es tarde para creer en milagros.

FIN

# APÉNDICE

# El testamento de Santa Teresa.
## Una historia nada casual

*Lo que llamamos casualidad no es ni puede ser*
*sino la causa ignorada de un efecto desconocido.*

Voltaire

Hay rostros que enamoran, personalidades que deslumbran, perfiles que intimidan y atraen a partes iguales, que nos conquistan y devoran únicamente con su carisma e intensidad. Teresa de Cepeda y Ahumada es un paradigma de todo eso y mucho más. Y lo digo en presente de indicativo, sin ningún género de duda. Tal y como lo siento.

Mi historia con Teresa trasciende lo literario y se adentra más allá del terreno de lo religioso y aun lo humano. La conocí, como tantas y tan buenas cosas, a través de mi madre. Primero fueron sus versos «Nada te turbe», que durante años adornaron las paredes familiares en forma de glosa enmarcada —y que ahora lucen en mi nevera cual imán místico—. Luego el resto de su obra, cuya elucidación —junto a la del simpar San Juan de la Cruz— debo agradecer a mis profesores de la Facultad de Filología de Sevilla. Y por último el impacto que me supuso descubrir a la mujer que se escondía tras el mito, la joven que se enclaustraba tras la santa, la fuerza que habitaba bajo el hábito.

Dicha pasión surgió de las múltiples visitas a la que fuera su casa natal —hoy engastada cual joya en un elegante convento carmelita—, siempre por motivos laborales y al poco de culminar mi licenciatura. No en vano la primera vez que tomé la palabra como guía turístico «en prácticas» fue junto a la muralla de Ávila, con objeto de iniciar a los pasajeros de un autocar en los secretos de la urbe. Ese día, más allá de citar el número de almenas, la altura y grosor de los torreones y el perímetro total del monumento, me explayé en desgranar algunas de las anécdotas más entrañables de Santa Teresa de Jesús, tratando de transmitir a los visitantes parte de mi devoción por esta mujer irrepetible.

### *Primeros afectos*

Mi admiración por Teresa seguía aumentando. Ya no sólo frecuentaba su hermosa capilla varias veces al año y me quedaba extasiado con las formas que Gregorio Fernández había sabido plasmar en la madera para rendirle culto. También había logrado poner en marcha, en alguna ocasión, una ruta teresiana gracias a mi buen amigo Jesús Sánchez Blázquez, maestro de maestros en el oficio del turismo. Así pude adentrarme en el monasterio de la Encarnación, donde la santa vistió los hábitos carmelitas a los veinte años y aun llegaría a ser priora; en el humilde cenobio de San José —primera fundación de la Reforma—, y hasta en ese moderno complejo llamado Centro de Interpretación del Misticismo.

Por el camino fui adquiriendo una primera biografía en una de esas librerías de viejo que aún resisten intramuros, luego una edición de sus obras completas en la Feria del Libro Antiguo e incluso una adaptación infantil de sus andanzas para mi hija recién nacida. Y de ese modo comencé a sentir las mariposas en el estómago.

Pero si he de reseñar el momento exacto en que Teresa me conquistó hemos de trasladarnos a Alba de Tormes, en la provincia de Salamanca.

*Quod natura non dat, Salmantica non praestat*

Dudo que alguien que la haya visitado no arda en deseos de repetir, para seguir cautivándose con su belleza y armonía. Tampoco es necesario que insista, al margen de ese lugar, en los muchos rincones mágicos que atesora la península ibérica. Mi actividad profesional está directamente relacionada con ellos y por eso buena parte del libro la dedico al mundo del turismo, que tuve la suerte de descubrir a través de mi padre. Hay varios párrafos referidos a ciudades y pueblos, la mayoría de los cuales conozco de primera mano. No obstante, y debido a las limitaciones del relato, su descripción suele ser sucinta. Invito al lector a descubrirlas por sí mismo si aún no lo ha hecho.

No es el caso de la capital del Tormes, con la que he disfrutado como un infante al recrearla extensamente y con profusión de detalles. Y es que entre sus fachadas de piedra de Villamayor, en sus excelentes establecimientos de restauración y en sus ambientadas calles he imaginado gran parte de la trama. ¿Qué mejor marco para situar a la

protagonista de mi historia?

Y como todo héroe suele ir acompañado de un leal escudero, Salamanca me tenía reservado al mejor de los posibles. De su alma vetusta y profundamente femenina surgió la figura ideal para dicho cometido. Si bien el personaje de Carla es pura fabulación, salpicada eso sí de matices extraídos de varias personas (valga como ejemplo el homenaje a la serie de TVE *Teresa de Jesús,* tomando los apellidos de su directora, Josefina Molina, y la enorme actriz Concha Velasco), la construcción de su *partenaire* surge, casi en su integridad, de un modelo real.

Porque Mamen Hortaleza le debe mucho a María Jesús Huertas, y el autor de estas letras aún más. De hecho para mí Salamanca posee el encanto, la generosidad y la picaresca de Chus Huertas, y Chus Huertas es un fiel trasunto de Salamanca. Y lo mejor de todo es que dicha señora está al alcance de cualquiera en la oficina de turismo de la Plaza Mayor…

Pero dejemos por un momento la capital y viajemos hasta la provincia, donde nos aguardan incontables secretos en materia patrimonial, natural y gastronómica. Al margen de hitos como Ciudad Rodrigo, Candelario o el parque natural de las Batuecas, Salamanca cuenta entre sus poblaciones con un lugar colmado de historia llamado Alba de Tormes. Este reducto no sólo destaca por el origen del famoso ducado, sino por albergar gran parte de los restos de la primera doctora de la Iglesia.

Huelga detenerse en detalles acerca del convento fundado por la santa —para eso remito al lector a las líneas dedicadas al municipio—, pero sí me gustaría hacer hincapié en la leyenda que se oculta entre sus muros y en esa energía indescifrable que se concentra en su núcleo.

Allí, y no en otro lugar, Teresa me miró directamente a los ojos para inspirarme esta novela.

¿Y cómo logró convencerme?

Mostrándome su corazón.

No hablo metafóricamente, pues resguardado en una vitrina del convento y rodeado de múltiples piezas de arte sacro se halla el órgano vital de la Andariega de Dios. Lo que para algunos no es más que un trozo de carne momificado que provoca reacciones no siempre

agradables, para otros es el ejemplo palpable de que la ciencia continúa siendo ineficaz frente a las grandes preguntas.

¿Cómo explicar, por ejemplo, la evidente cicatriz presente en dicho músculo?

Si hemos de hacer caso a disquisiciones teológicas no es más que la consecuencia de una herida provocada por la legendaria *ignea sagitta* (flecha de fuego) durante el proceso místico conocido como transverberación, e inmortalizado en mármol por el escultor Bernini.

Si en cambio optamos por el discurso de la medicina debemos dar como buenas las palabras del patólogo Roberto Novoa-Santos, cuando se refiere a esta incisión como el resultado de un infarto agudo de miocardio.

*El cuerpo incorrupto y sus incógnitas*

Ningún visitante de los muchos que acceden al convento de la Anunciación de Alba de Tormes duda que es un completo remanso de paz. Pero al mismo tiempo sus estancias rezuman ese ambiente rayano en lo oculto que tanto nos inquieta y atrae a la vez. No en vano gran parte del cuerpo de Santa Teresa descansa en un sarcófago custodiado por una importante colección de cerrojos y situado en el altar de su iglesia. La historia de esas diez llaves ya es suficiente aliciente para dejarse hechizar por este lugar. Y no digamos la antigua ubicación de esos restos, cuyo misterio alimenta el desenlace...

Lo más fascinante es que todo es absolutamente real, como el brazo izquierdo que se expone en una vitrina junto al corazón y que fue exhibido en reiteradas procesiones por la geografía española en aquellos tiempos del blanco y negro; como la devoción de las monjas que muestran ambas reliquias con orgullo y cautela; como el caudal de fieles que acuden cada año en busca de esperanza.

Real es también el asombro que provoca la historia de un cadáver incorrupto que, aun sin estar a la vista, casi podemos palpar. ¿Y cómo es esto posible? Que nosotros sepamos la descomposición y la muerte han ido siempre de la mano.

A ese respecto debo agradecer al Dr. Manuel Rovira Gutiérrez, jefe de Cirugía del Raquis del Hospital Virgen Macarena de Sevilla, su aportación decisiva en el capítulo forense. Nunca imaginé que uno de los miles de turistas a los que guío cada año por la cornisa cantábrica

pudiese mostrarme las «rutas del inframundo». ¿Una nueva casualidad? No lo sé, pero su asesoramiento en medicina legal y toxicología fue clave, sin duda.

Aunque, ya puestos en el tema, ¿ofrece la medicina respuestas definitivas en el espinoso asunto de la incorruptibilidad de los santos? Yo no lo veo tan claro.

Cambiemos por un momento de enfoque y centrémonos en otra de las posibilidades ofrecidas en el libro: las energías telúricas.

Es este un campo poco explorado en los círculos convencionales de la ciencia, de ahí que su introducción en la novela me resultase ciertamente estimulante.

Todos hemos oído hablar alguna vez de los zahoríes —quizás no tanto de los radiestesistas— aunque son escasas las personas versadas en esta insólita disciplina. Yo confieso que hasta que emprendí el proceso de documentación desconocía su existencia por completo. En ese sentido debo agradecer a Epifanio Alcañiz Rubio, investigador y experto en radiestesia, lo poco que sé del tema. Él es en cierto modo el *padre* y mentor de Aingeru, uno de los pilares fundamentales del argumento, pues sin su valiosa aportación este personaje no habría existido jamás. Por cierto que Epifanio y yo nos conocimos a través de Internet y comencé a tomarme en serio sus investigaciones merced a un episodio fortuito que me puso la carne de gallina, tanto o más que a mi protagonista Carla con aquella rata…

¡Sigo sin creer en las casualidades!

Hoy, más allá de ese episodio, me declaro un auténtico entusiasta de los vórtices energéticos y raro es el monasterio, iglesia o lugar de poder donde no me interese por su posible existencia y ubicación.

¿Son por tanto las fuerzas de la naturaleza, esas energías sólo palpables por los iniciados, las responsables de la incorruptibilidad de los cuerpos?

¿Cómo encarar entonces la crónica de la exhumación del cuerpo de la santa con motivo de la visita de Fernando VI y su esposa María de Borbón y Portugal en 1750? ¿Desde el ámbito religioso, médico o paracientífico?

Su autor es el padre Bonifacio Moral, del colegio de agustinos filipinos de Valladolid, quien la incluyó en una curiosa hagiografía de 1890 titulada *Vida de Santa Teresa de Jesús. Para uso del pueblo.* Permitidme que reproduzca un fragmento:

*Lo más admirable es que el brazo derecho está tan flexible, como si estuviera vivo: conócese que á pedazos y con fuerza le han arrancado la mano, y solo con parte de algunos tendones le ha quedado el hueso de medio muy blanco y hermoso. Asimismo en el pié izquierdo se divisan con toda distinción los dedos y sus uñas.*

Por los archivos carmelitas sabemos que los monarcas finalmente no llegaron a ver el sarcófago destapado por el general de la orden, pues la reina enfermó durante su estancia en El Escorial, y que esta misma acción se repitió diez años después por expresa petición del Duque de Alba con objeto de sustituir la vieja urna de madera por una nueva labrada en plata. Únicamente volverían a exhumarse los restos en 1914 para conmemorar el III Centenario de la Beatificación.

*A propósito de las reliquias*

Llegados a este punto es necesario responder a alguna de esas preguntas que muchos lectores, devotos y admiradores de la santa se habrán hecho en más de una ocasión. ¿Cuándo y por qué fue desmembrada? ¿Quién llevó a cabo semejante tropelía? ¿Cómo afrontaba la sociedad de la época acciones de esta naturaleza?

Vayamos por partes. En lo concerniente al momento exacto en que se consuma la extracción de la primera pieza —la famosa mano izquierda—, todo parece indicar, por los testimonios escritos que han llegado a nuestros días, que fue el padre Jerónimo Gracián, personaje fundamental en el complejo entramado de la Reforma, amén de confesor, confidente y amigo íntimo de Teresa de Cepeda, quien la llevó a cabo. Así ha quedado reflejado en la novela, siendo por ello fiel a la tradición.

¿El motivo? Es bastante discutible, pero lo más probable es que respondiese a su imperioso deseo de conservar una reliquia de la santa teniendo en cuenta la velada amenaza que se cernía sobre el convento de la Anunciación tras la reclamación hecha por las autoridades de Ávila. Como es de suponer estos deseaban poseer los restos de su hija más notable e hicieron lo imposible por conseguirlo.

Nueve meses después de su muerte, concretamente en el año 1583, y poco después de exhumar el cadáver a causa del penetrante olor surgido de la tumba, las monjas se dispusieron a lavarlo y envolverlo en ropas limpias. Según las crónicas, Gracián fue el único hombre que

tuvo la fortuna de asistir a un momento tan íntimo. Su testimonio es cuando menos ilustrativo: «Teniéndola cubierta con una sábana, me llamaron, y descubriendo los pechos, me admiré de verlos tan llenos y altos».

Los peores temores se cumplieron y el cadáver fue raptado y llevado a Ávila —las monjas de Alba quedaron desconsoladas, iniciándose poco después un largo período de discusiones y pleitos que sólo se resolverían con la intervención directa del papa—. Finalmente fue restituido a Alba de Tormes, donde descansa desde entonces.

No obstante la historia no acaba aquí. Jerónimo Gracián le amputó el dedo meñique de la mano derecha y se lo llevó consigo, quizás como objeto fetiche. Él mismo cuenta que lo mantuvo consigo hasta que fue hecho prisionero por los turcos, y que sólo consiguió recuperarlo pagando como rescate unas sortijas y veinte reales de la época.

Por su parte, la mano izquierda cercenada en Alba tendría como destino el nuevo convento de San Alberto de Lisboa, fundado en 1585 por María de San José. De allí pasaría al Patriarcado y luego a las Carmelitas de Olivais, permaneciendo en Portugal hasta 1910. En ese año las monjas lusas se la trajeron a España huyendo de la revolución en su país, depositándola en el convento de la Merced de Ronda en 1924. A partir de 1936 continuaría su periplo por Málaga, Salamanca y Madrid hasta recalar en 1940 en El Pardo, donde no abandonaría el oratorio privado de la familia Franco más que en los períodos vacacionales, siendo trasladada en diversas ocasiones al palacio de Aiete en San Sebastián y al Pazo de Meirás en Sada. Desde 1976 vuelve a mostrarse a los fieles en el municipio rondeño.

Asimismo en fechas cercanas al efímero traslado de los restos a Ávila, Gregorio Nacianceno le extrajo el brazo izquierdo, el mismo que la santa se había fracturado al caerse por unas escaleras años atrás, como compensación para el convento salmantino. A ese respecto el testimonio del padre Ribera, uno de los biógrafos más fiables, es estremecedor: «Fue cosa maravillosa, que sin poner fuerza más que si cortar un melón o un poco de queso fresco, partió el brazo por sus coyunturas, como si buen rato estuviera mirando para acertarlas».

Y ni que decir tiene que con el paso del tiempo gran parte del cuerpo sería descuartizado y repartido por toda la cristiandad. De España puedo hablar con amplio conocimiento. Mis conversaciones con las superioras de los diecisiete conventos fundados en vida de la

santa han dado sus frutos. Las respectivas comunidades conservan piezas de todo tipo. Desde trozos de la sábana sobre la que falleció o su último hábito, hasta un cilicio, un tambor, unas castañuelas, una rueca, una olla, campanas, breviarios, fragmentos de sus cartas y un sello para las mismas. No obstante en cuanto a reliquias del cuerpo las más interesantes se hallan en Alba de Tormes y Ávila, mientras que los quince conjuntos restantes sólo atesoran piezas menores como minúsculos fragmentos de hueso y de carne. Toledo y Malagón, por ejemplo, conservan muelas, mientras que Sevilla y Pastrana atesoran dos costillas. Y la cosa no queda ahí, pues los restos se reparten por Italia, Francia, Portugal, Bélgica, Holanda o Estados Unidos. Ya es incluso posible adquirir fragmentos de la santa a través de eBay…

Suponemos que las gentes del Siglo de Oro estaban más o menos acostumbradas a estas maniobras macabras. El propio Cervantes relata en el capítulo 19 de la primera parte del *Quijote* el traslado de un notable fallecido: «Vengo de la ciudad de Baeza, con otros once sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas; vamos a la ciudad de Segovia acompañando un cuerpo muerto, que va en aquella litera, que es de un caballero que murió en Baeza, donde fue depositado, y ahora como digo, llevarnos sus huesos a su sepultura, que está en Segovia…».

¿A quién se refiere? Nada más y nada menos que a San Juan de la Cruz, cuyo triste destino corrió parejo al de su buena amiga. Como curiosidad, el autor confunde la ciudad de Úbeda —donde realmente descansaba el cuerpo del santo— con la de Baeza.

### *El problema de los «éxtasis»*

Otro de los interrogantes que suele planear sobre la figura de Santa Teresa y del que se han vertido ríos de tinta es el de los arrebatos místicos comúnmente denominados éxtasis. Algo lo suficientemente importante como para que le dediquemos unos párrafos aclaratorios. Cualquier persona interesada en las cuestiones teresianas debe afrontar este problema tarde o temprano.

De inicio hemos de hacer hincapié en que todos los episodios de la vida de la santa nos han sido legados por ella misma en sus obras, así como en los escritos de sus contemporáneos —mayormente religiosos —. Por tanto es imposible ofrecer una explicación lo suficientemente

objetiva más allá de los estudios de ciertos especialistas efectuados casi quinientos años después.

¿Y en qué consistían los éxtasis? La propia Teresa recoge algunos de estos *fenómenos* en su *Libro de la vida*. El primer testigo fue el obispo Álvaro de Mendoza, quien la vio levitar de rodillas cuando se aproximaba a darle la comunión. En el capítulo XX se nos dice: «Yo estaba de manera en mí, que podía entender que era llevada».

Ana de la Encarnación también refiere un episodio similar cuando es requerida en el proceso de beatificación, llegando a concretar que se levantó «casi una media ana» —unos sesenta centímetros— mientras rezaba arrodillada. «Al ver eso me quedé aterrada y, en cuanto a ella, le temblaba todo el cuerpo. Me acerqué a ella lentamente y puse mis manos bajo sus pies, que bañé con mis lágrimas mientras duró el éxtasis, quizás una media hora. Entonces, de pronto bajó…».

Otro personaje que menciona estos hechos es el obispo Yepes —probablemente, junto con Ribera, su cronista más célebre—, quien relata cómo en una ocasión se hallaba presa de un éxtasis en el coro de la iglesia y «se asió a las esteras del suelo y fue levantada al aire con ellas en la mano».

¿A qué se debían estos procesos alejados de toda lógica? ¿Poseía Santa Teresa poderes paranormales? ¿Eran ciertamente producto de una intervención divina? Si acudimos a la ciencia en busca de una explicación racional nos hallaremos en una verdadera encrucijada. A modo de ejemplo el neurólogo Esteban García-Albea, autor de *Teresa de Jesús, una ilustre epiléptica,* atribuye a la abulense una epilepsia parcial «provocada por una pequeña irritación del cerebro y con síntomas afectivos, de placer y felicidad». Antes de ese estudio para los éxtasis de la santa se mencionaban otras causas como la histeria o el orgasmo. Dicha epilepsia sería una patología extraña a la que los expertos han dado en llamar enfermedad de Dostoievski (porque la padeció el genial escritor) o mal de San Pablo, al estar también atribuida al apóstol. Entre sus causas podía estar la cisticercosis, enfermedad habitual en la España de la época, producida por la solitaria del cerdo.

Como apunte curioso, la llamada *crisis de felicidad* la padecieron personajes egregios como la heroína Juana de Arco y el profeta Mahoma. Y otros epilépticos geniales de la historia fueron Alejandro Magno, Julio César, Napoleón, Beethoven, Lord Byron o Isaac Newton.

Algo con lo que no están de acuerdo algunos teólogos como Secundino Castro, profesor de la Universidad Pontificia de Comillas, para quien los místicos son «personas con grandes cualidades y capacidad para recibir la comunicación de Dios. Sus cualidades no son efectos de la naturaleza». Por su parte el psiquiatra José María Poveda, autor de *La psicología de Santa Teresa de Jesús,* terciaba en el debate de este modo: «No es válida la excluyente alternativa entre los efectos de la gracia y los de su enfermedad».

*Dos muertes y tres entierros*

«Esta hija no está para enterrar». Traemos a colación la sentencia pronunciada por don Alonso de Cepeda en agosto de 1539 para intentar explicar otro de esos hechos controvertidos que aún provoca discusiones entre los teresianos. Tal como se recoge en el capítulo 26 de la novela, antes del deceso oficial tuvo lugar esta «primera muerte», cuando Teresa contaba veintitrés años de edad y sin haber transcurrido más que veinticuatro meses desde su ingreso como monja en la Encarnación. La propia protagonista relata la experiencia dándonos una pista sobre las posibles causas: «Comenzárome a crecer los desmayos, y diome un mal al corazón tan grandísimo que ponía espanto en quien lo veía, y otros muchos males juntos».

Aunque algunos autores han interpretado estas dolencias como un rechazo del subconsciente a la vida conventual, nos inclinamos por la tesis del catedrático Avelino Senra Varela, quien en el interesante estudio *Santa Teresa de Jesús vista por un médico* argumenta el proceso basándose en, al menos, dos causas orgánicas: la lipotimia (como explicación de los desmayos) y la pericarditis o mediastinopericarditis (el mal de corazón). Fuera ya de los muros conventuales y suministrados los diversos «remedios» por parte de una curandera de Becedas, la joven comienza a empeorar. Esta vez el doctor lo achaca a una astenia y adelgazamiento como efectos secundarios de los purgantes. A estos le pudo seguir una polineuritis infecciosa, que cuando afecta a las raíces motoras origina parálisis.

En cuanto al *parojismo* o paroxismo mencionado en el capítulo V de la autobiografía, Senra lo relaciona con un ataque de espasmos o convulsiones previo al coma profundo que luego sufrirá y del que no despertará ni aun derramando cera derretida sobre sus párpados. En

resumen, estaríamos hablando de un proceso infeccioso con signos de meningoencefalitis y radiculoneuritis seguramente causado por una brucelosis o fiebre de Malta, agravada por los tratamientos con purgantes. La Brucella es un patógeno intracelular facultativo, lo cual impide la acción habitual de los antibióticos, llevando al enfermo a un estado crónico. Por la vía oral las bacterias pasan al aparato digestivo, siendo la fuente principal de infección la ingestión de leche no pasteurizada o de productos lácteos, especialmente los provenientes de ovejas y cabras.

¿Y qué hay de la segunda muerte, o sea la oficial, acaecida en 1582? Según el facultativo, Santa Teresa probablemente falleció de un cáncer de útero, una neoplasia frecuente en mujeres mayores castas. El adenocarcinoma de endometrio, conocido como *el tumor de las monjas,* es más frecuente en las mujeres vírgenes y algo obesas. Este debió ser el causante de sus grandes hemorragias, agravadas por las sangrías que se les hacían a los enfermos en la época, lo que le produjo una intensa anemia y fuertes dolores, como sucede en todos los procesos cancerosos terminales. Asimismo pudo complicarse con una infección local, algo habitual en estos casos, con fiebre y un cuadro similar a un proceso gripal, lo que explicaría el testimonio de algunos testigos.

El 15 de octubre de 1582 sería enterrada por vez primera en el convento de Alba de Tormes. Luego sus restos serían exhumados en 1583 y trasladados por la fuerza a Ávila, para darle tierra por segunda vez en la que fuese su ciudad natal. Por último la santa volvería al municipio salmantino en 1586 por mediación de los duques, esta vez de modo definitivo.

*De Ronda a El Pardo: en busca de la «Santa Mano»*

A estas alturas creo haber dejado claro que, ni por asomo, creo en las casualidades. Decía William Shakespeare que «hasta en la muerte de un pajarillo interviene una providencia irresistible». Nadie duda que el bardo de Stratford fuera un auténtico genio; por tanto tomaré prestada esa genial frase para iniciar el capítulo definitivo de estas apostillas.

Mis encuentros «casuales», o mejor «providenciales», con esa retahíla de personas anónimas que ya forman parte de esta aventura

habrían sido insuficientes sin el prodigio que supuso conocer a Dionisio Tapia Domínguez. A este vecino de Ronda, al que tuve la fortuna de acompañar en uno de mis viajes, le debo gran parte de la trama de la Guerra Civil, concretamente los detalles del robo de la Santa Mano por parte de las milicias republicanas y su posterior periplo hasta formar parte del ajuar del Caudillo. No sólo fue su conversación amable e instructiva la que me iluminó el camino, sino el amable gesto de enviarme la llave que abriría definitivamente ese triste baúl de los recuerdos: la edición no venal y limitada de un sorprendente documento publicado por las carmelitas rondeñas.

A esta valiosísima información he de sumar los escalofriantes testimonios de los supervivientes de la *Desbandá* de la carretera Málaga-Almería de 1937, novelada en estas páginas, pero cuyo realismo y veracidad superan todo intento de ficción. De entre ellos un buen número me fueron transmitidos de viva voz por parte de familiares, otros los extraje del archivo de la Junta de Andalucía y por supuesto de alguna que otra publicación realizada en las últimas décadas. Pese a existir una importante distancia temporal con la época en que sucedieron aquellos hechos, en muchos casos aún siguen ocultas tras un velo de silencio muchas historias a las que difícilmente podremos acceder. Yo he tenido la suerte de manejar buena parte de esa información, pero al mismo tiempo me he lamentado por ello (¡extraña paradoja!). Y es que las horas que he dedicado a evocar, con la máxima fidelidad y respeto, aquellos acontecimientos han sido fructíferas, pero también sumamente amargas.

Pese a haber transcurrido casi ochenta años desde su inicio, escribir sobre la Guerra Civil continúa siendo una tarea peliaguda, sobre todo si se pretende ser ecuánime. En ese sentido, y teniendo en cuenta las muchas heridas que aún supuran en diversos ámbitos de la sociedad, opté desde un principio por cotejar todas las fuentes posibles, independientemente de las opciones políticas de sus autores. Ello me permitió acceder a versiones de un mismo episodio diametralmente opuestas. Basta con acudir a los partes de guerra de ambos ejércitos para comprobarlo. Si a esto se le suma el escaso rigor de algunos documentos de la época, el problema se agrava hasta límites insospechados. Una buena muestra son las publicaciones relacionadas con Gonzalo Queipo de Llano, entre cuyas tácticas empleadas para intimidar a la población de Málaga solían figurar las descalificaciones hacia el parte de guerra *rojo* por medio de un lenguaje grosero e

impertinente, llegando en muchas ocasiones a ser censuradas en la prensa y propaganda del franquismo «por su vulgaridad y ridiculez», según apunta Antonio Nadal en su artículo «Málaga en las charlas de Queipo de Llano (1936-1937)» publicado en la revista *Jábega*.

Recrear la Málaga anterior a la contienda —desconocida incluso para muchos malagueños— me supuso un reto y también un compromiso. No sólo debía ser fiel a la verdad sino contribuir a rescatar una página tristemente olvidada. Gracias a una buena colección de fotografías antiguas pude literalmente pasear por la Plaza de los Moros, perderme en la zona portuaria llena de almacenes de coloniales, tiendas de comestibles y carbonerías, disfrutar de la desaparecida Acera de la Marina y tratar de imaginar cómo sería el día a día de personajes como doña Virtudes y Josefina. En este sentido he de aclarar que su construcción, así como los sucesos del 18 de julio acaecidos en la capital de la Costa del Sol y por supuesto en la provincia, están basados en hechos reales. Para ello me he apoyado en múltiples experiencias recogidas en diversos textos, muchos de ellos de escasa difusión. Como referencia he de citar *Málaga, tierra de mártires* de Pedro Sánchez Trujillo, el diario inconcluso del rondeño asesinado Carlos García-Mauriño titulado *Memoria de 27 días (Ronda, del 17 de julio al 12 de agosto)*, *Guerra Civil en Málaga. 1936-1937* de Juan Antonio Ramos Hitos, o el escalofriante trabajo de José María Zavala, *Los horrores de la Guerra Civil. Testimonios y vivencias de los dos bandos*.

El capítulo que se recrea en El Pardo con Carmen Polo de protagonista trata de reflejar del modo más escrupuloso posible aquella estrecha relación de la familia Franco con la reliquia durante las varias décadas que esta estuvo en su poder. No olvidemos que el 28 de marzo de 1939 —coincidiendo con la fecha del nacimiento de la santa— tuvo lugar la victoria del ejército nacional en la decisiva batalla de Madrid.

La génesis de ese episodio hay que buscarla en el testimonio directo de Juan Cobos Arévalo, quien ejerciera labores de monaguillo en las dependencias privadas del palacio durante los últimos años de vida del general. Esta y otras curiosidades están recogidas en su libro *La vida privada de Franco*.

También es real la carta enviada a las monjas de Ronda por parte de Felipe Polo Martínez-Valdés, único hermano varón de Carmen Polo, que sucedió en el cargo de secretario a Francisco Franco Salgado-

Araujo, primo carnal y colaborador directo del Caudillo. Ese curioso texto no es más que una muestra de la ingente cantidad de misivas que se cruzaron a lo largo de los años la superiora de las carmelitas y la familia Franco hasta lograr que les fuese devuelta la reliquia en 1976.

*Punto y… amén*

Medio milenio después de aquel 28 de marzo de 1515 que cambió el rumbo de la Historia, pienso honestamente que a Santa Teresa de Jesús no se le ha hecho justicia.

Si bien su imagen icónica está lo suficientemente valorada en casi todos los ámbitos —populares, académicos, católicos, laicos—, el uso interesado de su nombre, obra y milagros a lo largo de los tiempos ha terminado distorsionándolos.

Ojalá los fastos por el V Centenario de su nacimiento, las numerosas actividades divulgativas y el poder de los medios de comunicación la sitúen en el lugar que se merece, como ya ocurriera con otros personajes notables como la reina Isabel la Católica o El Greco, durante el último lustro.

No hay duda que detrás de la religiosa inconformista, la vigorosa andariega y la reformadora visionaria nos aguarda una mujer de carne y hueso cuyos titubeos e interrogantes se convirtieron, por obra de Dios y de su propio empeño, en certezas absolutas.

Si esta obra sirviera para contribuir a la difusión de ese legado, tanto en España como más allá de nuestras fronteras, me sentiría satisfecho. Si además de esto los lectores disfrutaran y se dejaran arrastrar por el hechizo de la santa, me consideraría un afortunado. De un modo u otro ya me encuentro bendecido, pues no concibo mejor táctica para iniciarse en el mundo de la literatura que dedicando un libro a la patrona del oficio.

*Antonio Puente Mayor*

# Agradecimientos

A María Jesús Huertas Cabezas, guía de turismo de Salamanca, por prestarme su perfil para componer uno de los personajes clave del libro.

A Jesús Sánchez Blázquez, guía de turismo de Ávila, por descubrirme tantos rincones teresianos y aportarme material para la investigación.

A Elisabeth Ochoa de Eribe, Luis Ramón Ruiz de Zúñiga Barragán, Elena Candendo Zabala e Iñaki Otamendi, guías de turismo de Euskadi, por adentrarme en su apasionante comunidad con profesionalidad y cariño.

A Luis Antolínez Vegas, guía de turismo de Burgos, por sus pinceladas históricas y sus contactos.

A Miguel Ángel Rodríguez García, guía de turismo de Segovia, por sus aportaciones acerca de la enigmática iglesia de la Vera Cruz.

A Pilar Martínez de Olcoz Esquide, técnica de Turismo de Viana, por revelarme los secretos de su bella localidad.

A las guías de turismo de Alba de Tormes, por introducirme en el fascinante mundo de las reliquias teresianas.

A los miembros de la oficina de turismo de Calatrava de la Cruz, por procurarme tantas piezas del complicado puzle del Carmelo.

A la empresa Puente Club Tour Operador, por incorporarme a su equipo de grandes profesionales (y mejores personas) de los cuales me nutro cada año.

A los técnicos de las bibliotecas municipales de Cáceres, Palencia, Pamplona, Logroño y San Sebastián, por su asesoramiento bibliográfico.

A todos los conventos de Carmelitas Descalzas fundados por Santa Teresa de Jesús, especialmente a sus superioras, por tantas y tan buenas conversaciones.

Al padre fray Félix García Fernández, de la Abadía Cisterciense de Cañas, por iluminarme con su sabiduría.

Al Dr. Manuel Rovira Gutiérrez, jefe de Cirugía del Raquis del Hospital Virgen Macarena de Sevilla, por su asesoramiento en medicina legal y toxicología.

A Epifanio Alcañiz Rubio, investigador y radiestesista, por

responder rápido y con amabilidad a todas mis cuestiones sobre energías telúricas y lugares de poder.

A Manuel de Medio Martínez, periodista y responsable de comunicación de Casa del Libro (Sevilla), por creer en mis posibilidades y mostrarme el camino correcto.

A Federico Ontiveros y Miguel Ángel Matellanes, de Algaida Editores, por apostar por mi obra desde el principio cubriéndola con las mejores galas.

A Dionisio Tapia Domínguez, vecino de Ronda y teresiano apasionado, sin cuya generosidad no habría sido posible la realización de esta novela.

A mis padres, por tantos y tan buenos valores, por su amor incondicional, y por transmitirme —aun desde la cuna— el poder de lo intangible.

A mis abuelos, por saber cultivar durante décadas la filosofía del optimismo e ilustrármela con su ejemplo.

Al resto de mi familia y amigos, por completar la ecuación del día a día, haciendo que me sienta un afortunado.

A mi mujer Rosa, por su lectura comprometida, sugerencias y críticas constructivas, por su compañía y complicidad.

A mi hija María, por mostrarme lo que realmente importa cuando me evado más de lo necesario.

GRACIAS

Edición en formato digital: 2015

© Antonio Puente Mayor, 2015
© Algaida Editores, 2015
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
algaida@algaida.es

ISBN ebook: 978-84-9067-225-9

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.
Conversión a formato digital: REGA

www.literaria.algaida.es